

Una evocación de la Barcelona de los perdedores,
cuando los delincuentes comunes se confundían
con revolucionarios y conspiradores

FRANCISCO GONZÁLEZ LEDESMA

EXPEDIENTE BARCELONA



Al despacho de un abogado de cuarta acuden a solicitar unas comprometedoras pruebas de paternidad, que implican a Ramón Masnou, hombre influyente de la burguesía catalana conectado con peligrosos revolucionarios. Abierto el tarro de las esencias, pasearemos por la Barcelona de los meublés, los antros, los cines de sesión doble, y por las cárceles... Todo ello para destapar una trama con la que recorreremos la historia de la Ciudad Condal desde la sufrida posguerra hasta una Transición que quizás ha sido asumida con cierta ingenuidad. Aquí podremos saborear el sexismo de Henry Miller, un cierto humor grotesco y, ante todo, una precisa recreación del ambiente de los barrios. Expediente Barcelona tiene el valor de la confesión sincera.



Francisco González Ledesma

Expediente Barcelona

Comisario Méndez 1

ePub r1.0
Banshee 08.08.13

Título original: *Expediente Barcelona*
Francisco González Ledesma, 1983

Editor digital: Banshee
ePub base r1.0

más libros en bajaepub.com

1

EL OTRO día vino Mireia a mi despacho para encargarme un asunto de investigación de la paternidad. El hecho merece destacarse porque son muy pocos los clientes que entran en mi despacho, y menos a encargar asuntos que requieran un cierto conocimiento del Código Civil, aunque precisamente la investigación de la paternidad no aparece en el Código Civil si no es para prohibirla, o al menos así era en la época en que Mireia me visitó; luego lo han cambiado, el Código Civil está hecho un lío, ya no es lo respetable y eterno que antes era. Pero lo que quiero decir es que aquel día fue distinto de los otros.

Muy pocas personas conocen mi despacho, a pesar de que en mi época de esperanzas lo situé en la calle Petritxol (luego me fui a la de Lauria), quizá pensando que algún cliente de los abogados Serrahima, que están a pocos pasos, se equivocaría de puerta. Durante algunos años perfectamente lúgubres nadie se equivocó, a excepción de un par de buitres que solo venían a cobrar facturas. Los clientes jamás fallaron el rumbo.

Muy pocas personas conocían a Mireia, supongo, por la época en que Mireia entró allí. El despacho en que se metió aprensivamente (ya en Lauria) tiene solo dos habitaciones, una de las cuales es una sala de espera donde jamás ha tenido que esperar nadie; la otra es un precario templo de la ley, con una mesa antigua y tres butacas chester que un amigo me vendió a plazos después de embargárselas a un deudor; con una librería llena de textos que están destinados solo a impresionar y un diploma en el que el Jefe del Estado afirma —más bien barrunta— que sé algo de leyes. Hay que añadir una mesa ovalada soñada para juntas generales que no se celebraron jamás; ningún

grupo de accionistas de la Telefónica se dejó caer en ella para que yo preparase un recurso contra las decisiones de la asamblea general, y ni siquiera una asociación de propietarios vino a visitarme en comitiva para que impugnase la subida de la contribución urbana. Las clases bienestantes catalanas que frecuentaban el famoso despacho de los Serrahima me rehuyeron ya desde el principio, quizá porque los Serrahima son evidentemente personas de las Ramblas altas, y el fino instinto de los clientes venteó enseguida que yo soy un hombre de las Ramblas bajas.

Mireia constituyó una excepción. Al entrar en mi despacho tenía todo el aspecto de haberse equivocado de sitio. Vestía como una burguesita del Ensanche, era educada y llevaba bajo el brazo un tomo en rústica de alguna obra de Maragall editada por La Caixa. Paseó una cierta mirada de desencanto por aquel despacho donde no había más que facturas y cartas de apremio, se sentó y me dijo:

—Gracias por haberme hecho un hueco entre sus visitas.

Había muchas probabilidades de que se estuviera riendo de mí, pero no me di por ofendido. Ya hace mucho que perdí lo que otros llaman el decoro profesional. Le contesté que, por suerte para los dos, estaba teniendo una mañana excepcionalmente tranquila.

—Me han dicho que usted no es un abogado caro —empezó confesando—. Prefiero serle absolutamente franca. No sabe hasta qué punto eso es importante para mí.

—Nunca aprieto al cliente —fue lo único que se me ocurrió contestar.

Y la miré con simpatía porque seguramente no se burlaba de mí, y al mismo tiempo con temor, porque no le sacaría ni una provisión de fondos decente. Ella continuó:

—Una amiga me ha pedido que le haga una consulta sobre investigación de la paternidad.

—¿Tiene un hijo que no quieren reconocer?

—Claro.

—Perdone la franqueza. ¿Su amiga es usted misma?

—¿Por qué había de serlo?

Pues porque lo son las que escriben a la señora Francis, las que llevan

radiografías a los especialistas de cáncer, las que visitan a los abogados pobres para asuntos de bragueta. Pero no lo dije. Después de todo, ella tenía un cierto candor en su mirada. Empecé a sospechar que la chica profesaba un instintivo —y seguramente estúpido— amor a la verdad.

—No sé —dije, explicando un poco lo que había pensado—. En todos los consultorios sentimentales, y en todos los consultorios de los abogados baratos, ocurre lo mismo. Con los caros, la gente no se atreve a tanto.

—Nunca escucho los consultorios sentimentales —murmuró—. No tengo tiempo. La verdad, tampoco se me ocurriría engañar a un abogado, aunque fuese un abogado barato. Y perdone —añadió un poco turbada—, no quiero que interprete mal lo de «barato». Mire, aquí tiene todos los datos de mi amiga y los poderes para actuar en su nombre, si llega a hacer falta. Ya ve que le digo la verdad.

—Para una simple consulta no necesito los poderes aún —dije—. Luego puede que me hagan falta. A ver... Sí, aquí está el nombre del presunto padre: Ramón Masnou. No le sabrá mal que le llame «presunto», ¿verdad? Es una especie de norma ética.

—No, no... Lo comprendo muy bien.

—Entonces también comprenderá que le haga una pregunta elemental: ¿por qué no ha venido su amiga?

Mireia se mordió confusamente el labio inferior. Tenía expresiones de niña, pero también podía ser una zorrita astuta. Musitó:

—Me perdonará si por ahora no se lo digo.

—¿Y por qué no me lo ha de decir?

—Porque no puedo. Aquí tiene todos los datos y unos poderes que son perfectamente legales. ¿Le interesa o no?

—Usted sabe que me interesa —dije, con ese orgullo de ser pobre que solo da la verdadera pobreza—. Seguro que se ha enterado previamente de que apenas tengo clientela. Plantea usted las cosas muy bien: lo toma o lo deja. Me atrevo a suponer que tiene usted un gran porvenir en la Europa de la libertad de comercio.

—No le dé esa interpretación, por favor. Lo que menos deseo en este momento es ofenderle. Y en cuanto al porvenir..., ¡si supiera el que tengo!

—No, si no me ofendo. ¿Para qué? Al fin y al cabo las cosas son como son. Aquí, en los poderes —repasé— está el nombre de su amiga, pero supongo que no querrá que hable con nadie de esta visita, y que tampoco me ponga en contacto con ella. ¿Me equivoco?

—Por supuesto que no se equivoca. Confío en que usted es de los que guardan el secreto profesional.

Guiñé el ojo y sonreí. A falta de otros estímulos interiores, me gustaba comportarme a veces como un personaje de *Fleuve Noir* conocido en la página diez un domingo por la tarde. Mientras abarcaba el despacho con un gesto amplio, dije:

—Puede fiarse de mí, pero no sé si podrá fiarse de mis pasantes.

Ella miró el despacho vacío y rió.

—¿Todo lo que gana lo ha de sacar de aquí? ¿No trabaja para ninguna empresa?

—No veo razón para mentirle. De la última que me empleó me despidieron hace un año.

—¿Le despidieron?

—Sí. Llevé lastimosamente mal el asunto de un grupo de obreros ante Magistratura.

—¿Por qué?

—Tenían razón los obreros —dije en voz baja.

—¿Y por eso le echaron?

—Claro. Pero en este último caso tenía razón la empresa.

Me encogí de hombros resignadamente y añadí:

—Los que están en medio son los que nunca tienen razón.

—¿Quiénes son los que están en medio, abogado?

—Los que tratan de colocarse en la piel de los otros. Lo que hice yo.

Fui hasta la mesita contigua a la ventana para ofrecerle cigarrillos, porque el paquete estaba allí, recibiendo el sol de una terracita más allá de la cual amenazaban los despachos de un gestor administrativo y un procurador, gente que segregaba papeles para que el odiado mundo se ahogase en ellos, en la fecha que usía determine y previas las formalidades de rigor. Bruscamente sentí el deseo vehemente de liberarme, de perderme en calles que no fuesen

respetables (al diablo Lauria, al diablo Bruch, calles donde hasta los retretes son utilizados para maquinar), de vivir en sitios, donde la gente no necesitase un solo papel. Era un sentimiento que cada día me dominaba más, hasta transformarse en una verdadera obsesión, pero que siempre acababa rechazando, porque en Lauria y Bruch sacaba para malvivir y así poder seguir odiando, lo que transformaba mi historia en la historia de todos los hombres.

Mireia dijo:

—Gracias, no fumo.

Acababa de dejar, para desesperación mía, un paquete de papeles sobre la mesa. Acababa de inclinarse para mostrarme un escote muy profundo para unos senos muy altos, para esparcir un leve perfume a Lavanda Puig a granel, botella de plástico, rigurosa oferta del mes, lo que no le impedía ser una chica limpia y al menos tan distinguida como las que le ponen una gota de Chanel en el sexo a su gata. Eran papeles, dijo, en los que estaban los datos que me harían ganar el pleito a mí, que —riguroso secreto profesional— no había ganado ninguno. Luego, antes de que le pudiera hablar de la provisión de fondos, me dejó una tarjeta con su nombre y desapareció.

En mi despacho de la calle de Lauria, donde no había ni un bar que no fuese prolongación de una oficina, donde no había ni un amigo que no debiese dinero a alguien, me tuve que poner a repasar la investigación de la paternidad, que para mí estaba tan lejana como los textos de Bolaffio, y de la que solo sabía unas cuantas cosas, eso sí, bien sabidas: que tenía que haber una madre, que tenía que haber una cama homologada y un hijo inscrito al cincuenta por ciento. Que la madre debía ser una mansa y que el padre —puesto que no era mi cliente— había de ser un mal parido.

2

ECHÉ una última mirada de comprobación a la tarjeta que Mireia me había dejado y me enfrenté a la casa de la calle de Enrique Granados, la cual tenía una fecha autoacusatoria esculpida sobre el portal: 1910. El número, que venía a ser una esquela, indicaba que pronto alguien pensaría en derribarla, porque no parece haber razón para que las casas de las ciudades vivan más que sus hombres. En todo caso, esta ya disfrutaba de una precaria situación de jubilada en una Barcelona cuyo calor humano ha ido quedando limitado a cuatro barrios tan antiguos como meticulosamente perseguidos, aunque la verdad es que ahora se está tratando de corregir el desastre.

Enrique Granados no me resulta tan odioso como Lauria o Bruch, porque al menos lleva desde la Diagonal sector Tuset, donde aún es posible encontrar al último pijo, hasta los jardines de la Universidad, donde aún es posible encontrar al último pájaro y donde los libreros de viejo mueren en su propio tiempo, que es una de las formas más delicadas de morir.

Mireia me dijo:

—Gracias, no fumo.

Me había equivocado por segunda vez al ofrecerle cigarrillos, ahora en el despacho de su padre, un contable que había querido salvar su alma leyendo a Marx, comprando a plazos la Gran Enciclopedia Catalana, escuchando los discos de Raimon y Pi de la Serra, puesto que Serrat ya estaba *desengagé*, y dudando un día entero si votar a Xirinachs. El despacho daba a la calle, los libros habían sido leídos en sus dos terceras partes, lo cual ya es un récord en nuestra intelectualidad *amateur*, y en el balcón piaba un canario que tenía por misión evocar naturalezas imposibles. Toda una forma de la cultura urbana

trataba de lograr allí, en unos pocos metros cuadrados, la difícil conciliación de los coches y las flores, de los relojes y los poetas.

Me apoyé en la pared, junto al balcón abierto, y susurré:

—Son unos papeles extraños.

—¿Qué papeles?

—Los que dejó en mi despacho para que yo viera si hay posibilidad de seguir adelante. Los he leído todos, ¿sabe? Y sorprende que sean tan confidenciales, tan..., tan íntimos.

—Claro. Son cartas personales —dijo Mireia—. Y una investigación de la paternidad se tiene que basar en pruebas de esa clase, ¿no?

—Por supuesto, pero le pregunto quién se los dio porque repito que son unos papeles sorprendentes: cartas privadas a una tercera persona, que vienen a ser como una confesión, diría yo. Muestran un sentido visceral del sexo, aunque yo diría que el sexo siempre es visceral; lo que ocurre es que ahí se interpreta y se siente como se interpretaba y sentía hace veinte años, y por eso a veces sorprende. De todos modos, Mireia, no voy a eso. Lo que trato de decir es que, si hubiera juicio, podrían acusarla a usted (bueno, a su amiga) de haber robado las cartas, que van dirigidas a una tal Esther Jou... No van dirigidas a usted ni a su amiga, y hacerse con ellas es un delito.

—Son solo fotocopias —dijo Mireia.

—Lo sé, y ello plantea otra dificultad ya de entrada. El abogado de la parte contraria pedirá que sean cotejadas con las cartas originales, porque de lo contrario las fotocopias tienen muy escasa validez. Pero no es ese el problema: supongo que la acusarán a usted o a su amiga de haber dispuesto ilegalmente de las cartas para fotocopiarlas. Estoy seguro de que eso es lo que dirá, ya en su primer escrito, el abogado de la parte contraria. ¿Ha entendido bien ahora?

—Sí, pero en el sentido práctico ¿qué quiere decir eso? ¿Que las cartas no valen?

—Pueden valer, pero imagine que acusan a su amiga de haberlas robado, de haberlas fotocopiado sin permiso... En fin, todo eso que solemos decir los abogados para servir a la excelsa Justicia. Entonces lo que se plantea es... ¿Cómo se llama?... Lo que se plantea es una cuestión prejudicial penal. Hay

lios de esa clase con mucha frecuencia. Se lo explicaré: cuando alguien quiere frenar un asunto civil (por ejemplo, esa investigación de la paternidad), pide que se resuelva primero el posible asunto penal (por ejemplo, el robo de las cartas), y como la ley dice que así debe ser, el asunto penal se tramita en primer lugar y el asunto civil va muriendo. Lo digo porque, con la documentación que usted me entrega, eso podría pasar. Vamos..., que pasará si el contrario es un buen abogado, y no hay motivo para que no lo sea.

Mireia se mordió el labio inferior.

—¿Y sería una complicación? —preguntó—. Quiero decir: ¿significaría mucho más dinero?

—Sí, claro. Y tiempo también.

Fui hasta el balcón abierto y miré la calle. La justicia no es más que tiempo y dinero, tiempo y dinero. Hace mal el que desprecie cualquiera de esas dos cosas. Pero a muchos clientes no se les puede explicar eso con brutalidad, a muchos clientes hay que darles a entender que el pleito será breve y barato, porque en caso contrario se asustarán e irán en busca de otro abogado que les diga que el pleito va a ser breve y barato. Siempre encontrarán alguno.

Casi salí al balcón. Un laurel estallaba de verde. Al otro lado dos geranios secos se estaban muriendo.

Se me ocurrió pensar que todos los que pasaban en aquel momento por la calle tenían empleos fijos y un sueldo seguro para el mes siguiente. Cuando uno piensa eso, es que está ya muy bajo. Una sensación de fracaso y de inutilidad me invadió. Dejé de mirar la calle.

Tenía que aconsejar el pleito y lanzarme con los documentos que ahora estaban en mi mano, con aquellas cartas íntimas dirigidas a una persona distinta de la amiga de Mireia, por lo cual su posesión significaba, ya de entrada, un posible delito. Bueno, ¿y qué? Cuanto más se complicaran las cosas luego, más dinero sobre la mesa. O más dinero en el aire, quién sabe. Aunque muchos clientes no pagan, siempre queda la esperanza de cobrar cuando al menos tienes el cliente. Mientras que por este camino de desalentar a Mireia no conseguiría más que tener un diez en conducta el día del Juicio

Final, lo que me serviría de bien poco ante el arrendador del despacho, la Telefónica de todos los meses y los tenderos de todas las mañanas. Para reparar mi equivocación, me volví y dije con expresión de convencido:

—De todos modos, estas cartas nos dan una gran posibilidad de ganar.

—¿Cree, entonces, que mi amiga debería iniciar el pleito?

—Depende de lo que espere sacar.

—¿En qué sentido lo dice?

—Dinero —musité.

—Oh, ella no tiene ambiciones materiales. Se sorprenderá cuando la conozca —explicó Mireia.

—De acuerdo, pero casi nadie se preocupa de buscar un padre para su hijo cuando el padre es un barrendero. Ramón Masnou, en cambio, pertenece a una familia de fabricantes; es un buen ejemplar de nuestra más inteligente burguesía. Resulta un objetivo —perdone la expresión— nada desdeñable para una mujer ambiciosa.

—Habla como si ya conociera a Ramón Masnou antes de haber leído las cartas. ¿Lo conocía?

—Un poco solamente. ¿Por qué?

—No sé... Los abogados tratan con mucha gente.

—Algunos —dije.

Y añadí:

—A Ramón Masnou no le conocía apenas, pero a partir de ahora sé muchas cosas de él. Y eso me conviene, porque es posible que necesite tratarlo en cuanto este asunto llegue a los tribunales, si es que llega. Cuantas más cosas sepa sobre su familia, mejor. Pero antes necesito saber otra cosa.

—¿Cuál?

—¿Quién le dio estas cartas?

—Teniéndolas mi amiga, es decir, una parte interesada en tenerlas, ¿qué importa ese detalle?

—Puede importar. Me interesaría conocerlo.

—Imagino que puede prescindir de eso —murmuró con cierta sequedad.

La miré fijamente.

—¿Qué gana usted con tanto misterio? —pregunté—. ¿Qué piensa sacar?

—¿Se refiere a dinero? —susurró Mireia enrojeciendo.

—Sí. Con franqueza. Dinero —dije.

—¿Y por qué? ¿Es que todo el mundo se ha de mover por eso? ¿No cree que una persona puede sentir simplemente la necesidad de hacer un favor?

Puse las manos en los bolsillos, me apoyé en la pared negligentemente. *Así quedo bien*, pensé. *No des una imagen de derrotado nunca*. Un espejo situado en el pasillo se encargó de demostrarme todo lo contrario: mi actitud era la de una chuleta de *drugstore*. Adopté enseguida una postura oficiosa, sacando las manos de los bolsillos y acariciando, con gesto de joven que llegará a subsecretario, los lomos de los libros.

—Es un favor para el que no veo la menor necesidad —dije—. ¿Qué le impide a su amiga presentarse como cualquier persona normal? Todas las que están en su situación dan la cara, ¿por qué ella no? ¿Por qué recurre a usted? ¿Por qué no ha venido a verme? ¿Doy miedo?

—Éramos amigas desde la infancia —contestó—. Hemos trabajado juntas toda la vida, ¿entiende? Y esta es la primera vez que ella me pide un favor.

—¿Qué favor? ¿Que dé usted la cara? ¿Por qué? ¿Ella siente vergüenza?

—Supongamos que la siente.

—¡Es absurdo! —grité—. ¡Hoy en día no la sentiría ni una monja! ¡Y no crea, aún no he desesperado de tener una monja que me encargue una reclamación por embarazo contra el Espíritu Santo!

Mireia se mordió el labio inferior; a veces tenía gestos de niña. Sus dedos temblaron un instante.

—Es que no sé exactamente dónde está ahora —confesó, rehuyendo mi mirada—. He de buscarla.

—Entonces, dígame quién le entregó estos papeles.

—¿Para qué necesita saberlo? ¿De verdad lo necesita?

—De verdad, de verdad... Además se lo pido por favor, en beneficio de todos. No puedo meterme de narices en un probable asunto penal sin saber al menos dónde ha nacido todo esto. Su amiga, ¿dónde está? Me convendría hablar personalmente con ella.

—En este momento busca trabajo en Valencia.

—¿Quién se lo ha dicho?

—El amigo que me entregó todo esto.

—¿Amigo de usted o de ella?

—De ella. Venía en su nombre.

—¿No tiene ningún interés personal?

—No —contestó Mireia nerviosamente—. Lo único que hacía, como quien dice, era servir de recadero.

—Bueno, eso lo averiguaré personalmente —susurré, pensando en voz alta—. Dígame quién es, o al menos dónde puedo encontrarlo.

—Ha arrendado un bar en la calle de Concepción Arenal, y ahora lo está reformando. De momento vive allí, mientras duren las obras. No me acuerdo del número, pero sé el nombre del bar. Es el Portugal. Estuve allí una vez; ahora sabría ir de memoria.

—Yo también iré de memoria —dije—. Gracias.

Mireia, que hasta entonces había estado sentada junto a los libros de su padre, los borradores escritos por su padre, la presunta salvación del alma de su padre, se puso en pie y fue hacia el balcón. Yo no sabré nunca si en aquel balcón, en la posesión del aire y del espíritu de la ciudad estaba la salvación de Mireia, pero quizás ella lo había creído alguna vez. Se volvió hacia mí y preguntó con voz opaca:

—¿Quiere que le acompañe? ¿No debería hacerlo?

—No... Prefiero hablar a solas con él, pero tenga la seguridad de que le explicaré luego todo lo que hayamos hablado. Al fin y al cabo él no me paga, y usted sí. O supongo que me pagará.

La calle de Concepción Arenal había sido, quizás en otro tiempo, un lugar para hombres que tuvieron un apellido y una historia, hasta que la cuchillada de la Meridiana los numeró a todos con una «B» delante. Supongo que el bar Portugal recogió sus restos, supongo que vio esconderse detrás de sus puertas a los que aún querían tener un nombre y un amigo aunque fuera delante de la mentira de una copa. Pero también acaban acorralados todos esos bares que a veces tienen un nombre exótico, para que la gente sueñe los domingos en el viaje que nunca llegará a hacer. El súmmum de todos los sueños imposibles en todos los domingos imposibles es un bar, de la calle de las Tapias nada menos, que se llama Bar Java, sueño de mar limpio entre las casas de gomas

y los pedazos de ruinas.

Las inmobiliarias han ido picoteando aquí y allá esos bares con sus grúas amarillas y convirtiéndolos en *livings* tres plazas-televisor, donde ya nunca soñará nadie. Adiviné que el Portugal iba a ser otro de los elegidos, porque ya estaban poniendo en el edificio un letrero vindicativo, «Derribos Sánchez», a pesar de lo que Mireia me había dicho sobre las reformas que el amigo iba a hacer en el bar para abrirlo de nuevo. La puerta metálica estaba echada, el rótulo creador de nostalgias estaba desteñido. Ningún hombre que quisiera recuperar su apellido se detendría ya allí. Yo, en cambio, me detuve, en nombre del Derecho que hace mejores a los pueblos y husmeé en la escalera contigua, porque de otra forma no veía la manera de entrar. Como en muchas escaleras barcelonesas, había a cada lado una puerta que daba a los comercios adyacentes. La del bar Portugal estaba entornada y por ella se filtraba desde dentro una claridad lechosa que debía venir de los patios intestinales, de los cristales usados, de los grifos y los mármoles añejos, desgastados por el roce de las copas. Pero hasta un lego como yo se dio cuenta de que la puerta había sido forzada y de que la hacía oscilar aún alguna lejana ráfaga de viento. Respiré hondo, llamé inútilmente con los nudillos dos veces y al final entré.

El hombre estaba allí.

No me cupo la menor duda de que era el amigo de Mireia.

Le habían clavado un balazo en la boca.

Estaba tendido bajo el anaquel con un cristal opaco, con el anuncio de un licor que ya no existía, con la contradicción de un calendario de Linda Lovelace y un dibujo de Ramón Casas. Menos mal que no habían confundido los nombres de los dos grabados. Hubiera sido el colmo.

3

S EÑORITA Esther Jou, viernes, 5
Bueno, ahí va.

Como si continuáramos nuestra conversación del otro día, quiero hablarle de episodios que usted no conoce, puesto que recuerdo que charlamos de una forma desordenada y saltando confusamente de una cosa a otra. Mi formación comercial me ha hecho muy metódico y me ha enseñado a tener mucho cuidado con los detalles, razón por la cual trataré de ligar para usted las cosas desde el principio. De modo que procuraré no olvidar, en esta ocasión, hechos importantes.

Usted recuerda, sin duda, mi viaje a Inglaterra.

He de decirle ante todo que, cuando mi padre me envió a Inglaterra por primera vez, no puede asegurarse que fuéramos ricos. Usted quizá lo sepa ya. Recuerdo perfectamente las circunstancias, y sé que el viaje empezó hacia mediados de abril del 57, en la época en que aún vivíamos en la calle Bailen, y teníamos solamente una torrecita de cuatro duros en Valldoreix, para pasar los domingos, que entonces aún no se llamaban fines de semana.

Yo no había salido nunca al extranjero, y todas esas cosas me hacían la ilusión que conviene le hagan a un respetable hijo de familia. Mi padre me puso cien libras en el bolsillo (aparte de ir con los gastos pagados) y me dijo:

—Hala, a aprender.

Yo solo tenía dieciocho años.

Entonces la gente no estaba tan enterada de cómo es el mundo. Recuerdo que, pocos años antes, Juan Estelrich (que en el cielo esté) había pronunciado una conferencia sobre «Impresiones de un viaje a París», en la sala del

Instituto de Estudios Hispánicos de la calle Valencia, que se llenó de gente con la boca abierta. No estaba tan lejos la época en que Néstor Lujan había contado, en *Destino*, las impresiones de un viaje a Lérida, y hubo quien lo recortó para informarse mejor de una aventura semejante.

En resumen, me parecía que acababan de convertirme en un pequeño héroe.

He de decirle también, señorita Jou, que Londres no me gustó nada la primera vez. En las visitas sucesivas tampoco me ha gustado. Clima triste, edificios tristes. Vi una boda... ¡y hasta la novia parecía triste! Me parece que entre Londres y yo hay una cierta incompatibilidad, pese a que en las academias me decían que es la capital del comercio y, por lo tanto, tenía que admirarla. La catedral de San Pablo me pareció una mezcla de templo de Dios y monumento funerario de los servidores de Dios. La gente, entonces, hacía cola para todo: para entrar en los cines, para comer, para ir al zoo. Los coches eran viejos y tronados; no se podían comparar con el de mi padre, aunque, como le he dicho, mi padre no era aún un hombre rico.

Con motivo de otros viajes he ido viendo que Londres cambiaba mucho y que había más negros sonrientes, más chicas con minifalda y menos funcionarios con sombrero hongo. Pero, ¿qué quiere que le diga?... Ahora me doy cuenta de que antes, aun gustándome menos, quizás era más hermoso.

Señorita Jou, visité fábricas y más fábricas. Dos amigos de mi padre me llevaron a todas partes donde hubiera unas poleas y una dinamo. Le prometo que han pasado años y todavía estoy de máquinas hasta las narices. Pero todas las noches, sin fallar una, tenía la obligación de escribir a mi padre y contarle lo que había visto:

«... Progreso en todos los sentidos, y creo que cuando vuelva os dejaré asombrados. Me sé de memoria procedimientos que enseguida hemos de poner en práctica; nuestro porvenir depende de figurar entre los primeros...».

Todo esto estaba muy bien. Al padre le gustaba.

Después me iba a ver señoras.

Quizá le hayan dicho, señorita Jou, que en Inglaterra no molestan a nadie por amenizarle la vida a la gente. Y que incluso, mientras no lo haga con la

ventana abierta, puede ser uno tranquilamente del ramo del agua. Por ahora no hay carnés de maricón, creo, pero ya los habrá. Todo el mundo tiene derecho a la libertad sexual mientras no sea embarazoso para nadie y, si puede ser, no embarace a nadie. Y eso me trae a la memoria un cierto congreso de *minorités sexuelles* que tuvo lugar en no sé qué sitio de Francia, y donde se dijo que todo el mundo tenía derecho a ser respetado en sus costumbres, y también —más o menos— que eso de hombre-mujer estaba ya muy visto. Durante el congreso, todo el mundo estuvo de acuerdo en que había que dar facilidades a los invertidos y las invertidas, a los exhibicionistas (entre ellos, y sin hacer pagar entrada), a los masoquistas e incluso a los que disfrutaban haciendo caricias a los zapatos de una mujer. Pero, caray, en cuanto se llegó a tratar de otros puntos, la cosa se puso morrocotuda. La cosa se oscureció. ¿Qué hacer con los sádicos? ¿Y con los necrófilos? Alguien podía haber sugerido, desde luego, que a los sádicos los pusieran con los masoquistas, o más sencillo aún: que a los sádicos los metieran a todos en una habitación y luego alguien llamara al médico de urgencia. Y que a los necrófilos los hicieran empleados municipales de cementerios sin cobrar ni cinco. Y, hala, andando.

A todo esto usted debe pensar, señorita Jou, que yo entonces, en Londres, me enredé sexualmente. No, le prometo que no. Por Londres iba obsesionado mirando a las mujeres y comprando fotos de *striptease*, que entonces eran un misterio en España; me metía de cabeza en los cines en que se exhibían películas de esas en las que señoritas de buenas familias iban abajo y arriba con los sostenes y las medias. Pero le garantizo que no me embarqué con ninguna mujer. A mi manera, yo era puro. Sufría solamente una fiebre intelectual, una serie de sueños que se agotaban en mí mismo y que estaban hechos de mujeres que siempre me decían que sí a todo (lo cual resultaba estupendo de imaginar), de escenas que veía dibujadas en el aire de mi habitación y hasta de repentinas voces que me decían: «*No sueñes, idiota*»...

A veces, en la soledad del Hotel Russell, leía a Keats. Y tenía un pequeño texto de Rimbaud. Y a través de Maurice Druon y de Martin du Gard me parecía contemplar la historia de Francia, que para mí era la historia completa de Europa.

Cuando volví de Londres, el padre me dijo sencillamente: «Hala, ahora ya eres un hombre. Si me hubiesen pagado a mí de pequeño lo que te han pagado a ti, en estos momentos sería un March».

Y, con la esperanza de que yo un día lo fuese, vino en nombrarme director adjunto de la empresa.

«Comienza por arriba, hijo mío», dijo, «porque a los de abajo un día u otro los echan a la calle».

El padre, sobre todo a las horas de comer, era un humorista de alivio.

Pero ya le he dicho que la empresa, entonces, era pequeña. Era una caca de empresa. Cincuenta empleados mal pagados y, encima, solo unos veinte de ellos en nómina. Los demás, ni asegurados, ni apuntados ni conocidos. Cuando venía un inspector, aunque solo fuera para controlar los contadores de la luz, el padre se hartaba de jurar que los treinta estaban allí de visita.

Pero todo esto le hacía sentirse feliz.

Al fin y al cabo, era la obra de su vida.

Me gustaría contarle cómo estaba organizado el trabajo cuando yo empecé a hacerme cargo de él. Solo a través de eso puede usted conocernos.

En la cúspide, en las nubes donde se forman los rayos, por encima del bien y del mal, estaba el padre. Inmediatamente después mi hermana y yo. Los empleados nos llamaban a escondidas «la Santísima Trinidad».

Debajo de la Santísima Trinidad estaba el grupo de los empleados de confianza, formado por dos subgrupos: a) la gente de toda la vida; b) los mamones. Muchas veces, el grupo a) y el grupo b) coincidían en un solo individuo, que resultaba, la verdad, bien digno de estudio. También debería añadir los ilusionistas profesionales, los que deslumbraban al padre con proyectos y con informes muy bien encuadernados, escritos a siete colores, los que daban en su despacho conferencias de producción y los que exhibían, como si exhibieran el Santo Cáliz, el más ilustre invento de los *managers* americanos: el *planning*.

Más al fondo, en un nivel inmediatamente inferior a este, se encontraban los jefes de sección, en cuya elección ponía el padre un cuidado extremo, porque eran los que controlaban de cerca al elemento obrero. Debajo estaban estos: los obreros. Y más abajo aún, en una especie de fondo absoluto, los

«irrecuperables», gente digna de observación entre la cual figuraban intelectuales y técnicos que el padre necesitaba, pero de los que desconfiaba profundamente, y que eran conocidos por su ideología más o menos marxista, opuestos de una forma visceral al franquismo entonces indestructible. Ocupaban cargos importantes en el sentido laboral, pero se les tenía completamente al margen de las decisiones de la empresa.

Creo necesario decirle, aquí y ahora, señorita Jou, que entre ellos se encontraban mis mejores amigos.

¡La de veces que comentamos entre carcajadas mi viaje a Londres, mientras lo comparábamos con un imaginario viaje a Cuenca! ¡La de libros que teníamos en la pila común, la del «mío y de todos», y la de poemas de Neruda, Alberti, Huidobro y el Valverde de la primera época que leíamos en voz alta!

De esto, naturalmente, el padre no sabía ni una palabra.

El Milanés, que era de no sé qué asociación cultural, pagada por no sé quién (en España estas situaciones nada tienen de insólitas), poseía las llaves de un despacho donde podíamos disponer de una nutrida biblioteca de temas hispanoamericanos, una mesa para conferencias y una ventana desde la que se veía un pedazo de cielo. Todo esto en la plaza Letamendi, en un piso muy alto. Y a mí siempre me parecía que el cielo de la tarde, desde aquella ventana, era más puro y hasta más razonable. Nos reuníamos los jueves — porque los otros días se daban las conferencias de los no sé qué y no sé quién — y hablábamos del porvenir de España, de lo que era y no era nuestra historia, de la gente que estaba muerta para mal y de la gente que estaba viva para peor. Así nos sentíamos protagonistas bajo aquel cielo razonable.

El Milanés —que era como quien dice comunista— discutía siempre con el Rodríguez —que escribía comedias y era como quien dice anarquista—. Entre todos queríamos fundar una revista literaria, una cosa que tenía que llamarse *Viento Joven o Viento Nuevo*, y para la cual todos, en perfecta igualdad, pusimos algún dinero, pero al fin el viento —poco me importa si era joven o si era nuevo— se la llevó al diablo.

El Rodríguez dijo que, si sacaba dinero de la asociación, haríamos otra. Pero la asociación no dio ni cinco.

La verdad es que, si hubiese podido mejorar en la empresa los sueldos y condiciones de trabajo de todo mi grupo, lo habría hecho. A veces hablaba de esto con el padre, pero él siempre me decía lo mismo: que esperase y que ya aprendería.

Todos los del grupo (el Milanés, el Rodríguez, el Costa y el Prado) se veían obligados a trabajar mucho. Tenían carrera universitaria, pero ninguno de ellos había sido capaz de encontrar un trabajo mejor, y se aguantaban. Como el padre prefería tener poca gente fija y dejar hacer horas en caso necesario, todos enganchaban un turno detrás de otro. El Milanés, por ejemplo, que trabajaba de nueve de la mañana a nueve de la noche —y que se quedaba a comer en la empresa unos bocadillos para aprovechar también el mediodía—, permanecía en la mesa al marcharse todos, se comía una naranja y esto le hacía la ilusión de que había cenado y podía empezar la mar de fresco una nueva etapa. Así, hala, continuaba hasta medianoche o más. El Rodríguez hacía casi siempre lo mismo que él. El Costa y el Prado, un poco menos ahogados de dinero, no se sometían a tantos sacrificios, pero las doce horas no se las quitaba nadie. El Milanés, en aquella época, vivía realquilado, y una vez tuvo que habitar, medio a escondidas, con su familia, en una portería del Matadero. Cada vez que se duchaba necesitaba tener un perro lobo al lado, porque si no las ratas se lo hubieran zampado vivo.

A veces exclamaba: «¡Y pensar que de esto, dentro de unos años, dirán los “felices cincuenta”».

Tantos detalles me ahorran la molestia de tener que decirle que el padre pagaba muy poco. Siguiendo una tendencia que se ha ido imponiendo cada vez más después de la guerra, oprimía a los intelectuales y pagaba relativamente bien (?) a la mano de obra. Por otra parte, a los hombres como el Milanés los tenía siempre con un pie en la puerta. Ni él ni los demás del grupo le merecían la menor confianza. Muchas veces les gritaba: «¿Qué queréis con todo esto? ¿Que volvamos al 18 de julio? ¡Aquello nunca!».

Bien. Con todo esto, usted ya ha conocido la empresa un poco y no hace falta que le dé más detalles. Y, por otra parte, ha tenido ocasión de conocer personalmente a mi hermana. Está al tanto de su vida.

Mi hermana siempre había sido —desde que dejó el colegio— una mujer

fría, calculadora, y para la cual nuestra empresa lo era todo. No resulta extraño, pues, que el padre la considerara su brazo derecho, y que algunos empicados la consideraran —¿qué va a hacer uno?— un buen remedio para su bolsillo izquierdo.

Y, no crea, a pesar de su avaricia no estaba mal del todo. Cuando iba de un lado a otro de la oficina, meneaba que daba gusto. En fin, ya se lo diré claro: que ni en los bajos de la Rambla meneaban mejor que ella.

Hubiesen tenido que nombrarla jefa provincial del Movimiento.

Antes del 36, el padre había sido de izquierdas. El negocio, heredado del abuelo, era pequeño y no había, por tanto, gran cosa que perder. Cataluña, por otra parte, adquiriría una fuerza, una importancia y una personalidad que ya no dependían para nada de los clientes que sus industriales pudieran tener en Burgo de Osma. Había hombres de clase en todas las ideologías. Se había alcanzado la cima de una época, creo, en que ser catalán era una cosa importante.

El país tenía peso específico (al menos esta era la opinión del padre), y uno podía pensar como Maciá o como Cambó, o quizá como el obispo Irurita, pero lo que no podía hacer era mostrarse indiferente. Y el padre no lo era.

Organizaba meriendas con los obreros (esto ya le venía de la época del abuelo) y hasta creó una «biblioteca de empresa» con textos catalanes. Tenía también nada menos que un carné de la Esquerra con un número muy bajo.

Ahora bien, cuando las cosas empezaron a complicarse, sobre todo después del 6 de octubre del 34, se hizo la reflexión de que aquello, al fin y al cabo, podía perjudicar el negocio, y desde entonces delimitó muy bien los dos campos: en uno estaban los que favorecían a la empresa y en otro los que perjudicaban a la empresa. Esta pasó a ser su filosofía política definitiva, una filosofía muy concreta y que ya no abandonó felizmente nunca jamás.

Cuando después del 18 de julio, los tranvías amarillos fueron pintados de rojo, el padre comenzó a inquietarse de verdad. Pero no era un incauto, y dentro de las paredes de su casa resultó más revolucionario que todos los obreros juntos. A partir del mismo día 20 de julio (la sublevación en Barcelona, como usted sabe, fue el 19) corría que se las pelaba. Ganó por mano a todos. ¡No existía nada para socializar, porque todo lo había

socializado él! Nada de formar comité, ¡porque el comité ya estaba formado!

Merece la pena que le diga quiénes formaron este grupo de desilusionados incendiarios. En el comité estaban el abuelo, el padre, un sobrino y una especie de cordero pascual a quien el abuelo había apadrinado un hijo por aquello de que más claro ya no lo podía decir. A ambos, al cordero pascual y a su santo hijo, las malas gentes (que Dios haya perdonado) y los malos obreros (que siempre hay) les llamaban «el Banyes» y «el Banyetes».

Los malos obreros tampoco encontraron nada en la caja social, dado que el padre lo había comprometido todo con el sindicato, y cada semana venía un amigo suyo, vestido de miliciano, para pasar cuentas y decir que los beneficios tenían que ahorrarse de cara a la guerra; y también para advertir que, si alguien se quedaba con una peseta, la carretera de la Arrabassada, donde los anarquistas hacían la gran limpieza de los entusiastas de la Patronal, estaba muy cerca. Aquel miliciano era el padre del Milanés, y yo creo que hasta el abuelo llegó a tomarle miedo por si algún día se le ocurría hablar en serio. Pero nunca pasó nada y el dinero se quedó en casa.

Al ser llamada su quinta, el padre pudo camuflarse en los servicios administrativos de un cuartel que entonces tenía el nombre de Cuartel Vorochilov. La madre le llevaba una fiambarrera con comida muchos días, para que no tuviera que salir, y así trabajaba horas y horas hasta que lo tuvieron por indispensable. Yo creo que, en el fondo, hasta llegó a tomarle gusto a la cosa. Ningún archivo de la República llegó a estar tan bien organizado y a ser tan eficiente y leal como el que el padre llevaba. Pero todo tiene su fin, o al menos aquello lo tuvo; en enero del 39 creyó conveniente huir, porque no sabía cómo marcharían las cosas, y quizá de los primeros batacazos y de los primeros fusilamientos salvadores de la Patria no le salvaría a él nadie. Y las cosas fueron medianamente; sé que el abuelo, con tal de que el padre pudiera volver de Francia sin ningún riesgo, dio bastante dinero a uno de la bofia. Para mí que alguno debe tener todavía una casita en la costa, a cuenta de aquello.

Pero yo, señorita Jou, había nacido el año 38. Es decir, todo eso de las bombas, el silbido de las balas callejeras, y el hambre y el miedo, y los

muertos, y los desvirgues, y todo lo que cuelga, no habían existido para mí. O sea: butifarra, que decimos aquí. Corte de manga. Solo me acuerdo de que dos habitaciones del edificio de la empresa estaban medio destrozadas y de que yo corría por un pasillo muy largo, con la pared de la derecha hecha un asco. Y la madre me perseguía. Y el abuelo decía que todo aquello era una mierda, y el padre, siempre razonable, decía que ya lo reconstruiríamos, así sea, como se pide en la Misa. Y así fue.

Durante todos aquellos años del hambre y la posguerra, los negocios de nuestro ramo marchaban mal, y el padre no era lo que se dice un franquista. Su sentido de lo práctico, sin embargo, fue imponiéndose; ahora tenía tranquilidad, los obreros callaban como muertos, el sindicato como si no existiera, y de las huelgas no se acordaba ya ni Negrín. El padre se dio entonces cuenta de que todo aquello, bien cosido y empaquetado, podía ser la lotería. Poco a poco empezó a hablar del Régimen de otra manera; pero de los que mandaban aún decía, «esa gente», y los días de fiesta religiosa o patriótica hacía trabajar a los empleados de confianza porque decía que eran fiestas del Régimen. De manera que la empresa funcionaba el 18 de julio como si fuese un lunes podrido cualquiera, y quien dice el 18 de julio dice el Corpus o el Viernes Santo, o el día de Navidad por la mañana, «porque había que levantar la casa, de la cual dependíamos todos».

Hasta que el Prado le dijo que por qué no hacíamos fiesta al menos el 14 de abril, y entonces el padre se hizo de cuerpo en todos sus muertos (como dijeron los que tenían que traducir sus pensamientos del catalán al castellano), y todo aquello se acabó, y desde entonces vamos al día. Las fiestas son las fiestas, y hasta yo diría que el padre ha encontrado una especie de paz espiritual. Está de acuerdo con esta época de Franco sin renunciar a sus antiguos principios: es demócrata en el sentido de que respeta las decisiones del jurado de empresa, formado por su hermano, su sobrino, su primo más íntimo y los cuatro mamones más acreditados de la casa, presididos por el Banyetes, es decir, el hijo del Banyes, a quien Dios tenga en su gloria con lo de la cabeza y todo; es catalanista en el sentido de que *Els xiprers creuen en Déu* le gusta más que *Los cipreses creen en Dios*, y además tiene cuenta corriente en la Banca Catalana, cosa que nadie le mandaba hacer,

puesto que muy bien hubiese podido tener los dineros en la Banca Pastor; y hasta incluso es socialista, en el sentido de que, con la mano en el corazón, cree que hace mucha falta la Brigada Social.

El padre es realmente un hombre digno de estudio, como le dijo con demasiada franqueza uno de sus empleados. Y como el padre no le cayó bien la cosa, el empleado se fue a estudiarlo a un almacén lleno de carcoma y de ratas que tenemos en la calle Varsovia, con la puerta hecha un asco. Y dicen que, cada vez que la cierra, el tío se pilla un dedo.

Espero que tenga paciencia con mis cartas, señorita Jou.

ESTO les costará mucho dinero —me dijo el secretario judicial, sin importarle que le oyera todo el mundo en el pasillo del templo de la ley—. Mover una investigación de la paternidad contra gente importante del país no se puede hacer de cualquier manera, eso se lo aseguro yo. Hay muchas diligencias que el juez no autorizará y muchas personas que no admitirá como testigos. Aparte de eso, muchas pruebas no nos las dará por válidas, ¿me entiende?, a menos que ustedes muevan el asunto un poco. Esto les va a costar mucho dinero, ya se lo digo.

En el pasillo del templo de la ley, más allá de las máquinas que tecleaban y de los papeles que oportunamente se perdían, el secretario judicial me había mirado con desconfianza. Se había detenido ante el despacho que decía «Señor Juez» para darse mayor énfasis, había querido saber quién me enviaba, quién se movía detrás de mí (porque yo no era nadie), y, en definitiva, quién estaba dispuesto a pagar: qué procurador de buen nombre lo garantizaba. Dijo: «Mire, joven, no se ofenda, pero esas son cosas que solo me traen los abogados importantes, los que tienen detrás grandes firmas y grandes intereses. De todos modos, venga a verme con su procurador, pero que sea un procurador de verdad, ya me entiende, y estudiaremos el asunto».

Todo lo que yo tenía que saber acerca de la ley tan amada había quedado relegado a eso, a los papeles que se tramitan y los que no se tramitan, a las grandes firmas y a los grandes intereses, a los procuradores de verdad, que almuerzan con los secretarios y hacen oír sus palabras en la noche de los jueces. A partir de ahora tenía motivos para saber que un pleito contra una gran familia del país no prosperaría, que mis documentos no serían leídos y

que mis testigos —si llegaba a presentarlos— no merecerían más que el reproche silencioso de los hombres justos. Se lo expliqué a Mireia más allá del Arco de Triunfo, junto a la que fue estación del Norte, entre peatones acosados y bares con bocadillo de urgencia para gente de paso. Nos encontramos a la salida del edificio de los juzgados, lleno de secretarios susurrantes, edificado donde antaño estuvo el Palacio de Bellas Artes y donde quizás alguna vez se unió milagrosamente la Cataluña de los comerciantes con la Cataluña de los poetas. Creo que bajamos hablando hasta el Parque de la Ciudadela, donde nace y muere el mundo de los pájaros, y subimos hasta la plaza de Tetuán, donde empieza el mundo de los notarios. Le dije a Mireia que nunca entendería lo de aquel hombre muerto en el bar Portugal, sobre el que la policía guardaba, además, un silencio absoluto y sobre el que los periódicos no habían podido publicar más que esas breves líneas que van desde el crimen por equivocación hasta el ajuste de cuentas planeado en el bar de la querida. Le expliqué que ahora sí que estaba decidido a llevar aquello adelante, a hacer comparecer ante los tribunales a Ramón Masnou y a sacar a la luz toda aquella basura urbana. Le juré que ya estaba harto del silencio, de la complicidad de las buenas gentes que envolvían a Ramón Masnou en una red de valores convenidos, destinada a justificarle y justificar su sociedad. Por descontado que Ramón Masnou —y de eso fui consciente— habría podido decirme que con aquella actitud intentaba también justificarme a mí mismo y dar a mi vida una dimensión ética tomándole a él como pretexto. Los países y los hombres están llenos de pretextos salvadores que a veces han hundido a generaciones enteras, pero este fue solo un pensamiento fugitivo. Hubiese podido decirme que le dejase en paz y buscara otro trampolín para mi desinteresada grandeza moral, de la que mi propia clase parecía estar tan necesitada. Pero esos eran los argumentos cínicos de los retiros del Opus y los pasillos judiciales, de modo que los olvidé. Le juré a Mireia que si alguien era capaz de matar a un hombre por un asunto así, tan pequeño al fin y al cabo, yo no iba a consentir que su maniobra quedara impune ni reducida a un comadreo de fin de semana en Sitges o S'Agaró, esos comadreos donde la buena sociedad lo justifica todo. Pero también le dije que no comprendía la extraña discreción de la policía, ni el hecho de que

se pudiera matar a un hombre porque este hubiera obtenido las fotocopias de unas cartas. Le pregunté a Mireia, al menos diez veces, dónde estaba su amiga y qué relación la unía al hombre del bar Portugal, pero ella no supo explicármelo. O no quiso.

—En estas condiciones —murmuré— cualquier abogado dirá que no está dispuesto a seguir.

—Pero, ¿tú vas a decirlo?

—No, no voy a decirlo —susurré—. Al contrario, creo que hace falta que alguien mueva toda esa ciénaga colectiva, y posiblemente los hombres de mal gusto como yo no sirvamos para otra cosa. Porque no nos molesta el perfume de la porquería. Tal vez no me interese personalmente Ramón Masnou —añadí—, sino su entorno. Pero si lo que quiere tu amiga es dinero, puedes asegurarle, cuando la veas, que no va a sacar ni para el autobús. Al contrario.

—Al contrario, ¿qué?...

—Tendrá que venderse el hijo para pagar las cosas —añadí—. Aunque puedo darle una idea: a lo mejor le conviene vendérselo a su padre.

¡Era eso! Tenía que haberlo comprendido antes. ¿Dinero? ¡Naturalmente que sí! Vender el hijo a su propio padre, ¡era eso! Llevar el pleito hasta el período de prueba, ponerlo al borde del escándalo, alcanzar los límites de esa fase en que cada palabra es una ofensa y cada testigo una provocación. ¡Eso anhelaban, al fin y al cabo, Mireia y su amiga, que no daba la cara! Llevar a Ramón Masnou hasta ese límite en el que acabar los problemas pagando parece un mal menor. Y entonces, a cambio de liquidar el pleito, las puertas del cielo —o sea, de los más respetables bancos— se abrirían para las dos.

No obstante, decidí seguir, aunque solo fuera por el deseo de llegar al fin de algo que no entendía del todo. Pero mientras tanto necesitaba sobrevivir, ganar cada día para mí mismo y perder cada día un poco de mí mismo, lo que al fin y al cabo es ser un ciudadano de provecho. Había que aceptar otros encargos mucho más concretos que los padres que aún estaban en los cielos, y uno de ellos fue el de la muchacha que había desaparecido. El asunto me llegó justo por entonces. Docenas de muchachas desaparecen cada año en la ciudad, pero los padres de esta tenían un poco de dinero para gastarlo en dar con ella, para gastarlo al menos en una esperanza, y vinieron a mi despacho.

Consolándome con el pensamiento de que esa clase de trabajos los habían tenido que aceptar también los personajes de Dashiell Hammet, cobré un anticipo, liquidé algunas deudas, me hice limpiar los zapatos por un verdadero profesional y me lancé en su búsqueda.

Mientras tanto, seguía teniendo sobre mi mesa de trabajo las cartas de Ramón Masnou a Esther Jou. Las volví a repasar una a una.

5

S EÑORITA Esther Jou, 14, lunes y segunda Pascua

Usted ya habrá notado, sin duda, que todo esto que le cuento trato de verlo con la mentalidad de antes, no con la que tengo hoy. Puedo asegurarle que eso no es precisamente sencillo. Me he de detener muchas veces, mientras escribo, a pensar cómo era entonces, qué cosas me hacían gracia y qué otras no, cuáles eran mis opiniones sobre la vida, el dinero, las mujeres, los negocios y los entierros municipales. He de ajustar mi pensamiento a la vida de entonces, no a la evolución posterior que mi vida ha tenido. Con ello lo que quiero es que usted me conozca muy bien, paso a paso, ya que de otra forma estas páginas me parecerían inútiles. Si nosotros dos no hemos de conocernos bien, nada tiene objeto.

Hasta ahora le he hablado por encima de cómo eran el negocio, el padre y los empleados de este. Lo que le he dicho de la empresa es lo que honradamente entonces veía, sin ocultarle ni mis ideas ni mi carácter de aquellos años.

Ahora le querría hablar de mi hermana, que había de heredar la mitad del negocio. La María del Mar tiene tres años más que yo. Cuando volví de Londres era una chica alegre, gordita y atractiva. Hacía tilín a los chicos. Yo creo que despertaba en ellos instintos primarios todas las noches de luna llena. Milanés y Costa iban de cabeza, pero no se atrevían a nada porque era la hija del amo. La María del Mar había ido a un colegio que llamaban de Loreto, y que estaba en la Vía Layetana esquina Mallorca, donde hay ahora un enorme edificio despacho-parking-condiciones de pago. Llevaba un uniforme oscuro, un cuello blanco, un lacito encarnado y medias negras.

Había momentos en casa en que se sentaba de cualquier manera y me enseñaba las piernas hasta arriba del todo. Ni las *vedettes* tenían unos muslazos como aquellos, y encima con las medias negras. Yo me esforzaba en no mirar, en no pensar nada, en decirme una y otra vez: *es tu hermana*. Al final este pensamiento casi me hacía daño. Hubiera preferido cien veces, desde luego, que fuese mi prima.

Cuando la María del Mar salió del colegio y se desprendió del uniforme, las medias, los zapatos planos y el lacito, la proposición del padre fue esta: «o a la Universidad o al Trabajo», las dos cosas con mayúscula. La María del Mar eligió el Trabajo, porque en el colegio el lacito encarnado se le había vuelto violeta de tanto sudarlo. El padre la puso en la sección de Contabilidad Industrial, en una mesa al fondo de todo, con un plafón delante para que nadie tuviera malos pensamientos y para que nadie le espiara los muslazos, amén.

La contabilidad industrial es el único reloj del negocio, nos dijo el padre. El precio verdadero y el beneficio verdadero solo pueden surgir de ella. Tú tienes que sumar lo que cuesta todo, desde una aguja para sujetar los papeles hasta la parte proporcional del alquiler, el sueldo de los jefes de la empresa, las horas de los obreros y hasta incluso la luz que se gasta. Has de sumarlo todo y después dividirlo por las piezas fabricadas, para saber a cuánto resulta cada una. Sobre esto cargarás el beneficio (el padre siempre ha dicho que no se puede trabajar con menos del 30), la parte de amortización del inmovilizado, es decir, los edificios y las máquinas, más el interés legal del capital invertido, pues de hecho has renunciado a él al sacarlo de la caja de ahorros. Le añadirás también una asignación para el que desempeña el trabajo de alta dirección (que era el padre, claro), y el costo de las piezas que quizá no venderás, aunque luego resulta que las vendes todas. Hecho esto ya conoces el precio al que has de expenderlas, y ya sabes un poco de qué mal tienes que morir. Costa decía: «¡Y de qué bien tienes que vivir! ¡Para que luego siempre hablen de crisis en la empresa!».

Mi hermana, la María del Mar, se metió de cabeza y de muslazos dentro de aquel trabajo, y yo creo que llegó a embrutecerse un poco. Solo veía cifras durante todo el día, y a la hora de comer hablaba con el padre de cifras, y a la

hora de meterse en cama lo hacía honestamente con un tratado de contabilidad moderna puesto al día y ampliado. El padre decía que la María del Mar era un cielo y que yo, en cambio, llevaba camino de convertirme en un asno. Cuando supo que, en lugar de llevarme un tratado de contabilidad a la cama, me metía en ella con un *Traite des anormalités sexuelles avec illustrations*, se subió por las paredes y los gritos los oyeron hasta en la Bordeta. Pero apenas él había callado al fin cuando la María del Mar me dijo en voz muy baja: «Ya me lo prestarás cuando puedas». Y fue la primera vez que se me ocurrió pensar que a la María del Mar quizás ya podíamos dejarla solita.

Pese a la Contabilidad Industrial, los sueldos de garrote vil y todo lo que cuelga, los negocios no acababan de marchar bien. Era mucho por lo que se tenía que luchar después de la guerra, y el padre no quería ser uno más entre los pequeños. Contaba y contaba todo el día, y él mismo hacía a veces horas extraordinarias para ahorrarse un obrero. Pidió dinero prestado, y desde entonces arranca la decisión de constituir la empresa como una sociedad anónima.

Todo lo que le estoy contando ahora son recuerdos mezclados y quizás algo confusos, anteriores a mi viaje a Inglaterra, pero creo que usted me irá siguiendo. Y hemos quedado en que el padre fue un brillante presidente del consejo de administración de una sociedad anónima formada por la familia. El notario que nos autorizó la escritura era amigo (que Dios le haya perdonado, porque la ley dice que no puede haber pactos reservados entre los socios, y en su despacho se redactaron más de treinta), y el padre situó la sede social en nuestro piso de la calle Bailen, para que todo quedase más íntimo. El valor del piso lo anotamos con sillas y todo, y solo por casualidad no se incluyó el valor de la cama donde el padre dormía. Eso daba ante los proveedores una sensación de solvencia que nos interesaba destacar, pues el capital social quedó bastante razonable, pese a que no teníamos dinero.

Los miles de pesetas tomados en préstamo fueron devueltos poco a poco y con las necesarias cautelas. La obsesión del padre era disponer de unas buenas reservas, aunque no hubiera pagado las deudas completamente. Andaba cabreado con los impuestos, y decía que en otros sitios era diferente,

sobre todo en Francia (lo bueno, en aquellos años, siempre pasaba en Francia), y que qué lástima que uno no pudiera cambiar de nacionalidad.

—Mira por dónde —decía—. Si el tambor del Bruch, en lugar de tocar el tambor, se hubiera tocado los huevos, ahora seríamos franceses.

El abuelo bramaba que todo aquello eran solo palabras, y que ahora se podría encontrar a mucha gente dispuesta a tocarse los huevos, pero ni con lupa aparecía un tío capaz de tocar el tambor cuando hiciese falta.

Entre ellos discutían mucho de todo esto.

Yo, la verdad, después de mi primer viaje a Inglaterra, vi el porvenir bastante bien apañadito, a pesar de que el padre decía siempre que «esta gente» no nos dejaba vivir, y que para salir a flote se había de arriesgar el cuello. Por mi parte pensaba: *Muy bien, pero aun en el caso de que la empresa sea siempre pequeña, no nos moriremos de hambre. Y añadí este otro pensamiento: De modo que, hala, a vivir un poco mejor.*

Usted, ante eso de vivir bien, debe de estar pensando mal.

Y no. Le juro que no. Toda mi ilusión consistía en tener libros de esos que en España no podían entrar, formarme un criterio personal acerca de la situación en que vivíamos, pasear por las calles tranquilamente, conocer la entraña de la ciudad y hablar con mis amigos de siempre. Tampoco le ocultaré que creía llegada la hora de ir con una mujer, pero eso estaba aún en las nubes y en el aire, en el taconeo de los zapatos femeninos y en el balanceo de más de cuatro caderas ciudadanas. Era un pensamiento cochino, sutil, maravilloso e inconcreto.

De todas formas, con pensamiento inconcreto o sin él, empecé a moverme un poco en determinados ambientes. Antes de mi viaje a Inglaterra, o sea en 1956, habíamos llegado a la época en que se decía que iban a ser cerradas las casas de señoras, esas cumbres de la civilización urbana más refinada y discreta. Pero no las habían cerrado todavía, y en Barcelona se podían encontrar rinconcitos de todas clases. Usted tenía para elegir (bueno, usted no, los otros), desde los sitios hechos cisco de la calle de Robador —que eran los mismos de ahora, pero no tan a la vista— y de la calle de las Tapias —refugio del pobre obrero al que no se le levantaba con su mujer—, hasta los sitios de «niñas, al salón» de la calle de la Diputación, San Mario, Ríos Rosas

y todo lo que quiera y no quiera saber. También rodaban bastantes señoras por los cafés, con un aire entre indefenso y nostálgico, como gacelas dispuestas a dejarse capturar por cualquier tigre. Pero, a mí, ¿qué quiere que le diga?, me daban miedo a causa de las enfermedades, porque a estas señoras no las controlaba nadie, y además, en los cafés, si empezabas a guiñar ojos o a mover dedos, todo el mundo te veía.

De modo que yo no me enredé. Me avergonzaba el pensamiento de verme encerrado por las buenas con una señora que no sabría qué decirme ni yo sabría qué decirle a ella. Mis amigos, además, me habían explicado cosas que me dejaban helado. A uno, mientras estaba funcionando en una casa barata, le entró una tía vieja en la habitación y se puso a fregar el suelo. Otro me habló de los instructivos diálogos que tenía con su amiguita más o menos habitual. Ella siempre le decía: «Cachondo, que eres un cachondo». Y él: «Cachonda, que eres una cachonda». Cierta día, en el colmo de la originalidad, ella le susurró al oído: «Cachondito, que eres un cachondito». Y también he de confesarle que cuando veía de cerca a aquellas mujeres, me parecían demasiado mujeres para mí. Me asustaban un poco. Alguien me dijo: «Chico, la primera vez ves tía por todas partes». Y también me avergonzaba todo esto de desnudarme, y de la cara que pondría al salir de la casa, como si todo el mundo supiera de dónde venía.

Al contrario. Ese ambiente quizá logró que me volviera más espiritual, como reacción ante lo que veía. No quería parecerme a los tripudos que perseguían a las mujeres con mirada de perro. Y creo que usted me comprenderá muy bien si le digo que releí a Bécquer y descubrí a Lajos Zilahy. Que me emocionó una película titulada *Trigo y Esmeralda* y que empecé a salir con la hermana del Costa porque era la muchacha más digna, inteligente y espiritual que conocía.

Mis amigos eran entonces todo mi mundo. Solo cuatro amigos perseguidos por todos los reglamentos capitalistas de la ciudad. Si no teme aburrirse, le hablaré de ellos más extensamente. Para mí, Milanés, Prado, Rodríguez y Costa eran cada uno, a su manera, un trozo de historia viva de mi tiempo y de mi ciudad natal.

Milanés, que era bastante mayor que yo, me explicaba, por ejemplo, lo

que había sido la enseñanza después de la guerra, cuando Alemania se lo tragaba todo y la gente de aquí iba con camisa azul llamando hijos de perra a los americanos. Es decir, según qué gente de aquí, que luego fue más «americana» que nadie.

Milanés decía que en realidad nunca habían sido españoles. Primero alemanes por encima de todo; luego del tío Sam, de sus valores eternos y de sus bases militares en nuestra tierra, que representaban nuestra dignidad nacional.

No nos desviemos, sin embargo. Como le decía, Milanés había empezado el bachillerato después de la guerra, yendo a Can Culapi (los escolapios de Diputación) y después al instituto Balmes. Sus padres hacían un enorme sacrificio para que estudiara. Hubieran querido educarlo en Can Jesús (los jesuitas de Caspe), que quedaba unas cuantas esquinas más cerca de su casa, pero parece que allí no tenían sitio y además resultaba algo más caro. A Diputación tenía que ir desde las ocho de la mañana hasta las siete de la tarde; el bachillerato tenía entonces no sé si trece asignaturas por curso; un sábado al mes había colada con detergentes y limpieza general de conciencias en plan de confesión obligatoria, y el domingo, hala, a comulgar todo el mundo. Si faltabas, parecía como si tu padre hubiera sido de la FAI.

También los sábados había instrucción militar, y después discurso patriótico. El cura de turno decía siempre que los soldados de Franco eran los más valientes, que en Rusia todo el mundo estaba en pecado mortal y podrido de enfermedades venéreas, y que encima el comunismo lo había condenado Pío XII, el Papa más grande que jamás la Iglesia tuvo. Solo por eso, Milanés, cuando podía, se saltaba la misa.

El plan de estudios de Ibáñez Martín (que Dios no se lo tenga en cuenta) preveía siete cursos de latín y tres de griego, además de dos lenguas modernas que habían de ser, forzosamente, o el binomio francés-alemán o el inglés-italiano. Los curas ya no te preguntaban: alemán de todas todas. Únicamente un chico removiό cielo y tierra para poder estudiar inglés, y el padre rector, según Milanés, quiso saber exactamente quiénes eran y cómo vivían en su casa, no fuese que allí hubiera parientes de Durruti.

El que enseñaba francés era un pobre hombre, que se hacía llamar

monsieur Boursier, y que siempre hablaba del pan. A la que te descuidabas te ilustraba sobre los secretos de la lengua de Voltaire preguntándote: «*Quelpain preferez vous, le blanc ou l'actuel?*». Y si alguien le hablaba del pan blanco más de diez segundos seguidos, los ojos le brillaban y le hacían tilín. Hasta que un alumno, hijo de un inspector de policía, le contestó: «*Yo prefiero, je prefer le pain d'estraperlité*». Y monsieur Boursier, que no ganaba ni de lejos para acercarse al estraperlo, ya no habló nunca más del pan ni de los industriales panaderos, y mucho menos de las industriales panaderas.

El que enseñaba alemán no tenía, ni él mismo, idea de esa lengua, pero era muy buen hombre. Se llamaba padre Ortí, y a veces se descolgaba haciéndote cantar el *Deutschland, Deutschland über alles*, como «homenaje a la gran nación alemana, que está salvando la cultura». En cuanto al profesor de inglés, jamás lo había visto nadie. Se decía si lo hacían entrar por el tejado.

Milanés explicaba muchas cosas más de aquel régimen de estudios. Cuando sus padres no pudieron pagarle ya más las ochenta pesetas mensuales que en el año 42 cobraban en Can Culapi, él mismo se fue al Instituto Balmes, que estaba una esquina más arriba. Allí solo se pagaban cinco dures y había muy buenos profesores, como Aldama y Díaz Plaja. El instituto tenía también un secretario, el Villaverde, capaz de pegar un sello de un escupitajo a diez pasos de distancia. Y un bedel refugiado de Francia que siempre estaba pidiendo dinero a los alumnos, porque decía que el amo del piso le quería echar escaleras abajo.

Los alumnos —decía Milanés— tenían que formar militarmente en el patio al comienzo de la jornada. Se leía la orden del día, como en los cuarteles, y se indicaba quién estaba de semana (en el buen sentido). A continuación, bandera arriba, himnos y brazos en alto; por la tarde, brazos en alto, himnos y bandera abajo. El instructor político, Francisco Cortés, que más tarde se colocó como periodista deportivo en el *Diario de Barcelona*, decía cada mañana lo que se tenía que hacer para que España fuese grande. Cierta vez proclamó que España necesitaba cuarenta millones de habitantes y que había que trabajar mucho para tenerlos. De cuarto curso para arriba, los gritos de «¡Hala, a hacerlos!», se oyeron hasta en el palacio del Obispo. Y el Cortés diciendo que nadie le había entendido bien, y poniéndose hecho una

furia, y cagón la puta madre.

A mí todo eso del Milanés, tantos sacrificios, tantas humillaciones y tanto hambre para estudiar (porque encima pasaba hambre) me parecía un esfuerzo estéril. Qué quiere que le diga. Yo solo había estudiado comercio en la Escuela Especial, que entonces estaba en la calle Balmes, y tenía más que suficiente. Soy de los que creen que en España sobra gente de carrera. Tú vas a pedir un carpintero o un lampista, y estás listo. No los hay. Pide un ingeniero, un médico, un abogado, un químico, y no hablemos de un maestro, y el problema es tuyo, porque la cola llega hasta la frontera. El padre, además, siempre lo decía: «El talento y la cultura, en sí, no los valores nunca. Bien mirado, no son nada. Los que los tienen dicen que eso vale mucho y que no se vende. No te dejes engañar nunca: lo terrible para ellos es que no se compra».

Rodríguez también había estudiado, pero de una manera trágica. Formaba parte de un grupo de alumnos pobres, dentro del cual hasta había quien llevaba los zapatos de distinto color porque no tenía un par completo. Iba a la Universidad, trabajaba con un notario y encima escribía comedias. Le acompañaba casi siempre un muchacho rico al que llamaban «El Chordi», y que quería ser filósofo y navegante. Se había hecho imprimir tarjetas que lo proclamaban: «El filósofo marinero». Para la gente selecta tenía otras con una diferencia de matiz: «Philosophus nauticus», decía debajo de su nombre.

Todo esto venía mezclado con tardes de gris desvaído, con cines de barrio, con bolsillos vacíos, con la angustia física de no poseer a la mujer soñada. Lo que ellos me explicaban lo podía comprender porque, en cierto modo, también lo había vivido. Y el mundo del Costa y del Prado, el de la Barcelona del distrito quinto, era también un poco mi mundo.

La hermana de Costa formaba parte de aquel ambiente, de aquella Barcelona de pisos pequeños y tardes llenas de nostalgia. Cuando él aún no trabajaba en casa —Milanos y Prado ya sí—, nos reuníamos todos los sábados, al anochecer, e íbamos a charlar ahora a este café, ahora aquel otro. Desde Sants al final del Pueblo Seco, siguiendo el Paralelo, yo creo que los conocíamos todos sin saltarnos ni uno. Y los cafés eran viejos, y la gente solo hablaba de cosas que habían existido, y sus miradas estaban vacías. Y yo

pensaba que la historia de mi ciudad, la historia de su gente, era muy complicada y muy extensa. Tanto que solo algunos pocos la podían conocer y amar. Hasta que llegaba una muchacha con la cosa más sencilla, con una botella de vino para que se la llenasen, y la luz muerta caía sobre sus medias y sobre su cara, y la vida concreta de cada minuto, del deseo y de la angustia, volvía como una llama.

Isabel tenía diecisiete años, me parece. Venía a veces a los cafés de Pueblo Seco y se sentaba con nosotros, mirando también a través de la ventana, dejándose bañar por las luces grises. Y contemplaba a aquella gente que aún parecía sacada de otra época: del noviembre del 33, del febrero del 36, del 26 de enero del 39. Encontraba en nosotros la sensación del tiempo que ha existido y que todavía nos roza.

La primera vez que uno veía a Isabel, no sentía absolutamente nada. Era la Señorita Sombra. Una chica ni gruesa ni delgada, ni bonita ni fea. Como en su casa eran pobres, vestía francamente mal. A mí, acostumbrado a las exhibiciones de la María del Mar, más bien me daba un poco de pena. Era rubia, pero con un rubio mortecino y de mes de noviembre. Cuando se sentaba según cómo, notabas que llevaba las medias recosidas hasta más arriba de las rodillas. Y en invierno iba sin abrigo, para que su hermano, en la universidad, pudiera vestir como una persona.

Entendía de problemas culturales y políticos tanto como nosotros. Creo que esta fue la razón de nuestra amistad y también la razón de que me fijase en ella, por encima de su cuerpo sin relieves, de sus cabellos sin luz y de sus medias sin una chispita de *sexy*. Sí, ahora me doy cuenta de que esa fue la razón de todo.

Discutíamos de cine, de pintura. Habíamos organizado entre nosotros un cursillo de cultura catalana para saber lo que eran el Compromiso de Caspe, la Mancomunidad, el Estatuto, la Esquerra y la Luga. Lo que era esa historia de nuestro pueblo que nadie nos quería enseñar. E incluso queríamos acercarnos más a nuestro mundo oscurecido, queríamos saber bien quiénes eran Casas, Pruna, Llor. Qué se publicaba en el Fondo de Cultura Económica y qué hacían Casáis, Trueta o Picasso fuera de España.

De esto, claro, el padre no sabía ni una jota. Teóricamente, yo «salía con

los amigos», y él daba por supuesto que era para divertirme y hasta para iniciarme un poco en la vida putesca. Tenía que ocultarle que mis amigos eran Rodríguez, Prado, Milanés y Costa, es decir, empleados de la casa o gente que yo pensaba recomendar para que lo fuesen. Este último detalle, el padre, no me lo hubiese perdonado jamás. «Habla de lo que quieras y con quien quieras, pero la Casa aparte. Y ni pizca de amistad con los que tienes debajo, porque un día se te echarán encima. ¿No ves que la amistad entre el que paga y el que cobra es tan imposible como entre el hombre y la mujer? Cada uno en su sitio».

Esto me lo había dicho muchas veces el padre, en términos generales, sin saber que estas mismas palabras hubieran podido tener una aplicación bien concreta. Y había añadido: «Una vez al año —o cada dos años, para que no salga tan caro— organizas una cena de compañerismo, y esa noche ríes un poco y explicas unos cuantos chistes. Ya hay bastante».

No hay que decir que yo le escuchaba sumisamente, pero iba a lo mío.

A veces, los domingos de sol, cuando la ciudad era amable y hasta las calles lograban sonreír, íbamos al fútbol. Un domingo de verano, excepcionalmente, fui a una corrida de toros. El ambiente de la tarde, la tierna sensualidad del aire, el mismo deambular de la gente que llenaba las calles, fue llevándonos hasta la puerta de la plaza. Rodríguez y yo entramos; los otros se quedaron fuera. Y creo que nunca he pasado unas horas tan bochornosas como aquellas.

¿Qué buscaba allí la gente? ¿Arte? ¿Pero qué arte había en hacer siempre lo mismo? Me juego aquello que cuelga a que no hay tanta de naturales — idénticos unos a otros— que no acaben con el pase de pecho —siempre idéntico— en una especie de eternidad sangrienta. En fin, discúlpeme si me indigno. Y le añadiré que, si hubiese arte, este quedaría anulado por el hecho de que la materia con que se construye es el martirio de una bestia noble y a la que nadie ha enseñado a defenderse.

Por esto —cosa que no me ocurría en el fútbol— me hubiera peleado con quien fuese. Aparte de lo que había oído contar de toros sangrados, muertos de hambre, molidos a golpes o con los cuernos afeitados, lo evidente es que, después de la suerte de varas, al animal se le destrozan los músculos del

cuello y ya no puede girar la cabeza. Acercarse a él es como «jugarse la vida» arrimándose al tren, pero sin entrar en la vía. ¿Qué quería entonces la gente? ¿La sensación y la emoción de que el «maestro corría peligro»? Absurdo. En cifras absolutas y en cifras relativas, es mucho más peligroso hacer de albañil, de minero, de chófer y hasta de macarra que de «maestro» de este gremio. Uno va toda la vida a «fiestas» en la Monumental, o las Arenas, y no ve una cogida de verdad. Eso sí, los partes facultativos siempre hablan de hígados al aire, de testículos arrancados, de heridas de treinta centímetros y de «pronóstico gravísimo», lo cual no impide, cosa chocante, que al cabo de quince días el agonizante vuelva a actuar. Los médicos deben hacerlo porque así se animan las cosas de la fiesta.

El único momento un tanto peligroso es el de la muerte del toro, porque en esta excepcional ocasión el animal sí que puede embestir a un hombre que tiene de frente y no al lado, detrás del engaño, pudiendo por tanto hacer uso del cuello, que le han destrozado previamente. Los «accidentes», sin embargo, son menos probables que los que pueda sufrir un pobre tipo que esté trabajando en los cimientos de un *meublé*.

Entonces llegué a una conclusión quizá sorprendente, pero muy arraigada en mí: la gente iba allí para ver sufrir a una bestia, para hartarse de sangre. Contemplaban extasiados la ejecución de un animal porque no podían contemplar la ejecución de un hombre.

Y resultaba bien extraño que todo eso lo ligaran a sensaciones espirituales, que lo ligaran a la música, al sol, a las flores y al aire libre, cuando lo único que había era sudor de animal acorralado (la angustia terrible del toro que da vueltas y vueltas al anillo, buscando una salida imposible), sangre sobre la piel y sobre la arena sucia, el dolor de la bestia, que chillaría si pudiese, que imploraría piedad antes de su muerte inevitable.

¡Aquella petición estéril, que nadie quería ver bajo el sol de las cinco de la tarde!

Y los caballos ciegos captando la «humanidad» de la gente que chilla. Y el desuello de las reses en la penumbra miserable que hay bajo las gradas. Y hasta los jugos gástricos provocados por este pensamiento: *Mañana, parte de este cuerpo lo tendré en mi estómago.*

Todo aquello era la «fiesta».

Hube de ligarla, también sin querer, a oscuras satisfacciones sexuales de la gente. A movimientos temblorosos en los labios secretos de las mujeres, cuando la sangre corría. A pálpitos furtivos en la entrepierna de los hombres cuando el picador aprieta y aprieta hasta que la bestia, hasta que «el bicho», hasta que «el marracó», «el enemigo» y todas esas palabras de retrete, se rinde con la piel deshecha (golpecito en la entrepierna, chupada al puro, mirada de reojo).

Me avergonzaba de ser español, de que alguien pudiera creer que, por serlo, aceptaba todo aquel mundo negro. Y Milanés también estaba indignado. Aquella tarde gritó no sé qué de la madre de uno de los «maestros» (quizá le dio recuerdos) y nos expulsaron a los dos.

Quizá de eso, por contraste, me vino la afición a la soledad y a los paisajes limpios, es decir, al excursionismo. Yo creo que, además, me hacía falta aire puro, íbamos todo el grupo de amigos a ver ruinas de viejas iglesias, calles de pueblos olvidados (hasta que con el seiscientos no quedó ni una rata olvidada en Cataluña), masías antiguas y a veces solo una ventana, una puerta, en torno a las cuales estuviera posada la mano frágil de la historia.

Isabel Costa venía con nosotros. Y ella también era parte del aire, de la luz limpia, del sol, del color de la retama, de los recuerdos que albergaba la tierra. Isabel guardaba en su matriz la esperanza de un mundo mejor, y nosotros pensábamos, oscuramente, cantando y recibiendo el sol de cara (pero sin «camisa») que para la fecundación de aquel mundo el semen había de ser nuestro.

6

PERO ES posible que se pueda ir tan directamente al asunto? — preguntó la chica, apoyando las manos en la barra—. No hace ni cinco minutos que estamos aquí, tomando una copa, y ya me ha hablado de lo que le gusta mi culo. ¿No se da cuenta de que esa no es manera de empezar?

Yo escuchaba aquella voz baja, susurrante, que se confundía con los otros rumores del bar. No recuerdo la hora que era, pero por las puertas cargadas de vaho entraba la noche. Hice una mueca y cambié un poco de posición para oír mejor, simulando indiferencia, lo que ella le estaba diciendo a aquel tío.

—Es verdad que trabajo en esto —estaba confesando la chica en voz baja, creyendo que no la oía nadie más allá de la barra—, pero está muy equivocado si cree que soy una profesional y que hago precio con cualquiera. Oiga, con cualquiera no, y perdone. Aquí solo vengo para encontrarme con un par de amigos fijos, que no es lo mismo. Además, voy a serle franca: ya sé que tengo demasiado gordo el aparato de sentarme, y me molesta que me lo digan. Por ahí no va usted bien.

El tipo que estaba con ella hizo un gesto confuso y se apartó silenciosamente, mientras vaciaba su vaso. Yo me aparté también. No tenía motivos para sentirme optimista; en aquel bar iba a recoger sencillamente otro de mis fracasos, y yo lo sabía.

Sin haber podido encontrar aún a la muchacha desaparecida cuyos padres me visitaron en la calle de Lauria, había recibido otro encargo similar, aunque este parecía un poco más vidrioso: la nueva chica a la que tenía que buscar parecía inclinarse hacia la mala vida; era un asunto triste y turbio como tantos

otros, un asunto de esos que solo me podían venir a mí.

Trabajos de esa clase me han llevado muy pocas veces a las ventanillas de los bancos, pero me han hecho entrar en pensiones empapeladas por última vez en los años cuarenta, en habitaciones donde los niños orinan contra la pared y en comedores de luz plomiza donde parecen acechar los viejos sin esperanza, creyendo de todos modos que antes de que mueran les devolveré la compañía de sus hijos o les arreglaré el asunto de su pensión. También me ha llevado a bares como este, donde las chicas hablan de lo respetables que son sus posaderas. O a hoteles silenciosos y pequeños donde un día hubiera podido situarse una historia del inspector Dan, hoteles donde los camareros han muerto y donde por fuerza ha tenido que haber un suicida a la altura del tercer piso, y a la altura del segundo una vieja que aún fornicaba. Esto, que hubiera podido tener gracia a mis veinte años, me producía ahora una infinita tristeza. Pero tenía que seguir.

Mientras veía a las otras mujeres llevarse al contiguo *meublé* tios de aspecto más bien abatido, atrapados como estaban por un pene en el que no tenían demasiada confianza, recordé de nuevo las palabras de la mujer que me había encargado el trabajo, las palabras rápidas de Elisa, mujer decente donde las haya:

—Tienes que encontrar a mi hermana Tere y lograr que no pierda su trabajo en la Hispano Olivetti. Ha desaparecido de casa hace dos semanas.

Entretanto Elisa, mujer decente donde las haya, estaba conmigo en la cama, pero yo sabía que no lo hacía por vicio, lo cual hubiera sido perfectamente vituperable, sino que lo hacía —y esto está dentro de la más lógica moral del país— porque sabía que luego yo no podría cobrarle una peseta.

Y la única amiga de la desaparecida Tere que había podido encontrar después de una serie de investigaciones, era la chica del trasero estallante, razón por la cual yo estaba en aquel bar donde se daban la mano la derecha tolerante y la izquierda no comprometida. Muchos abogados, que tampoco llegarán al Supremo, se ven envueltos en esa clase de trabajos, tan ambiguos como el sexo de un gay, porque evitar que Tere llegase a perder su trabajo era, al fin y al cabo, una tarea de leguleyo, pero encontrarla en la inmensa

ciudad era una tarea de cabrito.

Yo esperaba que la chica de la barra, a la que acababa de oír hablar, me llevase a la pista de Tere, que al parecer seguía el mismo camino de las barras a media luz y las habitaciones a horas convenidas. Por eso estaba allí, escuchando y esperando una oportunidad para abordarla, oportunidad que se presentaría cuando acabara de largarse el tipo que encontraba tan interesante su espalda.

Pero las cosas se me pusieron mal.

Un hombre de mediana edad entró.

Era uno de los fijos, *I suppose*.

Le hizo una seña discreta y la chica separó su copa de la barra mientras decía con un desdén al que la había invitado:

—*Ciao*.

Se me convirtió en humo. Desapareció con el fijo. Seguro que se habían metido en el contiguo meublé, y eso no me dejaba más que dos opciones: o esperar allí a que saliese (suponiendo que luego no se fuera a hacer el resopón con el pájaro) o meterme en el *meublé* yo también e intentar que le pasaran recado de que necesitaba verla más tarde. Como no me gusta esperar a que las cosas ocurran, elegí la segunda opción, la cual suponía, sin embargo, buscar una compañía femenina. Por ahora no se ha inventado en esos hoteles la delicadeza de permitir que uno se excite en su propia soledad.

Eché un desolado vistazo.

Solo una mujer, a la que nadie hacía caso, ocupaba un lugar asequible en la barra. Era madura, bajita, hostil, y repartía por turnos miradas de desconfianza. Me acerqué y le dije que solo quería estar unos minutos con ella, pero sin hacer nada (las frustraciones no me han quitado el buen gusto), pese a lo cual le pagaría igualmente lo que tuviese establecido. Pensando que era un maniático, un impotente o un *voyeur* que ni siquiera se atrevía a ser *voyeur*, se encogió de hombros y me dijo que, mientras pagase, podía hacer lo que me diese la gana en la habitación, incluso meterme un palillo en el ojo. Era una mujer profundamente desagradable, pero salimos del bar los dos, camino de uno de esos *meublés* que han abierto de nuevo después de la última represión franquista, un edificio gris, en cuyo fondo brillaba una

lucecita azulada.

Quizá tuviera suerte, después de todo. Quizá los propios camareros podrían decirme algo sobre la amiga de la Tere o sobre la Tere misma, que de vez en cuando debía dejarse caer por allí. Los camareros lo saben todo acerca de las mujeres habituales y de sus clientes más o menos fugitivos, y abrigo la sospecha de que siempre están cachondos de tanto como llegan a saber.

Pero la verdad estricta es que yo no había elegido a la Marcelina solo por eso (encima la tía se llamaba Marcelina). Lo había hecho, saliendo del bar lo antes posible, porque acababa de ver entrar al Prado, un Prado desorientado y tímido, buscando con los ojos a alguien. Su mirada medio asustada, medio mezquina, atravesando el vacío del bar, llegaba desde el fondo de un tiempo que solo a él le pertenecía; no todos los hombres tienen tiempo propio, maldito sea el nacimiento del Prado, porque la mayoría son hijos de un tiempo colectivo que no les pertenece. El Prado sí que lo tenía; por eso su mirada era la única cosa que valía la pena en el bar, y yo el único que sabía apreciarla delicadamente.

Y en el *meublé* me esperaba la penumbra, me esperaban las puertas numeradas, las camas que crujen, las cortinas color violeta, los bidés donde resbala la piel de los otros. Me esperaba también la sorprendente visión del general (medallas con cintas blancas y rojas, sanhermenegildos y cruces del sufrimiento guardadas en un armario opaco) que avanzaba de paisano sobre la alfombra del *meublé*, creada para personas que en ese momento concreto no existen. Le molestó visiblemente encontrarse conmigo y la Marcelina (y eso que él aún no sabía que se llamaba así), porque la norma no escrita de los *meublés* es que los pasillos se encuentren vacíos; quizás en Barcelona no se puede elegir ahora tanto como antes, y esas cosas ocurren. El general había dejado a la mujer en la habitación, última astucia infantil para que no le relacionaran con ella, y para que pareciese así volver del fondo de un sueño solitario y a lo mejor puro, y a lo mejor idiota, como los sueños de los que se masturban ante los espejos. Cruzó sin mirarme, con la convencional idea de que yo tampoco le miraría a él, según la vieja norma de los *meublés* y de las iglesias, pero yo ya le había reconocido porque su retrato aparecía a veces en la prensa. Juro, sin embargo, que hubiera tratado de olvidarlo, que no hubiese

dicho nada de él (excepto a los amigos que odian a los generales, excepto a los clientes ante los que uno presume de saber, excepto a las chicas que te han de creer un hombre de mundo) de no ser por aquellos balazos que llegaron desde el fondo del pasillo y parecieron romper el cuerpo del general por la mitad. De no ser porque vi saltar la sangre. Porque me acordé entonces, en fracciones de segundo, del Prado y de la putita del amplio culo, que seguramente no estaban allí por casualidad, sino que tendrían que ver con los disparos. Y porque la Marcelina y yo (también era mala suerte) fuimos los únicos testigos de aquel torbellino imposible.

S EÑORITA Esther Jou, martes

Aquella era la época, señorita Jou, en que el padre acababa de decidir que en su casa solo quería gente que hubiera hecho de nuestro negocio el motivo y el objeto de su vida, como en otro tiempo lo hizo él mismo.

Ya quedaba lejos aquella época más o menos entrañable de la empresa sacada adelante con amigos y vecinos, tal como en el fondo le gustaba al abuelo. Ahora nos habíamos convertido en una «empresa importante», y la importancia tiene sus propias razones y su propia moral. Por esta causa tuvimos el padre y yo los primeros choques.

Todo empezó con el aumento de sueldo en favor del Grajales. El Grajales era un empleado de los de cajón de sastre, que hoy trabajaba en el almacén y mañana cuidaría de las tarjetas en el reloj marcador para ver los que habían llegado tarde. En la época de la muerte de su padre, a quien le dio el patatús en Cáceres, el Grajales ayudaba a hacer inventario, y el padre (el mío, es decir, el vivo) le había advertido que pusiese el mayor cuidado. Pues bien, para no faltar ni tres días, el Grajales no fue al entierro del padre (es decir, el muerto). Y el mío, que no esperaba tener el patatús ni mucho menos acercarse por Cáceres, le aumentó el sueldo y me dijo que hombres como aquel ya no se encontraban.

Nunca habíamos discutido por estrictas razones de trabajo; aquella vez fue la primera.

Le dije que un hombre que no respetaba a su padre tampoco respetaría a su amo, y que si una persona no tenía principios para una cosa así, no los

tendría para nada. Y que con una gentecilla como esa en la Casa, él acabaría no muerto en Cáceres, pero sí colgado en la Barceloneta.

Inútil.

El padre me contestó que yo era aún demasiado joven, que estaba cargado de puñetas, y que si no podía entender que un hombre apreciase más que nada en el mundo su trabajo y la Casa donde se ganaba el pan, nunca haría nada decente. Que la empresa siempre marcharía bien sobre los hombros de aquellas personas, mucho mejor que sobre los pensamientos del Prado y del Milanés, que el día menos pensado me cortarían los huevos con una bayoneta en la célula del Partido. O se irían a trabajar a otro sitio. Y, si no se iban, peor para nosotros, porque entre todos teníamos que estudiar la manera de quitárnoslos de encima.

Aquella discusión me dejó realmente desengañado. Ahora bien, como todas las cosas malas, tuvo una parte positiva: me sirvió para ver con claridad la manera de trabajar del padre.

Detalles que me habían pasado desapercibidos hasta entonces, ganaron una singular importancia. Por ejemplo, el padre tenía un portero en la fábrica, pero no deseaba que el portero y la portera tuviesen porteritos. La vivienda, facilitada por la empresa, era de una sola habitación, y el padre no quería quebraderos de cabeza. De modo que, antes de darle el empleo, hizo examinar al portero, y solo cuando el médico le dijo que con tíos como aquel el mundo se acababa, y que a las tías como su mujer no se las fertilizaba ni con manguera, admitió a la pareja. El portero quizá sí que tenía aquello que los curas llaman la *impotencia generandi*, o sea, que de espermatozoides andaría muy mal, pero lo que es impotencia de la otra no la tenía ni de lejos. El manso iba de cabeza detrás de las chicas, sin que le hicieran puñetero caso, naturalmente. Desde su garita les espiaba los muslos cuando subían por la escalera, y yo creo que algunas noches le tenía que doler a la fuerza el cuello. Peor para él.

Cuando un trabajo era muy urgente, el padre hacía formar la cadena. Por ejemplo para los paquetes. Un obrero cortaba el papel, otro hacía el paquete, el tercero lo ataba, etcétera, y así iban más aprisa, cosa ya sabida desde los tiempos del venerable Adam Smith. Pero el padre, que era más listo que

Adam Smith, daba bajo mano dinero al primer miembro de la cadena para que fuera más aprisa, para que corriera mucho aunque dejase el papel perdido de sudor y de babas; y si los otros no eran capaces de seguirle, les clavaba una sanción por falta de productividad. A los encargados les explicaba que aquello no lo había inventado él y que, después de todo, aquello era el progreso, te guste o te joda, y que el sistema estaba sacado de hombres tan importantes como el señor Ford y el señor Taylor, y que sin ellos no existirían cosas tan insignes como la Metro Goldwyn Mayer.

El padre decía que con ejemplos como el de la Metro le entendía todo el mundo. Ahora bien, lo que los encargados explicaban a los obreros para que ellos también le entendiesen, eso no lo he sabido nunca.

Milanés decía: «Que sea así es un mal asunto. Pero peor resulta aún el que no tenga confianza en nadie».

Era cierto. El padre pedía a A que vigilase a B, y a B que vigilase a A. Había inventado un complicado sistema de responsabilidades y divisiones del trabajo en virtud del cual todo el mundo podía cargarle el muerto al compañero de la mesa de al lado, y el de la mesa de al lado a él, y el resultado era que todos los trapitos salían al sol, que se la cargaba todo Dios y que allí no había nadie que no deseara, como mínimo, unas purgaciones culeras al otro. No he visto jamás un sitio tan cargado de vigilancias, delaciones y zancadillas como llegó a ser nuestra casa cuando empezamos a ganar una peseta. La mitad de la nómina se pasaba el tiempo defendiéndose de la otra media. Todo aquel que quisiera llegar arriba ya sabía lo que tenía que hacer: en vez de trabajar, dedicar su tiempo a decir que la empresa no podía marchar sin él, y que en cambio los otros eran unos buenos profesionales y unos buenos compañeros, pero en el fondo unos hijos de puta que no tenían verdadero interés por nada, que sorprendían la buena fe del amo, lo estrangulaban, le chupaban el dinero y encima se le querían tirar a la hija.

Cualquier informe o papelito que llegara a manos del padre, había que adornarlo con cintas, colores y encuadernaciones de plástico para causar buena impresión. Los inventos que sus empleados tenían para demostrar iniciativa eran manicomiales, y mientras los maquinaban, la faena no se hacía. Pero la verdad era que solo los empleados de esa clase llegaban a

sobresalir, y su ejemplo y la noticia de sus éxitos se propagaban de un lado a otro de la casa. La táctica de toda esa gentecilla delante del padre era decir que sí siempre que les mandaba cualquier cosa, pero después no la hacían. Yo creo que, desde que empezó a tener los bolsillos llenos, el padre no escuchó una sola verdad. Tenía que apuntárselo todo, porque sabía que de otro modo se lo rifaban. Y ponía empleados para vigilar a los otros empleados. Y así el trabajo de uno tenían que hacerlo cuatro.

Yo, como espíritu —digamos puro—, me di cuenta de todo aquello y me dije que era muy sencillo terminar con tantos quebraderos de cabeza. Fuera, por ejemplo, los que solo servían para hacer la gara gara. Fuera los que se pasaban la vida inflando papeles para dar la sensación de que trabajaban. Fuera los que tenían varices en la lengua de tanto usarla para chupar. Fuera los controladores de los que controlaban. Lo único que hacía falta era esa cosa tan sencilla y que al mismo tiempo parecía tan milagrosa: gente que trabajara.

Según mis cálculos, eso tan importante no lo hacía ni el cuarenta por ciento de la nómina.

He de confesarle, sin embargo, señorita Jou, que este no fue, ni mucho menos, el criterio del padre.

Él decía: «En primer lugar, estoy ganando bastante dinero. En España hay tranquilidad y paz, y los negocios marchan. No nos arruinaremos por unos cuantos duros de más en la nómina, si con ellos compramos nuestra seguridad».

En términos contables aquello era cierto: el negocio marchaba. Los sueldos bajos tampoco hundían a la empresa.

«Segundo asunto», decía el padre: «El trabajo se puede hacer de un tirón si uno realmente lo necesita y se empeña. No es que le quite importancia, no, puesto que vivimos del trabajo. Pero lo que no se puede crear de un tirón es el espíritu de una empresa. Es una labor de años. Crear gente que solo viva para ti, que piense como tú quieras que piense. Crear hombres solo para tu empresa, controlarlos hasta en los menores detalles. Tener a los hombres en la mano como tienes a las máquinas. Este es un trabajo difícil, que llena toda una existencia y llegarás a valorar un día».

Me di cuenta, con el tiempo, de que el padre había hecho de esta labor de que hablábamos el objetivo de su vida y de su empresa, lo cual es, al fin y al cabo, emplear dos palabras que significan lo mismo. Otro objetivo inseparable de este primero, era, por supuesto, llenar el bolsillo cuanto antes mejor, pero de esto no hace falta que hablemos, señorita Jou, porque se da por sabido. Yo no puedo decirle ahora a cuántos hombres creó de nuevo el padre a lo largo de su vida, cuántos hombres que —de no haber sido por él— quizás habrían mirado al sol, y estimado a un perro y comprendido el mensaje de unas briznas de hierba; cuántos hombres habrían sabido distinguir las estaciones del año sin las ventanas cerradas y cuántos habrían amado a su mujer una noche que no fuera sábado. Pero esta es una historia larga y además una historia de almas muertas que no le puedo explicar. Prado, Rodríguez, Milanés y Costa no querían ser creados de nuevo, y por eso iban cada vez más cortos de fondos. Era su precio. Lo que el padre se preguntaba de vez en cuando era cuánto tiempo podrían pagarlo aún, antes de resignarse al pequeño y angustioso milagro de ser creados por sus manos con el barro de la empresa.

Como ya le he dicho, yo salí una larga temporada con la hermana de Costa, ni gruesa ni delgada, ni fea ni bonita, con el pelo de un color muerto y la ropa recosida.

Yo, ¿qué quiere que le diga?, en esto de los vestidos de las chicas siempre he sido un poco maniático.

Si al deseo le quitas la fantasía y la ilusión, queda bien poco. Quizá soy un imaginativo, pero el instinto es una fruta que cada uno ha de adornar y comer a su manera. Y a mí todos aquellos vestidos limpios, pero un poco resobados de Isabel, me quitaban la ilusión, sobre todo comparándolos con los que llevaba la María del Mar. Esto le demostrará que salía con ella por motivos puramente espirituales, lo haya creído o no hasta ahora. Era como si llevase al lado a uno de mis amigos.

Isabel leía a los poetas más o menos prohibidos, claro, pero no solo a ellos, sino también a los economistas del otro lado de la calle, empezando por Lassalle, siguiendo por Marx y acabando por Proudhon, en el sentido en que a Proudhon se le pueda llamar economista. A mí este último me hacía mucha

gracia, porque era el que más pelotas tenía. Isabel decía que nuestra empresa, por ejemplo, era una cosa común, un esfuerzo conjunto del capital del padre, la dirección de los técnicos y el sudor de los obreros. Y que no existía razón para que la sociedad anónima fuera propietaria por siempre jamás, y que el dinero del padre resultara útil, rentable, permanente, de modo que existía al cabo de los años, mientras que el sudor de los obreros fuese una cosa estéril, perdida, que se consumía en el momento de nacer, sin dejar ninguna permanencia, ninguna seguridad. La Isabel, sin embargo —y continuó con ella—, no leía tan solo a los economistas barbudos; como le digo, también leía a Baudelaire, y entre los españoles a Guillen y a Salinas. Y asistía a reuniones literarias en que eran escuchados con devoción poemas actuales de Rodríguez Méndez, y otros no tan actuales, como los de Carmen Sénder. Y todo eso con la ropa vieja y los bolsillos vacíos. Aunque a veces se daba cuenta de que estaba en un callejón sin salida: «Te lo juro... Es bien triste, pero ya lo sé. La España de nuestros pensamientos es una España que no existirá nunca».

Y existía. Sí que existía, pero solo en forma de cenizas. Hombres que habían salido de la cárcel y volvían a su viejo barrio, a la ventana conocida, a la perspectiva lejana de su infancia. Hombres que habían luchado en el frente y todavía hablaban de él. Hombres que creían que no todo consiste en ganar pesetas para aplastar con ellas al compañero. Hombres de ojos vacíos, arrastrados por la guerra, el exilio y el hambre; sombras del Pueblo Seco, de San Martín, sombras de las esquinas muertas; las últimas sombras de los viejos bares de la calle de Blay, los viejos bares de Conde del Asalto, antes de que todos se llamaran l-X-2. Una sombra en un cristal y un grito cada vez más lejano: todo eso era.

Muy bien, señorita Jou. Perdone. Creo que me estoy yendo del tema.

Todo eso de Isabel coincidió con la compra del chalé familiar en la Costa Brava, concretamente con las cercanías de Tossa. Si no lo he mencionado antes es porque lo de mis amigos y su crisis moral me parecía más importante. Pero la verdad es que por entonces el padre ya andaba buscando alguna cosa «de categoría», y al fin la encontró.

El chalé de Tossa es ahora muy grande: tiene diez habitaciones, garaje

para cuatro coches, piscina, terraza y jardín. Pero, cuando el padre lo adquirió, no era así ni mucho menos; hemos estado haciendo reformas y ampliaciones todos estos últimos años. Ahora bien, incluso antes de hacer obras era ya uno de los chalés más bonitos de la Costa Brava, dejando aparte los de S'Agaró, que a mí me parecieron insuperables y Milanés decía que eran la coña.

Recuerdo que fuimos a verlo allá por los últimos días de mayo. No hace falta que le diga cómo quema el sol ya en este mes, cuando todos empezamos a pensar que España tiene un motivo más para ser una prolongación de África. Pero la Costa Brava estaba maravillosa aquel día. Me vino a la memoria aquello de *Cançons de rem i de vela*, del Sagarra o de no sé quién. El padre nos llevó a la finca en barca, dado que por tierra aún era difícil llegar a ella, y también porque el chalé causaba más impresión desde el mar, encaramado a las rocas y hendiendo las olas como la proa de un navio. Tenía un gran pórtico, una fachada muy blanca y puertas de madera noble y vieja. El tiempo dormía en aquellas puertas, en aquellas piedras que yo imaginé enseguida con su pequeña historia, cargada de años, de olor a mar y de perfume a pinos añejos. En el jardín de la casa había, en efecto, árboles centenarios, un reloj de sol y unas gárgolas que cantaban a la lluvia. Había también allí, flotaba en el aire, una extraña sensación de olvido.

El padre compró el chalé a un poeta, que lo había heredado años antes. El poeta, durante un par de lustros quizá, fue poniendo estatuas en el jardín, escribió nombres de mujer en las piedras, los grabó en los árboles, dejó crecer la hiedra. Al vender todo aquello, el poeta salvó su estómago y perdió su alma. El padre, que tenía el estómago y el alma ya salvados, lo cambió todo enseguida: «Aquí haremos un porche bien grande. Aquí habrá una piscina en forma de corazón, como vi en el cine el mes pasado. Aquí dormirán las chachas».

Pese a estar en la empresa, yo no creía que el padre ganase ya tanto. En este sentido iba bastante despistado y sabía bastante menos que la María del Mar. La cantidad necesaria para la compra de aquella maravilla debía haber sido fabulosa (según mi criterio de entonces), y no hablemos ya de las reformas que iban a hacerse. Si tenemos en cuenta que el padre era muy

amigo de constituir reservas para garantizar el futuro de la empresa, podía imaginar yo entonces lo que significaban sus beneficios. Y eso que siempre decía que las cosas marchaban mal, y que el próximo 18 de julio «de esta gente» no podríamos abonar la paga extra.

Un par de docenas de hombres empezaron a moverse por la casa a partir de la semana siguiente. El padre hacía marchar el dinero que daba gusto. Todo estaba terminado con los calores de julio, cuando la gente que sabía y podía vivir (eso del «dominguero» y el seiscientos aún no se había inventado) llenaba Lloret y Tossa discretamente. Lloret y Tossa eran entonces el punto de cita de los hombres más ricos y las mujeres más hermosas, eran el premio para una burguesía que siempre había sabido salir a flote y ahora disfrutaba de las cuentas corrientes más cargadas y de los culos mejor contruidos de Europa. Claro que del dinero y de los culos todavía me mantenían apartado respetuosamente.

Prado y Milanés vinieron un domingo a verlo todo.

Las obras estaban iniciadas solamente.

—Es realmente extraordinario —dijo Prado—. Yo no cambiaría nada.

—¿Quieres decir que lo dejarías tal cual?

—El jardín tiene ambiente, tiene poesía. Hoy ya es muy difícil encontrar un sitio como este. No os atreváis a destruirlo.

—Pues mira, aquí ya empiezan a horadar para una piscina.

—¿Y arrancaréis este árbol?

—¿Qué tiene de particular?

—Mira. Hay grabados un nombre, y sobre todo una fecha: 1910.

Era verdad. En el tronco se veía todo lo que decía Prado: «Marta, 1910». Recordé vagamente, de una manera lejana, que la madre del poeta que nos había vendido la finca se llamaba Marta. Todo aquello era un trozo de su vida, un trozo de su pasado confiado a la guarda del hijo y a la caricia del tiempo. «Marta...». El nombre me traía como una remembranza lejana, una remembranza que ya no estaba hecha de sangre y de silencio, sino de viento que huye. Pregunté un día después al padre qué haríamos con aquel árbol.

—*Que se'n vaixi a can Titet* —me contestó en nuestra lengua. O sea: que le den por el saco.

Lo talaron muy poco después. En los alrededores de la piscina ya no habría nunca más viejos y nobles pinos, arenosos y tozudos. En su lugar plantamos unos árboles llorones que nunca he sabido qué otro nombre tienen, pero cuyas hojas flotaban en el agua, la acariciaban, le daban una especie de vida misteriosa y tierna.

Era hermoso morderlas mientras uno flotaba, mientras miraba al cielo, abandonándose entre ellas a una sensación de no-ser y de blanda lejanía.

A pesar de esas bellezas materiales no puedo asegurarle que el primer verano fuese del todo agradable. Salías de la piscina y te encontrabas con un peón que casi te echaba yeso desde el tejado; ibas a ducharte al cuarto de baño, se abría la puerta de golpe y entraba un tío con un ladrillo en cada mano; el coche del padre lo rayaron dos veces (yo creo que con toda la intención) los camiones que se llevaban los materiales de derribo.

Aunque las obras importantes estuvieran ya terminadas en julio, la coña de los pequeños detalles duró todo el verano. Era un lío.

El segundo verano ya resultó diferente. El chalé estaba del todo terminado, y era una auténtica joya. El padre situó en él a tres criados, uno de ellos el Ramón, que en la empresa había sido toda la vida una especie de cepillo-lengua, un hombre sin aspiraciones y en el fondo sin malicia. El Ramón le limpiaba los zapatos al padre, le llevaba el periódico a la mesa, le cepillaba el abrigo y el sombrero y perdía el culo cada vez que le mandaba a comprar tabaco. A raíz, de lo del chalé, pasó a formar parte de nuestro servicio más íntimo. Dos hombres más (luego fueron dos mujeres) cuidaban con él de todo lo que nos podía hacer falta.

Por aquella época fue cuando empezaron a edificar en serio en las cercanías. Nosotros estábamos rodeados de bosque y protegidos por él, pero más allá de los árboles los chalés crecían como setas. El paisaje limpio que había descubierto el padre fue convirtiéndose en una pequeña ciudad de gente con dinero, y entonces empecé a pensar que España estaba llena de fabricantes y de gente de empuje, y que los hombres nostálgicos de los cafés del Pueblo Seco nunca harían nada más importante que mirarse el ombligo e inventar el yoga. Y que sus intelectuales —la especie de espuma volandera que surgía de toda aquella tristeza—, los Milanés, los Prado y toda la

pandilla, se estarían mordiendo las uñas hasta la santa hora de morir.

Durante la época en que yo rumiaba todo esto, llegó la temporada de los incendios. Con el calor del verano, con la sequía, se quemaba todo. El mar estaba delicioso, pero junto a él, la tierra abrasaba. Por la noche, el resplandor de los incendios en los bosques daba un no sé qué de encogimiento en los nervios. No' pensábamos, sin embargo, que a nosotros el fuego nos pudiera llegar también.

El incendio que me había de enseñar definitivamente quién era mi padre se produjo de noche, repentinamente, comenzando por un chalé en construcción que había a un centenar de metros y que no tenía guarda. Como nadie se dio cuenta hasta que ya era tarde, el fuego, ayudado por el viento, lo invadió todo. Nosotros tuvimos que salvarnos a través de las ventanas. Salimos todos, menos el Ramón.

El padre le había mandado que se quedara. «Tiene que haber alguien para vigilar el fuego desde dentro. No se asuste, porque enseguida le mandaré ayuda. No dejaré que le pase nada».

Y el Ramón se quedó.

Cuando una verdadera multitud, llegada desde Tossa, desde Lloret y del mismísimo Sant Feliu, rodeaba la caleta, el padre se puso a gritar pidiendo que salvaran su casa porque había quedado un hombre sin poder salir.

Todo el esfuerzo de la multitud se volcó sobre nuestra finca, que era la única donde una persona corría peligro de morir. Las otras estaban deshabitadas o con sus moradores a salvo, y acabaron de mala manera, quemadas hasta los cimientos. La nuestro no perdió en total más que un ángulo del garaje y un par de docenas de árboles.

A la mañana siguiente, el padre entregó al Ramón, que todavía estaba de color verde, cuatro billetes de quinientas pesetas.

Yo pasé dos días sin abrir la boca, mientras que por las noches, al contrario, era incapaz de cerrar los ojos. Al tercer día le dije al padre:

—Tu idea para salvar el chalé y que se jodiesen los otros fue digna del diablo. Sobre todo por la rapidez con que la pescaste al vuelo. Pero, ¿y si hubiese salido mal? ¿Y si el Ramón se hubiera quemado? ¿Qué habrías hecho?

—No podía quemarse. Yo sabía que no le pasaría nada.

—Pero, imaginémoslo. ¿Y si hubiera muerto?

El padre me respondió muy serio:

—La empresa no le hubiera olvidado nunca. Habría nombrado a su hijo mi hombre de confianza.

8

NO RESULTA agradable que a uno le llamen a jefatura, y menos cuando uno es un leguleyo con sus cuatro pretensiones íntimas, cuando uno tuvo un sobresaliente en Penal y otro en Filosofía del Derecho, cuando has repartido tarjetas con tu nombre para que la gente crea en ti y hasta algunos notarios te dicen que los borradores que les llevas no huelen mal del todo. En jefatura cualquier policía chuleta te trata de tú por el simple hecho de que el informe dice que te atraparon en un *meublé*, y cualquier jefe del grupo te hace esperar con los chorizos, con los tocadores del dos, con tomadores de culo que no se pueden ni sentar, con cobradores de autobús que han ido a las Ramblas vestidos de lagarterana porque han descubierto que esa es la vocación de su vida. Te hacen pasar horas en un banco con alborotadores apestosos, oliendo democracia como dicen ellos, y cuando al fin te reciben en el despacho empiezan por preguntarte si un abogado como tú se gana la vida, sabiendo muy bien que no. Luego se ríen, se ponen en plan de buenos chicos, te dicen que ellos también iban para abogados pero se retiraron a tiempo, y te dan el pésame.

A mí me traían loco con lo de la muerte del general en el mueblé, puesto que era casi el único testigo presencial del hecho. Después del primer interrogatorio, que fue muy largo y prolijo, me citaban por teléfono casi cada día y me hacían pasar por despachos donde lo mismo encontrabas a un pecé internacional que a un travestí que ahorrraba para operarse y comprarse un virgo, o una puta que preguntaba por su hermana monja. Pero a mí acababan encerrándome en habitaciones distinguidas desde las que se oían los rumores de la Vía Layetana, me presentaban a discretos funcionarios que habían

venido con todo pagado desde Madrid, me sentaban ante los retratos desde los que el Rey miraba al futuro fijamente. Me hacían siempre las mismas preguntas:

—¿De qué conoce al Prado?

(En los despachos de arriba me trataban de usted).

—¿Qué hacía el Prado en aquel bar?

—¿Sabe a quién buscaba?

—¿Llegó él a entrar en *meublé*?

—¿Para quién trabaja?

Yo creo que todas las respuestas ya las conocían, pues el Prado había sido interrogado y detenido; pero yo les contestaba con sinceridad y siempre lo mismo, procurando no contradecirme en el menor detalle:

—Naturalmente que sí. El Prado trabajó para los Masnou; no estoy seguro de si sigue o no trabajando. Es, o fue, un empleado en el que nunca tuvieron demasiada confianza, porque lo consideraban rojo, y encima resulta que lo es. Ahora las cosas han cambiado, pero las empresas, ya lo saben ustedes, siguen en el fondo con la misma mentalidad de antes. Los rojos les molestan.

—Naturalmente que sí. Yo estaba en aquel bar para un trabajo de mierda, y perdonen la palabra («no se preocupe, hombre, no se preocupe, estamos en familia»), un trabajo de esos que ningún abogado pasable aceptaría. Como me dedico a asuntos de familia, desde herencias a incestos, pero más incestos que herencias, me encargaron dar con una chica que había desaparecido, la Tere, o sea, la Teresa Blanc. No había manera de dar con ella, pero yo sabía que la Tere era amiga de una putita que frecuentaba aquel bar, donde la gente iba por su culo, y perdonen la franqueza. Imaginé que ella podría darme una pista, y por eso estaba allí aquella noche, para tratar de abordarla, pero para nada más, no vayan ustedes a creer.

—Naturalmente que sí. Naturalmente que conozco al Prado. Es uno de esos pelmazos idealistas que llevan metida en la cabeza la igualdad humana, y que ha descubierto esa igualdad en maravillosas canciones y maravillosos libros vendidos los domingos en el mercado de San Antonio. A veces llora oyendo las canciones, y cuando ve fotos de los desfiles de la Plaza Roja le

falta poco para correrse, y perdonen la franqueza («nada, hombre, nada, aquí estamos hablando en plan de amigos»), pero cuando mira en torno suyo empieza a dudar de esa igualdad. Recuerdo perfectamente que una vez le solté la frase de Ortega «tan injusto es tratar desigualmente a los iguales como tratar igualmente a los desiguales», y se quedó muy pensativo. Se da cuenta de que la Humanidad está formada por bastante gente admirable y por bastantes hijos de puta, pero eso segundo no quiere admitirlo, porque de lo contrario no habría canciones ni libros hermosos, ni fotografías de desfiles proletarios en las plazas, en dirección a una luz. Sabe que el comunismo no respeta la igualdad, puesto que premia la virtud y el trabajo y no da lo mismo al que se la pela (perdonen) que el que cúrrela en la máquina. Sabe que con el capitalismo, en cambio, los que viven mejor son los que se la pelan (perdonen), y por eso el Prado es comunista, o al menos lo fue en una primera fase.

—¿Que cómo se pasa a la segunda fase? Pues muy sencillo: en cuanto uno lee un poco al Milovan Djilas, por decir un nombre, se da cuenta de que en el comunismo son las estructuras las que definen tu virtud, tu fidelidad, tu trabajo y tu vida. En el capitalismo, la gente se pasa el año mandando a tomar por el culo (perdonen) al prójimo y hasta al gobierno, pensando que el nuevo prójimo y el nuevo gobierno que encuentre serán mejores, porque el capitalismo es un camino abierto a la novedad, pero en el comunismo no te puedes permitir el lujo de enviar a tomar por el culo a nadie, y menos a la estructura. El Prado piensa entonces que falta la libertad, que el hombre no se realiza, y empieza a ver caminos a la izquierda del comunismo, pero entonces va y se da cuenta de que ahí, en ese campo, empieza a ocurrir justamente lo mismo que en el capitalismo: que todo está lleno de gente que se la menea, con el agravante de que además esta no se la lava. Echen ustedes un vistazo al actual anarquismo, por ejemplo, y ya verán.

—¿Que si podría ser un terrorista? Bueno, no me hagan contestar en nombre del Prado una pregunta tan comprometida como esa. ¿Yo qué sé? Les he explicado todo lo que pienso del Prado, y decentemente no puedo decir más. Es que, si dijera más, les engañaría. De él sé todo lo que me ha explicado en conversaciones interminables, verdaderas palizas políticas en

los bares de la calle San Pablo y luego en el portal de casa, a oscuras, como dos maricas. Lo que puedo añadir es solamente que el Prado piensa en la oportunidad única de España, la oportunidad de hoy, irrepetible y sola, para conseguir la ruptura, la revolución y la instauración de un régimen proletario. Porque si ahora se estratifica el régimen burgués, lo tendremos quizá ya para siempre, como pensaron los anarquistas el año 36, cuando decidieron hacer la revolución en vez de la guerra y perdieron ambas cosas. Pero les estoy hablando de conversaciones Ramblas arriba Ramblas abajo, porque el sábado por la noche es la hora del pensador pobre. No crean otra cosa, no vayan a imaginar, por lo que les digo, que el Prado sea un terrorista.

—¿Que si se da cuenta de que la gran masa no les seguiría en esa ruptura? Claro. A pesar de la crisis, la gran masa tiene aún su piso, su teuve a color, sus vacaciones, su coche, su jubilación, su seguro de paro. El franquismo ha quedado atrás y la gran masa quiere una democracia burguesa, digo yo, frenada en las cada vez más imprecisas fronteras del socialismo. Pero esta sociedad próspera va siéndolo menos cada vez, la gente ya no puede ni renovar su lavadora y el seguro de paro se agota. Nace así una marginación violenta y rabiosa. El Prado sabe que ahí existe una gran fuerza política, o al menos una gran fuerza de acción, aunque no se pueda plasmar en las urnas porque ahora los marginados no son aún una mayoría. Pero podrían serlo. ¿Me preguntan si, a pesar de ello, cree en su legitimidad? ¿Si él trata de que esos marginados tengan el poder, e implanten la igualdad por abajo, pero quedándose ellos encima? No lo sé, les juro que no lo sé. ¡Por favor, no me pregunten más! ¡No lo sé!

Yo notaba que su atención estaba centrada en el Prado y en la putita del culo, pero por la putita del culo no me preguntaban porque yo apenas la conocía. Persuadidos de que no había salido de Barcelona, la estaban buscando por toda la ciudad. Quizá por eso volvían al Prado de una forma obsesiva, interminable. De pronto variaron.

—¿Y qué sabe usted del hijo de los Masnou?

Era la primera vez que a los Masnou los envolvían de lleno en el caso, la primera vez que me preguntaban por ellos tan directamente. Tuve la sensación de que creían que los Masnou estaban financiando algo.

—¿Pero por qué iban a meterse en una cosa así? —me anticipé—. ¡Si son de derechas!

No se molestaron en contestarme. Cuanto más hablaba con aquellos hombres venidos de Madrid con todo pagado, menos sabía por dónde iban sus pensamientos. Me estuvieron preguntando, como quien no quiere la cosa, si sabía algo de un tal Forcadell; pero les juré que no había oído jamás ese nombre. Y era cierto. No me hubiera atrevido a mentir en las condiciones en que estaba, lleno de miedo de que me enviasen a mí a Madrid, también con todo pagado. Sin embargo, no insistieron mucho; reconozco que, en el fondo, se portaron bien.

El único que me dio una patada en un despacho, en plan de entrenamiento, fue uno que no me conocía.

S EÑORITA Esther Jou, 24, jueves

Me temo que usted quizá no me comprenda del todo a partir de este momento. Pero le soy sincero y le sigo expresando ahora mis sentimientos tal como eran entonces. Le aseguro que aquel fue el peor momento de mi vida, y que de repente, después del incendio de la finca, el padre se me apareció como en realidad era: pequeño, mezquino, amante de lo suyo y nada más, cargado de puñetas para justificarse, incapaz de sentir caridad, amistad o civismo. Un hombre para quien el mundo no era más que su negocio y su familia. Todos los demás, o eran instrumentos o eran enemigos. Y encima era uno de los hombres —la cosa resultaba de coña— de los que se decía que estaban levantando España.

Milanés, Rodríguez, Prado y Costa me comprendieron muy bien. Debo confesar que tuvieron motivos para dedicar a mi padre, delante mío, todos los adjetivos que les hubiesen venido a la boca, pero ninguno de ellos la abrió para ultrajarle. El único que hizo un comentario fue Milanés, y solo dijo esto: «No te lo tomes de esta manera. Tu padre no tiene la culpa. Es un resultado del sistema. ¿No ves que, si no fuera así, en este sistema no sobreviviría? Para sobrevivir tiene que olvidar todo lo que ha olvidado. Pero vuelvo a decirte que él no tiene la culpa».

Era de agradecer que reaccionaran de esta manera. Fue entonces cuando me di cuenta de toda la ecuanimidad y todo el desinterés que había en sus corazones. Cuando advertí, de una manera viva, que en la poesía de Rodríguez había algo más que palabras, y algo más que pensamientos en la melancolía de Prado. Y que todos ellos eran como la voz muerta de un pueblo

que quería ser mejor, pero que al fin y al cabo era un pueblo que ya no existía.

—No puedo volver con mi padre —dije entonces—. Soy incapaz de trabajar y comer en su casa. Si otra vez le menease el rabo y le pidiese un pedazo de pan, no sería más que un perro.

El poeta Rodríguez me miró fijamente.

Había en sus ojos una admiración que no trataba de ocultar.

—Puedes trabajar con el notario —me dijo—. Yo llevo tiempo allí y sé que te aceptaría. Con lo que te diera, podrías ir tirando de momento.

—No, no... Nunca ganarás para mantenerte tú solo —le contradijo Prado—, y menos de la forma que te han estado acostumbrando.

—¿Acostumbrando a qué? ¿Es que soy un señorito y nada más? ¿A qué estoy acostumbrado, dime?

—Nada, hombre, nada... No te lo tomes de esa manera. Era una forma de decirlo.

Pero al fin, después de hablar entre todos de cómo estaban los precios, resolvimos que no, que de momento no podía vivir solo con lo que me dieran. Y entonces salió Costa. Costa me dijo que, puesto que las cosas estaban así, podía vivir en su casa y dar como ayuda parte de lo que ganara. Organizándolo de ese modo, con mucho menos dinero habría bastante.

—¿Y qué dirán tus padres, Costa?

—Mis padres están acostumbrados a tener gente de fuera. Hasta que la Isabel y yo empezamos a ganarnos la vida, aquello era un nido de realquilados. No puedes ni imaginarlo.

—¿Y la Isabel? ¿Qué dirá?

—¿Qué quieres que diga? Ella contenta.

—Queda lo peor. ¿Qué dirá mi padre? Si pregunta dónde estoy, y es seguro que lo preguntará, no podremos ocultárselo. No sé si te das cuenta, pero esto te puede costar ir a la calle.

Y le aseguro que entonces, señorita Jou, perder el trabajo era una cosa muy grave, incluso para un hombre joven. Ahora, si tienes menos de cuarenta y cinco años, puedes a lo mejor salir adelante, pero entonces no. Ni aunque tuvieras veinticuatro. No existían tantas industrias ni tantos negocios como

ahora, pese al paro que hay, y la gente que salía a flote y que pagaba puntualmente, como el padre, no se encontraba en todas las esquinas. Además, de subsidio de desempleo nada. Solo vivían bien los gerifaltes del Régimen y los negociantes espabilados.

Costa, sin embargo, negó con un movimiento de cabeza.

—Tú te vas por una cuestión de principios, Ramón —me dijo—, y por una cuestión de principios nosotros tenemos que ayudarte. Estaría bueno que solo tú, el hijo de un millonario, tuviese moral. De modo que de eso no hablemos más. Si se ha de correr un peligro, lo correré y en paz.

No añadió una palabra más. Creo que no hacía falta.

Con su oferta, con su desinterés, lo había dicho todo. Con la mirada de sus ojos claros y limpios nos limpiaba un poco a todos nosotros, los hombres de la ciudad próspera, los que íbamos solo a lo nuestro, los de la paz y el trabajo, los que en definitiva —decían— estábamos haciendo grande el país, con tal de mirar solo hacia el frente y no mirar jamás todo lo que pisábamos. Los hombres de antes del decenio de los sesenta.

Yo tampoco dije una palabra.

—En el fondo —terminó Milanés—, este asunto es tan elemental que tampoco hay que darle demasiada importancia.

Y así fue cómo mis pies, que ya habían empezado a conocer otros caminos, terminaron en casa del notario. Era un lugar sombrío, triste, lleno de papelotes color ceniza, máquinas de escribir tronadas y una alfombra que, en segunda vida, podría servir sin duda para cubrir algún túmulo. Nunca he sabido para qué necesitaba ese ambiente la respetabilidad del Código Civil. La luz del día no entraba ni por casualidad en nuestro despacho, el de la gente menuda, el de los desgraciados, el de los que dedicaban su vida a tomar respetuosa nota de los bienes de los otros: «Finca urbana consistente en porción de terreno cercada de mampostería, de extensión veinticinco mil palmos cuadrados, sito en..., lindante al frente con la mencionada calle; a la derecha, Este, entrando, con don Remigio Cuestas o sus sucesores; a la izquierda con honores de don Francisco Cortado Hijuela; al fondo con...». O bien las conocidas formas de la convivencia y la hipocresía humanas: «... Y por el presente acto cede y otorga y transfiere, a título de donación perpetua,

la descrita finca a su dicha hija doña Trinidad Masdeu y Camarasa, que en este acto la acepta con vivas muestras de gratitud, poniéndose así fin al pleito establecido entre las partes...». O también estos actos que bordeaban la ley, esos actos que ponían al notario entre la espada y la pared, si es que los notarios han estado entre la espada y la pared algún día: «... Y tras advertir nuevamente a las partes que la presente escritura tiene por objeto únicamente recoger sus manifestaciones, sin otorgarles valor legal alguno, salvo el de medio de prueba que en su día pueda corresponderles, y sin que ello implique renuncia de derechos y deberes que son irrenunciables por imperativo categórico del Código Civil, los repetidos firmantes otorgan y reconocen: Primero, que contrajeron matrimonio canónico el once de enero de mil novecientos cincuenta; que han vivido separados desde el veintidós de diciembre del pasado año, y que estando ahora en cinta de tres meses la declarante doña Herminia Fuster Barajas, haciendo cinco que los cónyuges no practican vida en común, ACUERDAN: prolongar de mutuo consenso la separación, sin derecho por parte de la esposa a reclamar cantidad alguna, mientras el marido no presente demanda por adulterio, y mientras le ceda la administración del negocio que ella heredó de sus padres en...». Como puede comprender, señorita Jou, los nombres y las fechas son del todo imaginarios, pero los hechos y las frases son del todo ciertos. Si los reflejo con tanto detalle es para que usted se dé cuenta de cuáles eran mi mundo, mi ambiente y mi asco. Le aseguro que se trataba de un asco visceral, enraizado, tan sólido y respetable como la fachada de la Delegación de Hacienda de Barcelona o el chaflán de la casa de Cambó. Era un asco que iba más allá de las paredes oscuras y las alfombras color de muerte. Era un asco hecho de desengaño, de tristeza y de añoranza del sol. Era...

Bien, una tarde me encontré a Rodríguez en la puerta, un poco metido ya en el interior, pero a escasa distancia de la calle. La hora de entrada estaba señalada para las cuatro, y en aquel momento aún faltaban cinco minutos. Un rayo de luz llegaba hasta las profundidades del patio vecinal, un rayo angosto, mezquino, cargado del polvo de la ciudad y de la respiración de sus hombres. Era ya una luz gastada y consumida por los ojos de las gentes, pero a pesar de todo eso, era la luz sin paredes, sin archivadores, sin alfombras ni

palmas cuadrados que colgaban en el espacio. Rodríguez la recibía en la cara con una especie de éxtasis, con los ojos cerrados y la respiración casi ansiosa. Entonces fue cuando pude darme cuenta del cansancio acumulado que ya había en su cara, entonces me di cuenta de que se había convertido en un extraño viejo. Y, parado junto a él, no se me ocurrió otra cosa más que preguntarle lo que hacía.

Rodríguez rió.

Y su risa también era cansada, también estaba cargada de años, manchada de tiempo, pese a su vida que acababa de empezar.

—¿Y qué quieres que haga? —contestó—. Me estoy despidiendo del sol.

Eso me hizo recordar lo que pasaba con Costa, que al entrar a trabajar a las siete de la mañana ya le decía al portero de nuestra empresa, el portero cuya esposa no podía parir porteritos, sino fichas para el reloj marcador:

—Buenas noches.

Y cierta vez, el portero, extrañado, le preguntó:

—¿Por qué, a estas horas de la mañana, me dice siempre «buenas noches»?

Costa ni siquiera se detuvo para contestar:

—Porque ya se ha terminado el día.

Era verdad. En aquella ocasión la frase del Costa me hizo reír, pero ahora, en mi cubículo milimetrado, la entendía del todo. En las puertas oscuras del trabajo había millones de hombres que cierta vez, cierto día insólito, se paraban un momento, un minuto tan solo, para darse cuenta de que se les había terminado la vida.

Pero el minuto pasaba y ellos volvían a caminar, y quizá ya no volvían a pararse nunca más, nunca más, porque su vivir tenía la virtud de hacerles olvidar que habían renunciado a vivir.

A veces, señorita Jou, he pensado que eso es una suerte.



Usted recordará perfectamente esas fechas, señorita Jou. En esta ciudad donde todos nos acosamos, donde todos perseguimos la misma peseta rodando cuesta abajo, nació una nueva mujer de negocios con cara ingenua y

culo de vedette, y esa nueva mujer de negocios era usted. Yo también recuerdo perfectamente la apertura de su agencia, las copas de aquel champán que no había tenido tiempo de enfriarse, las mesas con los nombres de empleados que aún no existían y los archivadores vacíos pero que ya parecían contener grandes secretos que los clientes buscarían con la boca abierta. Recuerdo también aquellos dos jóvenes que se sobaban en la pequeña cocina donde estaba la nevera y que usted llamó equívocamente el «ambigú». Le podría repetir las frases del cura que efectuó la bendición, y que se puso a hablarnos primero de un bautizo con cuenta corriente y luego de la muerte y de la gloria futura; pero había que perdonarle su arrebatada evocación preconiliar de esa España inmortal donde tan bien supieron unirse la fe y las pesetas. Igualmente me acuerdo, claro que me acuerdo, de lo guapa que estaba usted aquel día, perdida como un hada entre las máquinas de calcular, los ficheros color gris y el mundo hostil de las cosas concretas. Perdóneme por mis recuerdos.

¿Pero qué puedo decirle? Usted estaba por encima de todo aquello, señorita Jou, aunque le hubiese costado tanto trabajo llegar hasta allí, hasta tan abajo. Curiosamente, millones de seres nos desvivimos por llegar a sitios que en realidad no son dignos de nosotros; lo que ocurre es que luego nos olvidamos de eso, dignificamos nuestras conquistas y nos parece que hemos logrado algo.

Usted se jugaba mucho en aquella carta, la de su propia agencia de publicidad, aquel despacho detrás del cual estaban la independencia y todas esas cosas que usted soñó como previas para poder encontrarse a sí misma. Basura puñetera de la que colocan en las buenas esquinas de la ciudad, señorita Jou. Usted sería prisionera de aquel despacho, de aquellas cosas valiosas y temibles, y ya nunca se encontraría a sí misma. Solo a veces, en los cristales de la nostalgia, vería su sombra.

Bien. ¿Quiere que se lo diga claramente? Fue entonces cuando me gustó de verdad por primera vez, señorita Jou. La vi tan desamparada en aquel mundo nuevo, pese a su falsa seguridad, que hubiese querido acogerla en mis brazos. Le juro que mis pensamientos fueron solo esos y no avanzaron más; pero Isabel —que en realidad nunca llegó a conocerme bien— me dijo:

«Fíjate lo preciosa que le quedan las piernas con esas medias». Lo estropeó todo. A mí me gustan las mujeres con medias, señorita Jou. Bien vestidas, con varios siglos de burguesía y de buena educación metidos entre las piernas. Me gustan las caras inocentes, los besos en la esquina de un colegio. Las chicas bien alimentadas por madres generosas y que creen en Dios. Odio los polvetes proletarios de los sábados por la noche, y en cambio me gustan los pecados con luz dorada de sol y cometidos en las casas respetables.

Siga perdonándome, señorita Jou. Quisiera ser tan veraz con usted que a veces hablo en exceso. No se ofenda si le digo que las palabras de Isabel concretaron una serie de sueños lejanos y perfectamente pútridos a los que hasta entonces había conseguido dejar al margen. Desde aquella noche todo fue distinto, porque empecé a verla a usted (sus piernas, su cara inocente, los pliegues secretos de su sexo) entre las paredes de la oficina y las cosas enemigas. En cierto modo, fue una lástima.

Pero deje que me centre otra vez, señorita Jou. Deje que le hable de cómo marcharon las cosas desde que me separé de mi padre, y que le explique brevemente cuál era mi mundo.

Hay cosas que usted ya sabe. ¿Cómo puede ignorarlas, si también nació entre ellas? Aquel mundo estaba hecho de pequeñas ventanas, de galerías muertas en los patios interiores, de pedazos silenciosos de cielo. Era un mundo hostil y dotado de una tristeza concentrada y fría. Pero al mismo tiempo era un mundo de piedad donde todo tenía aún el color de la infancia, al menos para la Isabel; parecía conservarse para que ella lo viviera intensamente, encerrada en su perfume de hembra solitaria. Yo confieso que no entendí —hasta que pude entrar un poco en el fondo de su alma— cómo podía amar aquella luz gris, la escalera cargada de sombras y aquellos muebles donde parecía que aún se conservaba la forma del cuerpo de sus abuelos. Todo aquello era —me fui dando cuenta— la Barcelona proletaria que había sobrevivido, primero a la persecución, después al hambre y, por último, al seiscientos, cuando irse a vivir a las grandes ciudades-nicho de las afueras ya no resultó un problema insoluble. Ella fue de las que se quedaron en la Barcelona vieja, conservándola.

La Isabel me esperaba cada noche, cuando yo regresaba del trabajo.

Siempre me preguntaba qué tal me había ido.

—Me he cansado mucho —era la respuesta normal—. Y es que, además, el trabajo en la notaría me marea.

—Sí. Los notarios son los encargados de medir el egoísmo en palmos cuadrados. En un mundo más justo, harán muy poca falta.

Yo tomaba en silencio un vaso de vino, comía cualquier cosa. Contemplaba el mundo negro de más allá de la ventana.

—¿Qué es un mundo más justo, Isabel?

—Un mundo en el que «los otros» no estén excluidos.

—Es que ya somos demasiada gente, Isabel. Hace falta convertir en «privadas», es decir, en «exclusivas», las cosas deseables.

Ella guardaba silencio. Yo añadía:

—Y cada vez las cosas deseables serán más difíciles y más aristocráticas. La gente, la multitud, se te meterá hasta por los poros de la piel. Lo llenará todo, lo infestará todo, no dejará una sola cosa que sea enteramente limpia y tuya. Por eso hace falta que los notarios te garanticen tu palmo cuadrado, aunque solo sea para que te quede un sitio donde morirte.

Isabel casi nunca sabía qué responderme, pero mis palabras la desmoralizaban, la dejaban triste.

Para ella aún existía el mundo del año 36, donde la gente podía vivir sin darse empujones. Y callaba llena de confusión, aunque a veces me decía:

—Todos esos son argumentos del neocapitalismo.

Isabel, pese a la ración de tristeza cotidiana que yo solía administrarle, era la única persona que me acompañaba hasta el final de la jornada, aunque yo la acabase muy tarde. La única que me contemplaba, que me escuchaba como si lo que yo hiciese o dijera tuviera un sitio en el paraninfo de las cosas importantes. Isabel era aquella ciudad que aún vivía y que no estaba petrificada en el despacho del notario. Creo que sin ella, sin su compañía, sin su voz, sin su aliento de perro fiel, yo no hubiera podido resistir aquella época.

No sabría decir cómo empezó todo.

Aseguran que, en el mundo, lo más sencillo es lo más complicado, y al contrario. No lo sé.

Pero todo resultó tan natural como la luz, como la llegada de las golondrinas errabundas a los patios; tan natural como la quietud de nuestras tardes de domingo. Ni la Isabel ni yo llegamos a pensarlo, y creo que nunca imaginamos en serio que sucedería. Los domingos, cuando los relojes no sonaban para nosotros, íbamos a los bares de otra época, subíamos a Montjuïc, desde donde la ciudad aún se veía plana y quieta.

No, ni la Isabel ni yo llegamos a pensarlo.

Nuestro mundo era el de los cines de barrio en la recta del Paralelo; era la cuchillada de la calle Nueva; la oscuridad de las aguas del puerto, teñidas de brillantina.

Nunca nos lo propusimos.

Le escribo, señorita Jou, como si aquello lo estuviese viviendo de nuevo, como si otra vez tuviera delante de los ojos la habitación pequeña, bañada por una luz que me parecía irreal de tan concreta que era. La voz de la Isabel tarareaba una cancioncilla que todavía oigo. Era como si la tararease desde fuera de su cuerpo; la música no formaba parte de nuestro mundo, pero estaba allí y yo la escuchaba como algo que de pronto nos pertenecía. Isabel me miró y permaneció quieta mientras me acercaba, mientras los dos sentíamos como un peso cada latido del corazón, cada relieve de la luz o cada matiz del silencio. Cuando la besé, su quietud era casi inhumana. Toda ella estaba tensa, como en una especie de éxtasis. Y cuando caímos sobre la cama, lo aceptó todo con naturalidad, como si entre nosotros dos no pudiera ocurrir nada malo, ni siquiera lo que estábamos haciendo. Como si fuera diferente por la sola razón de que los dos lo habíamos aceptado como una cosa nuestra. Quizá los pensamientos son en sí tan pobres, tan ineficaces, que necesitan acreditarse por medio del sexo.

Porque en todo aquello, señorita Jou, el sexo fue solamente un vehículo. Quizás usted, desde su punto de vista femenino, diga: «¡Absurdo! No se puede querer en la cama a un hombre sin que el sexo intervenga». Pero en el fondo usted sabe que sí, que eso puede hacerse. El sexo puede ser solo un pobre instrumento del cariño, del compañerismo, de la visión de un mundo que se quiere compartir entre dos. Por lo menos yo, al levantarme de la cama, no le pude dar a aquello ningún sentido sexual; creo que Isabel tampoco se lo

dio. Para nosotros, sencillamente, tuvieron ya un sentido distinto la luz del patio muerto, las sombras de la escalera y el chillido de las golondrinas; pero eso, señorita Jou, fue todo.

El padre me hubiese dicho, sin duda, que cosas como esas, si no es para disfrutar, más vale no hacerlas, porque son un enredo.

Pero yo, entonces, no le hubiese entendido. Palabra.

10

EL NENE vino a mi despacho pocos días después, cuando los de jefatura me empezaban a dejar tranquilo. Entró en mi templo (o sacristía) de la ley en plan triunfal, hizo la señal de la victoria como un huelguista de primer día y proclamó:

—Hala, ya pueden tocar todas las campanas de la ciudad. Tiene usted un cliente.

—Si todos los clientes fueran como tú —le espeté— más valdría que me dedicara a pedir limosna.

—Pues no crea, no es tan mala idea. Tengo controladas un par de esquinas que ya las quisiera usted. A lo mejor cualquier día me siento buen chico y me da por cederle una.

Hice un interesantísimo gesto de paciencia.

El Nene jamás me había pagado, jamás había entrado en el despacho para lo que no fuera traerme uno de esos líos que brotan del fondo de la calle y que nunca alcanzan a los abogados respetables. Por eso le espeté:

—¿A qué has venido? ¿Uno de tus follones? ¿Te han pescado robándole la cartera a un guardia civil? ¿Pervirtiendo a una profesional de sesenta años? ¿Quizá tocándole el paquete a un cura?

El Nene, pasándose las manos por la americana de primera calidad (él era un delincuente fino, un delincuente con marca de fábrica y que no se avergonzaba de serlo, una especie de delincuente preconciliar), hizo un gesto de dignidad ofendida. Aunque no pagaba, siempre tenía el detalle de ofrecer tabaco rubio, de modo que, dejando un paquete sobre la mesa, preguntó:

—¿Pero usted tiene la cara de decir que yo soy capaz de hacer esas cosas?

—Yo, oye, tengo la cara de decir lo que me da la gana.

—Será con los pobres —soltó el Nene, repitiendo su gesto de hombre digno al que no acaban de hacer caso.

Y fue hacia la puerta para marcharse. Yo le detuve.

—Nene, quédate.

—¿Y para qué? Usted ha dicho, más o menos, que no le hago maldita la falta. Lo que uno tiene que oír. ¿Se da cuenta? ¡Con el aprecio que yo le tengo!

—Y con el que te tengo yo a ti. Pero yo, al menos, te lo he demostrado.

—Quiere decir que está harto de que le pida favores, ¿no? Pues está bien, no le pediré ninguno más. Esta vez, para que se entere, había venido a ayudarle yo.

Y fue a abrir la puerta de nuevo. Yo le dije:

—Olvidas tu paquete de cigarrillos, Nene. Al menos recógelo.

Vino hacia la mesa, claro, porque un paquete de rubio es un paquete de rubio, sobre todo en estos tiempos en que tantos ministros y tantas queridas de ministros están cobrando del humo. Lo tomó entre sus dedos, pero no se fue. Al contrario, sentándose de nuevo dijo:

—Pues esta vez, aunque le parezca mentira, he venido a hacerle un favor, para que vea que es verdad eso del aprecio.

—¿Qué favor, Nene? ¿Me vas a permitir que te defienda porque así cojo fama?

—Pues no crea que sería ninguna barbaridad; para qué voy a hablarle de los que están contentísimos de defender a cualquier cabrón con tal de salir en los periódicos. Pero esta vez he venido, simplemente, a traerle noticias de los amigos, esa es la verdad.

—¿Qué amigos, Nene?

—Leches, no me llame así. Ya empiezo a ser un viejo. Es un apodo que me pusieron hace más de treinta años, cuando empecé. ¿Usted cree que hay derecho, siempre igual, siempre igual?

—Claro que hay derecho. Eso de que te llamen Nene te gusta, te hace sentirte joven y en forma. Ojalá me lo llamaran a mí. En fin..., de todos modos no sé... El abogado Nene. No sé cómo quedaría.

Tomé uno de sus cigarrillos, seguramente robados, y lo encendí lentamente. Entre el humo que me permitía soñar («entre usted en un mundo de superlujo», había dicho un viejo anuncio en los años anteriores a la crisis, cuando el superlujo era una meta al alcance, incluso en los bailes de los barrios) miré al Nene que se iba arrugando por momentos, aquel Nene al que se le iban poniendo encima los años, las persecuciones, las manchas de esas calles de la ciudad donde siempre se había escondido. La única fuerza de esos hombres está en ser jóvenes, porque la conciencia de su vejez los mata, porque al darse cuenta de que son viejos se convierten repentinamente en ruina mirando al vacío. Pero él aún se creía joven, y por eso, apuntándome con otro cigarrillo, musitó:

—Sé que usted es amigo del Prado. Fue él mismo quien me lo dijo.

—¿El Prado? ¿Dónde lo has visto?

—En la cárcel.

—Diablos... Yo creí que lo habían dejado libre para ir dándole cuerda y para que así hiciera caer a los demás... De modo que lo han detenido.

—Hace días que lo tienen en la Modelo, pero en una celda para él solo y un buen cargo en la biblioteca, un chollo de esos que ni te enteras de que estás en chirona. Órdenes de arriba.

—No lo imaginaba, la verdad. O sea, que han ido a por él...

Tuve un estremecimiento porque pensé, como todo honrado ciudadano, que me podía ocurrir lo mismo. Dejé de fumar.

—¿Y por qué no me lo ha dicho? —pregunté—. Tenemos cierta confianza. Por ejemplo, yo podría ser su abogado, como otras veces. ¿Por qué no me ha escrito? ¿Es que no le dejan?

—Todo lo contrario. Puede enviar una carta al día, pero siempre a la misma persona. La escribirá o no, que eso es otra cosa; pero poder, puede enviarla.

—¿A quién?

—A un comisario con el que parece que ha hecho un trato. No sé exactamente qué trato, pero quiero demostrarle que soy un amigo y que estoy de su lado cuando hace falta, entiéndame. Y ahora mire, usted no sabe lo que es la cárcel, porque los abogados no saben lo que es la cárcel ni lo que son la

mitad de las cosas de la vida, y no lo digo por gilipollez, pero en la cárcel se hacen milagros que la gente no sospecha. Por ejemplo, el Prado puede obtener una copia en papel carbón de cada carta que escribe, copia que está autorizado a guardar privadamente y sin que le molesten, porque supongo que esta es la condición que puso para el trato o lo que sea, digo yo; y cada vez le dan un papel carbón nuevo, porque son órdenes de arriba, ya se supone, y el viejo tiene que ser destruido. Pues ¡leches!, que lo van a destruir... Como un papel carbón cuesta unas pesetas y alguien se las puede ahorrar, lo aprovechan para la oficina de la Modelo. En fin, que en la oficina de la Modelo he estado trabajando yo hasta ayer, y ahora he dejado allí a un amigo que continuará el juego mejor que Dios, de manera que le puedo garantizar a usted el servicio. Porque como el Prado tiene una letra muy clara, hay siempre algún tío que te puede leer el texto sobre el papel carbón y te dice de pe a pa lo que hay en las cartas. Hasta te las escribe de nuevo si le das una pequeña propineja. ¿No me cree? Pues aquí tiene algunas de las cartas para que vea que también sé portarme. Auténticas de verdad, sin broma ni cachondeo. Y no le pido que me lo agradezca, aunque sé que usted está metido en el asunto hasta el cuello.

Mis labios se crisparon un momento y se me secó la boca. No me gustaba que se hablara de que yo estaba metido en algo hasta el cuello, porque encima no era verdad. Bueno, era verdad en cuanto a mis deudas. Pero si empieza a circular un rumor, si la gente empieza a decir que estás metido hasta el cuello en una cosa, acaban metiéndote de verdad, y luego ya no puedes salir.

—No tengo ningún interés —susurré—. Te has equivocado de puerta, Nene. Fuera de mi amistad con el Prado, esto no tiene que ver conmigo, de modo que guárdate los papeluchos y da recuerdos a la familia.

—Pues por la Modelo se ha dicho que lo han tenido a usted por jefatura cada día, apretándole fuerte. En fin, perdone; ya sé que estos rumores molestan, pero hace falta saber de qué van, sobre todo si los sueltan los policías cuando traen o se llevan algún preso. En la oficina y en cualquier pasillo, esos policías se paran, echan el cigarro y hablan. Vamos, que en la cárcel hablan a veces tanto como si estuvieran con su mujer; por eso he sabido lo que le pasaba a usted y lo de los interrogatorios de mucha gente,

después de la muerte del general.

Guardé silencio.

El Nene supo entonces que el asunto me interesaba, y por lo tanto continuó:

—En plan de hacerle un favor he pensado que a usted le conviene saber todo lo que dice el Prado, por si lo que dice le compromete a usted en algo, y así sabe muy bien por dónde van los tiros, ¿me entiende? Con la ventaja de que la policía no tendrá ni idea de que usted lo sabe, y así no tendrán tampoco ningún tanto de su parte. ¿Eh? ¿Qué le parece? ¿Es un favor o no?

Me tendió unos papeles manuscritos. Luego, añadió con voz sibilina:

—Oiga, la cosa está mal.

—¿Por qué?

—Dicen entre los mismos policías que hay filtraciones. Algunos no saben por dónde andan. Uno de la Modelo, que se quiso escapar y se tragó una cuchara para hacerse llevar al Clínico, me contó lo de Vivancos. Vivancos es un poli fascista de verdad, uno de los que tenían que haber trabajado en la época del Creix, aunque a su manera es un tío de principios. Bueno, pues al de la Modelo lo tenían todo lleno de tubos, y en plan que solo faltaba darle masaje a las pelotas, al lado mismo del sitio donde operaban al bofia, y pudo oír los gritos antes de que lo anestesiaran, y también lo que soltaron por la boca (que fue mucho) los compañeros de la brigada que se presentaron allí. Creo que fue un escándalo. Lo que gritaron se tuvo que oír a la fuerza desde la calle, me contó el de la cuchara, pero en los periódicos ni una línea. Todo ha quedado en un asunto interno que conocen pocas personas, entre ellas usted. Digo que fue un escándalo por los gritos y porque me parece que a Vivancos le han dado muy fuerte.

—¿Quién?

—¿No lee usted los periódicos? Porque de eso sí que han dicho algo: un tiroteo en la calle Balmes. Yo los periódicos no es que los compre, pero había una *Vanguardia* en el bar y le pegué un manoseo. Nota oficial, brillantísimo servicio y todo eso, ya sabe. Pero mientras operaban a Vivancos había gente que decía otra cosa, vaya si lo decía.

Encendió otro cigarrillo y añadió:

—Por eso le explico, como amigo, que el asunto es feo. Los de arriba no sé si van orientados; los de abajo no, y por eso pueden dar palos de ciego en plan de que el que reciba se joda. ¿Y si el que se jode es usted? Por eso le conviene saber lo que dice el Prado, créame. Aunque usted se haya choteado a veces de mí, este es un buen consejo; léalo todo y procure enterarse también de lo que le ha pasado al tal Vivancos. No sé, pero por ahí podrían venir los palos para mucha gente.

Se puso en pie y añadió riendo, mientras me envolvía en una mirada dañina con la que, en cierto modo, tomaba posesión moral de mi cartera:

—¿Qué? ¿Me invita a un trago? Es para beber a la salud del Prado, hombre.

—Un trago acompañado por unos cuantos platos de comida en un restaurante que no huela mal del todo, ¿es eso? —pregunté yo.

—¡Hombre! —exclamó el Nene riendo de nuevo—. Eso se supone. ¿Cómo voy a consentir que un hombre como usted beba sin comer nada, solo por beber, y se me transforme en un alcohólico? Hala, vamos, que en los restaurantes que no huelen del todo mal, y a pesar de que dicen que hay crisis, se llenan enseguida las mesas.

COMISARIO LORENTE. Escrito número uno

Yo, comisario Lorente, yo, Ricardo Prado, puesto que me ha dado la oportunidad de sustituir esos aburridos papeles del atestado criminal por una confesión escrita, quiero ser absolutamente leal con usted. Y necesito empezar diciéndole que se me ha tenido siempre por un santo de iglesia obrera, un municipal de ambulatorio y un camillero de fábrica, lo que en pocas palabras quiere decir un cabrón perseverante. Desde que tuve uso de razón estuve metido en los líos de los otros y me dediqué a sufrir por los otros, cosa que seguramente usted no entenderá; pero que ha dado un sentido a mis días, pues a diferencia de los hombres encerrados entre cuatro paredes y luchando por cuatro caras conocidas que han de reventar, yo he tratado de luchar por las cosas eternas y ser comprendido por multitudes sin rostro que han de perdurar. Siempre creí que era muy sencillo.

Yo, el Prado, era ya así cuando entré a trabajar en la casa de los Masnou, donde tantos años había trabajado mi padre. Recuerdo que mi padre, un día luminoso como los que salían en las viejas películas del Sáenz de Heredia, me puso una mano en la espalda, como pasaba en las viejas novelas del Agustí de los Rius y me dijo: «Hala, a hacerte un hombre». Y fui a hacerme un hombre a aquel bloque de hormigón que yo no había elegido, donde todos estábamos numerados, donde jamás ladró un can ni se posó un pájaro. La primera cosa que advertí fue que ninguno de mis compañeros había elegido tampoco aquello, pero a la mayoría le daba lo mismo y en cierto modo eran felices. Fue mi primera experiencia sindical y política, pero no sé si la aprendí del todo, porque seguí pensando que era yo el que tenía que decidir

sobre la felicidad de los otros.

Resulta difícil explicar, comisario Lorente, por qué yo entonces, en plena adolescencia, era ya un «rojo». Supongo que se trataba de algo al margen de la pobreza, al margen de ese cálculo sórdido e ingenuo a la vez según el cual un gobierno puño en alto ayuda a ganar salarios más elevados. Con mi cultura de entonces yo ya podía analizar las cosas y saber que los puños en alto no dan tantas pesetas como esperanzas; pero eso me importaba poco, y además ya sabe usted que un banquero capaz de vivir solo de esperanzas es un perfecto idiota, pero un joven intelectual capaz de vivir solo de esperanzas es un perfecto rojo.

Ahora pienso que aquello había nacido en mi escalera del Distrito Segundo, una de esas entrañables escaleras de vecinos que ya van desapareciendo para dejar paso a inmensos bloques donde ni tu padre tiene nombre. Cuando yo entré a trabajar con los Masnou había visto tantas miserias, tantas frustraciones, tantas esperanzas borrándose en los cristales que no me quedaba más remedio que pensar en mi estómago y mi pene, como casi todo el mundo, o pensar en una sociedad mejor. Fui de los idiotas que piensan en una sociedad mejor.

Pero usted me ha hecho comparecer ante este sórdido mundo de papeles sellados no para que le hable de mí, aunque ya sé que todos los nombres y aun datos marginales que aquí le dé le interesan para su trabajo. Usted me ha hecho comparecer ante este pestilente atestado sobre las costumbres de nuestra burguesía para que le hable de los Masnou y su mundo, no de otra cosa. Pues bien, cuando yo empecé a trabajar en aquel bloque de cemento y de letras aceptadas, el Masnou padre sufría ciertas dificultades económicas, porque acababa de transformar su empresa en una sociedad anónima, y usted sabe que las anónimas, después de todo, son ya respetables bichos capitalistas, con una solvencia que él no tenía. Estaba entrampado por su modo audaz de actuar, porque había hecho inversiones amplias, comprando nuevos terrenos para su fábrica y además gastando —eso fue algo más tarde— en su finca de la Costa Brava lo que tenía y lo que no tenía, aunque todos pensaban que lo tenía. De hecho, en aquella época pertenecía a esa legión de animales urbanos que hablan solos por las calles y se detienen temerosas ante

las ventanillas de los bancos. Yo he conocido a bastantes personas así, sobre todo al gran editor Janes, que un día fue poeta. Conocí también, en el otro extremo de la naturaleza humana, al señor Volpe, que nos tuvo en sus garras durante tanto tiempo, con sus préstamos a alto interés, a altísimo interés, y que nos controlaba de tal modo que yo, cada mañana, había de pasar por su casa para rendirle cuentas del movimiento del día anterior, dando las cifras de beneficios y reservas y el balance de caja. Embarcado en aquel sórdido mundo, el Masnou padre estaba pasando entonces por una negra época que apenas nadie conocía, y que en cierto modo me duele explicarle a usted ahora.

¿Pero por qué no he de ser sincero y revelarles todos los detalles? Durante cuatro años, casi desde que empecé a trabajar con los Masnou como técnico de cierta confianza, hice todos los días el mismo camino y exactamente a la misma hora. Dejaba el tren de Sarria en la Avenida de la Luz, donde en los años cuarenta, intentaba los domingos por la tarde tocar los culos misteriosos y las tetas enigmáticas de chicas que iban a ser tragadas por el tiempo. Hoy, la misma Avenida de la Luz parece haber sido tragada por él; se ha hecho penumbrosa y nostálgica y está cargada de sombras muertas que salen a recibirme.

Ascendía seguidamente por las escaleras de la calle de Pelayo, treinta y ocho peldaños exactos hacia hombres anónimos y caras que no existían, y dirigía una mirada de soslayo al edificio de *La Vanguardia*, donde pequeños notarios de la verdad oficial habían olvidado durante años a la España viva. Subía luego por la calle de Balmes, que en invierno, cuando a mí me gustaba, se cubría de una neblina misteriosa y suave y cruzaba la Gran Vía siempre por la misma acera, la que da a la Mutua General de Seguros. El edificio, de corte británico, me había hecho pensar años antes en un Londres que no conocía, en cerrados despachos con chimeneas a lo Baker Street, en astutos criminales que dejaban consignas —solo para iniciados— en las estanterías de los libros, así como en mujeres de corsé y medias negras desfloradas en Whitechapel que quizá pasaban por detrás del edificio de la mutua, perforando la niebla. También cuando era estudiante, en aquellos años en que la imaginación resultó ser la única cosa que justificaba mi vida, pasaba por

delante del establecimiento de Radio Ciudad, que los años se han tragado; pensaba siempre en la Barcelona vieja de las habitaciones donde no entraba la luz, pero a las que la radio trasladaba paisajes llenos de vida, voces de mujer susurradas en los teatros y gritos y empujones frenéticos de los campos de fútbol, que uno oía sin peligro alguno, desde la cama, mientras la tarde del domingo se extinguía. Supongo que este es un sentimiento con fondo burgués, pero apreciar esas cosas me ha ayudado a sobrevivir en el lumpen.

Suerte habitar en la gran ciudad, que hacía entrar todas las emociones del mundo en las habitaciones herméticas donde yo estaba pensando. La gran ciudad me proporcionaba incesante material para mis ideas y estaba al servicio de mi sensibilidad, hasta que Barcelona se hinchó, hasta que se pudrió con tanta gente y entonces llegué a aburrirla.

Pero, en la ciudad hinchada, la calle de Balmes aún conservaba en invierno su vieja línea, su vieja estructura, su vieja neblina baja. Recuerdo que, mientras ascendía por la acera izquierda, miraba inevitablemente las fachadas de las tiendas que no habían cambiado desde mi niñez, desde los tiempos en que conocí la calle, tan lejos de mi distrito. La mayor parte de las tiendas habían ido sustituyendo los rótulos, los escaparates o los nombres de los dueños, pero algunas aún conservaban la estructura y la entraña que yo conocí, y aún eran testigos de mis pasos. Confieso que las miraba, las apreciaba y las sentía un poco más incluso. Mi mundo se había ido nutriendo de observaciones así, de recuerdos que encontraba en las esquinas y de compañías que me aguardaban en el aire, un mundo que hubiera sido ridículo para muchos, pero que me ayudaba a encontrar mi identidad y me ayudaba a vivir, quizá porque era lo único que tenía.

Durante años llegué a la altura de Mallorca tras aquel paseo voluntario, pues el tren de Sarria me hubiera podido dejar más cerca; llegué a la altura de Mallorca, subí en el ascensor de espejos opalinos y pulsé el timbre que formaba parte de mi vida, oscuro amigo de todas las mañanas. Eulalia era la que me abría siempre, haciendo que más allá de su espalda se dibujara el recibidor con los biombos chinos, con la mesa lacada, con los marfiles tallados por hombres que llevaban ya cien años muertos. Eulalia me hacía pasar y me adentraba en aquel mundo extinguido que los Volpe, con su

dinero, habían hecho perdurar. Me indicaba con su gesto mudo de todas las mañanas el pasillo en cuyas paredes se alineaban auténticos dibujos hindúes del siglo XVIII, donde hombres insaciables arremetían sin piedad contra hermosos cuerpos de mujer. Los Volpe conservaban todo lo que merecía ser conservado por su antigüedad o por su arte, todo lo que el dinero había hecho llegar hasta ellos desde el fondo de los tiempos muertos. Pero Eulalia, en cambio, estaba viva, y Eulalia tenía un hermoso culo, y yo me estaba fijando en él, exclusivamente en él como hacía desde siempre, mientras pensaba en las dañinas embestidas de los cuadros.

Este pensamiento me había acompañado a lo largo de calles grises en domingos grises, había trepado conmigo los peldaños de la avenida de la Luz y había dado sentido a muchos pasos sin rumbo y muchas tardes sin memoria. También la escena había dado sentido y actualidad a las curvas de otras mujeres que pasaban junto a mí, y que sin sospecharlo, entraban en mi universo no compartido. Gimiendo ante cien espejos que nunca verían, esas mujeres se agitaban, se complementaban, se prestaban entre ellas a combinaciones deliciosas y fétidas, en aquel universo hecho de humo, tan mío, tan delicadamente intransferible.

El imperio de Eulalia se prolongaba cada mañana más allá del pasillo de las mujeres agredidas. Llegaba hasta el fondo del enorme piso, hasta la sala cuyos balcones daban a la calle de Mallorca y en las que se deslizaban un rayo de sol, un soplo de aire y una mano de silencio. Aquel seguía siendo el mundo secreto de Eulalia, aunque ella no lo sabía, aquel mundo que yo también había hecho mío en secreto, para no compartirlo con nadie.

Pero un día, Eulalia y yo hubimos de compartir, en cierto modo, el misterio. Fue cuando los dos nos envolvimos en aquella atmósfera de muerte, cuando todo empezó, comisario, cuando a mí me hablaron del atentado número uno.



La habitación de la que le estoy hablando, comisario Lorente, era el despacho donde los Volpe controlaban los negocios que en parte intervenían a causa de sus préstamos. Por él desfilaban los amanuenses de los deudores, y

cada mañana, por riguroso turno, dejábamos todos allí nuestra pequeña defecación de números rojos, de anotaciones y de resultados en minúscula. Quizá porque al negocio de los Masnou le veían los Volpe más porvenir y pensaban que valía la pena estar sobre él, yo me veía obligado a pasar allí muchas más horas que los otros, y eso significaba horas de soledad con Eulalia. Podía tener con Eulalia una intimidad que los otros no tenían y rodearme de todas las luces inciertas, de todos los espejos verticales, de todos los sexos de cera y de goma que mi imaginación llegase a crear. Así era.

Usted quizá se extrañará de esta mentalidad de joven soñador a la vez vicioso y rojo, cuando más tarde la gente ha empezado a no soñar tantas cosas, a ir más directa al grano y en consecuencia a no dar tanta importancia al sexo. Pero durante aquellos años yo no tuve más propiedad que mi imaginación, y hube de sacar de mi podredumbre la fuerza necesaria para vivir. De no ser por el sexo —aunque fuera un sexo de humo— no hubiera podido soportar la pesadumbre de las calles que no me necesitaban.

De la profundidad más remota de la habitación surgía a veces el Creus, contable particular de los Volpe, aunque no el único. Podríamos considerarlo un contable auxiliar. El Creus, pantalones grises y caídos, tripa burocrática y caída, tetillas mansas y caídas, brotaba del fondo de los años que fueron, del fondo de sus sesenta sin salida, del universo gris y controlado en el que siempre había vivido y en el que sabía que iba a morir. Eso era lo peor. Yo al menos, el Prado, escritor de mierda que nunca publicaría nada, era capaz de alimentar la esperanza una tarde fugitiva, o me alimentaba del despecho ante una sociedad que no merecía comprenderme, pero el Creus se alimentaba solo del despecho ante media docena de jefes que tampoco le habían comprendido. Muchas veces, cuando me humillaba mi propia insignificancia, sentía un miserable consuelo al mirarle a él, aunque me daba cuenta de que estaba cayendo en la misma trampa, porque yo también me iba metiendo en el mundo de las cosas numeradas y dándome cuenta de que la Humanidad a la que quería dirigir se resumiría dentro de poco en seis o siete jefecillos que tampoco me comprenderían.

Tengo la pretensión, comisario, de que con esto le estoy explicando los motivos que me llevaron a convertirme en un intelectual rojo: la pobreza, la

falta de fe en lo que hoy llaman el *establishment*, el análisis de una sociedad que para formarme me daba elementos más negativos cada vez; todo esto y la convicción de que debía luchar para que otros encontraran un camino más limpio. ¿Qué puedo decirle? Debía luchar para que los adolescentes no tuvieran que nutrirse de domingos muertos sin más compañía interesante que la de su propio pene; para que la gente no tuviera marcado su destino y no debiera venderse desde el día de nacer; para que nuestra vida no fuera necesariamente una sucesión de mentiras que nos resultan útiles y acaban siendo útiles también para los otros, formando una especie de sustrato cultural del país. Claro que usted me dirá que si hubiese conseguido dormir con la Eulalia no habría tenido necesidad de pensar en tantas cosas, y quizá también que un adecuado uso sexual de la gente es una medida de paz política de primera magnitud. No seré yo quien niegue que semejantes actividades llevan a un gran apaciguamiento social, se lo juro.

Pero lo cierto es que, a lo largo de mañanas siempre iguales, de calles y tiendas siempre repetidas, de corredores donde los pasos sonaban monocordes, de habitaciones donde siempre entraba la misma luz, me estaba construyendo a mí mismo con material de mis propios derribos. Y lo peor es que me daba cuenta.

Había entrado, además, en un mundo que excitaba a un tiempo mi admiración y mi odio. No empecé a descubrir las verdades hasta más tarde, hasta que me di cuenta de lo complejo, de lo absorbente, de lo rico en todos los sentidos que era el mundo de los Volpe. Pese al tiempo que llevaba acudiendo al despacho de la calle de Mallorca, yo no sabía aún que ese era simplemente uno de los despachos, uno más, de los que los Volpe tenían situados durante el franquismo en Barcelona, en Madrid y en Bilbao, las ciudades donde los bancos prosperan y donde las grandes cruces se ganan. A través de cenas de trabajo cuyos rumores llegué a recoger, mediante resúmenes de cartas que pasaron fugitivamente por mis manos, al trasluz de minutas de abogados que se posaban delicadamente en las mesas, llegué a conocer un poco de aquel mundo sin fronteras que empezaba con certificados de depósito en Brasilia, seguía con cuentas numeradas en Suiza, bordeaba docenas de solares en Madrid y la Costa del Sol, trepaba a las dulces

montañas del Ampurdán y dominaba playas enteras en Tarragona la Vieja. Los Volpe tenían negocios, intereses, contactos, banqueros con talonarios y mujeres con medias negras en todo el mundo que alcanzaron las ondas del franquismo. Yo lo fui sabiendo poco a poco. Habían asegurado obras de arte y metales preciosos sacándolos de la incierta España de octubre del 75 en la línea aérea Madrid-Asunción; habían celebrado comidas de negocios en discretos saloncitos de Zurich donde se hablaba en voz baja de depósitos a la vista y de *canards* numerados en el Tour d'Argent; habían gestionado, por medio de compañías interpuestas, la compra de posesiones en Luzón y en Taipei; ellos eran inspiradores de planes municipales en Málaga, en Madrid, en La Coruña y en Gerona; hablaban el lenguaje de Porciones y de Viola cuando en Barcelona se definían las zonas edificables y se evaporaban las verdes en bien del país que crecía. Su fortuna alcanzaba tal magnitud que no entiendo como Tamames, en su *Oligarquía financiera de España*, no reparó en ellos. Pero bien es verdad que los Volpe, aunque todo les pertenece, lo administran por medio de cien hombres que nunca hablan, cien cabezas que nunca piensan y cien mujeres que nunca fornican. Porque los Volpe exigen dedicación y fidelidad, lo mismo por encima de las bibliotecas que por encima de las camas. Esta es su inteligente norma.

¡Y yo que creí al principio que solo se dedicaban a controlar negocios de tipo medio, como el de los Masnou! ¡Que eran unos prestamistas estranguladores, pero nada más que eso! Algunas palabras sueltas de la Eulalia y algún susurro del Creus me hicieron reparar en aquellos papeles que no eran para mí y que descansaban fugazmente en las mesas. Descubrí que para la mentalidad de la familia Volpe, los Masnou eran poco más que basura de la que sin embargo se puede sacar algo aprovechable, incluso perfumarla. Los Masnou eran solamente aburridos céntimos catalanes; nunca llegarían a la aventura de las pesetas. Los verdaderos negocios siempre los habían tenido los Volpe en este plan comarcal que permite vender un bosque quemado a doscientos duros el palmo; en esta empresa agotada, chupada y mamada hasta su último semen industrial y que luego se traspasa con pérdidas al INI; en este descuento especial para los anuncios de televisión que pasan por su agencia; en esta exclusiva farmacéutica para mear o parir que el seguro

implanta en todas las vaginas de España. La grandeza de una dinastía está en eso, y no en los despachos de familia con escupidera legada por el abuelo, a que tan aficionado es el industrial catalán con hijo en los Escolapios y los papeles en regla. Pero los despachos de familia tampoco los descuidaban del todo, y los Volpe nunca dejaron de valorar una escupidera; tal era la razón de que yo hubiese de trabajar para ellos todas las mañanas de sueño.

Este era —es— también el mundo de los Volpe, comisario Lorente, un mundo, donde cuarenta años de omnipotencia les han dado —con naturalidad, que es lo mejor— los más dulces animales de carga para el peso de sus vientres, los más finos caballos de seda para la espuela de su semen. Todo eso tenían —tienen— aún. Es lógico que al morir Franco quieran conservarlo como sea antes de que la calle se lo quite, comisario Lorente, antes de que se publiquen los balances de Zurich y antes de que se transformen en seres humanos todas las jacas andaluzas con medias de nylon que ellos han llegado a montar. O todas las extremeñas patéticas que tenían un padre lidiado en la plaza de toros de Badajoz. O catalanas sensatas como la Eulalia, en cuyo horizonte nunca hubo más que una mercería con clientela fija en la calle Mayor de Gracia.

Pero quiero serle sincero, comisario Lorente, y confesarle que yo admiraba pese a todo a los Volpe porque después de ellos no iba a quedar más que un panorama de sexo adocenado e igualitario, porque eran los últimos representantes de un mundo extinguido, el de los grandes señores del falo donde aún la mujer es una dulce, querida bestia, y donde aún imperan las leyes del vasallaje y la imaginación. El mundo en el que entraremos luego, comisario Lorente, será tremendamente aburrido, y hasta en cierto modo menos espiritual, porque será más técnico, un sexo de manual en ediciones numeradas y al alcance del fiel pueblo.

Este es el ambiente que rodea a los Volpe, y ahora lo conoce usted casi tan bien como yo. Sé, no obstante, que la curiosidad de los policías es inagotable y que me hará nuevas preguntas, me exigirá nuevos escritos y me someterá a nuevas pruebas, pero eso no me importa. Estoy dispuesto a ser sincero, ya que ideológicamente he llegado a una especie de punto final en el que necesito revisarme a mí mismo. Pero no espere que le diga quién está

preparando un atentado que podría llegar incluso al Rey; no espere que mencione nada acerca del asesinato del general Villalba. No conozco a nadie, y si lo conociese tampoco lo diría. De todos modos, muchas gracias por sus atenciones, que hacen infinitamente más soportable mi situación. Gracias por la biblioteca y el aislamiento. Hay tipos en la Modelo que no tienen tanta suerte como yo y a los que han acorralado y han dado por el saco más de siete veces, diligentemente.

LA EXPLOSIÓN se lo llevó todo al carajo, hizo saltar por los aires los tapacubos Special, el volante que imitaba la madera de teca; el espejo de cortesía donde la señora se arreglaba siempre el pelo y la guantera donde el señor Fortes guardaba la pistola y donde alguna vez había ocultado la cajita de los condones. Todo saltó por los aires, todo se fue a tomar por el saco, como diría más tarde la gente, y todo quedó hecho una mierda, y así no se puede seguir, como dirían los tenderos que vieron saltar sus escaparates. El seat 132 personalizado, lleno de brillos inoxidables y lunetas térmicas, de estéreos y de «no corras, papá» con niños que miraban a la eternidad, saltó sobre la acera y pareció reventar por dentro. Fortes nació por segunda vez, ya que los cables estaban mal colocados y la bomba hizo explosión cuando él abría la puerta, no cuando estaba ya dentro. Pero tuvieron que llevarlo al Hospital del Mar, dependiente del Excelentísimo Ayuntamiento de Barcelona, con derrames internos, rotura de fémur, aplastamiento de testículos y otras delicadezas. Como el señor Fortes había pertenecido a la Guardia de Franco, como tenía grandes intereses en bancos, inmobiliarias y fábricas subsidiadas, toda la policía se movilizó. No lo hubieran hecho de tal manera, seguro que no, si llegan a meter una bomba en el culo del decano del Colegio de Abogados. Quizá por eso me llamaron a declarar a las tres de la madrugada.

Había mucho movimiento en los pasillos de Jefatura, como si los fantasmas nocturnos de la Vía Layetana estuvieran a punto de perder el control, o como si pensaran que atrapando a los del coche iban a atrapar — ahora de verdad— a los que despedazaron a Bulto y a Viola. Esta vez no me

llevaron ante agentes que habían venido de Madrid con todo pagado; esta vez me llamaron «abogaducho de mierda» y me condujeron ante un tipo al que no conocía, un hombre alto, de facciones astutas, que hubiera podido ser segundo secretario de Talleyrand u obispo auxiliar con Pío XII. Vestía de gris, no tenía ninguna expresión en la cara, y cuando te miraba te miraba tan fijamente como los que prestan dinero.

—Me llamo Lorente y soy comisario —dijo mientras me ofrecía un cigarrillo—. ¿Quiere fumar? Me han dicho que le gusta el rubio.

No me llamaba abogaducho de mierda, pero me sentía como tal. Intenté contraatacar con el sarcasmo, porque ahí estaba la última frontera de la dignidad que aún creía tener, la poca dignidad que a uno le queda a las tres de la madrugada, cuando no le han dejado peinarse siquiera.

—Sí —dije—, pero solo fumo en el váter.

—No sea ingenuo. Nadie tratará de coaccionarle mientras esté aquí, ¿sabe? Las hostias las dan en los pisos de abajo. Solo trato de que hablemos amigablemente, y con una persona de carrera como usted eso no va a ser tan difícil, digo yo.

—¿Hablar amigablemente de qué?

—De todo y de nada. Ustedes, los abogados, saben lo que es una transacción: liquidar un asunto enojoso de mutuo acuerdo, cediendo cada parte en algo. Pues bien, yo le ofrezco una transacción que puede ser interesante.

—¿Interesante para usted o para mí?

—Para los dos. No siga haciéndose el ingenuo porque sabe que le conviene aceptar. Este es un asunto enojoso y vamos a liquidarlo de una vez entre usted y yo. Mi proposición será que me diga absolutamente toda la verdad; la suya va a ser que le deje en paz a partir de ahora. Verá como nos entendemos.

—He estado diciendo toda la verdad desde que entré en esta casa —murmuré—, desde que tuve la maldita idea de meterme en aquel bar, poco antes de que mataran al general Villalba. Si usted, que debe haberse leído siete veces los atestados, cree que hay alguna contradicción, dígamela. La rectificaré gustosamente con otra verdad que suene todavía mejor. ¿Trato

hecho?

Dio media vuelta para que yo no notase la irritación de su cara, pero llegué a advertirla. Aquel tipo era como el Martín Villa, quien en sus tiempos de gobernador y ministro lograba dominarse siempre aunque estuviera acorralado. De todos modos me inquieté, porque las cosas podían rodar mal para mí, a pesar de todo lo que se diga de la democracia. Sin embargo, cuando Lorente giró de nuevo hacia mí, volvía a estar impassible. Solo noté su contrariedad al verle dejar en el cenicero su cigarrillo a medio consumir.

—Lo del general Villalba fue el atentado número uno —dijo.

—¿Qué?

—El atentado número uno.

No le entendí, y supongo que era eso lo que desde el principio quería: llevarme a un terreno donde yo distinguiera luces, pero en el que solo él viera las cosas con claridad. Se sentó en el borde de la mesa, puso entre sus labios otro cigarrillo y se olvidó de encenderlo. Desde la juventud del Robert Mitchum yo no había visto un gesto tan bien calcado como aquel. Luego me apuntó con el índice.

—El general Villalba era una prueba —dijo—, una especie de ensayo general que al mismo tiempo les servía para destrozar la frágil calma del país, para irritar al Ejército, para conseguir todas esas cosas que tanto les gustan a la gran derecha. Sí, he hablado de la gran derecha —repitió—, y no es un juego para despistar como los que a veces empleamos los policías. Hablamos de la gran derecha para que nos hablen de la jodida izquierda, pero ahora no es así. Ahora soy sincero. Vamos a ver. Estábamos en que lo del general Villalba era un ensayo del grupo.

—¿Qué grupo?

Jamás me habían hablado con tanta sinceridad, si es que la sinceridad la han utilizado los policías alguna vez cuando trabajan. Supongo que tenía una expresión aturdida en el momento en que repetí:

—¿Qué grupo?

Lorente no siguió el camino, o al menos no lo siguió en línea recta.

—Querían saber si estaban compenetrados y podían hacer el trabajo bien —dijo con voz opaca—, pero hacer el trabajo a tiros no les bastaba. Las cosas

se podían presentar de otra manera cuando llegasen más arriba. Más arriba — repitió—. Por eso quisieron saber también cómo se comportaban con los explosivos, y han llegado al atentado número dos. ¿Le extraña?

—Me extraña que un policía me hable sinceramente —dije—, o al menos con lo que parece sinceridad.

Por supuesto —musitó sin mirarme—. Claro que sí. Tiene todo el derecho a pensar que esta es una conversación-espejismo, que no tiene ninguna base real y que nos llevará justo al sitio donde yo quiero ir, no al sitio donde quiere ir usted. Pero a veces hasta un policía puede buscar una colaboración sobre bases razonables —añadió, apuntándome con el dedo de pronto—, y yo la estoy buscando. De todos modos, y al fin y al cabo, ¿qué le estoy contando? Nada que no sepan ya los del otro lado de la barricada, entre los que podría estar usted. Nada que no sepa ya mucha gente de aquí. Mire esta nota de prensa de jefatura. Tres jóvenes, llamados Ezquerdo, Periz y Canales iban a cobrar un «impuesto revolucionario» de seis millones cuando fueron detenidos. Habían formado un grupo que se llamaba «Grupos Proletarios Armados», ¿sabe? ¿Quién los conocía? Ni su puta madre. Bueno, pues ahí estaba el juego. Los tres eran de Falange Auténtica. Uno ya no sabe con quien trata; todo el mundo está disfrazado.

Hice un gesto afirmativo y traté de no pensar en demasiadas cosas concretas. Pregunté:

—¿Qué es lo que saben al otro lado de las barricadas y qué es lo que sé yo, comisario?

—Que se prepara un atentado de gran altura, pero esta vez puede que no sea ETA. Si se ha molestado en leer bien las notas oficiales que nosotros redactamos, lo mismo acusamos de los atentados a unos que a otros, de modo que parece como si a un mismo guardia lo hubiesen matado once tíos a la vez. Hay tantas pantallas de humo que nosotros mismos no distinguimos a veces, pero determinadas cosas las sabemos con absoluta seguridad. Y muchas de las que decimos mal las sabemos bien. Pero a lo que iba... No, esta vez no se tratará de ETA. En ETA, al fin y al cabo, ¿cómo se sabe ya quién es quién? Hay tantos grupos autónomos, tantos «comandos locos», tantos infiltrados y tantos disidentes que lo mismo encuentras allí a uno del

proceso de Burgos que a otro que cada mes cobra por el habilitado en Puerta del Sol. ¿Y el GRAPO? ¿Y Terra Lliure? ¿Quién los paga? ¿Quién es el que les dice a cuatro hijos de puta: «Vamos a matar a este»? Los hijos de puta no lo saben, el muerto no lo sabe, la policía —o al menos una parte de la policía— no lo sabe. El propio Suárez, con el que hablé una vez cuando era presidente, llegó a mencionar un Banco que podía estar detrás de algo de eso, pero lo hizo con voz nerviosa, como si en el momento de hablar ya se arrepintiera (porque Suárez, en las audiencias que concedía, hablaba mucho), mientras sacaba su trigésimo cigarrillo de esa caja de plata que todo el mundo ha pensado robar porque lleva la inscripción «Presidencia del Gobierno». Pero es que es posible que ni él mismo estuviese seguro de nada. Tú eres abogado —dijo, dando de pronto un tono íntimo a la conversación— y lo entiendes.

Le dije con un gesto que sí que lo entendía, que yo lo entendía todo, pero mi desconfianza aumentaba cada vez más. No me gustan los líos, pero menos los líos en los que se habla del presidente de un país y del dinero de un banco. En especial del dinero de un banco.

—Te lo pondré todo en orden —dijo—, un poco de orden. He hablado de un atentado número uno y de un atentado número dos. Habrá un atentado número tres.

—Pero, ¿quién lo prepara? ¿Y contra quién?

—Si lo supiera no tendría que estar aquí, haciendo el cabrón a estas horas —dijo Lorente con brusquedad—. Y precisamente porque no lo sé, es por lo que necesito que tú me ayudes.

—¿En qué sentido?

Retrucó con otra pregunta:

—¿Qué sabes de los Masnou? Conoces al Ramón, por supuesto.

—Claro. Lo conocí a través de Prado.

—Y al padre.

—Naturalmente que sí. No es nada extraño. Sobre todo al padre lo conocen en muchos sitios de Barcelona.

—¿Y a la Jou? ¿La conoces?

—No, no tengo idea. ¿La Jou quién es? —mentí con toda la cara.

—Una conocida de Ramón Masnou a la que este ha enviado cartas durante años. Las atrapamos en un registro, pero ella no lo sabe aún; no sabe siquiera que registramos su casa. Y si alguna vez lo llega a saber por ti, amigo mío, te juro que te vas a cagar en las botas. Pero estoy seguro de que no sucederá.

Era una forma de meterme en su mundo, en sus pequeños secretos, de convertirme de alguna manera en su cómplice más metódico. Yo lo sabía, y eso me hacía sentirme incómodo hasta la repugnancia, pero era imposible protestar, ausentarme, decir que no había oído nada. Lorente tendía una tela de araña a través de las habitaciones y de las palabras, tela de araña en la que él me envolvía para convertirme en una de sus pequeñas patas. Quién sabe si con ella esperaba andar muy lejos.

—Bueno, ¿y qué importancia tienen esas cartas? —susurré, intentando escapar al cerco—. ¿Qué demonios cree que sé?

—Las cartas son algo así como una historia —murmuró sin contestarme—. Sí, eso es: una historia en cierto modo, o más bien un análisis de muchas cosas. El Masnou joven las empezó a escribir hace bastantes años, refiriéndose además a cosas que ya entonces habían pasado, de modo que abarcan una larga época. Aparte de eso, y por lo que yo sé, las continúa escribiendo.

—¿Pero por qué? ¿Qué le importa esa mujer? No es su novia. Si fuera su novia, yo lo sabría. ¿Por qué habría de estar escribiéndole durante tanto tiempo?

—Quizá sea muy sencillo —dijo Lorente, encogiéndose de hombros—. Supongo que es un problema de timidez. La chica le gusta, imagino, y ese es el sistema que le parece mejor para comunicarse con ella. Agazapándose detrás de cada carta, todo es más fácil para él, y además me he dado cuenta, por lo que sé, de que esta forma de actuar corresponde a su carácter. De una forma u otra, la verdad es que tengo algunas cartas y espero tener más, porque ya he tomado mis medidas para copiar las que lleguen —cambió de tono—. ¿De modo que tú no sabes nada de una mujer llamada... a ver... (como si no lo supiera) Esther Jou?

—No, nada.

—Ni de su pasado político, supongo.

—Naturalmente, eso tampoco lo sé.

—¿La has oído mencionar alguna vez en la casa de los Masnou?

—No, aunque podría no acordarme. ¿Por qué?

—Tal vez por nada. Son cosas que se me ocurren.

Y se volvió de espaldas.

13

LO PRIMERO que hice fue telefonear a Mireia desde una cabina de la plaza de Cataluña. Por supuesto que ya tenía un fisgón detrás, y ese fisgón se detuvo a encender un cigarrillo a dos metros, pero no me importó. Al fin y al cabo, entre aquel comisario llamado Lorente y yo empezaba a haber muy pocos secretos.

Recuerdo muy bien que Mireia me esperaba a la mañana siguiente, que andaba entre los árboles de la Vía Augusta, parte alta, entre todo el *standing* que merece usted que ha llegado, entre sombras de torres que ya no existen, abuelos grandes constructores que ya murieron, nietos grandes vendedores que gracias a ellos siguen viviendo. Mireia había respondido a mi cita esperándome entre aquellas casas donde ella, ¿por qué no?, había soñado ser una intelectual feliz junto a una ventana desde la cual se viesan los tejados de la ciudad hasta el mar. Pero luego tal vez se arrepintió de aquellos pensamientos y quiso asumir su destino de intelectual infeliz llevándome a un bar de la plaza de Sarria, donde la gente hablaba con dignidad de futuros imposibles. Porque si el futuro del que hablaban fuera posible, ¿cómo justificarían ellos su vida? Y yo le hablé a mi vez directamente de todo aquello, sin darle tiempo a apartar los vasos sucios que aún estaban en la mesa.

—Hay un comisario llamado Lorente que ha cometido un error —dije—. Al no haber llevado el caso desde el principio, ha tenido un fallo de memoria.

—No sé bien de qué me hablas. Y todo con esta precipitación... ¿Qué clase de error?

—Me preguntó si conocía a Esther Jou, y me habló de las cartas que le

escribe o le ha escrito Ramón Masnou.

Ella tembló un momento.

Sus manos se crisparon sobre la mesa.

—¿Qué dices? —musitó.

—Sencillamente, que ese comisario llamado Lorente tiene o ha visto las cartas que a ti te dieron para gestionar la investigación de la paternidad en nombre de tu amiga. ¿Te das cuenta? ¡Aquellas cartas las tiene él! ¡O al menos las ha visto él!

Mireia echó la cabeza para atrás. Sus ojos se nublaron un momento, supongo que a causa de la sorpresa. De pronto dejaron de existir para nosotros todos los ruidos del café, todo se hizo borroso más allá de las cristaleras que daban a la plaza de Sarria; recuerdo que el perfil de Mireia se recortaba en una de ellas como una mancha.

Hice un esfuerzo para volver a la realidad.

—Tratemos de seguir un orden lógico —musité—. Esos papeles te los dio aquel hombre del bar Portugal.

—Sí.

—¿Te das cuenta, Mireia?

—¿Me doy cuenta de qué?

—Vamos a tratar de seguir el orden lógico un poco más. Supongamos que el hombre del bar Portugal fuese un policía. Mireia palideció.

—¿Pero qué dices? —preguntó en un susurro.

—Lo has oído bien: supongamos que le hubiesen dado la orden de buscar a tu amiga. No se la darían solo a él, claro; se la darían también a otros. Pero él concibió una idea, o al menos la puso en práctica. Buscó en el entorno de tu amiga y empezó a encontrar algunas personas que le parecieron significativas. Una de ellas eras tú.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Porque podías conocer su paradero. Otros quizá también, pero tú eras una amiga íntima. Supongamos que te tendieron una celada.

—¿Cuál?

—El tío del bar Portugal se te presenta en nombre de Isabel Costa y te da unos documentos para que busques un abogado y hagas tramitar una

investigación de la paternidad. Dada la clase de papeles que te entregaron, era una investigación bastante lógica. A partir de ese momento tú podías hacer dos cosas.

—¿Qué dos cosas?

—Una de ellas, preguntar a tu amiga, a Isabel, si era verdad que te había enviado a alguien, lo cual significaba ponerte en contacto con ella. Como te vigilaban minuto a minuto, hubiesen descubierto su paradero perfectamente.

Mireia se mordió el labio inferior.

Musitó:

—¿Y la otra?

—La otra era que creyeses al hombre del bar Portugal, el cual lógicamente te podría convencer, porque sabía de tu amiga más cosas que tú misma. Y que terminases buscando a un abogado, en este caso yo, para iniciar los trámites. En tal caso era completamente seguro que, si tú conocías de algún modo el paradero de Isabel Costa, acabarías poniéndote en contacto con ella para decirle cómo marchaban las cosas. Y entonces habría ocurrido lo mismo que en el primer caso: los policías sabrían dónde estaba ella.

Mireia cerró un momento los ojos y se asió al borde de la mesa como si hubiera sentido vértigo. Permaneció así, hundida en su silencio interior, durante un tiempo que se hizo interminable.

Luego susurró:

—¿De modo que era una trampa?

—Sí.

—¿Tanto interés tienen?

—Sí.

—¿Por qué?

—Ha habido muertos suficientes como para que tengan interés, Mireia.

—¿Pero es que?...

—Sí. Piensan que es ella. Que está en una organización de ultraizquierda financiada por no saben quién, pero capaz de hacer todo lo que ha hecho.

—Por favor, deja de contestar como una máquina —me pidió.

—Comprendo que hago cualquier cosa menos tranquilizarte, Mireia. Y me gustaría tranquilizarte, créeme; pero no he venido para eso.

Volvió a cerrar los ojos, volvió a hundirse en su silencio interior. Luego miró en torno suyo desconfiadamente, como si buscara a nuestros vigilantes inevitables; y yo hubiera deseado decirle que sí, que era lógico que nos estuvieran observando, aunque no había logrado descubrir aún a los hombres que montan los brillantísimos servicios en las esquinas. Al fin, Mireia susurró:

—Ella no ha matado a nadie. Me niego a creer lo contrario. Tampoco pudo matar al hombre del bar Portugal. Estoy segura de que no lo hizo.

—Es que no lo hizo, Mireia.

—¿Pues entonces quién?

—No lo sé. Como en las viejas novelas de la serie negra, como en las viejas películas del cine Condal o del cine América, el hombre del bar Portugal quizá sabía demasiado. Pudo matarlo por esta razón algún terrorista o alguna persona de las que están detrás de ellos y de las que nadie sospecha. Porque a veces cuando uno se pone a investigar cosas, ve más cosas de las que debiera. O pudo ser una venganza personal; esos tíos, aunque sean jóvenes, están ya rodeados de gente que cada día se acuerda de su madre. No, no es indispensable que lo hiciera tu amiga, pero la trampa de la policía ha existido. No son tontos. Y no será la última vez que lo hagan, ya lo verás.

Añadí con voz opaca, mirando al vacío:

—Mireia, por favor, apártate de esto.

Mireia no miraba al vacío. De repente me miraba a mí con una especie de horror. Estaba completamente desconcertada.

—No sabía nada —susurré—, te juro que no sabía nada.

—No hace falta que lo jures. Sé que dices la verdad.

—Pensaba estar haciendo un favor a una mujer que lo necesitaba, una mujer que iba a ser pisoteada como tantas otras. Por eso no pregunté apenas detalles. Me lo creí todo; no hubo la menor intención de...

No tuvo ocasión de continuar. Entonces el del brillantísimo servicio apareció. Hice una seña a Mireia mientras susurraba:

—Vámonos de aquí.

El policía nos había estado vigilando desde el interior de un coche mal aparcado en la plaza. Un urbano le fue a poner una multa, habló con él y

enseguida se retiró con gesto de funcionario brillante que ha comprendido. La colaboración entre los encargados de perseguir al ciudadano infiel es a veces tan perfecta que uno siente deseos de darles las gracias. Pero no es aconsejable.

AQUELLA noche la pasé casi en blanco en mi despacho de la calle Lauria, llenándolo de colillas y de humo. Poco importaba, porque a la mañana siguiente tampoco acudiría nadie. Releí todas las cartas de Ramón Masnou, buscando hilos que me llevaran a alguna parte. En especial me fijé en las últimas. Casi las grabé en mi memoria.

Señorita Esther Jou, 23, sábado

El padre se fue enterando con celeridad de todos los detalles de mi vida fuera del hogar. Aunque yo no lo supiese, me hacía vigilar discretamente y estaba al tanto de todos mis actos. La verdad —cosa no tan sorprendente— fue que le pareció muy bien que yo trabajara en casa de un notario y que no ahuecara el ala hasta las diez de la noche, cuando las calles respetables de la burguesía *fin de siècle* están convertidas en filas de panteones numerados, cada uno de los cuales contiene los huesos de una razón social. Hasta incluso debió parecerle bien que yo anduviera con Isabel Costa por los rincones proletarios del olvido, pues aquella chica tenía una ventaja: no me dejaría entrar en ningún sitio donde pudiera atrapar purgaciones. Pero cuando supo que, si nos distraíamos, podría llegar a tener un hijo con ella, su cambio de actitud fue total, aunque ni por un momento llegó a perder aquel dominio de sus nervios que tanto le ha caracterizado siempre. De su vida y de la mía había hecho una especie de plan de desarrollo franquista, y ese plan se le podía ir ahora por el bidé a causa de una sórdida cuestión de cama. Al menos eso de que era una sórdida cuestión de cama, el padre lo creía con todas las fuerzas de su ser.

Me lo encontré algo después, como por casualidad, en el paseo de Gracia,

y fui lo bastante estúpido como para no darme cuenta de que aquello era lo menos casual del mundo. Pero es que las circunstancias ayudaban: el Paseo de Gracia, por la tarde, tenía una luz reidora y suave, hecha para la gente que no trabajaba. Los hombres escondidos bajo los libros de contabilidad, aplastados por las mesas, pinchados en el ano por las agujas de los relojes, ni la sentían ni podían verla. El padre sí; el padre aquella tarde parecía hecho para disfrutar de la luz limpia del paseo de Gracia y de la quietud un poco melancólica del aire. Me hizo tomar asiento en el Kansas, que no sé si está en el mismo sitio donde estuvo antes. El Parador del Hidalgo, el café donde los señores del estraperlo o de la nueva política franquista iban a acorrallar a las niñas con dieciséis años de hambre. Pero ahora el Kansas era un lugar más bien mustio, cuchicheante, donde la gente hablaba de letras de cambio y de alquileres de pisos. El padre me trató con mucha naturalidad, como si no valiera la pena entrar en materia. En fin, como si nos hubiéramos separado el día antes y entre nosotros no hubiese pasado nada.

—La María del Mar te añora mucho —fue lo único que me dijo, al cabo de una serie de frases indiferentes—. Cada noche pregunta por ti.

—Sí... Yo también la recuerdo a cada momento. De todo esto, lo que peor me sabe es lo que le estoy haciendo sufrir a ella.

Por supuesto que el padre también debía sufrir, pero no lo dijo.

Y de pronto volvió a hablar otra vez de temas generales. Todo, repito, como si no hubiese pasado nada. Me habló del paseo de Gracia, de la gente, de los cafés que estaban y de los que ya no estarían nunca más, del tiempo delicioso, de los bancos que se abrían en todas partes y hasta —cosa insólita en él— de lo buenas que estaban las señoras, como para darle a la cosa un cierto color de frivolidad. Quizá, de todos modos, quería centrar a través de eso el tema de Isabel. Pero seguidamente volvió a huir de la cuestión y se refirió de nuevo al tiempo, a la fábrica, a las vacaciones y a una serie de máquinas que quería comprar. Para decirme de pronto, y en plan confidencial, como si me diera una noticia importante, que los obreros son los que se llevan a la cama las mejores señoras del planeta.

—¿Por qué? —añadió, alzando un poco los brazos—. Eso sí que no tiene sentido. Al menos es lo que estarás pensando, Ramón. Cualquier persona

sensata se da cuenta de que los obreros no pueden elegir demasiado. Son los que están arriba los que eligen, ¿no? ¿O sí? Bueno..., ¡que te crees tú eso! Todo el que está arriba no elige la mujer, sino el mundo que circunda a aquella mujer. Unos por el dinero, otros por la situación familiar, otros por la educación. Al menos puedo jurarte que ninguno de los nuestros se casará con una mujer, por buena que esté, que le diga: «¡Hostia chava, no me magrees, que tengo la regla!». Otros más sensibles, con una sensibilidad que difícilmente tienen los de abajo, aceptan una mujer para protegerla o para formarla. Pero el obrero no, y te lo digo por experiencia, porque llevo más años que cualquiera de ellos en la fábrica. El obrero va al culo o a las tetas directamente, y además no se equivoca nunca. Por eso te digo que, al fiarse solo de datos tan concretos y visibles, siempre tienen a las mujeres más estupendas, aunque las estropeen enseguida.

Me pareció como si en el fondo de las palabras del padre latiese un poco de rencor, quizá porque él, en este sentido, no había sabido elegir o no había sido libre del todo. Naturalmente que hubiera podido tener mujeres de toda clase, pagándolas, pero no era lo mismo; y además el padre siempre había tenido —eso sí— una cierta vergüenza ante los detalles del amor a precio convenido.

Después de hablarme de las señoras de los obreros y de las señoras que no querían serlo, se embolsó hablando de la aristocracia; pero no de la aristocracia de la sangre; ni siquiera de la aristocracia de los billetes. Me habló de la otra aristocracia que la marcha de los tiempos haría inevitable, la de la naturaleza. La aristocracia del espacio, del aire y del agua.

—Llegará un momento en que aquí ya no cabremos —me dijo—. Si te fijas con cierto detalle, no cabemos ya realmente ahora. Yo no sé lo que pasa, por ejemplo, en Barcelona, donde dicen que no somos ni dos millones, y en cambio, la gente te sale hasta por las bocas de las cloacas. En la calle no te puedes mover; en la playa no te puedes mover; cuando llega el tiempo de las setas, por cada una hay seis tíos con las uñas afiladas esperando que salga. Pero eso no es más que una parte del gran cuadro. Al fin y al cabo uno podría quedarse en su casa, no salir a la calle, no ir a la playa, no perseguir las setas cuando solo tienen dos minutos de vida. Ahora bien, para quedarse en una

casa digna de tal nombre, que no sea un nicho, donde puedas tener aire y donde la nariz del vecino no te salga por el desagüe del fregadero, hará falta ser muy rico, pero que muy rico. Ahora ya hay que serlo. Yo te juro que, dentro de unos años, el que tenga un espacio suyo para poner dos pies a la vez, un metro cúbico de aire para respirarlo él solo y un pozo del que brote agua limpia, pertenecerá por eso solo al mundo de los elegidos. Y los campos de golf donde se pueda caminar cien pasos seguidos sobre la hierba, los clubs náuticos en que se pueda tender una vela cara al cielo o estirar los brazos en el agua de una piscina sin que te los muerdan, serán carísimos, inasequibles, casi angélicos. Y a mí porque no me gusta la caza, pero pronto no quedará en España un conejo ni un árbol del campo que no estén marcados con el nombre de su dueño. Por eso te digo: cada día habrá más desigualdad, hijo mío, a pesar de las apariencias. Lo que ocurrirá es que ser «desigual» cada vez resultará más difícil y más caro.

El padre estaba elocuente aquella tarde, estaba casi brillante (hay que tener en cuenta sus limitaciones en este sentido), quizá porque hablaba con la absoluta convicción de decir la verdad. También es cierto que eso le había hecho salirse de nuestro tema, pero yo estaba convencido de que seguía dando vueltas en torno a él. Al fin me dijo sencillamente: «Yo sé que das valor a tu espíritu, y haces bien, pero si llevas una vida sórdida, lo aniquilarás tú mismo. El espíritu es la cosa más delicada y enfermiza que existe. Piénsalo. Una vez lo pierdas ya no lo volverás a recuperar nunca».

Era como el honor de los guardias civiles, a lo que parece.

Después de eso nos levantamos, dejó sobre la mesa el importe de lo que habíamos tomado y se marchó tras darme sencillamente un golpecito en la espalda. Yo estaba tan aturdido que no supe ni despedirme dignamente de él; no supe ni seguirle a través de las calles que aparecían repletas de gente, como si todo el mundo se hubiera liado de repente a atizarse codazos para darle la razón.

Podía haber pensado que aquel encuentro no era casual, y que mucho menos casual resultaba aún el monólogo del padre. Quién sabe si incluso había sido preparado por un psicólogo desde la primera palabra a la última; un psicólogo que tuviera todas las referencias sobre mi carácter y mi vida,

naturalmente. Podía haberme dado cuenta antes de la verdadera situación y contestarle algunas cosas: por ejemplo, que él sí que había perdido su espíritu, que lo había enterrado bajo las puertas de los talleres, dentro de los relojes marcadores, los libros de cuentas corrientes y las agendas de caja. Podía haberle dicho que vendió mil veces su espíritu la noche de aquel incendio, cambiándolo por las paredes de una finca de verano donde ningún árbol conservaba un nombre. Podía haberle dicho mil cosas, pero usted ya sabe, señorita Jou, que uno suele acordarse de las palabras cuando ya ha pasado la ocasión de pronunciarlas. El caso fue que en aquella oportunidad el padre dijo todo lo que tenía que decir y yo, en cambio, no supe responderle nada.

Ahora bien, dentro de mi vida con Isabel aquellas palabras iniciaron un trabajo sutil, delicado y lleno de matices. Antes me hubiese parecido una tontería, pero ahora, de pronto, el espacio exterior se me convertía en un espacio interior, en una pura geometría de impulsos y de sentimientos. Voy a decírselo más claro: me daba cuenta de que yo ya estaba dentro del círculo de los que no tienen sitio. El futuro más o menos lejano del que me había hablado el padre era para mí una cochina realidad. Cochina como la luz de la habitación pequeña, como las puertas cargadas de olvido, como el retrete que habíamos de usar todos por turno, Isabel incluida. Me di cuenta, además, de que yo ni tan siquiera podía disfrutar del placer de los obreros, que consistía en atrapar un buen culo los sábados por la noche. Yo había elegido a la insignificante Isabel, como otros que renunciando a los placeres del matrimonio eligen a una mujer por su significación social o su dinero, lo que sin duda compensa todas las frustraciones que uno pueda tener bajo su sábana, con la desventaja para mí de que Isabel no me aportaría ni una cosa ni otra. Después de aquella tarde en el paseo de Gracia todo me pareció diferente, como parece diferente la luz según la ventana por la que entra. En fin, que el padre tenía razón, y por más vueltas que daba al asunto no podía quitársela.

Quizá usted, señorita Jou, si me tuviese ahora delante me preguntaría esto: «Pensando así, ¿buscó otras veces el cuerpo de la Isabel?». Me preguntaría si volvimos a yacer juntos, rodeados por aquella luz turbia,

cercados por los mil ruidos inconcretos del piso que para tanta gente eran su intimidad más profunda. Pues sí: volvimos a movernos sincronizados dentro de aquel mundo un poco alucinante de su cama que crujía, de su puerta que nunca cerró bien, dándonos cada susto de órdago, y de aquella bombilla eternamente floja que siempre se nos apagaba en lo más importante. Le aseguro que yo había encontrado al principio, en los pobres misterios de su cuerpo, un infinito reposo, una dulce comprensión que justificaba mi vida. Era como una comunión total con la que deseábamos todo, un primer paso para crear aquella sociedad que queríamos tan nueva. Lo malo es que ese primer paso lo da uno enseguida, y en los demás —a lo peor porque está débil— se encalla. Éramos los dos uno, como se decía en las iglesias de barriada y en las comedias de Elías y del Salvador Bonavia, pero también dos en uno como los que ansiaban un mundo nuevo, de paredes de cristal, donde hombres y mujeres aprendieran a ser libres. Eso nos dignificaba.

Sin embargo, debo aclararle, señorita Jou, que desde el punto de vista que ahora se me iba imponiendo la cosa cada vez podía parecerse más a una comedia de Bonavia o a un tema de los que se desarrollaban en el escenario del Victoria, al final del cual el padre perdonaba a los hijos réprobos y los hacía casar en Montserrat mientras sonaba el *Virolai* y en el restaurante preparaban unas cumbres de San Jerónimo hechas con nata. Pero le juro que luché con todas mis fuerzas y apelé a todo mi sentido del ridículo para no rodar por la pendiente fácil de las bendiciones paternas y las lágrimas en el recibidor de casa.

Además no quería engañar a nadie. Con Isabel ansiaba portarme noblemente. Por eso le dije que nos casaríamos con nuestros pocos recursos, y los domingos seguimos caminando juntos por la Barcelona del Pueblo Nuevo, de la avenida del Bogatell, de las calles de San Ramón y del Cid, de Guardia y de la Casa Valero. A Isabel le gustaba aquella Barcelona triste, quizá porque justificaba su vida. «Tú sí que me entiendes. Tú sabes, como yo, que hemos de hacer una Barcelona más sana, y más noble, donde todo el mundo tenga un sitio».

Cuando le dije que nos casaríamos estábamos en la Exposición, cerca del Polvorín, allí donde las últimas suciedades de la urbe rozan las fronteras de la

nostalgia. Las chimeneas del suburbio no rompían la limpieza del cielo, y los ruidos de la Gran Vía no, quebraban tampoco el ritmo de nuestros pensamientos. Todo fue tan sencillo como la tarde, tan limpio como la vida transparente que habíamos elegido los dos. Lástima que cerca de nosotros se le ocurriera sentarse a aquella chica de las piernas tan sensacionales. Aquello lo estropeó bastante, aunque yo —se lo aseguro— hice al principio toda clase de esfuerzos para no mirar.

Fue el mismo Prado quien sugirió el tema uno de aquellos sábados en que nos reuníamos por la noche, un sábado de suburbio, de lluvia, de faroles que vacilaban y de brujas proletarias. Aunque hiciera mal tiempo, pasase lo que pasase, nos reuníamos aún en los viejos cafés de otra época, donde ya no quedaban ni sombras, sino simples pedazos de ellas. Prado sugirió el tema y creo que nunca debió haberlo hecho. Hay sentimientos que uno frena porque le avergüenzan, pero que deja sueltos cuando el que los manifiesta —o el que les da un rigor científico— es otro. Aquella noche, entre veladores canovistas y camareros realquilados, nos pusimos a hablar de la cultura de masas.

Prado interpretó mi pensamiento al decir que la cultura deja de serlo cuando se masifica, cuando pierde su carácter de asunto entre caballeros, de «mester de clerecía», para transformarse en un tampón repetido sobre millones de cerebros. Entonces la cultura se degenera para convertirse como máximo en una técnica, cuando no en una frustración. Puesto que la cultura no puede dar de comer a todos los que han seguido su camino, hay millones de hombres que la ridiculizan o la lloran. Eso hace —según decía el Prado— que haya que salvarla de las calles y devolverla otra vez al mundo de los elegidos, porque son pocos los que tienen capacidad para amarla. Supongo que al Prado no le gustaba decir esto, porque él era un acérrimo partidario de la cultura como posibilidad de todos, pero la experiencia había acabado por enseñarle que la mayor parte de los ideales no pueden realizarse. Y una Universidad con alumnos de pie en las aulas, dándose codazos, es una simple caricatura.

Sí, imagino que al Prado no le gustaba decir esto.

Pero era como la vida pequeña de todos los días: las masas estorban en ella. Sus coches comprados a plazos obligan a quienes los han tenido toda la

vida a establecer acotados, reservas y espacios vitales. Ha desaparecido la aristocracia del coche, pero ha aparecido la aristocracia, mucho más áspera y cruel, del chaflán propio, del vado o del *parking* subterráneo, esa catacumba privada de los nuevos tótems religiosos del siglo xx. El derecho universal al sol, al agua y la arena, a unos palmos cuadrados de libertad, ha aniquilado el quieto mundo del ayer, donde unos pocos hombres contemplativos podían disponer de los soles muertos y las playas vacías. La consecuencia ha tenido que ser la cala cerrada, el pequeño coto de luz desde el que aún sea posible contemplar —en rigurosa exclusiva— el milagro de la nada. La aristocracia de las vacaciones (la del balneario *demodé* y la playa virgen) ha muerto, pero en su lugar ha tenido que nacer la aristocracia mucho más agresiva del «Camino particular» y el «Prohibido el paso». El viejo mundo de los caballeros —continuaba diciendo el Prado— era injusto, pero el nuevo mundo de las masas es destructor, porque las masas digieren (y por tanto defecan) la cultura, la ciudad y el paisaje, y hasta esa cosa sutil que es el tiempo que nos envuelve.

A veces hace falta solamente, señorita Jou, que las cosas se las concreten a uno para entenderlas del todo. Y a mí las palabras del Prado —que hablaba de realidades bien tristes para él— me dieron una nueva visión de la ciudad en que estaba metido y de cuyos fondos más grises me iba a ser imposible escapar. Aquella noche, como si mis ansiosos coterráneos lo hubieran adivinado, nos dieron tal cantidad de pisotones a la Isabel y a mí en el autobús que lamenté no vivir en lo alto de un campanario de Tegucigalpa.

No sé si le he dicho, señorita Jou, que era sábado, uno de esos sábados en que el buen obrero se cambia de camiseta, en que la buena obrera se lava la vagina, en que hasta el mal patrón se jode y paga la nómina. Era el sábado inmemorial de los sobeos bajo la colcha, de los pellizcazos nocturnales. El sábado del cine barato donde ya iba nuestra madre. Era el sábado de pasión —con todas las minúsculas del caso— al cual deben su vida todos los honestos quintos que el día de mañana servirían en los cuarteles que aún queden en pie y los buques que no se hayan hundido.

Pero a pesar de que Isabel —al fin y al cabo sensible a las tradiciones proletarias— me buscó largamente mientras sus padres estaban viendo una

película, no consiguió levantarme el ánimo ni levantarme nada. Lo que en el fondo, tal como marchaban las cosas, no dejó de ser una lástima.

Durante aquellos meses, aunque no tenía ningún tiempo libre, visité bastante la universidad en compañía de mis amigos de siempre. Eran unas visitas rápidas y absolutamente clandestinas, como las que se hacen a una amante. Si para cualquier gestión me enviaban fuera de la notaría, me perdía indefectiblemente una hora bajo las arcadas del patio de Letras, y luego daba una excusa, como, por ejemplo, que me habían hecho esperar. Supongo que ante el notario me iba ganando a pulso una fama de joven prometedor que acabaría limpiando los retretes, pero eso me importaba bien poco entonces. En el patio de Letras, señorita Jou, me daba cuenta de que aún existían problemas generales y hermosas abstracciones, como las que me esperaban en la Biblioteca Central, donde flotaban los sueños de miles de jóvenes que se negaron a medir la vida en palmos, sin que nadie supiera adonde fueron a parar luego esos jóvenes con sus condenadas obstinaciones. Ya imaginaría usted, señorita Jou, que eso me servía para encontrar un sentido a las cosas y para soportar lo que de otro modo no hubiera soportado, porque el pequeño mundo de la notaría se me hacía intolerable.

A veces coincidía en mis visitas con Rodríguez, que se escapaba también, o con Prado, que solía realizar trabajos de calle. Eso me permitió conocer a los estudiantes un poco mejor e ir penetrando en su mundo.

Yo soy de los que siempre han pensado que el auténtico germen de la revolución española, es decir, las posibilidades de cargarse el régimen de Franco, para que nos entendamos mejor, hay que buscarlas en la universidad; porque los obreros solo luchan para que les den tres pesetas más, y en cuanto les dan dos cincuenta se callan. Todo consiste en un simple cálculo de lo que puede costar taparles la boca; y si los números no cuadran, se llama a la autoridad franquista de hoy y la autoridad franquista de hoy les tapa otra cosa. La agitada historia social española es simplemente la historia de unos balances en los que no cuadraban las cuentas. Si uno las hace cuadrar, los obreros se callan. Y a la hora de votar —si un día se vota libremente otra vez— lo harán por el que prometa mejores salarios o se los garantice por más tiempo, lo que no siempre coincide con la izquierda o la política de

izquierdas.

En la Universidad es distinto, señorita Jou, y usted lo sabe bien porque ha pasado por ella. En la Universidad aún hay ideales estéticos, nostalgias que se transmiten por vía oral; e intuiciones lejanas. En la Universidad siempre hay quien sueña en las nubes de España. Y si alguien alguna vez cambia de veras algo, será en virtud de esas fuerzas. «Siempre las revoluciones han tenido un sustrato o un antecedente literario», recuerdo que ha dicho Camilo José Cela, quien ha añadido: «Las revoluciones siempre han tenido un origen intelectual». En la Universidad me sentía más identificado con los problemas de mi tiempo, con unas cuantas verdades eternas que nunca hubiese querido olvidar, pero que la vida me hacía olvidar poco a poco y día a día. Era mi rayo de luz pagado a plazos y en secreto, pero al fin y al cabo mi rayo de luz.

También me dejaba caer algunas veces por los periódicos, donde empezaban a surgir pequeños núcleos de gente librepensadora. Los periodistas de los años cuarenta habían sido casi todos gente del brazo en alto, alféreces de las brigadas de Navarra o lívidos hombrecillos que salían de las mazmorras. Durante años yo no quise leer periódicos porque todos decían lo mismo, todos daban las mismas noticias con tampón oficial, incansablemente proferidas. Eran aquel chiste de la vieja España de Franco, según el cual el jefe del Estado decía en un discurso que habían sido hechas grandes reformas en tal o cual sitio, y que por lo tanto todo era maravilloso. Un oyente llegaba a interrumpirle y le decía que en tal o cual sitio él, que viajaba mucho, no había visto ninguna mejora. El jefe del Estado le contestaba: «Usted lo que tiene que hacer es viajar menos y leer más el periódico».

Pues bien, ahora estaba empezando a brotar algo nuevo, un núcleo de gente que empezaba a pensar por sí misma, que juzgaba al país sin tabúes y sin tópicos; eran una especie de primera trinchera donde jamás se dieron tan unidas la desesperación y la esperanza. Yo, señorita Jou, me colaba con mis amigos en oscuras redacciones donde las leyes se llamaban Agencia Efe, Agencia Cifra y delegado de Información y Turismo; charlaba en las horas lívidas de la madrugada, estafando al sueño; veía titular a algún novato «Trágico accidente de tráfico»; y al salir a la calle las nuevas hornadas de

obreros me echaban a la cara su olor a sábana sudada y a defecación de urgencia.

Algún periódico sudamericano se deslizaba por las mesas de aquellas redacciones. «Treinta muertos en avionazo». «Mata a su madre sin causa justificada», decían los titulares. Había entre los viejos periodistas quien explicaba la noticia del «Lascivo Camats», que era de antes de la guerra: «Un labrador llamado José Camats Riera fue detenido cuando llevaba a cabo actos deshonestos con un burro que, además, no era de su propiedad»... Entre los secretos de la noche, algún periodista tenía su rinconcito pornográfico hecho con recortes de titulares escogidos y pegados según una idea: «Fracaso de la minifalda. Los coros de la Sección Femenina actuarán en Braga». De alguna manera había que amenizar las limitaciones del Régimen.

Todo aquello resultaba tan distinto de la notaría, de ir propiedades horizontales y sus legajos hipotecarios, que a pesar de que por las redacciones no corría un duro, yo me sentía identificado con ellas. O con parte de ellas al menos; con los hombres —y hasta con alguna mujer— que me dejaban hablar incansablemente de España, y con los que muchas madrugadas nos repartíamos nuestra ración de futuro y de niebla.

Fui perseguido —era inevitable— en varias algaradas universitarias. Los periódicos las llamaban «asambleas no autorizadas». Me buscaron a porrazos por entre los autobuses y los anuncios de Coca Cola. Se acordaron de mi madre entre los últimos tranvías volcados. Una mañana me atizaron en nombre de la Patria junto a un gran cartel en el que figuraba un plano de una urbanización de élite, con anuncios en alemán. Allí solo faltaba decir: «¡Compre en parcelas España!». Otro día (este fue glorioso) me persiguieron por el metro, y entre dos acorralamos y trincamos a un gris. No me atreví a volver a la notaría con el traje roto y fui directamente a casa, donde me esperaba Isabel, una Isabel radiante y que olía a vestidos limpios y a carne tensa, que hablaba ardientemente de nuestro amor como de un instrumento para que la ciudad se salvara. Yo no sé si la ciudad se salvará algún día, señorita Jou, pero al menos de amor me di un buen lote, y le juro que en este aspecto fui sincero. Descubrí que la *Marsellesa* y la *Internacional* pueden ser dos afrodisíacos de espanto. Descubrí que en nuestros suspiros había pájaros

que volaban libres, nubes más limpias y Parlamentos de cristal para que se viese a los tíos que había dentro. Fue la sesión de amor más educativa que he vivido, el orgasmo que más me comprometió con la futura historia de España. Lástima que la Isabel no estuviese demasiado buena, señorita Jou, lástima que no estuviese —digamos— como usted, pero de eso no tenían la culpa ni ella ni el señor Azaña; al contrario, los dos hicieron lo posible para que la cosa marchara por los caminos de la gloria.

Sigo siendo sincero con usted, señorita Jou, y por lo tanto sigo contándole las cosas con los matices que ya entonces veía; de lo contrario, lo que le estoy escribiendo no tendría ningún valor. Como también quiero ser sincero con usted al hablarle de aquella tarde de domingo en que invitó a unos cuantos amigos a reunimos en la agencia de publicidad para celebrar su primer aniversario. No pudo reunimos en su casa (y aún menos en el chalé de la avenida Pearson que quizás un día imaginó), porque su casa era todavía muy humilde y quizá no había en ella bastantes sillas para nuestros culos, bastantes vasos para nuestras bocas ni suficientes ventanas para nuestros sueños. Tuvo que llevarnos allí, al mundo hostil de los *plannings*, porque aquel era su último refugio de mujer que aún quería dominar el mañana.

Tampoco pudo reunir a la élite de la sociedad industrial barcelonesa (y aún menos a los gerentes de algunas firmas esencialmente patrias, como la Renault, la Pepsi Cola y la Chrysler), sino a unos cuantos pequeños anunciantes que arañaban un duro, los representantes de un par de sociedades de cartón piedra y unos comisionistas que al menos iban a sacar en limpio una merienda. A mí me invitó no por mí mismo, sino en nombre de mi padre. En total, nos arrastramos por las mesas unos cuantos frustrados y unos cuantos nostálgicos, aparte de algún tipo barbudo que quería promocionar la empresa leyendo a Keynes y a Galbraith. Poca cosa para lo que había imaginado un año antes, pero Barcelona no iba a darle nada más, y usted entonces ya lo sabía. Durante toda una tarde gris, mientras el pueblo fiel hablaba del butano y de las horas extraordinarias, preparando un succulento porvenir con más butano y más horas, nosotros caímos en picado sobre mesas donde había güisqui DYC, canapés comprados en las Ramblas y libros del Fondo de Cultura Económica. Alguien había puesto un disco (o quizás una

serie de discos) de donde surgía siempre la misma música lenta, corrosiva y amarga. Un desconocido leía en voz baja a Baudelaire mientras otro chillaba: «¡Fantástico! ¡Las ventas aumentan, aumentan!...». En la sala de espera un cliente pedía un préstamo, a otro; en el *ambigú* dos empleaditos de la nueva ola (tal vez eran los mismos de la otra vez) se sobaban furiosamente.

Nunca me ha dado tanta pena, señorita Jou, porque usted no estaba hecha para todo aquello. Usted era la heredera directa, por cultura y por sangre, del antiguo profesor de catalán, su padre, que murió en la cárcel el año 40 y que, como última voluntad, pidió que le enterraran con el único libro que le habían dejado conservar. Usted era una de las hadas silenciosas del Ateneo, una musa *underground*, una especie de promotora de ideales secretos. Si yo hubiese sabido dibujar a la mujer catalana del futuro la habría dibujado a usted, inteligente y serena, opulenta y sufrida, con un libro en una mano y un puñado de espigas en la otra. No me llame anticuado ni crea que soy un dibujante del Comisariat de Propaganda que dirigía Miravittles. Sencillamente, le juro que en usted había algo de lo que ya no era, pero podía volver a ser.

Y ahora, de pronto, se había enterrado entre los archivadores y las letras vencidas, entre la cuenta de clientes y la de comisionistas, sin más ideal que llegar a ser perseguida por los inspectores de Hacienda después de una evasión de impuestos. Por eso me dio tanta pena, señorita Jou, porque usted estaba rodando desde el *planning* hasta la alcantarilla sin darse cuenta, y lo peor era que los inspectores de Hacienda jamás creerían que valiese la pena perseguirla. Me dolía presentir el sacrificio de sus ideales, su lucha inútil y la derrota final. La lucha siempre tiene mérito, sin duda, pero más mérito hubiese tenido seguir el duro camino de los ideales de su padre. Hasta, puestos a elegir, hubiese preferido que usted fuera una señorita del país absolutamente normal, con una clarísima tendencia a buscar marido y piso, a fornicar lo menos posible y a ahorrar alguna peseta.

No lo era. ¿Qué podíamos hacer? Usted, con todas sus frustraciones, tenía tesoros escondidos que el hombre de paso —y hasta el marido comodón— no descubrirían nunca. Creo que fue entonces cuando me enamoré de usted, cuando me enamoré de una forma amarga y acaso hostil, me enamoré de sus

defectos más que de sus virtudes, de sus errores más que de sus aciertos. De la mujer que aún podía ser y que yo quería ayudar a que fuese. Aunque en algunas cosas, señorita Jou, por ejemplo, en la línea de sus piernas, ya no valía la pena ayudarla en nada. Todo lo tenía hecho.

Si me enamoré de usted de una forma tan amarga —hay que ser sinceros — fue porque pensé que, a lo peor, las piernas las cargaba usted en el activo social y las empleaba como reclamo. En nombre de la justicia y la igualdad de oportunidades, eso hubiera sido una lástima.

LA LEY usada por los abogados pobres, traducida del latín al caló, me solía llevar a sitios muy alejados de las opiniones intelectuales sobre el porvenir de la España abstracta. Me llevaba a las pensiones de los hombres sin ayer y a los patios vecinales de los niños sin mañana, lo cual resultaba la mar de formativo. En esos lugares yo disertaba brillantemente sobre el impago del alquiler y el derecho de uso de los pozos negros, únicas cumbres jurídicas con las que puede ganar alguna peseta un abogado pobre en un barrio de mala sombra. Me moriré sin que nadie me haya preguntado sobre las disposiciones del Banco de España, pero ya me he resignado a eso. A veces se lo cuento a Mireia, la única mujer que tiene la paciencia de escucharme y darme la razón.

Pero voy a concretar. Las altas leyes romanas de las que estoy hablando me llevaron a la casa de María Reyes, ansiosa felatriz cuyo hijo acababa de cometer un atraco. María Reyes era una mujer honesta donde las haya, seria en el trabajo, concienzuda, capaz de aguantar en la cama todas las guarradas con tal de mantener a su hijo, un cabroncete sin padre que se le había tragado los pechos, le había obligado a vender la matriz, el ano y la boca, y que encima, a los dieciséis años, había cometido un atraco justo cuando la cansada madre empezaba ya a soñar con el retiro las noches de luna llena. La ingenua soñadora necesitaba un abogado barato y me llamó a mí.

Yo no conocía al enano ni tenía el menor interés en conocerlo, pero fui.

Estaban allí todos rodeándole, como los indios en torno al poste del telégrafo antes de derribarlo. Estaban la María Reyes, del ramo de la leche como se sabe; su hermano Jacinto, jugador profesional, del ramo del mus, y

el padre Santos, cura comunista de Hospitalet, del ramo del Cristo en paro. Después de haber sufrido persecución por ser devoto de nuestra Señora de las Amnistías, el padre Santos no estaba dispuesto a ponerles fáciles las cosas a los de jefatura. Lo primero que me dijo fue que de abogados nada, y que lo que había que hacer era pasar al chico a Francia.

Fui comprendiendo poco a poco la situación, por lo que explicaba la María Reyes. El chico, que estaba completamente hundido, hasta el extremo de habérselo contado todo a su madre, no participó en el atraco de una manera directa; había encontrado, no mucho tiempo atrás, en un fangal del río Besos, una pistola llena de mugre pero que aún parecía en buen uso. La pistola llegó en sus bolsillos a la calle Marqués de Barbera, esquina San Olegario, que era donde el pajarito tenía su ateneo popular. Allí la ofreció a un conocido, quien la puso en funcionamiento otra vez y le pagó tres mil pesetas, aunque además hicieron un trato. Como al comprador lo vigilaba la policía, el chico, el Vicente Reyes, se encargó de guardar la pistola ya utilizable, puesto que de él no iba a sospechar nadie. Por eso le dieron mil pesetas más, prometiéndole otras mil con una sola condición: debía llevársela al comprador tal día, a tal hora, en tal esquina, tal sitio. Entregársela, esperar y volver luego a recogerla y llevársela, porque el comprador se la daría. Y se la dio, pero con el importante detalle de que durante los cinco minutos escasos en los que el Vicente Reyes no tuvo entre sus ropas la pistola, esta había servido para matar a un hombre.

Y aquí sí que se había hundido el pajarito, que de vez en cuando oía la radio.

Había tenido que contárselo a su madre. El miedo le dominaba. No podía más.

Y eso era porque no estaba endurecido, porque la María Reyes, después de todo, aun vendiéndose cada día, se había ocupado siempre de él. El pajarito tenía un nido, un refugio, y hasta años más tarde recordaría seguramente las canciones que la madre le había tarareado. Aun planeando mucho sobre las basuras de la ciudad, al pajarito Vicente Reyes nunca le dejaron aprender del todo a sumergirse en ellas.

Entonces entendí lo que querían de mí; que les enseñara a esquivar a los

policías del Distrito Quinto, yo que sabía tanto, valiéndome de la vieja ley romana que para eso seguramente fue parida. O quizá al revés: que les llevara hasta los policías de una forma conveniente para obtener los beneficios de la confesión espontánea, lo que haría llorar al cura seguidor de San Marx, quien seguía creyendo en la fuerza de los sacramentos. Aunque eso de la confesión había que pensarlo: porque oiga usted, abogado, si el chico entrega la pistola y denuncia al atracador, el atracador acabará vengándose. Y era verdad, pensé, porque buscaría al Vicente Reyes o quizá a su santa madre de Nuestra Señora de las Esquinas. Ya que después de esto habrá que seguir ganándose la vida como una pueda, abogado, si lo sabrá usted, y a mí se me puede encontrar siempre haciendo el *trottoire*, que me explicó una. En resumen, que a ver qué hacemos, abogado, usted que ha estudiado tanto y tiene tan buena mano, usted que hasta sacó a la Emilia del lío del aborto y logró que a la Montse le devolvieran lo de traspaso del piso. A ver qué hacemos con la pistola y con el cabrito desgraciado este, piénselo de una vez, maldito sea el día que el cabrito vino al mundo.

Nunca me había encontrado en un lío así, aunque como todo el mundo sabe me dedico a esos líos y no precisamente a llevar ante el Supremo las apelaciones del Banco Urquijo. Decidí, al fin, que arrojar la pistola a cualquier sitio oculto podía ser interpretado un día como complicidad del chico, y además con toda la razón. No quedaba más que una salida. La pistola la devolvería yo (eso querían realmente: traspasarme el lío), y además juraría haberla encontrado yo solito, lo cual realmente no comprometía a nadie, pues no dejaría más huellas digitales que las de su muy seguro servidor. Con eso, seguramente, podríamos todos olvidarnos del asunto por una temporada, hasta que cazaran al atracador. Si le cazaban. Pero yo no comprometería para nada al chico cuando me llamasen a declarar a juicio; seguiría insistiendo en que la pistola era un hallazgo mío. Y trabajo me hubiera costado decir lo contrario, según comprendí más tarde.

Los pobres no conocen la ley romana, pero son astutos. No me habían dado ningún dato —lo advertí luego— acerca del atracador, de modo que yo no podía denunciarle aunque quisiera. No me habían dejado tampoco la posibilidad de hablar de él sin ensuciar al chico. Algunos aseguran que hay

más sabiduría en una carta puebla que en las Partidas o el Fuero Juzgo, y quizá tienen razón. Cuando salí de allí las cosas habían sido combinadas de tal modo que yo me encontraba solo ante el lío, tenía que apañármelas solo con la papeleta.

De todos modos no era tan difícil resolverla y hasta, bien mirado, me daba una cierta sensación de protagonismo. Fui a la Comisaría de San Gervasio, bien lejos de la familia Reyes, entregué la pistola y expliqué que la había encontrado envuelta en un periódico sobre el alcorque de un árbol. Añadí que el periódico se lo había llevado el viento, permitiéndome a mí distinguir el arma. Y aquí estaba yo, ya ven ustedes lo que son las cosas y lo que es un fiel cumplidor del deber.

No me pusieron ningún problema, salvo la molestia del atestado habitual, y hasta me dieron las gracias con esa cortesía especial de los policías que están en los barrios ricos y leen cada día *La Vanguardia* en horas de trabajo. Pero no habían transcurrido veinticuatro horas cuando volvieron a llamarme, cosa que ya esperaba, porque era justo el tiempo que necesitaban para saber que con aquella pistola se había cometido un atraco y se había dado muerte a un hombre. Mi segunda declaración, ya prevista, iría encaminada a apartar del todo del asunto al hijo de la Reyes. Pero lo que no tenía previsto de ningún modo era que el caso estuviese en manos de Lorente, que me hicieran ir no a la brigada antiatracos, sino a los viejos locales, que tanta gente conocía, de la vieja policía política. Y lo que menos podía esperar yo era que el comisario Lorente me preguntase, empujándome brutalmente contra la pared:

—¿Desde cuándo sabías tú también que esta pistola había servido para asesinar al general Villalba? ¿Y desde cuándo tú, chulo de mierda, sabías que su dueña era una mujer?...

EL NUEVO asesinato ocurrió poco más tarde. Una mujer bajó del seat 124 color blanco que había quedado estacionado en doble fila, cara al chaflán, y se acercó al policía pausadamente. Parecía como si quisiera hacerle una pregunta, y hasta aseguran algunos testigos que llegó a sonreír. El policía centró su atención en ella, puesto que encima era bastante bonita; parecía una chica del *Lib* a la que hubieran puesto unos pantalones de cartero urbano. No se fijó en nada más.

No se fijó, especialmente, en el hombre joven que había doblado la esquina en aquel mismo momento, viniendo hacia él por la izquierda. Aunque algunos testigos dijeron más tarde que no venía exactamente hacia él; iba más bien hacia su compañero, el otro «marrón» que en aquel momento estaba mirando aburridamente los coches que pasaban por la calle, pensando, como todos los ingenuos, en las marcas que quizás algún día llegaría a tener. El joven se detuvo a unos tres pasos, hizo un gesto rápido, sacó la pistola y la disparó a la cara tres veces. Pero solo surgieron dos plomos, porque al tercero la pistola se encasquilló. Con los dos plomos hubo bastante.

Mientras tanto, el primer policía, el que estaba mirando a la chica *Lib* de los pantalones tronados, pero que marcaban la rajita, se volvió hacia su compañero y sacó instantáneamente el arma. Tuvo tiempo de verle caer, tuvo tiempo de ver en el aire una espuma roja y una especie de briznas blancas, que no eran sino pedacitos de masa encefálica. Pero, por supuesto, no tuvo tiempo de ver más a la chica, ya que se olvidó instantáneamente de ella. Al volverse, la dejó a su espalda.

Todo estaba durando apenas unos segundos. Y todo estaba resultando

perfecto, como un doble crimen ensayado por tercera vez en un plato barato del José Antonio de la Loma. El policía quedó de espaldas a la chica, pero no tuvo tiempo de disparar contra el pistolero que huía. La *Lib* pudo obrar con perfecta tranquilidad, y los testigos comentaron además que las mujeres tienen en eso peor baba. Le disparó dos veces a la nuca y le hizo estrellarse fulminado contra un árbol. Luego lo remató con un tercer disparo.

Eso lo supe más tarde por los atestados de la policía que me dejaron leer, como supe lo del Andrade.

El Andrade estaba mientras tanto en el Arnau, en la solitaria segunda fila, sin enterarse para nada de la película (ni puñetera falta que le hacía), junto con la Raquel, su sobrina de cinco años. Y la sobrina de cinco años, que acababa de cobrar veinte duros por aquello, le estaba haciendo una paja. El Andrade, realquilado de mierda de la calle Conde del Asalto, separado de su mujer, empleado de pico y pala en la Catalana de Gas, recordaba febrilmente, mientras la manita iba arriba y abajo, los buenos tiempos de la Emilia, donde en la habitación llamada «el templo», rodeada de espejos, las expertas le trabajaban a fondo. O más tarde, en los años de la mala leche que siguieron a la clausura del 56, el *meublé* en que se transformó La Carola, donde te admitían con dos chicas a la vez. Eran los buenos tiempos de la Barcelona burguesa, que desde su fondo de proletario el Andrade había amado tanto; los buenos tiempos en que aún no le habían despedido de Transportes la Flecha porque nadie había descubierto los pequeños desfalcos, los sablazos miserables dados al vacío del poder, como dijo un compañero de la FAI. La época en que una gran tía te costaba veinte duros y aún podías elegir, mientras que ahora, en el fondo de la habitación que estaba junto al retrete, solo podía engañar a veces a la sobrina, cuando los padres se iban a algún recado y él se ofrecía taimadamente a vigilarla, a educarla y enseñarle lo que es el siempre temible día de mañana. Jugaba con ella en el borde de la cama, pero casi siempre se la acababa llevando al cine, porque así podía disponer de su pequeño chumino dos horas o más.

Esta miseria moral a la que el Andrade se había acostumbrado, hasta ignorarla, y que le resultaba cómoda, esta cínica preocupación del «que no se enteren», llenaba todas las tardes de su vida. Incluso empezaba a insinuar

cosas a otras niñas, a fijarse en otros culines, a imaginar, viejo y tiñoso como era, que le nombraban celador de un colegio femenino, encargado de los retretes, qué sé yo. Ahora, cuando todo estalló muy rápido una vez más, cuando el chorro salió despedido hacia las sombras del pasado, el Andrade se sintió feliz. De pronto tuvo la seguridad de que Raquel no era tan niña, de que «lo hacía» cada vez mejor, de que le comprendía y que en cierto modo le amaba. Queriendo despertar en ella sensaciones de mujer, se puso a meterle un dedo en el pequeño chumino, cosa que no había hecho nunca aún, mientras balbucía: «¿Te gusta? ¿Te gusta?». La retórica del Andrade, lineal como sus pensamientos (pero hay que ver la de éxitos que eso proporciona), no daba para mucho más.

Tampoco daban para mucho más los pensamientos lineales del tío que se sentó a su lado, aquel fósil salido de los viejos archivos de la Social, de las casas de gomas de San Olegario o de los pútridos urinarios del mismo cine, donde se consolaban los maricas. El elocuente policía Méndez, que siempre que te ponía la mano en el hombro, aunque fuese para pedirte fuego, decía: «Joputa, joputa, joputa».

Y ahora lo dijo también:

—Joputa.

Andrade se estremeció.

—Yo no he hecho nada, señor Méndez.

—Tu madre no habrá hecho nada, cabrón de mierda, pero tú sí. Haz que la niña se vaya a su casa o te la corto aquí mismo.

Aquel policía de la vieja escuela, mil veces entrenado en los sótanos de la Vía Layetana, era capaz de hacerlo. O por lo menos de darle tal culatazo en las partes que al Andrade lo tendrían que sacar de allí entre cuatro, como pasaba en las novelas del Oeste, a las que dedicaba todas las noches, en el fondo más solitario de su cama.

Por lo tanto, susurró:

—Claro que sí, señor Méndez.

El Méndez, policía de la calle Nueva, de la calle Unión, de la calle Lancaster, de la calle Arrepentidas, perseguidor de maricas, untador de confidentes, hostiador de nazarenos, le torció un dedo con tanta rabia que por

poco se lo salta allí mismo, delante de la pantalla del Arnau, donde en aquel momento aparecía el Bruce Lee pegando gritos. Pero el Andrade se aguantó, porque quejarse hubiera sido peor, y despidió a la niña con un suave gesto, lleno de amor paternal, diciéndole que era mejor que volviera sola a casa. El policía Méndez se quedó con él en la segunda fila del cine, muy interesado en la película, como si no hubiera pasado nada, mientras le destrozaba los dedos uno tras otro. El Andrade, con los ojos llorosos, sabiendo encima que los de atrás les tomaban por dos maricones, estaba a punto de ponerse a chillar.

—No sé a qué viene esto, señor Méndez... —pudo susurrar al fin—. Ya hace años que no me meto en nada. La niña es mi sobrina y la acompañaba al cine por distraerla. Además, de comprar mierda de la que otros roban, ya nada, ¿sabe? Nada. Hace años que lo dejé. Usted lo sabe. Tendría que ver cómo vivo, rodeado de miseria; se lo juro, se lo juro que ha cambiado todo.

—No es eso, Andrade, no es eso.

—¿Pues qué?

—Tú conoces a mucha gentuza de aquí, joputa. Casi tanta como yo. Dime ahora mismo que no y ahora mismo te machaco las pelotas, joputa, como lo estás oyendo.

—Pero si conozco solo a gentecilla de nada, señor Méndez... Se lo juro por mi madre.

El hombre del bar Las Ninfas, el de la esquina de la calle del Cid, el que alternaba con *mister-madame* Arthur, el policía que quizá había visto más pulgas y chinches de toda la plantilla barcelonesa, soltó entonces el nombre.

—Antonio Herrera, «el Paces».

El Andrade se estremeció.

—Hace años que no le trato, señor Méndez. Ese es un atracador, y yo con los atracadores no quiero nada. Usted sabe lo que pienso: son una mierda pura, toda la vida me lo ha oído decir.

—De acuerdo, con el Paces quizá no has tenido nada últimamente, aunque a veces os veía juntos en los bares, pero con su amiga, la Lourdes, sí que has tenido contacto, ¿eh? Y no lo digo en el mal sentido, porque el Paces no te lo hubiera perdonado. Lo digo en el sentido del buen amigo que eres, claro. Porque el Paces, con el que no te ves nunca, te daba guita cuando tenía

que esconderse, para que se la llevaras a la Lourdes, a la que me vas a decir que tampoco veías nunca. ¿Qué? ¿Me equivoco? Hala, dime que me equivoco, joputa...

Y le torció ahora todos los dedos a la vez, produciendo un chirrido de huesos. El Andrade, blanco a causa del dolor, se hundió completamente. Incluso esta vez llegó a chillar, pero en la pantalla estaba sonando un grito del Bruce Lee y nadie se dio cuenta.

El Andrade intentó angustiosamente conservar la serenidad. Sabía que no hace falta ser muy inteligente para moverse por la vida, pero en cambio hace falta tener instinto, y él lo tenía. El instinto le estaba diciendo que aquel era un asunto muy serio, que un chivatazo relacionado con un atracador puede llevarle a uno a un sangriento ajuste de cuentas y que él no tenía dinero para huir de la ciudad. Por eso dejó que su cara dibujase, en la penumbra del cine, una mueca suplicante.

—No puede obligarme a esto, señor Méndez, sabe que no puede, que esto no es jugar limpio ni se le hace a un hombre. No tengo idea de dónde está ahora la Lourdes, pero aunque lo supiese tampoco se lo diría. No quiero tener nada con el Herrera, y usted lo comprenderá muy bien si recuerda por qué le dieron ese nombre, ese apodo, en fin, lo que sea, usted lo sabrá mejor.

—Claro. Se lo dieron porque ha hecho las paces con todos los que le perjudicaron —dijo mansamente el viejo policía Méndez—, y se los ha follado bien follados, sí, señor.

—¿Y eso no le importa?

—No digo si me importa o no me importa. Yo te he hecho una pregunta, Andrade. Contéstala.

—Y yo le voy a hacer otra pregunta, señor Méndez, con toda la humildad del mundo, si me lo permite, digo, señor Méndez, sin querer faltar. ¿Por qué me viene con una cosa así? Nunca lo ha hecho. Nunca se ha metido con los atracadores, que no son cosa suya, digo. Usted persigue a la gente menuda, mierdas como yo, esa es la verdad, todos lo sabemos. Pero esto no había pasado nunca, seguro. ¿Qué hay detrás? ¿Por qué no me lo dice, y así nos entendemos todos?

El viejo policía Méndez, que no ascendería ya nunca, echó la cabeza para

atrás, apoyándola en el gastado respaldo del asiento. Cerró los ojos.

De pronto parecía terriblemente cansado, como si le hubieran mandado algo superior a sus fuerzas, o tal vez algo en lo que ya no creía.

—Mira, Andrade —susurró—, acaban de matar a dos policías y resulta que hace muy poco mataron al general Villalba. Y resulta, porque las cosas no paran, que al general Villalba lo mataron con una pistola que ha devuelto un abogado, y ese abogado, que quería enredarnos, ha tenido que decir de dónde salió la tela. Y resulta que sus declaraciones nos han llevado hasta el chico que se la entregó. Y resulta que el chico ha contado que él se la guardaba al Paces, que la usó en un atraco. Me vas siguiendo, supongo.

El Andrade sintió que se le secaba la boca.

—De todo esto no sabía nada, señor, Méndez, se lo juro por mi madre.

—Deja en paz a tu madre, que bastante trabajo tenía yendo a buscar a tu padre ahí enfrente, al puterío de la calle las Tapias. Déjala en paz y vamos a lo que importa. La policía ha estado buscando al Paces, por si tiene algo que ver con los terroristas, aunque de momento no lo han encontrado por ninguna parte. También ha estado buscando a la mujer a cuyo nombre iba la licencia de la pistola, y que probablemente fue la que la arrojó al río Besos, después de la muerte de Villalba. Esa mujer se llama Isabel Costa, no tengo inconveniente en decírtelo. ¿La conoces?

—¿Isabel Costa? Ni idea. Jamás la he oído nombrar.

—Bueno, eso es lo de menos ahora. No iba por ahí. Lo que estoy tratando de decirte, y ya ves si soy sincero, es que ha habido una falta de coordinación, como ocurre muchas veces. Todo eso del terrorismo lo llevan los policías nuevos, los que son abogados o peritos mercantiles, o niñeras, o la leche, y de los viejos que nos la hemos mamado no se acuerda nadie. Pero al fin se han tenido que acordar, cuando les ha entrado la caguera al ver muertos a dos hombres más, y entonces han pensado, solo entonces, que el Paces es un atracador, y que mejor sería seguir ese camino que el de la Isabel Costa, porque quién sabe si el Paces está metido hasta el ajo en lo de las últimas muertes. Total, que me han telefoneado a toda prisa para que dé con él, y yo he hecho memoria. He ido a tu guarida y me han dicho que estabas en el Arnau, con la niña, como casi siempre. ¿Qué? ¿Te la menea?

La mirada del policía Méndez era concreta, dañina, era una mirada de serpiente vieja que lo sabe todo. Pero también la mirada del Andrade era la de una serpiente vieja que lo sabe todo, aunque le hayan cortado la lengua. Supo desde la primera letra cuál era el sentido de la última frase: el Méndez se reservaba la carta de chivarlo todo si él no colaboraba en forma. Era capaz incluso de hablar de que nunca habían existido. Se lo contaría a los padres. La monda.

—Al Pacés no lo puedo encontrar —dijo rápido—, pero a la Lourdes seguramente.

—¿Dónde?

—La última vez que la vi estaba en un sitio de los que alquilan para cuentos, un sitio amueblado de Infanta Carlota, yendo hacia abajo.

—¿Sabrías llegar?

—Claro.

—Entonces, ven, vamos a la calle, es mejor.

Se lo llevó a las luces del Paralelo, a los gastados peldaños de los urinarios del Arnau, a la fábrica de las tres chimeneas que, lo mismo para el Andrade que para el Méndez, eran la imagen de su niñez perdida, aunque de la niñez perdida solo se acordaba el Méndez. Atravesaron la ancha calzada para ir a la boca del funicular de Montjuïc, ya en la acera del viejo Pueblo Seco, la acera del Bataclán y del Cómic, la de las sombras que ya no existían. Solo el Molino aguantaba más allá de los pisos milimetrados, negándose a morir. Al Méndez le pasó ahora otra vez lo que le había pasado tantas veces: que le dominaba una rabiosa nostalgia, un cierto sentido de la inutilidad humana, una especie de aversión hacia aquella acera que; antes había amado tanto. Pero lo olvidó enseguida.

—¿De veras sabrías llegar? —insistió.

—Le he dicho que sí.

El Méndez hizo entonces una seña.

Parecía mentira.

El Andrade estaba acostumbrado a todo, pero un despliegue como aquel no lo había visto jamás. Salían de debajo de las piedras, de debajo de los coches, del interior de los urinarios, de las taquillas de los cines. Nunca el

Andrade, delincuente de mierda, había tenido el honor de ver tanta bofia junta. Varios coches que estaban aparcados cerca se llenaron de agentes de la secreta. Incluso un tipo de aspecto autoritario (policía de laboratorio, sin duda, no jodido policía de la calle) vino hacia ellos y dio una afectuosa palmada en la espalda de Méndez.

—Buen trabajo, amigo, buen trabajo. A nosotros nos hubiera costado mucho más encontrar el hilo. Se le tendrá en cuenta.

El Méndez, jodido policía de la calle, rezongó algo acerca de las dietas que no le habían pagado aún, y terminó preguntando:

—¿Se hace el servicio, comisario Lorente?

—Pues claro que sí. Tome usted un taxi y vaya en él como lo más normal. Lo único que ha de hacer es plantarse en la entrada del nido. De lo demás nos ocuparemos nosotros.

El Méndez hizo una seña, paró un taxi y le dijo al Andrade:

—Tócate las pelotas. Arreando.

El Andrade dijo temblorosamente:

—Me matarán cuando sepan que he cantado.

—Todo depende ti, joputa. Si sigues colaborando nadie tiene que saberlo.

—Si sigo colaborando... Eso significa que estoy para siempre en sus manos, ¿verdad?

El Méndez esbozó una sonrisita, le dio un cigarrillo, le puso una mano en la rodilla y dijo:

—Buen chico.

Estaban bajando por Infanta Carlota. El Andrade dijo de pronto:

—Aquí.

El taxi se detuvo una manzana más allá, y desde la ventanilla dibujó Méndez una seña. Los coches que les seguían se fueron situando en las esquinas anterior y posterior, ante la puerta del inmueble y en la acera del otro lado. Los hombres que los ocupaban se difuminaron inmediatamente; de pronto nadie notó que estaban allí. En la intensa circulación de la avenida se diluyeron por completo, se convirtieron en simples piezas de la rueda ciudadana que giraba y que nunca podría parar. Tres agentes subieron al piso en compañía del Andrade.

Méndez no quiso subir, porque si él tenía que tragarse la pistola no trabajaba. Al llegar arriba, el más joven llamó a la puerta y cometió el primer error.

—¡Policía! ¡Abran!

Méndez hubiera dicho que era el cartero, que era el repartidor de telegramas, que era el vecino de abajo y que había un escape en la finca; cualquier cosa. Méndez hubiera sido capaz de decir incluso que traía una cesta de Navidad. Pero soltar ante una puerta cerrada que era un policía, eso Méndez no lo haría ni ante la puerta de su madre.

El otro ya lo había soltado, ya había cometido el error. Quizá pensaba que el Paces no estaba allí, pero lo cierto era que estaba. Y como la Constitución ha suprimido la pena de muerte, no vaciló ni un segundo. Disparó cinco balas a través de la puerta y solo falló una; sobre el traje acabado de estrenar del policía joven (estudios universitarios que le llevarían muy lejos y todo lo demás) puso cuatro botones rojos.

Cuando su compañero cayó gritando, los otros dos se pegaron a los lados de la puerta. Uno, arrodillándose, tiró de los pies del caído para sacarlo de la zona de peligro, mientras el otro empezaba a llamar a gritos al que había quedado de guardia abajo. Este avisó a dos más de los que estaban apostados en la calle, y al instante subieron los tres con las armas preparadas, cagándose en media España. Detrás de ellos subió el comisario Lorente, pero sin gritar, indicando solo por señas que uno de los agentes se quedase a media escalera, con la pistola a punto.

El cerco estaba técnicamente bien montado, pero el único que se dio cuenta de que aquel despliegue frontal no iba a servir para nada fue Méndez. Este bajó las escaleras con sus pasos menudos, salió a la calle, donde la gente no se había dado cuenta de nada, miró hacia arriba y comprobó que estaba pasando lo que él pensó que iba a pasar. El Paces, dándose cuenta de que no tenía salida, intentaba deslizarse por la fachada hasta el piso contiguo. Estaba a una altura de unos doce metros sobre la calle.

Por un instante, como en una visión subliminal, Méndez pensó que todo ocurría igual que en las películas que él había visto de niño, cuando soñaba precisamente con ser policía, aquella época perdida en la noche del tiempo en

la que todos los detectives decían «*Come on, baby*», con voz gangosa, antes de meterse en cualquier Precinto de la Calle 42. Méndez, cada vez más viejo, se sorprendía en ocasiones dando vueltas y vueltas a sus ingenuidades de niño. El viejo policía apuntó cuidadosamente a la pared y disparó a no dar, aun cuando él sabía mejor que nadie que lo que tenía que pasar pasaría.

La bala pareció estallar junto a la mano izquierda con la que el Paces se estaba sosteniendo. No hubo ni una rozadura, pero maquinalmente el Paces se soltó.

Sonó un grito muy breve mientras el pistolero caía. Más tarde, Méndez pensaría que había sido un grito sin magnitud, sin espectacularidad, un grito de tío mierda. Y bien mirado, no había razón para que el Paces no terminara así, estrellado contra la calle como un palquista novato.

Méndez se acercó pausadamente, sin ocultar la pistola. Un policía que cobraba poco no tenía que ir encima con disimulos.

—No le he dado —le explicó al comisario Lorente cuando este bajó como un rayo—. He tirado al aire y a intimidar. Compruébelo cuando quiera, porque la bala aún tiene que estar en la fachada.

Un día más tarde, al publicar el Ministerio del Interior —porque el asunto subió muy arriba— una nota oficial, Méndez no hizo ningún comentario. Al fin y al cabo, la nota coincidió con el día de cobro. Se decía en ella que el Paces era un peligroso terrorista y que tenía o había tenido —esto estaba redactado de una forma muy ambigua— la pistola con la que fue asesinado el general Villalba. Con la muerte acaecida en Infanta Carlota quedaba desarticulada, pues, prácticamente, toda la organización terrorista.

De la Isabel Costa, a cuyo nombre estaba el arma, no se decía nada aún. Pero la busca y captura, junto con la filiación completa, vino en una orden de régimen interior.

Fuera de allí, nadie lo supo.

CUANDO el Nene entró de nuevo en el despacho de la calle de Lauria llevaba una serie de sobres que contenían facturas que había sacado limpiamente del buzón («uno aún tiene los dedos finos, jefe, para lo que guste mandar, y así le he ahorrado un trabajo»), un *Playboy*, un par de citaciones judiciales para acudir como testigo («¿Voy o no voy? Son gente que me puede armar un lío, porque me conoce») y una revista porno que me dejó sobre la mesa («Ya no hay que ir al extranjero. ¿Quién ha dicho que la libertad no sirve para nada?»).

Después de esta declaración de principios se sentó, sacó tabaco caro, me mostró otra copia obtenida clandestinamente en la Modelo y añadió:

—Ese hombre, el Prado, va escribiendo. No se da cuenta de que uno no debería escribir nunca, porque luego los papeles salen donde menos te esperas y acabas trincado hasta en el comedor de tu casa. Pero si le pasa algo se lo merece, digo yo, por intelectualillo. Mire, aquí le traigo otra copia, sacada de las manos que usted sabe.

La puso a mi alcance antes de dejarme hablar.

—Ayer me detuvieron en una redada —dijo—. Se me quedaron en la esquina de Arrepentidas y Barbera. Poca cosa, una rutina, ya sabe, a veces quieren justificar el sueldo y que los periódicos hablen. Todos en manada a la comisaría, a la identificación y, hala, a lo que salga. Pero hay un poli viejo, el señor Méndez, que me conoce y me tuvo no sé cuántas horas contándome el rollo en el archivo, porque yo le he hecho algunos favores y él me los ha hecho a mí, o sea, que nos tenemos una confianza, y cuando me vio allí les dijo a los otros que conmigo nada, y se me llevó aparte para la gran tertulia.

Que si el Tarradellas, que si el Jordi Pujol, y a mí qué coño me importa eso, pero uno tiene que aguantar. Menos mal que acabamos hablando de mujeres y al final me contó cómo había muerto el Pacés, que era un pistolero de los de alivio, ya lo leería usted en el periódico, y me contó también lo que había pasado antes en el Arnau, con un pijo que se lleva allí a una niña. Tengo detalles para escribir un libro, créame. Lástima que no sepa.

Y se despachó con la conversación de madrugada, con la cara que ponía el Méndez, con los requisitos de lo del Arnau y con comentarios de que eso no es bueno porque a veces más vale no saber nada de nada. Mientras tanto fumaba incansablemente tabaco caro, dando golpecitos a la mesa, y me guiñaba un ojo para recalcar la importancia de todo lo que me decía. «Ya sabe, abogado, lo que es eso».

Lo peor era que yo no lo sabía. Que Mireia se hallaba metida en un lío involuntariamente a causa de Isabel Costa, era la única cosa de que estaba seguro, tanto que había pensado pedirle que se fuese de la ciudad. ¿Pero no interpretarían eso como una huida? ¿No sería peor? ¿No la buscarían entonces para aplicarle la ley antiterrorista? El Nene, que conocía un poco el problema a través de los papeles del Prado (pues estaba claro que los había leído), pareció adivinar mis pensamientos cuando dijo:

—Los más listos dejan pasar el tiempo, hacen como que no ven nada, ni se enteran de nada. Esa gente, la bofia, los jueces y todos los demás están esperando que muevas un dedo para joderte, pero si resulta que no lo mueves se quedan chafados, no entienden nada y los que se joden son ellos. Yo, la verdad, estaría informado, pero nada más. Ni dar un paso, vamos. Ni chistar. Ella no ha cometido ningún delito, aunque le quieran buscar las cosquillas.

Se puso en pie con la confianza del que se mueve por su propia casa, dirigió una mirada de indefinible asco a la mesa demasiado seria (hay que inspirar respeto), a los archivadores de cartón (son los más baratos) y a los papelotes lívidos, y susurró:

—¡Qué asco! Estar toda la vida entre gente que se pelea, estar tragándose siempre la mala baba de los otros y encima ganar menos que una taquillera del metro... No me diga que no es un carrerón el que está usted llevando.

—Cállate, Nene, por favor.

Me fastidiaba que hubiese venido.

—Todavía no se ha dado cuenta de que en este país todo el mundo acabará ganando lo mismo, haga lo que haga y sirva para lo que sirva. Y aún dicen ustedes, los que han pasado por las universidades, que son inteligentes, que al menos son eso. ¿Inteligentes de qué? ¿Pasarse la vida entre toda esta mierda y encima no levantar cabeza es inteligencia? ¡Vamos! ¡Tire todo eso de una puñetera vez! ¡Eche todos esos papelotes por la ventana y busque un empleo donde pueda darse de baja!

—Lo peor es que tienes razón, Nene —confesé—. En el fondo eres mucho más listo que yo. La calle está llena de personas mucho más listas que yo.

—No. Se equivoca en eso de «lo peor». Lo peor no es que me lo diga ahora, ¿sabe? Lo peor es que tendrá que decirme lo mismo dentro de treinta años, cuando haga el resumen de su vida, si es que quiere aburrirse del todo y lo hace. Bonito resumen va a ser.

—Quizá no haya que verlo todo tan negro. Nene, no seas así.

—En fin, lo digo por su bien, ahora que está a tiempo de cambiar. Si usted quiere ganar algún día alguna peseta, o tendrá que sufrir muchísimo o tendrá que convertirse en un maricón como una casa.

—Peor es convertirse en un mariconcete, Nene. Peor es no llegar ni a maricón, que es lo que me sucederá a mí.

—Eso es. ¿Ve como me da la razón? Dentro de treinta años, usted y muchos se darán cuenta de que lo más triste de todo es no haber podido pasar ni del grado de mariconcete.

—Tú sabes muchas cosas de la vida, Nene, para ser un simple estafador. No se ofendió.

—Tenga en cuenta que los estafadores —dijo— tienen que saber de la vida mucho más que los abogados.

Tampoco me ofendí yo, en justa compensación, y además porque lo que mi importantísimo cliente decía era irrefutable.

—Tienes razón, Nene. Y como tú siempre tienes razón, te voy a hacer una pregunta: ¿Cómo actuarías tú si estuvieras metido hasta las pelotas en un caso como el del Prado? Y lo digo solo en plan de ejemplo, por citar un

nombre. Ni el asunto me importa, ni estoy metido ni tengo pelotas.

—No haría nada. Ya se lo he dicho: que se jodan. Que piensen lo que quieran, pero nunca darles cuerda. Si mueve un dedo, el que se jeringará será usted, porque le agarrarán por ese dedo.

Fue hasta la ventana que daba a la terracita, más allá de la cual acechaban los papeles del gestor administrativo, al que cualquier día iba a poner un sello de apremio en el culo para hacerle del todo feliz. La sensación de una vida sin horizontes me sobrecogió entonces como una intuición. Nunca saldría de allí; me enterrarían entre papeles, y a mis funerales solo vendrían un par de tíos para acordarse de mi madre porque no les había sabido resolver el último caso. Eso y unos cuantos documentos enterrados en los archivos de algún juzgado sería todo lo que quedaría de mí.

—No mire su despacho con tanto asco y conviértase en un gran maricón —me dijo el Nene—. Créame, es la única salida que le queda.

Comprendí que tenía razón, y por eso me fui a ver a Mireia. Necesitaba desesperadamente verla porque Mireia me había enseñado sin palabras, como una intuición, que uno debe saber despreciar lo que le impide ser libre. O que debe ser fiel al menos a las pequeñas cosas que considera justas. A Mireia no la encontré ni en la parte alta de la Vía Augusta, donde los abuelos construyeron y los nietos venden; ni en la universidad, que sin ella me pareció vacía; ni en la calle Enrique Granados, donde los padres temen y los hijos juzgan.

—La deben de estar interrogando —me dijo un vecino cuando en su casa no me abrieron la puerta—; anoche se la llevó la policía.

S EÑORITA Esther Jou, 4, domingo

Con Rodríguez, con Costa, con dos estudiantes de Derecho, un profesor de la Escuela Social y tres obreros fundamos el Centro Interior de Resistencia. Ya no se trataba de hablar, de reunimos en los bares y de recitar nostalgias, sino de enfrentarnos a la situación con medidas que estuvieran a nuestro alcance de gentes que sufrían. En el local de una asociación literaria donde se editaba una revista condenada a garrote vil, nos reunimos para hacer un religioso inventario de nuestros sueños. Los obreros hablaron de huelgas, de jornales y de libertad sindical; nosotros hablamos de libertad de prensa, de eliminación de la censura y de los tribunales especiales, además de un cambio total en el profesorado universitario. Nos dimos cuenta enseguida de que no acabaríamos de coincidir jamás, de que ellos pedían unas mejoras concretas para hoy, mientras nosotros construíamos en las nubes la España del mañana. Les acusamos de que sus problemas se resolvían con un vale de caja y ellos nos acusaron de que nuestros problemas se resolvían con un par de libros de versos que acabarían en junta general de acreedores. Era difícil que nos uniésemos de verdad para hacer algo cuando enfrente teníamos a las comunidades de intereses más potentes de Europa; y las comunidades de intereses, señorita Jou, son más fuertes que todos los sueños paridos por la izquierda desde Pablo Iglesias hasta ahora, cosa que a mí me dolía reconocer. Por eso la verdadera izquierda no se pone de acuerdo jamás, puesto que tiene que administrar a la vez dinero, resquemores, banderas, mártires y ráfagas de viento. La derecha solo tiene que administrar intereses, para lo cual, además, emplea a los tecnócratas, los milagrosos del

siglo xx. Y usted ya sabe que los libros de caja, desde los tiempos de Esaú y su plato de lentejas, han acabado por cuadrar siempre, de una manera u otra. Todo eso me dolía reconocerlo, insisto, como le dolió al Prado tener que reconocer la necesidad de que la enseñanza fuera privilegio de una aristocracia (de todos modos la cuestión tenía más matices, pues ahora ya sabíamos que en los países comunistas un nivel mínimo estaba garantizado a todo el mundo, pero la auténtica enseñanza pertenecía a los aristócratas de la inteligencia). Todo eso me hizo comprender que no llegaríamos demasiado lejos, contabilizando salarios mínimos al mismo tiempo que sueños, pero seguí asistiendo a las reuniones y seguí trabajando. Empleamos el ciclostil de un consulado para nuestras octavillas de propaganda, y para transportarlas de un sitio a otro utilizábamos el coche de un conocido abogado de derechas, sin que él lo supiera, claro. Su hijo nos ayudó. Nunca olvidaré la noche espantosa que pasamos cuando el coche lleno de propaganda se estrelló contra una farola y lo intervino la policía, que no se dio cuenta de nada; o aquella otra en que creímos que el coche iría al garaje en que podríamos descargarlo y se nos metió en el *meublé* La Fransa, pero encima no conducido por el abogado, sino por su mujer. Todas esas peripecias pueden hacernos gracia ahora, señorita Jou, pero entonces no tenían ninguna. Por un asunto de esos le cascaban a uno diez años, como le pasó al Costa, quien además de reunirse con nosotros se había afiliado en secreto al Partido Comunista, que según él era el único que tenía una solvencia revolucionaria, el único que sabía unir las cifras de los jornales mínimos con los mártires, las banderas y las ráfagas de viento, hasta que cada una de esas cosas se fuera convirtiendo en una ficha numerada en un cajón y la burocracia la matase, digo yo. A Costa, que aún no era una ficha, sino un hombre bandera, le clavaron diez años en consejo de guerra, y eso cambió mi vida. Pero hay cosas que usted no entenderá si se las explico así, señorita Jou, si hablo de los obreros y de los coches en el *meublé* La Fransa y en cambio no le hablo de las relaciones con mi padre, al que usted veía con mucha frecuencia para tratar de sacarle anuncios. En cambio él no le sacaría a usted nada —y ambos lo sabían— porque su vida ya había tenido suficientes altibajos para querer buscarse otros en un bonito par de medias.

De una cosa no se nos podía acusar, señorita Jou, y era de falta de sinceridad; especialmente a mí. Yo podía haber sido sencillamente un hijo de papá, haber pasado los inviernos en Barcelona y los veranos en la Costa Brava, junto a los árboles sin nombre. Podía haberme inventado un curso de perfeccionamiento (marketing o cualquier cosa similar de las que han sacado ahora) en una universidad norteamericana. A la hora de las biografías, cuando a uno le dedican un homenaje o le cuelgan una medalla, usted no sabe lo que luce eso. Podía haberme llevado a la cama, discreta y dulcemente, a oscuras obreras de los talleres que odiaban a sus maridos, a herméticas empleadas de la oficina que querían prosperar, y hasta alguna ansiosa secretaria quinceañera. Podía haber tenido un coche de gran clase, con más cilindros que pecados capitales, podía haberme rodeado de adulación y temor, las dos cosas que en el fondo hacen más feliz a un hombre. En lugar de eso (y no era por choque generacional, sino por rebelión ante el sistema) vivía de la forma que usted sabe, despidiéndome del sol cada amanecer como si me despidiera de un pequeño milagro que ya no volvería a encontrar. Solo porque creía que la corrupción no es una rueda para hacer marchar a los pueblos me estaba corrompiendo en ambientes cerrados y en trabajos sin mañana. Porque pensaba que el amor tiene que ser un sentimiento digno, lo había reducido a choques secretos en las escaleras, en los pasillos, junto a las puertas de los retretes o bajo la luz incierta de las cocinas donde la Isabel me daba su pobre cuerpo. Ya sé que la vida tiene esos contrasentidos, señorita Jou, pero yo los aceptaba y los acogía. Lo único que me permitía a veces —y usted lo sabe— era reírme un poco de mí mismo.

A veces me preguntaba, durante la noche, mientras oía moverse a la Isabel en la habitación contigua, si tenía algún sentido hacer todo aquello. Al fin y al cabo, ¿en qué país me movía? La gente que a uno le empujaba en las calles, la que se disputaba los pisos y compraba los televisores a plazos, había perdido toda sensibilidad, todos sus ideales colectivos. Más de treinta años sin tomar ninguna decisión, sin ser consultada más que para un par de grandes proyectos nacionales resueltos de antemano, habían acabado totalmente con su sentido de la responsabilidad. Yo me daba cuenta de que mi ciudad, mi país —pero a mí solo me importaba mi ciudad— estaba

formada por hombres que tenían o buscaban un trabajo, una mesa, una mujer y una cama: habían llegado a no pensar en nada más. El país consistía en un simple juego de posibilidades económicas: lo importante era atrapar alguna, asirse a ella, mejorarla, mamarla y procurar que a uno no le pillasen las ruedas. A eso se le llamaba oficialmente «hacer grande a España». A falta de otra, los jerarcas de la situación se referían constantemente a esta tarea. Y luego, con la democracia, ha pasado lo mismo. Los grandes sentimientos colectivos ya no tienen cabida en la indiferente España.

Le sigo hablando con el corazón en la mano, señorita Jou, le sigo contando cómo veía yo las cosas en esos años tan dados, a la gracia del Señor. Claro que no todo terminaba aquí, claro que seguía reflexionando y me preguntaba: la libertad, la dignidad, la responsabilidad ¿a qué conducen? Solo sirven para llegar a tener un gobierno que cuide de que haya camas y que las señoras se metan piadosamente en ellas; de que el reparto del butano funcione bien; de que la red de alcantarillado absorba todo lo que los productores y las matronas le echen entre horas; de que la gente pague los plazos de los televisores y de que el semen popular se emita en lugares correctos. En último término, la existencia humana se resume en esto y nada más que en esto; por lo tanto, ¿no valía la pena prescindir del rodeo de las ilusiones de cuatro poetas y de los gritos de cuatro chiflados para llegar al sitio a donde se llegaría de todos modos? ¿Para qué hacen falta los soñadores y los políticos, si están las computadoras y los tecnócratas? ¿O es que nos hemos creído que la gente de la calle necesita otra cosa?

—Una visión tan mezquina de la condición humana no es lícita —me decía Prado subiéndose por las paredes—. Porque los tecnócratas hubieran inventado un sistema para subir mejor las piedras a lo alto de las pirámides, pero no hubieran liberado ni a uno de los esclavos que trabajaban en ellas. Porque una limitación del hombre a los puros intereses materiales no resuelve ni siquiera estos: la ración de pan en España el año 42 (125 gramos diarios) era más baja incluso que la de los países que estaban en guerra; en estos momentos —añadía Prado—, cuando Franco lleva treinta y pico de años en el poder, el déficit de viviendas en el país se acerca a los cuatro millones; los cinturones negros de las ciudades industriales son más negros que en

cualquier momento de su historia; el campo está siendo abandonado, y el diez por ciento de la población total española tiene que buscar trabajo más allá de la frontera, porque aquí se moriría de hambre. Somos un país que vive de las remesas de los emigrantes, de las inversiones de capital extranjero y de ofrecer el culo a cada turista que pasa. Prado siempre se exaltaba al llegar aquí, siempre parecía como si fuese a pegar a alguien. Por otra parte, un pueblo tiene leyes internas de evolución, fuerzas históricas que no pueden detenerse. Ignorar eso, es ignorar todo. Suponer que un pueblo consiste en treinta y cinco millones de tíos bien surtidos de butano y con una vagina o un pene santamente asequibles (cuando todo eso se logra) es volver la espalda a las realidades que no se ven, o sea, a las más importantes. España tiene que resolver muchos de los problemas que tenía en 1833, cuando murió Fernando VII, y eso significa que la lamentable historia de los últimos ciento cincuenta años corre el peligro de repetirse. España-acababa gritando Prado-ha vuelto a ser un país africano (sol, folclore, camareros baratos y putas pasablemente ingenuas) que nace a la historia otra vez. Y los hombres de brillantes uniformes y de chaqués bendecidos por el sultán procurarán que nunca se salga de esa línea.

Como ve, señorita Jou, mis compañeros y yo nos sentíamos vinculados a todos los problemas colectivos, y eso nos hacía olvidar casi siempre la frustración de nuestras vidas. Todos los vasos vacíos que el destino nos iba poniendo delante los llenábamos de ilusiones y de palabras. Pero mi situación era muy distinta de la de los otros, y yo sabía que no podía prolongarla eternamente. Todo cambió como le he dicho, señorita Jou, cuando metieron a Costa en la cárcel, pero cambió esencialmente —y así tenía que ser— cuando Isabel me confesó que íbamos a tener un hijo.

Hay dos cosas que solo les ocurren a los idiotas, señorita Jou, y yo parecía ser uno de ellos. Hay también situaciones latentes que pueden durar años y que a lo mejor se resuelven luego en un día. Para mí, después de la condena de Costa, que me colocó en una situación violenta ante sus padres («Sois vosotros los que le habéis hecho meterse en líos», me acusaron) se resolvió en un solo domingo, un domingo extraño y febril, un día de sol blanco, de luces verticales, de calles que no llevaban a ningún sitio conocido.

Una vez salimos Isabel y yo, muy de mañana, ya supe que tenía que decirme algo, pero no imaginé que fuera aquello, una cosa que —según yo pensaba entonces— solo le podía ocurrir a un idiota. En el primer momento me asombré; luego fui sincero y me dije que lo normal hubiera sido asombrarse de lo contrario, ya que no habíamos tomado ninguna precaución.

Lo peor era que Isabel me hablaba del hijo como si fuera una ilusión o una esperanza. Nosotros —decía— habíamos ido dejando en el camino lo mejor de la vida, pero el hijo que llevaba en sus entrañas tendría un mañana más limpio. Los dos haríamos que fuera sabio, justo, moderado, sufrido y prudente. Haríamos que amase a su tierra y a los hombres que trabajaban en ella, porque los hombres se dignificaban con el trabajo y el respeto profesado al suelo en que vivían. Mientras me hablaba, los dos avanzábamos bajo la luz vertical por las calles que no llevaban a ninguna parte. Nuestro hijo —me decía Isabel— no tendría que conocer las ratas del distrito Quinto, ni las escaleras agrietadas, ni las gentes que dormían y defecaban en los terrados, junto a los depósitos del agua; no conocería tampoco los nichos verticales de tantos palmos cuadrados y tantas letras bancarias donde los hombres escondían la vergüenza de sus sueños (los dos andábamos de prisa entre los autobuses y los anuncios que ofrecían milagros a precio fijo). El nuevo ser que nacería de los dos merecía la vida porque realizaría nuestros anhelos, porque mis noches de frustración al salir de la notaría, esas horas de soledad que yo dedicaba a la nada, tendrían más sentido en él que en mí, ya que el hijo se justificaría con mi sufrimiento. Porque desde los palmos cuadrados que yo cada día escrituraba, asignándolos a hombres rencorosos y pequeños, él se elevaría a un mundo más justo donde se contaría por corazones libres y por parámetros de estrellas. (Los dos nos metíamos en bocacalles donde los niños jamás encontrarían a sus héroes y nos hundíamos en metros donde la gente jamás encontraría su verdadero rostro). Y si aquel mundo más justo —decía Isabel— no era posible aún, el hijo lucharía con nosotros, formaría al lado de las viejas sombras.

Me di cuenta de que Isabel no me pedía nada para ella, señorita Jou, de que sus débiles puños eran los del pequeño hijo, y de que también al hijo pertenecía su pobre lengua. Creo que a ninguna otra madre española le

hubiera ocurrido eso: ella tenía en su vientre no un feto, sino una esperanza de todos. El hijo no era ya suyo. Lo ofrendaba al futuro, a los hombres que no saben que lo son y a las mujeres que se han convertido en ovejas. Yo no creo en los mesías, señorita Jou, ni en los arcángeles de las anunciaciones proletarias, pero oyendo a Isabel todo me parecía distinto y posible; incluso que el hijo no nos perteneciera. Anduvimos en una caminata estéril por las calles de Sants, por el Prat, por los suburbios de Caritas y la Brigada Social. No comimos ni creo que llegásemos a beber un vaso de agua. No sé de qué modo, siguiendo la luz vertical y las pisadas de la gente, nos encontramos ante las taquillas del Nou Camp y luego sumergidos entre una muchedumbre fanatizada que, a diferencia de los niños de por la mañana, había encontrado a su héroe. Creo que fue entonces cuando deseé angustiosamente librarme de Isabel, volver a ser un hombre sin compromiso, perdido entre las masas. Tuve miedo de ella porque era mi futuro encadenado. Escapé. Mis codazos, mis empujones en aquella general repleta fueron una vergonzosa huida; la gente me desplazaba, me impedía también pararme en cualquier sitio. Los cajeros que la noche anterior habían cuadrado balance y ahora querían ver ganar a su equipo, se acordaban de mi padre. Se oían voces en castellano: «¡No empuje!», «¡Aquí molesta!», «¡Vaya más arriba!», «¡Más arriba!»... Me sentía hundido en una especie de pesadilla, pero al menos estaba perdiendo de vista a Isabel, que era incapaz de penetrar en aquella masa. Yo escapaba como nadando por encima de aquella multitud cuya única perspectiva de futuro era esta: el domingo final de la Liga. Pero al menos era un futuro cierto, y yo les envidiaba. Recibía tales codazos, me enfrentaba a caras tan brutales que estaba seguro de que Isabel no me podría seguir nunca hasta el último refugio donde los hombres no éramos más que un grito. Pero al volver la cabeza la vi; estaba justamente detrás mío. Ella también había recibido los empujones, los codazos, las invectivas y los recuerdos para su padre. Ella me seguía como una dulce, humilde, pequeña sombra que quería ser mi prolongación en el mundo. De pronto la sujeté por un brazo para que no cayera y la apreté contra mí: entre la masa que era solo una voz volvimos a encontrar nuestros nombres. Le juro que de pronto sentía un bulto en la garganta y un extraño deseo de llorar.

Al día siguiente hablé con mi padre; pensaba que, honradamente, era lo primero que tenía que hacer.

En poco tiempo la fábrica había cambiado de aspecto; tenía dos nuevas alas, una entrada para camiones y hasta una torre de elevación de aguas que también había sido habilitada como centro de control; era una especie de torre del homenaje desde la que se dominaba toda la barriada y donde solo faltaba colgar en forma simbólica los expedientes de los obreros que no cumplían. Fui allí el lunes por la mañana, hacia las once, cuando en las oficinas que yo conocía tan bien ya estaban funcionando a todo meter las lenguas y sonando los primeros bostezos. Recuerdo que había pedido permiso en la notaría y que quedó por mi culpa una montaña de asuntos sin repasar. El portero de la fábrica, pese a que me conocía muy bien, me miró con desconfianza y como si yo fuera allí a predicar la revolución social o a quitarle los puntos de la mujer, que eso sí que hubiera sido grave. Atravesé unas salas que ahora tenían moqueta, sillones de importación y unos retratos que debían ser de antepasados míos y que me dejaron bastante perplejo, porque la verdad es que yo no los había conocido nunca. En el despacho del padre figuraba en lugar visible, como antes, un libro que nadie había abierto jamás y que se titulaba *Franco ha dicho*. De cara a las inspecciones y a ciertas visitas parece que iba bien, aunque las cosas debían estar cambiando, porque ya no le quitaban el polvo últimamente. También había unos cuantos tomos del Aranzadi, para indicar que el padre estaba al tanto del mejunje legislativo y no se le podía pillar. Por las ventanas entraba un rumor de máquinas, de voces, de camiones haciendo marcha atrás, de pasos cansinos y de tristezas cronometradas. Los talleres no habían cambiado, y sentí tan profunda hostilidad hacia ellos como en otro tiempo. Me notaba agobiado. Cuando el Banyetes entró sin llamar, me puse en pie creyendo que era el padre el que llegaba al despacho, pero me equivoqué.

El Banyetes, sedicente hijo del Banyes, ya no era el empleadillo tiñoso de los primeros años, lleno de caspa y con los bolsillos cargados de papeles, el mismo que tenía que preguntar a todas las echadoras de cartas por el nombre de su padre. El Banyetes era ya un ciudadano del Plan de Desarrollo y vestía un traje de ejecutivo perfecto. Por la forma de entrar en el despacho, por la

carpeta confidencial que llevaba bajo su brazo y por sus ademanes de seguridad deduje que había tenido suerte y que con su trabajo y su tenacidad, sin ayuda de nadie, había llegado a convertirse en un hijo de puta importantísimo. Mientras le tendía la mano, pensé que habría motivos sobrados para felicitarle con toda el alma.

El Banyetes no me concedió más que las atenciones indispensables. Puesto que yo no estaba vinculado a la empresa, no tenía más que una existencia superficial, remota y probablemente nociva. Me dijo que el padre había ido a una reunión del gremio y que enseguida volvía. En efecto, volvió muy poco después, cuando yo ya estaba hablando con la María del Mar, que había venido desde la Contabilidad Industrial con sus ojos vacíos y sus fichas secretas. La María del Mar me dio dos besos absolutamente helados, como dos tampones administrativos, y me invitó a sentarme mientras el Banyetes se escabullía. Detrás de la mirada sin alma de mi hermana, su espalda ya empezaba a arquearse un poco, acoplándose a los relieves fraternos de las sillas y las mesas; era ya una forma definitiva de cuerpo listo para archivar. Lo único que aún conservaba en ella un calor animal eran sus piernas enfundadas en medias negras, cuyo final se mostraba generosamente. Aún no se habían puesto de moda esos horribles pantys, señorita Jou, cuyo nombre viene de una de las primeras palabras inglesas que aprendí: pants (calzoncillos). La María del Mar se sentaba aún con la ingenuidad llena de pureza de los primeros tiempos, cuando empezaron a nacer en mi cerebro los gusanitos amarillos del deseo. Mientras me hablaba se fue animando y las palabras mataron los recelos administrativos del principio, cuando me veía como a un enemigo que había venido a perturbar la marcha de la empresa; hasta se confió a mí y me dijo que las cosas iban mal, que el negocio no era lo que parecía exteriormente, y que al padre, después de haber hecho grandes inversiones durante lo que él creía un momento bueno, le habían dejado colgado los muy cabritos al exigirle le devolución inmediata de una serie de créditos. No me explicó quiénes eran los muy cabritos, pero supuse que eran los bancos y todos esos que hacían progresar al país aún más que el padre, que ya es decir. Según supe en menos de diez minutos, las ampliaciones de la fábrica no estaban pagadas del todo, ni el nuevo utillaje tampoco, porque el

padre había construido un bloque de ochenta viviendas que ya estaban vendidas, invirtiendo en ellas prácticamente todas las reservas.

—Pero, entonces, con las ventas, habrá hecho beneficios —murmuré.

Yo creía entonces firmemente, señorita Jou, que todos los empresarios obtienen beneficios, sin lo cual mis creencias, que eran más o menos las del señor Marx, quedaban bastante desmanteladas. Pero la María del Mar cambió de posición sus piernas y se encargó de demostrar todo lo contrario.

—Ha hecho beneficios y no los ha hecho. Verás, todo eso es muy complicado. Los pisos, sobre todo los modestos, no hay ahora quien los venda si no es a base de papel a largo.

—¿Papel a largo?... —susurré.

—Sí, hombre, sí: letras. Parece mentira que trabajes en una notaría. La gente que compra pisos modestos acepta letras a diez años. Noventa, cien papeles de esos. Se les carga un buen interés, claro: hasta un nueve por ciento, lo cual dobla el valor del piso. Pero, ¿y si en un mal momento las letras no te las descuenta nadie? A ver si me entiendes: tienes el dinero, pero no lo tienes. Los bancos piden que alguien te garantice un «riesgo», es decir, la devolución de lo que te han adelantado, si el aceptante no paga. Y nosotros ya hicimos descontar una importante cantidad de papel de los clientes para financiar parte de las obras, de modo que por ciertas ventanillas no podemos ni acercarnos. Ahora lo que tenemos es un problema de caja, ¿me entiendes? Un problema de liquidez.

La María del Mar hablaba ya como un gerente, aunque sus ojos tenían a veces —a ráfagas— una expresión de mujer asustada que hubiera querido quedarse en casa. Me siguió explicando que el problema, a dos años vista, estaba resuelto, pero que de momento era angustioso. ¡Si uno pudiera dormirse hoy y al cabo de los dos años despertar! Y eso sin pedir nada especial, dejando tan solo que durante ese tiempo los negocios marcharan como debían marchar normalmente. Despertar y haber pasado el mal trago —decía la María del Mar—, trazar en el camino una especie de paréntesis rosa. Supongo, claro, que bajo esas palabras latía una idea bastante menos poética: en dos años, el papel a largo se habría transformado en papel a corto y podría hacerlo descontar. No era poca cosa.

—Si logramos pasar ese mal momento, todo se arreglará —dijo—, pero no sé cómo vamos a conseguirlo. El camino de los préstamos está ahora cerrado, si uno quiere préstamos a largo, que le dejen tiempo para respirar. Los otros no interesan. Y cada mes hay que pagar los jornales, las materias primas, los intereses de las deudas anteriores, las obras en curso. La maquinaria nueva... Todo. Te juro que no sé cómo vamos a hacerlo.

En aquel momento, cuando se agrietaban un poco mis creencias sobre el beneficio ilimitado del capital a través de ciclos, del que tanto habíamos hablado con Rodríguez, Prado y Costa, la puerta del despacho se abrió y entró el padre. El padre, señorita Jou, había cambiado en poco tiempo, y yo creo que hasta arrastraba un poco los pies, aunque se daba cuenta y trataba de disimularlo. Tenía los ojos hundidos, la mirada perdida; no había la menor relación entre él y aquel otro hombre que talaba los árboles en nuestra finca de la costa, ciscándose en los poetas y en los nombres de las mujeres muertas. Yo creo que se había perdido en los pasillos de su propia fábrica y se había ahorcado en su propia torre del homenaje.

Pero se había producido también un pequeño milagro, aunque yo, entonces, no llegué a advertirlo. El padre ya no era el enemigo, el opresor, el arribista y el descendiente en línea recta de los que habían aplastado a Espartaco (no sonría, señorita Jou: en nuestras charlas para redimir el país hacíamos comparaciones así). El padre era un hombre acosado por los proveedores, por los bancos, por los constructores, por sus propios obreros que cada sábado ponían en sus caras un sello de urgencia. En una visión rápida y fulgurante distinguí la otra cara de aquella medalla negra. El padre, al fin y al cabo, les daba trabajo, les alimentaba, les ponía a tiro cada noche un culo de obrera y les permitía creer en el mañana cuando miraban a sus hijos. Verse derrotado ante una de sus propias puertas era un final injusto para él.

Cuando le abracé lo hice de una manera espontánea y sin ninguna prevención. No pensé, se lo aseguro, que lo que aquel hombre había creado también era mío, sino que constituía para muchas familias la única fuente de vida. Nos dimos palmadas en la espalda (aquella fue la parte ridícula, porque me recordó la imposición de condecoraciones y grandes cruces, esas con las

que le cuelgan a uno de la pechera una lágrima de España), nos miramos a los ojos y al fin nos sentamos a un mismo lado de la mesa. Después de unas cuantas frases generales pedí a María del Mar que nos dejase solos. Ella me miró de una forma extraña (seguramente pensó que quería pedirle al padre dinero para curarme una blenorragia), pero al fin se marchó.

Todo lo que quiero decirle, señorita Jou, para no cansarla, es que el padre no me hizo ningún reproche, y que adoptó desde el principio la actitud del hombre acosado que, para defenderse, necesita al menos la unidad de su propia familia. Me di cuenta de que sufría, pero él, al menos, tenía un camino y una sola fidelidad, mientras que yo me veía enfrentado a tres o cuatro: Isabel, el padre, la María del Mar y aquella casa, que al fin y al cabo era mía, se mezclaban en mi conciencia. Creo que me sentía muy confuso y por eso me faltó convicción; en realidad no sabía qué pedir. El padre me dijo, con perfecta sangre fría, que yo era un hombre responsable, y que si quería formar mi propia familia nadie podía impedírmelo. ¿Había querido libertad? Muy bien, allí estaba. Nadie me la quitó cuando decidí usarla. Pero la libertad origina responsabilidad, y quizá por eso —se atrevió a opinar el padre— la libertad es buena. A un pueblo que no tiene libertad, como el español, no se le puede pedir responsabilidades; irá a donde le manden hasta el final de los siglos, o quizá, si la cuerda algún día se rompe, se comportará lastimosamente, como un niño. «Por lo tanto, mi filosofía política es esta», afirmó el padre: «que la cuerda no se rompa».

—Pero tú —añadió con la misma suavidad— no puedes pretender ser libre y después renegar de ti mismo. Tu deber es casarte con esa mujer, sea quien sea, y por tanto reconocer al hijo, pero sin esperar ayuda. Tampoco podría dártela ahora, esa es la verdad, porque las cosas marchan francamente mal.

Me hablaba con suavidad, pero con firmeza, como si yo fuera un viajante que tratara de colarle mala mercancía.

—Sin embargo, si aún quieres reflexionar —añadió— las puertas están abiertas. La libertad también sirve para elegir entre dos riesgos o para hacer pasar una responsabilidad por delante de la otra. Tienes ante ti un camino lleno de posibilidades: esta empresa, los obreros que de ti dependerán, y

cuyos hijos dependerán de tus hijos, el impulso que puedas dar al país y la ayuda que prestarás a tu familia y a centenares de otras. Porque Cataluña necesita empresarios y gente que arriesgue algo, se diga lo que se diga. En realidad tú has sido preparado para tal camino; en la medida en que no realices esas posibilidades, serás responsable por haberlas despreciado —el padre hizo una breve pausa—. En otro sentido, tienes ante ti un deber moral para con dos personas solamente: una mujer y un hijo que yo confío sea perfecto, pero que también puede frustrarse o resultar un tarado sin ninguna culpa tuya. Ese camino te conducirá a una satisfacción íntima mientras ancle hacia la notaría, o hacia otro sitio peor todas las mañanas, y cuando hagas la última micción todas las noches. No creo honradamente que te dé nada más, pero en la medida en que no lo sigas también serás responsable. Ahora eres tú el que debe decidir.

Confieso, señorita Jou, que yo estaba paralizado por mis propios pensamientos. En realidad me había entrenado para la polémica en los bares de las barriadas obreras, y no en los despachos de las empresas. Me daba perfecta cuenta del porvenir que me esperaba con Isabel: un piso oscuro, una sesión de cine los sábados, un pedazo de cielo visto desde el patio y que con los años llegaría a ser mío, trágicamente «mío», la última pantalla de mis recuerdos y mis frustraciones. Solo eso y la esperanza, ¿hasta cuándo?, de construir un mundo mejor. En cambio, si abandonaba aquel camino, solo me acusarían de una forma lejana, como un recuerdo al doblar una esquina, dos pequeñas sombras.

Hice un intento cobarde y utilitario para conciliar ambas cosas. Le pregunté al padre si podía casarme con Isabel y contar con un puesto decente en la empresa, puesto que mis obligaciones económicas serían mucho mayores. Ya conoce usted bien, señorita Jou, la tendencia al término medio que tenemos en este país, el amor a los pactos equidistantes que no estropeen lo que interesa. Yo creo que propendemos a la solución de aquel fabricante que se enteró de que su socio se cepillaba a su mujer (no la del socio, sino la del manso) en un diván de la empresa; y como no le interesaba deshacerse del socio ni romperle la cara a la mujer, que también tenía capital en la firma, se vendió el diván. Para conciliarlo todo, pues, situé al nivel de los puntos y de

los seguros sociales a la Isabel y al hijo que tenía que hacer distintas las banderas de España. San Pedro pudo negar a Cristo tres veces cuando seguramente Cristo ya estaba harto de pisar esta tierra, pero yo ya había negado a mi hijo antes de nacer: lo había conducido en silencio desde el regazo de su madre a los colegios de piedra donde se calcula el interés compuesto y donde, en facturas mensuales, se amortiza la palabra Dios; le había señalado la dirección que lleva a los depósitos a la vista y al Código de las Doce Tablas; le había puesto en la mano sutiles espadas con enseñas de Clavijo y perfiles de letra de cambio; le estaba señalando un lecho acomodado y capaz, donde la esposa sería aburrida treinta años y una noche y donde engendraría cristianamente a sus hijos. Al hacer aquella petición y exponerme a que fuera aceptada le ponía en un camino que yo mismo no deseaba recorrer, pero en ese momento tuve suerte —o creí que la tenía— y el padre negó con la cabeza.

—Si doy tu idea por buena —susurró—, la Isabel tendrá que formar parte de la familia, eso es indiscutible. Ahora bien, ¿quiere realmente ella hacerlo? ¿Tengo yo autoridad moral para cambiar a la fuerza la vida o los deseos de una mujer?

Usted sabe también, señorita Jou, que en este país nunca decimos que no por nuestro gusto; en dejar a salvo nuestra buena voluntad somos artistas. La culpa de que nos veamos obligados al «no» la tiene el tío que nos pide algo. Con la negativa le hacemos un favor, le manifestamos nuestro respeto; preservamos su independencia, salvaguardamos su virtud, defendemos la integridad de su ano. Me extraña que un país que saber decir «no» tan civilizadamente como el nuestro, y siempre por altas razones morales, no tenga más categoría internacional. El arte de no comprometernos para de ese modo hacerle un favor a otro, forma parte de nuestra cultura más veterana. Tanto es así que me puse en el lugar del padre y entendí muy bien su negativa. Otras veces, a lo largo de mi vida, he tenido que hacer lo mismo yo también, y si mi interlocutor era del país, siempre entraba en el juego de las cartas convenidas y me decía automáticamente: «Sí, sí, claro, me hago cargo...».

—De todos modos, piénsalo —me dijo—. ¿Por qué no pasas unos días

fuera de Barcelona? Lo que yo te pido es que pienses libremente, compréndelo: ni bajo mi influencia ni bajo la de la casa donde vives ahora. Yo te aconsejaría mal, y esa mujer también, aunque tenga la mejor voluntad del mundo. Siempre debe decidir uno mismo. Por eso podrías irte a un hotel de cualquier playa o a cualquier montaña tranquila. No, no te voy a pedir que vengas a la finca de Tossa, claro... (el padre fue lo bastante hábil para recordar que allí había nacido nuestra ruptura). En Tossa seguirías sometido a mi influencia, y lo que yo quiero es que seas enteramente libre. Elige el sitio y me telefoneas para que yo pueda cubrir los gastos. Dentro de tres o cuatro días volvemos a hablar. ¿Te parece?...

Era un plan razonable —el padre jamás hizo una cosa que no lo fuera— y yo, señorita Jou, acepté. Pedí unos días de permiso en la notaría (sin cobrarlos, no fuese que luego les faltaran palmos cuadrados en algún archivo) y aquella misma tarde salí para Tarragona sin despedirme de Isabel, aunque le dejé una nota con un par de promesas y un par de mentiras. Fue mi segunda huida, pero esta vez no pudo seguirme como me había seguido en el fútbol, no pudo transformarse en mi perro fiel, en mi conciencia ni en mi sombra. Un hombre que no es libre y eficaz —lo estaba aprendiendo—, e incluso una empresa, no marchan si se acuerdan demasiado de las sombras que van dejando en su camino.

UN ABOGADO de mala muerte como yo no tenía por qué enterarse de demasiadas cosas, pero cuando has pasado varias veces por los despachos de Vía Layetana te enteras de detalles sueltos aunque no quieras. Y esos detalles se van uniendo a lo largo de los días —también aunque no quieras— hasta formar una especie de trama. Por ejemplo, fue en jefatura de Vía Layetana, después de los innumerables interrogatorios del comisario Lorente, donde supe que la licencia de la pistola estaba a nombre de Isabel Costa, y donde supe también que se había dictado orden de busca y captura contra ella, con nota de alta prioridad.

Claro que esto podía haberlo averiguado también con solo tomarme la molestia de leer *La Vanguardia* o el *Diario de Barcelona*, pues la policía acabó por publicar una nota, y la nota iba acompañada de unas cuantas fotos. Isabel Costa ocupaba el lugar de honor —la primera a la izquierda—, con su cara de fría determinación, sus ojos algo duros, su boca dibujando una línea enérgica que hubieran envidiado los huelguistas del año 17, cuando de verdad había motivo para la huelga y la leche negra. La policía, que ya había dejado de ser franquista, pedía la colaboración ciudadana para detener a todos aquellos enemigos de la paz social, ya que ahora había dejado de hablarse de los enemigos de la España eterna. Todo el mundo pudo ver la cara de Isabel, enterarse de su edad y de su último domicilio, pero la nota silenció que ya tenía un hijo. Lo mismo daba. Supongo que la gente vio con indiferencia aquellos retratos y que los únicos que comentaron que la cosa iba en serio fueron los vecinos al ver la ingenua vigilancia que de pronto la policía había puesto en la escalera, no fuese que a Isabel se le ocurriera ir a hacer un pipí a

su casa. Todo era posible.

Pero yo, abogado del distrito quinto, sabía algo más, a través de retazos de conversaciones que los policías jóvenes sostenían en Vía Layetana. ¿Por qué le habían dado licencia de armas a Isabel Costa, quien tenía un hermano que había sido condenado por comunista? ¿Es que las cosas habían cambiado tanto en España que eso ya no se tenía en cuenta, y además en un momento en que ya no se daba licencia de armas a nadie?

Eso no lo entendían los policías jóvenes que cada día hojeaban el Boletín Oficial para ver si por casualidad aparecían sus nombres, o se pirraban por saber si había mejorado su puntuación como tantas veces mejoró milagrosamente la del González Pacheco, Billy el Niño. Pero no entendían tampoco otras cosas, como, por ejemplo, que Isabel hubiese empleado una pistola «fichada». ¿No le hubiese sido mucho más fácil encontrar una en el mercado negro? ¿O quizás había otra razón, pensaba esta vez yo, abogado de mierda? ¿No le pudo haber conseguido la licencia una persona influyente, cuyo nombre ella misma ignoraba? ¿No pudo surgir una tercera persona que dijo haber alterado el rayado del ánima del cañón para que las balas no fueran identificadas nunca? ¿No pudo darse cuenta Isabel Costa de que la habían engañado, de que el ánima del arma no estaba alterada y de que por tanto podían seguirle la pista a través de la bala? ¿No fue quizás eso, la sospecha del engaño, lo que la indujo a arrojar la pistola a un fangal del Besos, pese a ser seguramente la única arma que tenía?

Un abogado, por malo que sea, sabe que difícilmente se puede condenar a nadie, en un caso así, sin una prueba balística. Claro que a Puig Antich le ejecutaron sin ese requisito y sin haber hecho ni siquiera una autopsia legal al policía de cuya muerte le acusaban; pero ese fue pura y simplemente otro asesinato franquista. Hoy los jueces detallan las cosas un poco más, y quizá por eso la Isabel pensó que nunca podrían condenarla si no aparecía el arma. No podían complicarle en algo que sin embargo había sido imaginado desde el principio para que la complicasen a ella y solo a ella. Pero ese último y decisivo punto, Isabel no lo sabía: ni tampoco que estaba «quemada» y deseaban su caída.

Tampoco sabía yo, cuando el arma apareció casualmente en poder del

Reyes, que la Isabel iba a quedar hundida hasta el cuello en aquel mejunje, en aquella basura urbana. Si Isabel Costa había creído librarse de problemas al librarse de la pistola, ahora los problemas habían vuelto a ella. Nadie mencionaba, nadie conocía tal vez a las personas que le habían puesto fácil el camino hacia el arma; para los hombres como Lorente, solo Isabel Costa existía. Lorente tenía una evidencia, un nombre, un apellido y una cara, y honradamente ya no necesitaba más.

Yo, en cambio, sí que necesitaba más. Yo me sentía un poco responsable de aquello, estaba envuelto en aquello, me habían empapuzado también con la basura urbana. Aunque Lorente no me necesitaba —puesto que tenía la evidencia de Isabel Costa— aunque no me haría ir más por jefatura ni sus subordinados se acordaban ya de mi madre, yo seguía pensando en aquello, y por las noches se hicieron interminables las dudas mientras deambulaba por las calles que habían dejado de ser mías.

La moderna historia española, sin embargo, está llena de ambigüedades mucho más importantes que la que ocupaba mis pensamientos. Los metafísicos de nuestro pasado aún no han adivinado quién mató al general Prim. En el sumario 69, o proceso de Burgos, nunca se llegó a aclarar quién mató a Melitón Manzananas. Se ignora quién mató a Carrero Blanco. Quién puso la bomba de la cafetería Rolando, por citar solo hechos notorios. En un orden aún más peliagudo de cosas, cuando a Franco le estalló en la mano el cañón de su escopeta, la víspera de Navidad de 1961, Camilo Alonso Vega dijo que le habían sustituido los cartuchos de pólvora por cartuchos de dinamita. Se abrió una investigación, pero hasta ahora no se ha sabido oficialmente nada. Algunos dicen que es todo tan sencillo como en aquel chiste: «Mamaaaaaaaaaa, quierooooooooo sabeeeeeeeer por queeeeeeeé papaaaaaaaaaá mató al pregonerooooo». Pero lo cierto es que en España está el reino celestial de la ambigüedad y del murmullo oficioso, del silencio castellano y la repregunta gallega. En España hay clanes de funcionarios, hay togas en los altares, hay cofradías de reticentes y Santas Hermandades del Sobre Lacrado. A nivel de las grandes cruces, nos pueden envidiar los sicilianos porque tenemos los mejores soles, los mejores vinos, los mejores conos y las mejores mafias.

Comprendí que nunca llegaría a desentrañar la verdad sobre Isabel Costa excepto si hablaba con ella misma, cosa imposible porque nadie conocía su paradero actual. Ni siquiera su hermano, que después de haber padecido las cárceles del franquismo estaba ahora olvidado por el PC en beneficio de burócratas que se habían pasado la vida haciendo culo y llenando fichas sobre Lenin. Pero si uno se mueve en determinados ambientes oye cosas, porque aquí tenemos las mejores mafias, pero también las mejores lenguas, y eso lo digo en tres o cuatro sentidos a la vez. Los policías jóvenes ya me conocían de verme, me llamaban «el grapillo», y en los bares cercanos a Jefatura me aceptaban entre ellos a la hora de pagar. Por uno (quien trabajaba además con un gestor, como mandan los cánones) supe que Isabel Costa había pedido la licencia yendo en compañía de una mujer joven y muy agradable, que tenía el aspecto de ser una auténtica señorita. Las dos hablaron con el gestor en su despacho para que moviese determinada influencia —se suponía—, pero ya nada podía averiguarse sobre el tema porque el gestor había muerto; y también como mandan los cánones, sin tiempo para arreglar los papeles de su propio piso. Fue una información dada al vuelo y a la que nadie atribuyó demasiada importancia, quizá porque ya se sabe que en España hace falta influencia para todo, y para obtener armas aún más. Pero a mí me abrió un camino que desde el primer momento estuve decidido a seguir, quizá porque no tenía otro.

¿Quién era la mujer joven y agradable que había acompañado a Isabel Costa?

Una ex empleada del gestor me dio lo que podía ser el principio de una pista. El camino que estaba siguiendo no lo seguía nadie, porque si los bofias ya tenían a la Isabel, ¿para qué más? Yo no digo que no pensasen en lo que podía haber tras aquella evidencia, pero quizá les daba miedo seguir adelante, doblar la primera esquina. Todos los que cobran de los presupuestos del Estado saben que se han paralizado muchas gestiones y se han ensuciado muchos expedientes por haber doblado esquinas que nadie mandaba doblar.

Yo supe por esa ex empleada que la simpática muchacha que acompañó a Isabel había dicho que tal vez podría gestionarle, para cuando se jubilase, una temporada de descanso en una residencia de Campins, al pie del Montseny.

¿Era eso una pista? Yo no lo sabía, pero estaba decidido a seguir el camino y doblar esquinas, puesto que me sentía responsable.

Campins estaba envuelto en la soledad del otoño, a mitad de la montaña y a mitad del olvido. Flotaba en ella un silencio episcopal; los caminos que en verano debían estar abarrotados, llevaban ahora a la quietud de las hayas y la calma del valle de Santa Fe, donde en el hotel algunos solitarios se dedicaban a la exquisitez de contemplar el aire desde las ventanas y mirarse el pene al borde de las sillas. En los bares donde se jugaba a las cuarenta y se trasegaba humo barato, nadie sabía nada de una residencia para jubilados, pero al final me dijeron en uno de ellos que sí, que se había hablado de algo de eso. Era una casa situada a las afueras, propiedad, según parecía, del Banco de Madrid, que había sido adquirida para lugar de descanso de sus empleados. Pero eso fue solo un proyecto; la habían adecentado algo un par de años antes y ahora estaba en manos de un administrador que tal vez ni siquiera pertenecía al banco y solo la visitaban de vez en cuando. También de vez en cuando llegaban algunos jóvenes, algún hombre mayor con pinta de policía —o de arquitecto oficial o de inspector de impuestos, vaya usted a saber, porque a veces no vale la pena hacer preguntas— y se pasaban el día reunidos. Pero, fuera de esas ocasiones, la casa siempre estaba vacía, silenciosa, y la verdad era que acabaría quedando medio en ruinas, si no se molestaban en acabar de repararla. Quizá se la acabaría tragando el bosque; ninguno de los que me hablaron imaginó que una casa medio tragada por el bosque era lo que tenía para mí mayor encanto, en un mundo donde los bosques siempre son tragados por las casas. Aunque solo fuese por esa razón, yo tenía que ir a verla.

Había que seguir los senderos del olvido para llegar hasta ella. Estaba hecha con piedra del país, tenía algún cristal roto, alguna ventana desencajada y alguna teja al gárete. El jardín a medio vallar era inmenso, y en él solo se oía el rumor del viento entre las hayas. Desde una gran balconada se divisaban las estribaciones de la montaña, gran parte del Maresme y la línea hedonista de la costa, hasta Arenys de Mar.

Pasé tiempo y tiempo mirando esa balconada, quizá porque yo siempre había soñado tener un sitio así. Alguien plantó flores trepadoras en otro

tiempo y ahora lo iban invadiendo todo, con esa constancia de las fuerzas naturales que lo mismo sirven para mover una montaña que para fecundar a una mujer. Los pétalos caídos llenaban el sendero. Casi rozando la balconada, un pino de diez años oscilaba con el viento. Había llovido, y la baranda, que llevaba muchos años sin pintar, despedía herrumbre. Las hojas del pino, cargadas de agua, chocaban contra la baranda y la rozaban lentamente, la lamían y se cargaban de un color ocre. Era un pino triste y dulce, no demasiado abundante en el Montseny, y que incluso allí iba adquiriendo un color de fábrica.

Rodeé la casa, aspiré su silencio y palpé las rejas que quizá procedían de algún viejo convento, porque parecían cargadas de años. Sin duda era un buen sitio para reunirse discretamente, incluso simulando una excursión, y hasta apto para practicar el tiro. Podía ser que ni el mismo administrador supiese quién visitaba aquella residencia que quedó en proyecto, pues bastantes personas podían tener las llaves. Pero yo estaba seguro de que había dado con un lugar importante, quizá con el sitio clave donde corría el dinero y se deslizaba algún arma. Donde Isabel Costa había estado más de una vez sin saber que iba a ser utilizado su nombre para que solo ella fuera descubierta. ¿Pero quién había estado allí con Isabel? ¿Qué siluetas sin nombre había entrevisto al llegar? ¿A quien conocía verdaderamente?

Seguro que nada de aquello podía servirme, como no serviría a la policía, a la que tampoco pensaba acudir. Pero nadie podía quitarme la sensación de haber llegado a una meta, la sensación de que estaba en el sitio de las sombras.

Cuando salí hacía viento, flotaba la lluvia y se desprendían del pino las hojas color de fábrica. Al volver a la pensión donde me alojaría aquella noche, tenía en el pelo varias de ellas y hube de cepillármelo dos veces. Estaban manchadas de herrumbre. Pero ese fue un detalle al que entonces no di ninguna importancia.

S EÑORITA Esther Jou, 18, viernes

La vieja playa romana que va desde Cunit a Torredembarra es en invierno una línea dorada y azul, rumorosa, solitaria y lenta. Caminando por ella descubrí que las líneas geográficas también pueden ser rápidas o lentas, porque están dotadas del movimiento y la perspectiva que les damos. La vieja playa romana, señorita Jou, donde los patricios se dedicaban al noble juego de fecundar a las doncellas, es hoy una rasante neocapitalista donde se tiñen de oro todos los ombligos color de piso que hay en Europa. Pero entonces no había nadie allí, excepto los espectros que me miraban desde las ventanas (alguna rubia alemana, alguna tripona francesa y algún aborto español de urgencia), y yo me pude instalar en un hotel de Calafell que estaba abierto todo el año. Durante dos días enteros anduve por la playa, a un lado de la cual estaba la luz azul y al otro los viejos olivos que habían visto pasar a los legionarios de César y a los fugitivos del Ebro.

En el hotel semivacío flotaba una atmósfera casi irreal donde entre plato y plato hablábamos a las sombras y a las luces extinguidas. Los clientes eran algunos extranjeros y unos cuantos españoles de medio pelo que hacían las vacaciones en invierno porque entonces todo salía más barato, y que pasaban la vida junto a las ventanas o dando puntapiés taimados a las latas vacías que aún quedaban en la playa. De vez en cuando algún gato solitario saltaba desde los tejados hasta las ventanas donde espiaban las viejas.

Los sábados y domingos aquello se poblaba, pero en las cuarenta y ocho horas que estuve allí solo vi lunas de olvido y soles amarillos en el aire de nadie. Los algarrobos me recordaban los campos que antes había encima de

Badalona, donde a veces saltaba recordando inútilmente a Nijinski entre amigos de casa bien que me miraban boquiabiertos. Hoy el color del aire ha cambiado en aquellos campos que están llenos de pisos iguales, donde viven hombres iguales con pensamientos iguales, bajo la paz de España. En el hotel de Calafell también dormían las ideas y los anhelos, que solían tomar forma de neumático radial o de carburador de doble cuerpo. La gente no pensaba, ¿para qué?, en nada, fuera de las cosas que podía comprar a plazos. La gente estaba muy organizada: educada en la Universidad del *marketing*, fornicaba en leasing los días sin PNB, y el país iba marchando. Yo mismo, a veces, me sorprendí mirando los nuevos modelos de coches o dando también puntapiés a las latas de la playa.

Fue durante aquellos días cuando condenaron a Costa a diez años, y los periódicos —cosa nueva— dieron bastante realce a la noticia. Una mujer joven y flaca, esposa de un empleado de caja de ahorros, que comía a mi lado ávidamente, y cuyos colores de proteína le subían a cada bocado, dijo: «Pobre chico». Creo que fue la única muestra de compasión que tuvo Costa aquella semana, después de tanto pensar en las nuevas gentes de España. Las nuevas gentes de España tenían un ideario hecho solo de pagas extra y de vitaminas homologadas, pero eso Costa no lo sospechó nunca. Creo que aquella mujer lamentaba sinceramente la condena, pero si para evitarla hubiera tenido que retirar una sola cucharada de su boca ávida no lo hubiera hecho. «A cada uno lo suyo. Si no, por qué se meten». Luego nos fuimos a tomar café tranquilamente, mientras los gatos nos espiaban bajo el sol amarillo. Las viejas que miraban el mar desde las ventanas se aburrían al fin y se parapetaron en las sombras.

El último día que yo tenía proyectado pasar en Calafell —aún sin haber tomado ninguna decisión— se presentó allí María del Mar. La distinguí avanzando a través de la playa, que era una línea lenta, y tuve la sensación de que la veía por primera vez. *La María del Mar*. La María del Mar llevaba un abrigo claro, el largo pelo suelto y tenía los ojos perdidos en la lejanía. Al encontrarnos se quitó el abrigo y yo me di cuenta de que tenía las formas más turbadoras que yo había visto en todas mis lunas secretas. Reconozco que soy un animal doméstico y comodón, señorita Jou, que solo desea lo que tiene ya

en su piso, en las alcobas calientes donde no hay necesidad de hurgar, y en los estantes numerados donde todo está previsto. Además, desde que yo estaba con Isabel, María del Mar ejercía sobre mí una especial atracción, no me avergüenza decirlo. Era una cosa puramente contemplativa, pero que tenía a veces una rabiosa intensidad. La María del Mar conservaba en su seno la leche y la sangre de todos sus vivos y estaba dispuesto a transmitirlas, mientras que Isabel no había recibido, no conservaba más que la cal de todos sus muertos.

Me pidió que fuéramos a pasear por la playa un rato. Saqué un paquete de cigarrillos y le ofrecí uno, pero se negó a fumar. Yo me lo puse en los labios con movimientos maquinales, mientras le preguntaba para qué había venido.

—No, no me ha enviado el padre —dijo enseguida—. En eso puedes estar tranquilo.

—¿Y por qué has venido entonces? ¿Es que ha ocurrido algo?

—No, no ha ocurrido nada. Claro que no...

Anduvo unos pasos por la arena. Se la notaba cansada y triste, aunque eso la dotaba de una especial belleza. De pronto se volvió hacia mí y me preguntó:

—¿Has decidido algo?

—No, todavía no, pero hoy mismo iba a volver a Barcelona.

—¿Sin saber lo que harás?

—Mira, he dado cien vueltas por esa condenada playa sin resolver nada. Me doy cuenta de que estoy metido en una encerrona y no sé salir de ella. Si digo que no a Isabel, me convierto en un hijo de puta, y perdona la palabra. Si le digo que sí, me condeno para toda la vida a ser un desgraciado. ¿Te parece un bonito dilema o prefieres otro? Tú has llegado a conocer a Isabel, no me digas que no. ¿Qué harías?

—El padre morirá algún día —dijo ella suavemente—, y entonces heredarás.

—Bah, no digas tonterías —arrojé el cigarrillo intacto con un gesto despectivo—. Aún pasarán muchos años, y entonces maldita la gracia que me hará, te lo digo con franqueza. No me gusta hablar de eso, ¿sabes? Pero además algo se aprende en las notarías: por ejemplo, que la legítima, en las

herencias catalanas, es solo de la cuarta parte, lo que quiere decir que uno de los hijos (yo) puede quedarse sin casi nada.

De pronto me volví y la contemplé nuevamente, como si la viese por primera vez. Tenía los ojos turbios y recibía en ellos la luz azul. Su larga cabellera, que tantas mujeres envidiaban, era mecida por el viento. Bueno, ya sabe usted, señorita Jou: la típica estampa de la chica guapa junto al mar que uno saca en las portadas y en las películas acogidas al crédito oficial. Y encima ya no tenía aquella actitud postrada de la oficina, por lo que me pareció absolutamente distinta. Con voz ronca terminé diciéndole que no le convenía hablarme así, porque si yo me apartaba de la empresa ella ganaría más. ¿A qué diablo venía eso de querer convencerme para que volviera? Iba en contra de sus propios intereses, se lo decía francamente.

María del Mar no me contestó.

Solo dijo secamente:

—Que Isabel aborte.

—Y romper con ella, ¿no?

—Eso: que Isabel aborte y rompéis.

—No la conoces bien —dije con voz opaca—. Ella tiene un respeto por la vida humana que el capitalismo ya ha perdido. Su moral a ras de suelo tiene mucha más altura que tu moral de flores en mayo, de asunciones en agosto y balances en enero, ¿entiendes? No, no puedes entenderme. Tú has aprendido a considerar al hombre solo como factor beneficio, factor consumo, factor estorbo. ¡Mucho más inhumano, mucho más frío que todo lo que decís del comunismo! Ella, en cambio, considera a cada hombre como una esperanza y como una ilusión. Sí, no me mires de esa manera... ¿Es que no te das cuentas, maldita sea? Cada niño es para ti ni más ni menos que la historia financiera de sus padres. Para Isabel cada niño es una canción en los labios. No, no vayas a reírte... Te parecerá estúpido, ¿pero qué canción tenéis vosotros? ¿La del descuento bancario? ¿La del protesto notarial? ¿La del producto nacional bruto? ¿La del convenio colectivo sindical? Muy bien, pues quizá te convenga recordar que Isabel puede refugiarse (y puede refugiar a su hijo) en canciones que aún hacen llorar a las gentes sencillas porque antes las cantaron las gentes de la Bastilla, de la Comuna de París y

de la Revolución de Octubre. Vosotros os creéis los dueños del mundo y en realidad no sois más que puro presente; ni en el pasado ni en el futuro tenéis absolutamente nada. No creas que me lo invento ahora. Todas las cosas que tenéis en el pasado están ya completamente superadas. Quizás haya pensado demasiadas veces en eso.

—¿Sí? ¿De veras? ¿No te has enterado de que en el mundo que pisas no sirve de nada hablar de sombras? —preguntó ella con desdén—. ¿De qué sirven las canciones que solo se cantan en los aniversarios? ¿La Bastilla? ¿La Comuna de París? ¿*Els segadors*? ¡Idiota! A veces me parece mentira que seas mi hermano y que hayas sabido en tu niñez, y lo sepas ahora, lo que vale un pedazo de pan. ¿Por qué no me hablas también de la independencia de Indochina? ¡Hazlo, hombre! ¡Será redondo! ¡Y además quizás yo conozca a la Isabel mejor que tú! ¡No te enteras de nada!

Aunque usted ya sabe que yo me ofendo fácilmente, señorita Jou (sobre todo entonces, cuando creía que lo único que me quedaba era mi dignidad) esta vez aguanté lo que me dijo. Incluso su mueca desdeñosa me pareció normal. Me puse otro cigarrillo en los labios, porque había intuido que eso lo hacen los que no saben qué hacer, y miré a la María del Mar mientras ella se echaba el cabello para atrás al decirme bruscamente:

—Mira, voy a contarte un pequeño secreto. He logrado que en mi vida fuese un simple accidente, aunque otras mujeres hubieran hecho un drama. Ni el padre lo sabe. Hoy he roto con el hombre que había sido mi novio durante dos años.

—No sé qué tiene eso que ver conmigo, pero ¿por qué coño has roto con él?

—Porque es un hombre que no nos conviene para la empresa.

Confieso que tuve un sobresalto, y hasta quizás en el fondo de mí mismo sentí un poco de asco. Lo que las fichas y los balances habían llegado a hacer a María del Mar me pareció monstruoso. Pero tuve una buena sorpresa cuando la miré de nuevo y encontré su expresión serena, limpia; encontré una mirada donde no había ninguno de esos ángulos muertos en que guardamos las chispitas secretas. María del Mar me había hablado con perfecto candor. Retiré el cigarrillo de mis labios y la tomé del brazo para sentarnos los dos.

Ella, la muy maldita, no se preocupó de sus piernas.

—No, no convenía para la empresa —dijo—. Tú tampoco me entenderás, pero las cosas tienen que ser así. Es un hombre tímido, gandul, sin ninguna iniciativa, que hubiese acabado en un despacho de publicidad o de promoción viviendo a costa de mi padre.

—¿Pero a ti te gustaba?

—Sí —dijo secamente.

—¿Le querías?

—Sí.

—Y si te gustaba y le querías, ¿qué carajo te importa la empresa?

Ella se volvió hacia mí, poniendo las manos sobre las rodillas. Malditas piernas y maldita mirada limpia la suya. Supongo que desde el hotel debían tomarnos por dos novios y debían envidiarnos todos los cachondos de sobremesa. María del Mar se pasó muy suavemente la yema de un dedo por la carrera de una media (¿y por qué no puedo recordarte cuando eras pequeña? ¿Por qué no puedo recordarte cuando nos peleábamos, cuando te odiaba, cuando tus viajes al cuarto de baño me parecían asquerosos? ¿Por qué naciste el día en que te vi con aquel uniforme del colegio de Loreto? ¿Por qué?...). María del Mar dejó luego escurrir entre sus dedos unos granos de arena y dijo suavemente:

—Tú no te das cuenta de lo que es una empresa; no lo has sabido nunca. Hablas de canciones y de fantasmas que no conoces. Hablas de revoluciones y de hostias dadas en plazas donde no pondrás los pies nunca. Perfecto... Sueñas en banderas que solo se encuentran en los museos y solo salen a la calle una vez al año, cuando se cumple el aniversario de un mártir que a lo peor ni se enteró de que lo era. ¿Y por eso vas a dejar que se pudra tu vida? Sí, ya sé: «Queda el pueblo», me dirás. Y me dirás también que hablo como una mujer cargada de hijos por cuyos vientres temo, o como una gallina clueca. Muy bien. Pues el pueblo solo piensa en lo mismo que pienso yo: en ganar más dinero y en vivir en un piso que chinche bien a los amigos porque estos no pueden tener tanto. ¿Y yo me voy a sacrificar para que lo tengan? ¡Narices! Y además, ¿qué es el pueblo? ¿No está lleno de gente que no ha querido luchar? ¿De tíos que solo han pensado en acabar el servicio militar

para meterse en cama con la novia? ¿De mujeres que solo se menean de verdad el domingo en el baile, único día en que se cansan? ¿De tías que se corren cada sábado y paren como las conejas, para decir luego que a cada uno hay que pagarle según sus necesidades? ¿No está lleno de gente así? ¿Es que tú no te has fijado? Todos los que valen algo dejan enseguida de ser pueblo por la gracia de Dios. Es como en aquella frase, que algunos juzgan cínica, de la biografía de un gran hombre: «Salido del pueblo, se propuso firmemente no volver jamás a él». Este es tu proletariado español, para que te empapes de una vez, de una condenada vez. Y no cuentes con él para obtener ninguna reivindicación, porque te dejará en la estacada, porque se moverá a la hora de reventar pisos, pero a ninguna otra. En fin... —hizo un gesto de cansancio—, ahora me doy cuenta de que no te he dicho lo que es una empresa.

—No, no me has explicado lo que es una empresa —le dije fríamente—, y te agradecería que me iluminaras, porque lo necesito mucho, venga, hazlo...

Se había exaltado. Sus facciones eran de color casi rojo. Unas venillas se marcaban en su cuello y le temblaban las aletas de la nariz. Pensé que María del Mar tenía la tensión alta; quizá se mareaba en los períodos menstruales o quién sabe si por las noches sentía una gran potencia entre las piernas, haciéndola odiar a todos los que al día siguiente se cruzarían en su camino. Ahora la vi hundir las manos en la arena como si las hundiera en los hombros del macho. Pero mis pensamientos iban siempre en la misma dirección, de modo que los rechacé; María del Mar me miraba con ojos repentinamente suaves, como si contemplara a un niño.

—Mira —dijo—, una empresa es una creación tan importante que llega a formar nuestra historia. Es la única cosa en que dejamos nuestra sangre después de morir. No en los hijos, no... Lo que queda de nosotros está en la empresa que nos sobrevive, sobre todo si piensas en Cataluña, donde siempre hemos trabajado en familia. La empresa es lo que queda de los sacrificios del abuelo, de los ideales del padre y de las mil frustraciones secretas de las mujeres que les acompañaron en el camino. Quizá no te has enterado. O no te importa. O no me entiendes. Pero si la empresa da dinero a veces, solo a veces, en cambio da carácter siempre. La vida de mucha gente de Cataluña no

tendría sentido si no fuera por la empresa y por sus sueños prosaicos y eficaces que empiezan no a las doce de la noche, sino a las ocho de la mañana. Eso debes aprenderlo de una vez. Tampoco los hombres que nunca serán nada tendrían trabajo, ni las mujeres que se corren los sábados tendrían un cajón sin fondo para las ilusiones de sus hijos. ¿Te sabe mal que te hable así? No, es que tú no me conoces. Crees que soy una ficha más de producción, un mueble que no piensa, mientras que he visto más caras de obreros y de empresarios que tú en toda tu puñetera vida. Y les he oído echando cuentas, de modo que para conocerles no necesito que me los expliquen en un libro de sociología ni un bar del distrito quinto. Y ahora haz lo que te dé la gana, pero si sacrificas algo por un ideal de humo, por la cara de un niño puesta en una bandera, te equivocarás —se puso bruscamente en pie y se tapó las piernas con un movimiento tardío e inútil—. Tú no me conocías, pero ahora empezarás a conocerme un poco. Ya no soy la niña inquieta que te pedía un libro de iniciación sexual con ilustraciones para sobarse en la cama. Ahora he renunciado a tantas cosas que en los libros de sociología me tendrían que describir también a mí, ¿me entiendes? Y solo te repetiré una cosa: no me ha enviado el padre, sino que he venido por mi propia voluntad. Vuelve cuando te dé la gana.

Y se alejó en silencio a lo largo de la playa. Sus pies dejaban unas huellas extrañamente profundas en la arena. Los cachondos de sobremesa la miraban desde las ventanas del hotel esperando que se cayese, que mostrara como un relampagueo el pequeño misterio de sus bragas. Pero aquella noche tuvieron que meterse en una cama sin secretos, porque María del Mar no se cayó. Las viejas ya se habían hundido definitivamente en su refugio de sombras, dejando tan solo las avanzadillas de los gatos para que vigilasen el curso del sol, para que espieran las horas con un ojo. Mujeres solitarias que estaban en las terrazas miraban al vacío y sentían que el calor de un viejo y conocido can les frotaba entre las piernas.

Así era, supongo que así será siempre.

No soy ahora capaz de decir si había resuelto algo cuando volví a la empresa el lunes siguiente, a la hora en que los empleados calculaban secretamente su paga de beneficios y el cajero la metía en los sobres. Los

sobres y los cálculos no coincidieron jamás, pero eso pasaba todos los años. A aquella misma hora, los sobones de jornada laboral tropezaban con las compañeras; los imaginativos vigilaban a las chicas cuando estas subían por las escaleras. En fin, señorita Jou, la empresa bullía, era un gran cuerpo en tensión, era la santa unión del capital y el trabajo de que tanto habían hablado Pío XII y el señor Solís. La unión y la comprensión de todos hacían que España fuera tan grande.

El padre había aprendido las últimas técnicas del logaritmo y de la IBM para descontar fracciones de minuto no trabajadas, cuotas aleatorias de la Seguridad Social y primas no compensadas según baremo. Sus empleados habían aprendido a sentir tremendas urgencias intestinales cuando sonaba el timbre del comienzo de jornada, las empleadas solo menstruaban de lunes a sábado, y jamás se dio el caso de que la madre de alguna de ellas se muriera en vacaciones o en domingo. Cuando llegué, señorita Jou, aquella máquina perfecta que era la empresa, donde todo el mundo se entendía, donde los unos confiaban verticalmente en los otros, estaba en plena marcha. Entré en los muelles de carga y descarga, paseé junto a la torre del homenaje, atravesé los comedores de empresa y me metí en el despacho de dirección por un camino distinto del de la primera vez. Las otras cosas también resultaron distintas. El padre había enviado al cuerno a los del gremio y me estaba esperando. Me dio un abrazo, me preguntó cómo me había ido en la playa y me hizo desfilar por delante de una pila de libros que estaban rigurosamente vírgenes y que hablaban de la organización sindical española. Luego entramos en un despacho pequeño, tranquilo, desde cuyas ventanas se divisaban unos niños que corrían y unos árboles que se estaban muriendo.

—Es el tuyo —dijo—. Tu despacho. Ya te lo había preparado porque sabía que ibas a volver. Resulta tranquilo, y sé que te gustará. Para un hombre reflexivo como tú, no hay otro mejor en la fábrica.

Hablaba con naturalidad, como si todo estuviera hecho. Me mostró una serie de carpetas con asuntos pendientes a las que, al parecer, yo tenía que dedicar mi atención. Las carpetas tenían el color gris de la indiferencia y estaban numeradas. Más allá de la ventana, un pájaro que debía estar herido se estrellaba tenazmente contra los cristales una y otra vez.

—Hasta aquí no llegan los timbrazos ni los ruidos de las máquinas —me dijo el padre—. Sé que eso te parecerá bien. Tampoco hay que tratar con demasiados hombres, porque esta ha de ser la sección de ideas, la que un día llegará a ser la gran sección de planificación. Siempre deseé que te encargaras de ella. Mira.

Me enseñó unos ficheros con proyectos —en los que no faltaban ni los datos económicos— para otra ampliación de la fábrica. Me enseñó unos planos y unos informes sobre ideas pendientes, pero yo solo veía el pájaro herido descansando en el alféizar y respirando angustiosamente. Su corazoncillo latía de tal forma que parecía como si el pecho se le fuera a romper. Y hasta allí, a pesar de lo que había dicho el padre, llegaba también el runruneo de las máquinas, el ajetreo de los hombres metidos en trabajos que no les gustaban y entre mujeres a las que deseaban inútilmente. Aquel despacho, al fin y al cabo, formaba parte de la fábrica y era un pedazo de sus meticulosas entrañas. Mi propia voz era algo sin sentido, algo que llegaba desde muy lejos. Le pedí al padre que me dejara solo y creo que pasé largos minutos cerca de la ventana, espiando al pajarillo que no tenía fuerzas para volver a volar. Cuando abrí para ayudarle, dio un salto al vacío y cayó poco a poco. Creo que fui la causa de su muerte, pero me consolé pensando que, al fin y al cabo, estaba en un mundo que no le pertenecía; un mundo que nunca podría ser de los hombres —de los hombres— ni de los pájaros. Intuí en aquel momento que tampoco podría ser el mío. Volví junto a la mesa y contemplé las carpetas grises donde estaban archivados los sueños del padre, unos sueños que, al fin y al cabo, solo tendrían sentido si llevaban mi nombre.

Durante dos horas, mientras me sentía cada vez más extraño en aquel ambiente, que después de todo no conocía, me enteré de casi todos los problemas que teníamos pendientes, pues en las carpetas el padre no solo había anotado los proyectos, sino también los trabajos necesarios para realizarlos. Pude así saber que María del Mar no me había exagerado: algunos bancos se nos estaban echando encima, y el problema económico a corto plazo era tan grave que el no solucionarlo podría acarrear el hundimiento de la fábrica. Demasiado sabía yo —los requerimientos que se

hacen en las notarías enseñan mucho acerca de la mala uva humana— que el capitalismo no admite fallos ni concede perdón.

Otra vez me ocurrió respecto a él lo que me había ocurrido ya anteriormente; el padre no era el explotador, sino el explotado, no era el opresor, sino un hombre estrujado por las máquinas y las facturas de las que al fin y al cabo vivían todos, incluso los que le acusaban. Ya veríamos qué cara ponían los obreros si la facturación disminuía. Analicé los informes, las deudas y los créditos y me di cuenta de que asimilaba los problemas con la mayor rapidez. Quizás yo era un hombre inteligente después de todo, señorita Jou, o quizá mi inteligencia había estado en barbecho y aún no tenía tics que la paralizasen. Pero llegué a la conclusión de que había que salvar nuestra empresa a costa de lo que fuese; hay cosas con las que uno no puede jugar, señorita Jou. En esta vida, si tienes mérito, y no te lo reconocen, si tienes razón y no te la dan (cosas, por otra parte, perfectamente normales), te conviertes en un resentido. Te quedas sin el mérito, sin la razón, sin sentimientos sanos y al final hasta sin amigos que te escuchen. Lo necesario —y yo lo vi con perfecta claridad aquella mañana— es llegar a las metas. No hay otro remedio, otra salida lógica. Más claro; o llegar o dejar de ser y pudrirse en los propios ácidos que con toda dignidad uno va segregando. Todas las cartas de los que querían ejecutarnos y seguir por la vía de apremio decían que éramos admirables y que sentían muchísimo tener que adoptar aquella actitud. Todas. Pero ni la admiración ni el sentimiento les iban a detener, y yo intuía que al final no tendríamos ni una hermosa gacetilla para nuestro entierro. Las palabras «incumplidor», «loco» y hasta «cabrón» ya se insinuaban en el horizonte lleno de medallas a la virtud con que aún nos estaban distinguiendo. De modo que con la vista puesta en mi prestigio personal —al fin y al cabo el padre no tenía por qué pensar que yo era tonto—, y en la indispensable supervivencia de la empresa, tracé un plan coherente. El plan fue este, señorita Jou:

1. Los pisos contruidos por el padre habían sido vendidos en gran parte por medio de documento privado, pero en el Registro de la Propiedad aún figuraban a su nombre.

2. No estaban hipotecados.

3. Por tanto, el padre podía hipotecarlos y obtener por todos una cifra superior a los cincuenta millones de pesetas.

4. Devolver ese dinero y sus intereses no debía preocuparnos. Para salvar sus pisos, ya lo devolverían de una forma u otra los compradores. Y a la hora de ponerse de rodillas se pondrían ellos, no nosotros.

5. Sin embargo, podrían agruparse y demandar un día al padre por enriquecimiento injusto o algo similar, y hasta por supuesta estafa. Ello hacía necesario cubrirnos legalmente.

6. Para cubrirnos legalmente se podía, en su día, «trabajar» a los juzgados. Había visto cosas muy espectaculares en este sentido, y por lo general salían muy bien, pero no me parecía suficiente. Lo que había que hacer era esto: el padre debía firmar unas letras a una sociedad fantasma que formarían personas de toda confianza; esas letras no serían pagadas a su vencimiento, y la sociedad, como pago y previo protesto en regla, aceptaría una hipoteca sobre las viviendas, embolsándose el dinero obtenido. Más claro, la hipoteca la concedería una caja de ahorros, que en consecuencia sería la acreedora sobre los inmuebles, y en el mismo acto de entregarnos el dinero ante notario, nosotros traspasaríamos la suma a la sociedad fantasma, que se daría por pagada. Como la sociedad fantasma éramos nosotros disfrazados, el dinero quedaba en casa.

7. Para que la cosa quedase mejor vestida, la sociedad fantasma habría sido acreedora del padre por el importe de la construcción de las mismas viviendas, es decir, siempre podría justificarse que la suma, al fin y al cabo, se había invertido en las mismas para su perfecto acabado, conservación, etcétera (cosas que el padre ya se había cobrado antes en el precio de la venta). Así parecía que con esa suma no se había lucrado nadie, sino los mismos que vivían en las casas.

8. La sociedad fantasma se disolvería un año después, cuando los propietarios de los pisos aún no se hubiesen enterado de nada. Con ello, las posibilidades de que molestaran al padre tratando de hurgar en los millones eran francamente irrisorias. Si no querían pagar la hipoteca, tanto peor para ellos. Si no querían pagarnos las letras, peor para ellos también. Como estarían endosadas a terceros, tendrían siempre fuerza ejecutiva. Nos

causarían molestias, pero ya veríamos a la larga si se ponían «duros». Una hipoteca forzada por los propios constructores, que nos habían embargado previamente, ponía a salvo la buena fe del padre. La experiencia de casos similares me demostraba que el asunto concluiría felizmente, y que cada pequeño propietario acabaría entendiéndose con la caja de ahorros para pagar. Por supuesto, la hipoteca sería general; afectaría a todos los pisos en bloque, y no a cada propietario individualmente, para no relacionar aquella carga con cada escritura particular de venta que ya habíamos firmado. Asunto concluido.

Le aseguro que en aquel momento, señorita Jou, pensaba en dos cosas por ese orden: mi prestigio personal, para que todos supiesen que no era un don nadie y que podía salvar a la empresa; y en segundo lugar la supervivencia de esta. Al redactar aquel informe —el primero que parió el departamento de ideas— no pensé en nada más. Aquella misma tarde se lo entregué al padre, quien se encerró inmediatamente en su despacho para estudiarlo. Días más tarde —me lo dijo María del Mar— supe que el padre ya tenía un informe bastante similar hecho por dos abogados, pero no había querido llevar a la práctica sus conclusiones sin que las aprobara —sin que las sugiriera— yo mismo. Supongo que el padre, en una cosa tan importante, quería salvar el sagrado principio de la unidad familiar, aunque sobre eso no hablamos nunca. Pero también es posible, señorita Jou, que como era un buen hombre, tuviese problemas de conciencia.

C OMISARIO LORENTE escrito número dos

A veces, comisario, en estas podridas horas de soledad, pienso en la casa. Ya sé que no tengo derecho a importunar a nadie, y menos a usted, con mis recuerdos, pero los recuerdos son lo único que me queda, comisario Lorente, y si los perdiera sé que habría llegado silenciosamente a la última frontera de la nada. Por eso los cultivo con delicadeza, los identifico con rincones de la celda y los concreto estúpidamente en los rumores siempre iguales que oigo por las noches. Puesto que no tengo hoy, los recuerdos de ayer son lo único que tal vez me dé fuerzas para llegar hasta mañana. Y perdone tanta leche literaria.

Pero es que la casa está ahora en el centro de los recuerdos, como una obsesión. La casa se hallaba —supongo que se halla aún, cuando escribo— junto a la eterna playa romana donde, cuando la conocí, todavía reposaba la paz del tiempo que fue. Unos cuantos elegidos tenían sus casas en ella, casas protegidas por papeles notariales, por complicidades de pescadores, por millas de arenas sin pisadas y por paredes de silencios no rotos. Alguien (no se sabe muy bien quién: su especial encanto venía en parte de un pasado incierto, de la falta de nombres en el pórtico y de retratos en las alcobas) la había alzado con columnas jónicas que ya estaban desconchadas, con persianas verdes para cercar la penumbra que aman las mujeres en celo. Alguien, no se sabe bien quién, la había rodeado de un jardín donde los arbustos han ido muriendo y donde solo pervive la soledad del árbol; había creado una terraza retirada, no visible desde la playa, para que en verano ennegreciera al sol el ano de alguna novicia, y en la quietud del invierno

paciera con discreción el alma de algún muerto. La casa tiene en el porche unos tiestos que se pudren, en la fachada un «Ave María», en las ventanas un rumor de agua. Antes de que usted me hundiera en esta soledad, comisario Lorente, yo iba a veces a la casa, cerrada y secreta, y me detenía ante su pasado de arena. La miraba desde la playa vacía, la recordaba surgida de otro tiempo, tal como era cuando me llevaron a ella por primera vez. Era de los padres de un amigo rico, un compañero de estudios que conocía las lunas limpias, se había hundido en las aguas vírgenes y había visto crecer los pinos plantados en su niñez. Como hombre al que pertenecían las más hermosas realidades, nunca necesitó los sueños.

Nos llevaban allí los primeros días del verano, cuando la playa no se había animado aún y cuando su padre seguía en Barcelona, el muy taimado, pendiente de algún cóctel —decía—, y esclavo —juraba— de algún negocio. La madre se perdía con su olvido en la quietud de la arena, los amigos se iban a dar paseos en bicicleta y yo me acurrucaba a leer en las habitaciones vacías desde las que se oía la voz del mar. Fue la única época de mi vida en que hasta un muchacho pobre como yo disfrutó de la paz de Franco, de la seguridad de las pocas cosas que tenía, del descanso ganado que nadie iba a perturbar y de la calle tranquila donde nunca brillaba una navaja ni sonaba un grito. En aquellos años, por gentileza de mi amigo, tuve una aproximación a la belleza, belleza que era de los otros, pero que llegó a ser también un poco mía; la hice exclusiva poco a poco y al fin la transformé en un secreto que los años irían pudriendo. Amé profundamente la segura calma de los montes donde nadie cerraba un puño ni blandía un hacha; la paz de la playa medida en varas romanas por las pisadas de la Guardia Civil. Es verdad que amé todo eso.

Durante aquellas estancias cara al mar, en la casa de las columnas jónicas, la paz de España fue una seguridad solar a partir de la cual uno podía dar un sitio a la música, un sitio a la poesía, un sitio a la contemplación, un sitio a los sueños, mientras hubiera dinero para pagar todo eso. Claro que cuando dejaba atrás las columnas jónicas volvía a mi mundo, donde no había ni un horizonte para mirar a lo lejos, un mundo donde no existía la música y donde la poesía se iba volviendo rabiosa, pero me daba cuenta —mirando desde los

agujeros de las esquinas— de que el poseedor gozaba al menos la dulzura de la cosa poseída.

Hoy es distinto, comisario Lorente, y yo, rojo puñetero del PSUC, lo reconozco en cada informe que le estoy haciendo, en esta especie de memorial de difuntos. Hoy tienes algo y no sabes si se te lo llevarán los impuestos, si se te lo llevarán los atracadores, si se te lo llevarán los bancos reunidos en junta o los obreros congregados en asamblea proletaria. Por eso me ha quedado en la memoria la casa del jardín muerto, la terraza del ano al sol, la habitación de la mujer en celo y el Ave María del obispo; me ha quedado en la memoria esa seguridad solar de las cosas inmutables o de las esferas que tardaron cuarenta años en girar. Pero eso son solo recuerdos.

Lo que usted quiere es que yo, comunista que trata de ser imparcial, le hable de la gente que conozco y que puede estar relacionada con los últimos atentados terroristas. Sabe que, dejándome escribir y prometiéndome la libertad si le ayudo, acabaré mencionando cosas que usted unirá a otras cosas, hasta llegar a ver toda la tela de araña. Sabe que un hombre como yo nunca hablará en los interrogatorios, porque los despachos de la policía están para mí llenos de mártires que supieron callar y que son mi padre, mi hermano y la novia que pude tener un día. Cada vez que yo entro allí saludo a unas sombras y encuentro en ellas una secreta fuerza que solo algunos policías inteligentes como usted saben respetar. Y justo porque es inteligente, sabe que hay que dejarme escribir, que en esta soledad acabaré escribiéndolo todo, mencionando orgullosamente a los mártires, contando las banderas, justificando a los poetas, poniendo en fila a los muertos. Está seguro de que acabaré dándole nombres, y yo he aceptado este desafío y este riesgo de todos los días, porque por mi parte estoy seguro de que no delataré a nadie, pese a conocer a tantos y haber visto tanto.

En efecto, pocos como yo han frecuentado, a mi edad, tantos despachos millonarios y tantas bandas salvajes del Besos, de la Mina, del Carmelo o de Tarrasa, bandas para quienes la cultura no significa nada, la dignidad no significa nada y la libertad significa solo el derecho a asaltar escuelas, a violar muchachas, a arrancar árboles recién plantados o a quemar vivos a inocentes animales para ver su sufrimiento. Seres que solamente tienen figura

humana y por lo tanto no son hombres ni titulares de derechos, puesto que el hombre tiene una dimensión física y una dimensión moral, y a ellos les falta la segunda. Ante determinados bípedos me siento profundamente estaliniano, comisario Lorente, y admiro de todo corazón al líder que supo imponer la ley en un país deshecho, derrotó a Hitler, limpió su tierra de delincuentes y la elevó a la primera categoría mundial, porque los tenía como un toro. Parte de mi adscripción al comunismo viene de la creencia de que en España acabaremos necesitando un tipo así, que haga la importantísima distinción entre hombres y simples figuras humanas.

Por eso, como comunista, odio el terrorismo, porque los comunistas no lo hemos practicado nunca. Odio la delincuencia, porque los comunistas jamás la hemos tolerado. Todos esos «reconstituidos» de que a veces se habla son policías u hombres ingenuos a los que se ha engañado con la promesa de una revolución fantasma. Nosotros estamos con las masas trabajadoras, y las masas trabajadoras quieren seguridad y orden. Nosotros lucharemos a muerte contra el terrorismo porque sabemos que el terrorismo acabaría con la democracia. Perdón si suena a mitin, pero todo esto es cierto, salud y amén.

¿Estoy diciendo entonces que voy a ayudarle a usted, viejo policía del franquismo? Bueno, tal vez sí. De momento escribo y escribo lo que llevo dentro y no tengo más remedio que sacar. De momento le hablo de los Volpe, de sus fichas numeradas, de sus habitaciones ovales y de sus chicas con himen. Le hablo de Volpe cuando me decía que los obreros ya no existen, porque las manifestaciones obreras las organizan en coches último modelo, y porque las casas obreras tienen un televisor en cada habitación y las familias obreras una cuenta en cada banco. Porque incluso los que están en paro (me echaba a la cara la noticia, recortada de un periódico del día), o dicen que están en paro, o lo que sea, porque ya nadie sabe nada, asaltaron hace poco un centro en Barcelona de los supermercados Caprabo, porque dijeron que tenían hambre. «¿Y qué se llevan los hambrientos?», me chillaba el Volpe. «¿Se llevaron lentejas en bolsas de plástico, arroz casero, garbanzos o simplemente pan?». ¡No! Se llevaron tan solo langostinos y güisqui. Lo malo, comisario Lorente, es que la noticia resultó cierta, porque la publicaron los periódicos, y eso me ha hecho meditar cien veces sobre la abismal diferencia

que existe entre los obreros de hoy y de los que yo conocí cuando empecé a ocuparme de los problemas de los otros, desde el fondo de mi soledad de joven. Por eso he pensado: ¿pueden ser los obreros unos terroristas? ¿Por qué iban a serlo? ¿No tienen demasiado que perder? Cualquier tipo de evolución es mejor que cualquier tipo de ruptura; desde los viejos tiempos de Ángel Pestaña se sabe algo de eso. En fin, lo que le estoy explicando son mis conversaciones con Volpe.

Pero yo creo que actualmente la situación del obrero es cada vez peor, y por eso he estado en muchos locales de la CNT y he aguantado la coña hasta el final, aunque sabía que me echarían si llegaban a saber que soy un comunista. Me he dado cuenta de que en esos sitios antiautoritarios todo el mundo quiere tener autoridad, quizá porque no la ha tenido nunca, quizá porque es el único modo de hacerse oír en las ruidosas asambleas. Un buen amigo mío me dijo cierta vez, en una de ellas: «Aquí todo el mundo es sargento, quiere ser general y no sirve ni para cabo». Ese amigo es hoy un desengañado que vaga por las calles, entra en cafés penumbrosos y ama en silencio a mujeres imposibles.

También he acudido a extrañas reuniones independentistas, aunque estas son muy distintas de las de la CNT, donde entra todo el mundo. El independentista es más bien hermético, es discreto, está dado a todos los sueños solitarios de las bibliotecas. Se reúnen en pequeños grupos que se conocen bien, que van al cine juntos y tutean en el mercado de San Antonio a los libreros de viejo. Entre ellos hay mujeres como la Isabel, a la que abandonó el Ramón Masnou y que yo llegué a conocer estupendamente. Por sus refugios pasan silenciosas muchachas que de vez en cuando, supongo, se bajan los téjanos para alentar a los hombres, para que estos reencuentren la patria en sus conos. Y no digo esto, comisario Lorente, en desprestigio de la patria, sino en prestigio del coño, sin cuya importante existencia los hombres no haríamos ni el diez por ciento de las cosas que hacemos, incluido amar a las banderas. Pero me estoy yendo de una cosa a otra, como siempre que le escribo desde esta soledad.

Todos los de la CNT, todos los comunistas «reconstituidos», todos los del PSAN, todos los marginados políticos que un día han podido actuar bajo las

nebulosas siglas del GRAPO son gente que tiene quizás un móvil, pero no tiene dinero ni armas. ¿Quién proporciona ambas cosas? ¿Las potencias extranjeras, como algunos dicen apuntando a las estrellas? ¿La extrema izquierda, que quizás está aún hinchada con el oro de Moscú? ¿La extrema derecha, que aún sueña con los himnos en las plazas de Ávila? ¿O los que soñando con los himnos en Ávila también sueñan con las cuentas corrientes en Madrid? ¿Cuánto dinero se ha perdido desde que Franco subió directamente al cielo? ¿Cuánto se podría volver a ganar si se organizara aquí con toda la discreción del caso, un poquito de infierno?

Ya sé que usted me dirá que esto no le sirve de ninguna ayuda, comisario Lorente, porque ya lo ha pensado y porque esta ha sido una de sus hipótesis de trabajo. Bien. De acuerdo. Lo que pasa es que usted crea hipótesis de trabajo con los banqueros, pero solo detiene a los hijos de puta como yo, a los que encierra para que se resignen a hablarle de los banqueros, después de lo cual usted detendrá a otros hijos de puta, y así sucesivamente. *Ad maiorem pacis incrementum.*

Pues bien, le hablaré de los banqueros con inquietudes y de las hermanas con himen. Le hablaré de lo que ellos no hacen, pues en realidad directamente no hacen nada, pero en cambio crean el clima que van a respirar los otros. Le hablaré de una cierta clase elevada catalana, como la de los Masnou, que ha visto hundirse muchos intereses, muchas seguridades, muchos futuros (sí, eso sí, principalmente ha visto hundirse muchos futuros) y se niega a aceptar los gritos del pasado que ya sus padres temían. Le hablaré de una cierta clase elevada vasca, que se está quedando sin un duro y que ya ve con complacencia cualquier cosa (incluso la intransigencia de ETA) con tal de que reviente todo y haga desenvainar las espadas y alce otra vez a las viejas banderas de la seguridad moral, de la seguridad religiosa, de la seguridad sexual, de la seguridad bancaria, que son los fundamentos de todo país bien parido. Cuando uno no sabe qué terreno pisa, vuelve la mirada hacia los alcázares; cuando uno no ve futuro, espera con complacencia que eso que le presentan como futuro se rompa de una vez. Y cuando yo les digo que es malo anclar el país en el siglo XIX, ellos me contestan que peor es matarlo en el siglo XX. Nunca se callan.

TODOS los que se alimentan de sus sueños secretos, como le ocurre a Prado, son unos grandes tímidos —le dije al Nene poco después, cuando este volvió a mi despacho—. Todos los que hacen cosas con las mujeres no necesitan sueños; los que no se atreven a hacer nada, van dejando sueños dentro y se les pudren poco a poco.

El Nene, que no entendía nada de eso, quizá porque él hacía bastantes cosas con las mujeres (o al menos sabía ir en línea recta a hacerlas), murmuró:

—Sí. Debe de ser una lástima.

—Pero si no hubiese hombres como el Prado —añadí— puede que el sexo fuera una actividad puramente animal, ni artística ni evolucionada. Además, lo de los sueños literarios ya es viejo; no tienes más que leer, por ejemplo, a Joyce.

—Todo eso son mandangas —decretó el Nene—. Faltaría más que para enterarte de lo que tienes entre las piernas tuvieras que leer a Joyce o quien sea. Los tíos como son, y las tías como son, y ya está dicho todo.

—Te equivocas —dije, en plan intelectual fino—. El sexo viene a ser como el color para los pintores o como el sonido para los músicos; el sexo es una cosa variable y viva a partir de la cual se van creando nuevos mundos. Pero los hombres que los construyen, como el Prado y un poco como el Masnou, difícilmente los ponen en movimiento. A veces ni siquiera los pisan.

—Puñetera falta que hace —dijo el Nene mientras me ofrecía tabaco del suyo, es decir, tabaco caro—. ¿Sabe que el otro día me detuvieron? No he venido a verle solo por gusto, aunque usted ya está enterado de lo bien que

me siento aquí. Es como estar en casa, aunque quizás yo en casa tenga más dinero, se lo digo francamente. Hicieron una redada por no sé qué cosa de gays y me pescaron a mí, que no tenía nada que ver. Faltaría plus. Pero eso siempre pasa. Y uno de los que me detuvieron va y me dice, cuando le di el nombre de usted como abogado mío, que más valdría que me buscara otro. Y cuando yo le pregunté por qué, me dijo que por nada, que él no había dicho nada, pero que el que avisa no es traidor. Ese poli había estado en la Brigada de Información, que es como la Social de antes, de modo que vaya usted mismo sacando las consecuencias y enterándose de que debe tener una ficha así de gorda por ahí. La verdad es que yo me paso la vida avisándole, no sé si se ha dado cuenta. Debería pagarme un sueldo.

—Es que tú te enteras de cosas porque estás mucho mejor relacionado que yo, Nene. Los abogados nos enteramos de las cosas por los libros, es decir, no nos enteramos de nada.

En efecto, el Nene era mi confidente, mi consejero y en cierto modo el amigo surgido de mi propio fracaso, lo cual significa que uno no sabe nunca los peldaños que va a descender ni en quién va a tener que confiar. Y lo que el Nene me había dicho significaba también que Mireia y yo éramos unos sospechosos numerados y que en torno nuestro se iba tejiendo, cortándonos el paso, un entramado de manos invisibles. En cien despachos cuya situación ignoraba había gente pagada que susurraba nuestros nombres y que a lo mejor incluso lo hacía delicadamente. Se lo dije a Mireia aquella misma tarde, pues ahora nos veíamos casi cada día, en la parte alta de Enrique Granados, cuando yo no tenía un maldito cliente que esperase y ella no podía soportar la casa ordenada donde su padre ponía números a los días que habían de llegar y calculaba el interés compuesto de sus ahorros de cada año como uno calcula la edad de los hijos. Mireia despreciaba aquella tranquila seguridad, quizá porque a ella no le había costado ningún trabajo tenerla.

Mireia, que hasta entonces había creído sobre todo en el valor de lo abstracto, andaba por calles abstractas y pensaba en hombres que aún habían de nacer (a veces me asustaba lo que había llegado a identificarse en secreto con Isabel Costa), me habló esa tarde de cosas tan concretas como el socialismo, el empleo comunitario, el comunismo y el seguro de paro. Mireia

se había dado cuenta —y esperaba que fuese lo bastante listo para darme cuenta también— que el socialismo es la institucionalización del mínimo esfuerzo, de la ventanilla oficial, del paro como profesión para la mitad del país mientras la otra mitad, molida a impuestos, trabaja. Y aunque no haya paro —añadía Mireia siguiendo por aquel camino de las cosas concretas— los impuestos siguen aumentando para mantener a los hijos del que chinga más en vez de trabajar más, para hacer que la viuda de cine de barrio pueda ir a un cine más caro y para hacer que el peón acabe ganando igual que el director de la fábrica, con lo cual —decía Mireia— el director de la fábrica acabará teniendo el mismo interés que el peón. Todo impuesto que haga perder el interés en el trabajo a los que trabajan bien es un error económico de mayor cuantía. En cambio, en el comunismo el trabajo hay que tomarlo en serio o te trincan vivo, terminaba, pero también en el comunismo la gente se pirra por estar detrás de las ventanillas oficiales desde las que se puede hacer la estadística de los pájaros que vuelan. Mireia, para mi desconcierto, empezaba a creer que si el capitalismo ha fracasado, sus sustituciones son otros tantos fracasos que empiezan a oler a pedo de sociólogo. Mireia estaba ya en la recta de los que creen que hay que buscar algo nuevo, aunque en la línea de llegada no se vea de momento más que una densa niebla. Y ese había sido justamente el camino de Isabel Costa.

—Pero el impuesto para mantener a los gandules o para hacer vivir mejor a los que no saben llegar a ninguna parte —le contesté—, tiene un efecto positivo para los que pagan. Son un seguro contra las revoluciones. Garantizan que nadie va a necesitar quitarles lo que tienen o lo que los impuestos les han dejado.

Noté que Mireia quedaba desconcertada, porque sin duda no había pensado en esa vertiente del problema. ¿Pero de qué diablos estábamos hablando? ¿Por qué entre nosotros dos no había de existir más que el mundo de las ideas, que es el único que no necesitan un hombre y una mujer cuando están juntos? Traté de que se olvidara de eso, de que fuese simplemente como tantas otras, un portamonedas y un sexo, pero Mireia empezaba a creer, como la Isabel, que su vida pertenecía a los otros, aunque a veces tuviese la amarga sensación de que los otros no la necesitaban.

Por descontado que me dio generosamente todas sus palabras, pero no me dio ni un rastro de su sexo. Por mi parte, yo no era ni sería nunca —¿quién dio esa definición?— un hombre útil y práctico, compuesto de dos únicas partes: un pene y un portapene. Tantos años rodando por el mundo y aún no había aprendido ni a simplificar convenientemente mi cuerpo.

S EÑORITA Esther Jou, 30, miércoles

Ahora hay un asunto del que quiero hablarle con absoluta franqueza, señorita Jou, y le ruego que en él me juzgue sin atenerse a esquemas mentales previos: se trata de mis relaciones con María del Mar. Las relaciones no puramente familiares, sino personales con mi hermana nunca tuvieron una entidad definida, y a veces hasta me pregunto si han existido realmente, si uno ha entrado en la órbita del otro de la forma que pienso. Me pregunto si realmente nos hemos apartado en algo de una convivencia normal. Esas cosas son en mi vida como el milagro del número cero, que significa nada, pero sin el que nada se puede hacer. Todo lo que voy a contarle está construido con pedazos de cortinas familiares, con olor a habitaciones cerradas, con miradas enviadas desde la penumbra y el recuerdo de zapatos que alguien abandonó junto a las puertas. Está construido realmente con muchos números cero, cada uno a la izquierda del otro. Pero me he dado cuenta, señorita Jou, de que muy pocas personas saben que una mujer puede ser un soplo de aire o un pensamiento en una habitación vacía. Yo, en cierto modo, también lo ignoraba, pues hasta entonces Isabel había sido una figura concreta en un espacio y un tiempo a los que ella había dado geometría. Nunca la descubrí fuera de sí misma, de sus piernas hartas de caminar o de su culo gastado por los autobuses del suburbio. Desde que volví a casa, la María del Mar fue, en cambio, muy distinta; pues como en los días de mi adolescencia, la descubrí en los cajones en que guardaba su ropa, en el olor de sus pastillas de jabón o en el misterio de sus medias. ¿Sabe, señorita Jou? Mi hermana se transformó para mí en un elemento de la naturaleza: en

estas misteriosas ráfagas de viento que han llegado hasta usted en una tarde solitaria, en un reflejo de la luz en una ventana, incluso en una súbita excitación nocturna. La ciudad, esos ínfimos rincones de la ciudad en que uno aún puede oír sus propios pasos, se llenó de ella, pero sobre todo estaba en las puertas de la casa, en los pasillos de nuestra casa; la encontraba hasta en la intimidad del baño que compartíamos los dos y que se había llenado de sus olores confidenciales. Ya le dije cierta vez que yo soy un inseminador doméstico, señorita Jou, y que me excito con las cosas estrictamente a mi alcance, las que me aguardan en las butacas conocidas o en las camas familiares. No me gustan los viajes a habitaciones donde no me aguarden mis propios ojos. No me gusta yacer con mujeres sobre las que pesan otras sombras. Pero usted, señorita Jou, está esperando seguramente que le cuente lo de la masía de Barenys, que fue la última adquisición del padre, aunque no había pagado más que una pequeña cantidad a cuenta en aquella época. Está bien; voy a hacerlo porque sabe que me he propuesto mantener con usted un tono de sinceridad absoluta.

La masía de Barenys está más arriba de Igualada, cerca de Calaf, dominando las rutas por las que antes las parturientas acomodadas iban a comprar empapadores en el Prenatal de Andorra. Aquel es un pedazo de la Cataluña ancestral donde durante muchos siglos se ha respetado la moneda de trueque más lógica del mundo: un virgo por tantas fanegas de tierra. Los matrimonios economicosacramentales del país rural siempre me han fascinado, señorita Jou, y por eso me fascinan todas las sombras muertas de aquellas casas, sombras de mujeres que vivieron sin lanzar nunca un grito de pasión y que murieron con un testamento entre las piernas.

Más allá de la masía de Barenys están la remota Solsona, la tradicional Pons, la escondida Orgañá, están las camas matrimoniales más bendecidas de la Cataluña vieja. La masía de Barenys participaba de este estilo, y creo que al padre también le fascinó por su austeridad y su misterioso ligamen a la tierra.

Está en lo alto de un promontorio, entre los bosques, y del más alto de ellos mana un arroyuelo que casi no se ve, pero que da sentido al silencio de las noches. Barenys aún tiene ventanas góticas, unos cristales emplomados

que han resistido tres guerras; aún tiene balas carlistas en sus muros y honrados menstros de campesina en sus rincones secretos; conserva las manos de las mujeres que rozaron sus paredes por última vez antes de ir al encuentro sacramental con hombres a los que no querían; tiene piedras desgastadas por generaciones de viejos que murieron haciendo balances y contando lunas; de niños solitarios con hermanos numerados; de perros fieles que ladraron al vacío, de yeguas con nombre de mujer cachonda que adivinaban en los senderos el calor de la casa. El espíritu ancestral de Barenys, un espíritu que el padre también compró en escritura pública, estaba en todo eso.

Pero el padre había cambiado mucho, señorita Jou, desde que puso los pies como amo en la finca de Lloret y destruyó a hachazos las últimas palabras de un poeta. Ahora el padre había adivinado que hay un sentido en la tierra; y yo pienso que para adivinar el sentido que yace en la tierra hay que ser o muy rico o muy pobre, pues las grandes masas medias ni la sufren ni la compran: solo la fotografían y la pisan. El padre, pese a todas sus inquietudes, había llegado a ese estado confortable en que uno busca las raíces profundas. La tierra le daba seguridad, incorporaba su nombre y hacía inmunes al tiempo a él y a los suyos, un poco como la religión preconiliar garantizaba a unos cuantos la eterna posesión de sus verdades, ya que no estaba en su mano garantizarles las de sus rentas. Por eso el padre había querido comprar una masía antigua que incorporase historia, apellidos y sangre, que le insertase en la tierra de Cataluña y le legitimara ante ella. El padre, señorita Jou, había aprendido a su modo la gran lección de los que llegan.

Y la María del Mar me acompañó una tarde a ver la masía, ya que yo no había estado jamás allí y al fin y al cabo todo aquello era parte de nuestra familia y sería un poco parte de nuestra historia. En vez de escudo de piedra, nosotros teníamos de momento un escudo de plástico, pero eso el tiempo lo arreglaría.

Recuerdo que era una de esas tardes de primavera en que ha estado lloviendo hasta poco antes y en que el aire brumoso está cargado de silencio en las vaguadas. Cada hoja y cada tallo de hierba descubrían su cara secreta,

mientras aquella tarde las brujas de nuestra infancia nos veían pasar desde sus torres de sombra. Yo no he sido nunca muy sensible para esas cosas, señorita Jou, pero mis amigos, durante las excursiones, me habían hecho aprender la existencia de una nueva música y una nueva luz que millones de seres humanos pasan por la vida sin haber conocido nunca. Además llevaba a mi lado a María del Mar, y ella hacía que todo fuera distinto esta tarde, porque sus ojos estaban llenos de poesía...; pero no, no quiero ser tan hipócrita. También era todo distinto porque mis partes viriles estaban llenas de genes. Que una erección furtiva tenga tanto que ver con la poesía es una de las cosas más sorprendentes (también más decepcionantes) que he descubierto en este mundo, y creo que lo descubrí justamente aquella tarde.

—Esta es la masía de Barenys. ¿Qué te parece?

La miré desde lejos, tratando de juzgarla imparcialmente.

—Me parece magnífica, pero habrá que gastarse mucho dinero en repararla. ¿Tú crees que ahora lo podremos sacar de algún sitio?

—Ahora no, pero más adelante seguro que lo sacaremos. No puedes imaginar lo que me gusta que nuestra familia se una a un pedazo de historia. Después de ampliar la fábrica, ese será el dinero mejor gastado de nuestra vida.

La María del Mar avanzó por la brusca pendiente que llevaba hasta la misma entrada de la masía y se detuvo ante la vieja puerta claveteada. Toda la pesadumbre de la oficina, de las fichas y los balances había desaparecido de ella; pero me encantaba algo que seguía conservando. Me encantaba su aire intelectual, un poco fatigado, de chica que se deja meter mano mientras lee la historia de Roma, de muchacha a la que se le puede proponer una perversión confiando en que diga: «Bueno ¿y por qué no? Podemos pensarlo juntos...».

Entramos en la casa que el padre ya había hecho adecentar un poco, dejando para más adelante los gastos de verdad. Aún quedaban algunos muebles de época que en otro tiempo no tuvieron valor y que ahora la burguesía bienestante rehabilitaba como parte de su patrimonio espiritual, como estaba rehabilitando a algunos lejanos poetas municipales. La María del Mar me lo enseñaba todo con entusiasmo, moviéndose ágilmente de una

habitación a otra.

—Esto era la cocina. Grande, ¿eh? Habrá que reconstruirla de nuevo, pero conservando el carácter.

—Esto era el cuarto de baño. Se lo montaron todo en gran plan durante la época del estraperlo, pero parece que apenas lo usaban. Qué tíos, ¿eh? Esta gente ganaba más dinero que cualquiera en aquella época, pero siempre se estaban quejando, y siguen quejándose ahora.

—Esta es la gran sala de estar. Aquí, junto a la chimenea decorada, el padre quiere montar una biblioteca. Será preciosa una biblioteca en este ambiente, ¿verdad? Yo la imagino siempre que vengo. Como si la viera hecha: la lumbre, un libro querido, una ventana, un árbol al que se ha puesto nombre...

—Tienes auténtico espíritu —le dije—. A veces estabas tan lejana que había llegado a no conocerte.

¿Por qué volvía a pensar que era como si la viese por primera vez?

La María del Mar subía por las viejas escaleras («necesitan una reparación, cualquier día se van a hundir»), trepaba hasta los tragaluces mostrándome sus piernas, se asomaba a las ventanas góticas desde las que las brujas preñadas saltarían al vacío en otro tiempo. «Fíjate: aquí se podría construir una gran sala de reposo, mirando al mediodía»...

La María del Mar avanzaba taconeando por los pasillos cargados de pasos, transponía el misterio de los umbrales, me señalaba las camas donde aún yacía la primera forma de los niños, la última postura de los muertos. «Hacen falta unos cuadros y abrir ventanas aquí y aquí. E instalar un piano que suene en las noches de nieve, si es que aquí nieva de veras alguna vez»...

Se detuvo en el umbral del dormitorio principal de la casa. Allí, curiosamente, había una cama que no era igual que las otras, una cama que el padre había hecho restaurar y que tenía sus ropas intactas. Era la única pieza habitable de la masía, por si alguno de nosotros tenía que pasar la noche en ella. La María del Mar avanzó y se sentó en la cama pensativamente; me miró desde allí con los ojos entrecerrados. Yo sabía, señorita Jou, que sus ojos estaban turbios; yo leía cosas en ellos, pero no quería leer. Sentada como estaba, con el cuerpo ligeramente echado hacia atrás, me mostraba el final de

sus medias, el último rastro de una femineidad que hoy las mujeres han dejado morir del todo. Pero lo que realmente me excitaba de ella era su actitud pensativa, como si me preguntara qué color tiene una perversión.

Estuvimos bastante rato mirándonos, rodeados por el silencio, por la luz gris, por las manos olvidadas. Pero yo apenas miraba su cara. Era un maldito. Miraba sus piernas. Me hartaba de sus piernas de colegiala ingenua, de oficinista sorprendida en un váter fantasma. Me hartaba de sus muslos de color de habitación en otoño. Hubiera podido dibujar hasta en sueños cada arruguita, cada línea de tensión de sus medias. Mis ojos se hundían en su regazo de mujer como si fuese el primero que descubría en el mundo. Aquel regazo que se tragaba la luz de la tarde. Mi mirada despreciaba sus senos, que el trabajo de los ficheros había hundido un poco, había vaciado de jugo, había ido convirtiendo en dos simples medallas de identidad de su sexo. Mis ojos, en cambio, bordeaban sus caderas de potranca, se hundían en el misterio de sus nalgas de muchacha civilizada. Porque las nalgas solo tienen sentido en la civilización, señorita Jou, con su existencia no mencionada, con sus fronteras de seda, con la dificultad de llegar hasta ellas, con ese encanto discreto y de rincón personal que va unido a la vergüenza y al asco. Odio las nalgas en gran exhibición colectiva, porque me hacen pensar en las cloacas del Bogatell. Odio sus triunfalismos playeros. Odio los culos desfilando a lo Mao. Para mí son pertenencias entre dos, cuidadosamente privadas, que uno moldea según el color de la luz como una creación personal, como una escultura para un solo cliente.

Pues bien, las nalgas de la María del Mar eran exactamente eso, señorita Jou. Mi mirada se posaba en ellas sin verlas, adivinándolas como el secreto que justificaba sus ropas. Y la María del Mar se estaba quieta y dejaba que la mirase, y su respiración era profunda. Y seguía preguntándose qué clase de luz es la del pecado. Y quizá se preguntaba también qué sentido tenía la tarde, qué cosa eran mis ojos resbalando sobre la falda como grandes manos que la medían. Se preguntaba cómo eran esas palabras que no se confiesen, esos gritos que no suenan. Cómo eran los secretos de familia.

La María del Mar preguntó:

—¿Qué te pasa?

No llegué a oírla. Yo amaba en ese momento tus nalgas y tus piernas, pequeña zorra; amaba tu sudor íntimo, maldita puerca, y hurgaba con el pensamiento en tus pelos invisibles; me preguntaba qué huella dejaban tus excreciones. Te amaba de una forma total, suave puta de guardarropía. Te quería como jamás te volverían a querer: con tus labios, con tu colon, con tu saliva, con tus uñas. Nunca te querrán así. Te amarán por tu dinero, por tu distinción, por tu energía, por tu resignación tal vez. Te amarán tendida en la cama después de los consejos de administración, te pasarán la mano por el pubis, medirán tu monte de venus mientras en lejanos despachos crece la cuenta de amortizaciones y se administra tu dote, pero no te querrán más que a fragmentos, a pedazos de tu piel. Te amarán ordenadamente, burguesita de perfume de Chanel o de cuadro de Cézanne. Cuando entres en el cuarto de baño, poderosa puerca llena de juventud, te ignorarán piadosamente. No volverás a existir hasta que salgas de él. Cuando te quites según qué ropas íntimas, desviarán los ojos. Solo yo te habré amado de una forma total, de una forma pecadora, condenada y por eso absolutamente íntegra. Habré querido tu aliento, tu saliva, tu aire más secreto, tu jugo más culpable. Te habré dicho cosas que nadie te dirá, porque tu nombre es un grito en mi garganta y un pedazo de tu piel en mis uñas, mientras para los otros será simplemente un paso en la vida y una firma controlada, María del Mar. Ni tú ni yo sabremos de qué color es el pecado, de qué color son los relojes cuando marcan los momentos absolutos. Lo habremos adivinado hoy, pero no lo sabremos nunca.

Le desnudo mis pensamientos, señorita Jou, como estoy tratando de desnudarle la mirada de la María del Mar, que me contemplaba casi con miedo. De pronto se puso en pie, me ocultó las piernas y se dirigió a la puerta para salir, pero no se dio prisa. Seguía envuelta en la luz, seguía siendo una parte misteriosa de la tarde. Yo la besé impulsivamente en la mejilla. Le puse una mano en la cintura y le busqué con la lengua las suaves, las invisibles arruguitas que había en las comisuras de su boca.

—No, eso no —me dijo.

Pero no se movía.

La María del Mar pegaba su cuerpo a paredes invisibles para resistir el

peso de mi cuerpo. Me frenaba con sus pechos ahogados por las nueve horas *ante meridian* de todas las jornadas. Con sus piernas cerradas ponía barreras a mi sexo, pero yo adivinaba que el suyo estaba lleno de sudores culpables. Los dedos se transformaban en garfios frenando mis manos. Las aquietaban en la última frontera de su intimidad, que era el borde final de las medias. El aire se había hecho caliente porque no existía más aire que el de su escote; el de sus nalgas o su boca.

Todo esto era.

—No, no lo hagas —volvió a decirme.

Me aparté suavemente. Miré mis manos y de pronto me pareció que eran de otro. Sentía asco de mí mismo, de mi debilidad, de mi falta de audacia para buscar más allá de las sombras conocidas. El inseminador doméstico de que le he hablado, señorita Jou, el huevón de los deseos convencionales y las alcobas medidas a palmos, el sobón de las camas familiares y de las ropas exploradas me daba un infinito asco. Sabía que yo era todo eso, señorita Jou, pero ya estaba moldeado y no podía reconstruirme. En aquel momento me di cuenta de mis verdaderas dimensiones, cosa que no me ha ocurrido siempre. Me di cuenta de que el único aire interior que había logrado almacenar de niño era pestilente y gris. La María del Mar salió y contempló los relieves de la tarde. Yo me coloqué tras ella, pero a distancia, frenado por la vergüenza.

Lo único que se me ocurrió decir fue:

—He sido un idiota. Perdóname.

Era una frase de película de barrio, pero nuestras frases más íntimas — todos lo sabemos— están sacadas de películas de esa clase. Con los años he tenido el disgusto de aprenderlo.

Ella me miró. No había rencor en sus ojos; ya ni siquiera había sorpresa.

Le juro, señorita Jou, que no la entendí, pero en su mirada había... ¡esperanza!

He dicho bien. No encuentro una palabra más adecuada para definir aquello: era esperanza. Los ojos de la María del Mar dieron una vuelta al paisaje y luego se posaron en mí nuevamente. Pero déjeme explicarle: no era la esperanza de que aquello fuese a continuar, señorita Jou. En los ojos de la María del Mar no adiviné ninguna habitación de cortinas opacas; no me

insinuó la existencia de ningún *meublé* caro al cual pudiéramos ir como dos amigos una tarde de domingo. Ni vi en ellos sus rodillas gateando por las alfombras, benditas sean las alfombras, ni su mano buscándome furtivamente entre las personas conocidas, esas personas que nunca imaginarían que dos hermanos pudieran quererse tanto. Lo que vi, señorita Jou, fue una esperanza de otra clase: la María del Mar parecía querer decirme que a partir de ese momento las cosas irían mejor. ¿Pero qué cosas?

No me lo aclaró.

Dijo sencillamente:

—Hala, vamos.

Descendimos hasta el coche por caminos húmedos, por todas las sendas que hombres y mujeres en celo habían abierto antes que nosotros. En el coche no dijimos una palabra hasta llegar a Barcelona. Varias veces estuve a punto de preguntarle si me odiaba o si sentía asco de mí, pero no me atreví ni a eso. Incluso mi propia voz parecía una provocación. Cuando llegamos a casa, la María del Mar me dijo quedamente:

—Guarda el coche y acuéstate enseguida. Yo no apareceré por el comedor. Ah... y mañana ven pronto a la oficina. Preséntate allí a las ocho. Después de todo... ¡Hay tanto trabajo!...

Al llegar aquí, y después de quedar las relaciones con mi hermana en ese inestable punto muerto, del que ninguno de los dos estábamos dispuestos a salir por el momento, quizás usted se esté preguntando ya otra cosa. Quizá se esté preguntando qué hacía Isabel mientras tanto, qué sabía yo de ella o si, simplemente, había tratado de verme. Pues no, señorita Jou, ni Isabel había tratado de verme ni yo sabía de ella una palabra. Su hermano, el Costa, estaba en la cárcel por querer atentar contra la unidad de los hombres y las tierras de España y, como es natural, no iba a encontrármelo en la empresa pidiendo aumento de sueldo. Sus padres aún no sabían nada del embarazo de Isabel, y en el fondo estaban contentos de que me hubiera largado de su ambiente, de modo que tampoco vinieron a darme recuerdos. Solo Isabel podía haberse presentado allí, pero yo supe desde el principio que no iba a hacerlo, porque Isabel creía en la libertad y en la responsabilidad; si ella había accedido voluntariamente, le parecía normal cargar con las consecuencias. Claro, más

adelante, cuando las cosas se pusieran graves de verdad, tal vez pensaría que la responsabilidad debíamos compartirla, sin darse cuenta de que un hombre se debe a otras cosas que no dependen de él y por las cuales debe sacrificar sus más nobles sentimientos. Yo también creo en la libertad y la responsabilidad, señorita Jou, y de qué manera, pero el porvenir de mis obreros es algo de lo que debo ocuparme con preferencia a otras cosas. ¿O no? Además, mire usted por dónde, esas frases libertarias dignas de ser esculpidas en la Declaración de los Derechos del Hombre están llenas de sofismas, ya que si uno atiende a la responsabilidad no atiende a su libertad, puesto que ya se marca un camino y no puede elegir otro. En fin, dado el carácter de Isabel, yo sabía que a los primeros meses ella no iba a dejarse caer por la fábrica con una bandera en una mano y una novela por entregas en la otra, pensando que una chica con tripa va a dar lástima a alguien. No iba con su carácter, no cuadraba con la historia de las sombras que ella había ido poniendo en su armario de una en una.

Por lo tanto, aquellos días solo me dediqué al trabajo. Tenía razón María del Mar. ¡Había tanto que hacer!... Yo creo que al padre le había faltado ilusión en los últimos tiempos, como si pensara que estaba trabajando para nadie. Eso es malo para este país, señorita Jou, donde los empresarios necesitan tener unas cuantas fotos enmarcadas en la mesa de su despacho. El padre había puesto antes nombres, caras, partidas de bautismo y números de cuentas corrientes donde gentes como la Isabel no habían puesto más que expedientes carcelarios y pedazos de bandera. El padre oía los susurros de hoy en el Banco Español de Crédito, mientras que la Isabel no oía más que los gritos que hace cien años se lanzaron en los muelles de Cartagena. Pero hay que reconocer, señorita Jou, que los fantasmas expedientados de la Isabel nunca cometían ninguna ingratitud, mientras que yo había cometido más de una. Mi retrato estaba sobre la mesa del padre sin tener derecho a ello. Era natural que al hombre lo hubiese desanimado, de modo que me puse a corregir todo lo que por mi culpa estaba mal hecho.

Durante varios días trabajé infatigablemente, haciendo uso del sentido del sufrimiento que me habían inculcado en la notaría. Aún no me había dado cuenta de que yo era el hijo del amo y podía entrar un poco más tarde, salir a

tomar un café o leerme todos los periódicos si me daba la gana. En lugar de eso me sentaba en mi mesa con obstinación, a horas fijas y rutinarias, a horas consagradas por los relojes más solventes de la ciudad, y bajaba la cabeza hacia los papeles como todos los bustos laborales de mi amada patria. No volvía a levantarme hasta que los relojes solventes me daban permiso otra vez, hasta que en la fábrica comenzaban a sonar timbres, portazos, gritos y —cosa extraña— se terminaba, en cambio, el estruendo del agua de los retretes que había estado purificándonos toda la mañana. Yo, señorita Jou, trabajaba con la oscura y desesperada tenacidad del que piensa en su madre viuda, o en su novia preñada. Me estaba ganando el puesto, me estaba ganando el pan como esos enanos que han logrado ascender de portero menor a portero mayor después de una vida de trabajo. Solo me faltaba un diploma del cincuentenario. Era conmovedor. Hubieran podido colgarme de un archivo en forma de retrato gris, ponerme una medalla con cinta color butano o dar mi nombre al pabellón donde estaban los sanitarios de la fábrica. Yo no paraba. Hasta el padre estaba asustado, y de vez en cuando entraba en el despacho para decirme: «No hay que tomárselo así, hombre, no hay que tomárselo así...; este es solo el departamento de ideas»...

El departamento de ideas parió una serie de normas para que las cosas marchasen mejor. En primer lugar, los cinco minutos que casi todas las reglamentaciones laborales conceden como retraso no sancionable en la hora de entrada, se eliminaron retrasando cinco minutos el reloj, con lo que todo el mundo entraba ya cinco minutos más tarde, pero salía también cinco minutos más tarde. De ese modo, un simple minuto de retraso ya podía ser sancionado. Era un sofisma, ya lo sé, pero así cumplía con la ley y podía castigar a los perezosos segundo a segundo y además se trabajaban las horas completas. El departamento de ideas compensó a los trabajadores, en cambio, haciéndose pionero de una medida que hoy se considera revolucionaria, pero que nosotros ya pusimos en práctica hace años: me refiero a eso del «horario flexible», que suena tan bien. Cada obrero podía entrar un día a la semana dos horas más tarde, sin sanción, siempre y cuando las recuperase dentro de los diez días siguientes. Los lunes, todos los borrachos, todos los dormilones y todos los putos de la fábrica entraban a las diez en lugar de a las ocho, pero

eso me servía para conocerlos y para que así no me pudieran pedir jamás permiso con el cuento de gestiones personales. Si alguno me salía con la renovación del documento de identidad, yo le decía: «Ah..., usted dispone de dos horas. Utilícelas». Así terminé, señorita Jou, con todas las visitas a hospitales llenos de parientes que agonizaban, todos los partos de urgencia, todos los entierros a horas punta. Terminé con todos los que renovaban el documento de identidad cada día, con los que, llevados de ardor patriótico, querían pasar constantemente revista militar y ponerse en el paseo de Colón en pie de guerra. La cantidad de horas de trabajo que el departamento de ideas ha llegado a ahorrar por este concepto es auténticamente memorable.

Pero no me detuve ahí. Muy poco servicio hubiera hecho fijándome solo en los relojes. Una evidencia había ido penetrando en mí, señorita Jou, y era esta: mal acabará la empresa en que todos sus trabajadores sean amigos. La cantidad de combinaciones que se pueden montar contra ella, la cantidad de agujeros que se pueden hacer en sus paredes, es infinita. Los sindicatos libres también saben eso y por lo tanto han impuesto la hermandad entre los trabajadores, primero como una meta moral y en último término como una pura y simple coacción del piquete. La historia de los sindicatos barceloneses, querida amiga, es simplemente la historia de la hermandad y la concordia laborales impartidas por los piquetes a golpe de cachiporra. Pero ahora, en la España de Franco, no hay sindicatos, de modo que cada empresa se fabrica sus propios amores. Yo me adelanté en esta tarea recordando que el padre, humilde pionero, ya la había insinuado cuando entregaba pluses solo a los primeros de la cadena y castigaba por falta de productividad a los otros si no eran capaces de seguirles. El departamento de ideas fue más lejos, y estableció una serie de «puntos» de producción que en realidad eran una mejora sobre el sueldo, pero que la gente —eso ocurre siempre— se apresuró a considerar como parte del sueldo mismo. Los «puntos» se distribuían en cada sección de forma que cada empleado tenía un número fijo de ellos, pero podía irlos perdiendo por cada error o negligencia que cometiese, ganándolos el compañero que hubiera subsanado la falacia. «La empresa no piensa ahorrarse nada», dije al instaurar el nuevo sistema. «La empresa solo tratará de premiar con justicia al que realmente lo merezca». Y así era. La casa no se

ahorraba nada porque pagaba el total de los «puntos» establecidos para cada sección, pero la cantidad de denuncias, zancadillas y pequeñas traiciones que aquello desencadenó fue memorable. El hombre «lobo del hombre» de los tiempos clásicos era al fin y al cabo un tipo bizarro y puesto en su sitio, que atacaba a dentelladas y sabía recibirlas. Pero el hombre metido entre toques de sirena y reglamentos laborales es solo una cucaracha que se sabe de memoria todos los rincones, todos los cortinajes y todas las sombras. Ha perdido hasta la cierta grandeza que al menos tiene el lobo. Actúa sin dignidad. Para una persona sensible, es triste tener que constatar este hecho, señorita Jou, y más triste es aún que uno, con toda su buena voluntad, no pueda hacer nada para evitarlo.

Pero el departamento de ideas siguió trabajando. Me sobrepuse al desaliento. No me detuve aquí, ya que la empresa necesitaba aún docenas de iniciativas útiles.

Establecí la necesidad de los «rojos». Usted, señorita Jou, se extrañará, se asombrará casi de que en la España de los sindicatos verticales y del contraste ordenado de pareceres uno pudiera poner rojos de plantilla en su industria y en sus *plannings*. Pues sí: yo empecé a ponerlos. En realidad tampoco fue una idea nueva, he de reconocerlo, porque el padre ya la había barruntado cuando hizo incautar la fábrica el año 36 por unos cuantos amigos vestidos de miliciano. Yo fui más lejos: metía los rojos en la Seguridad Social, les garanticé la jubilación y les permití gritar en las frías madrugadas, cuando empezaba el cambio de turno. Pero eso sí, eran «rojos adictos», gente controlada que enseguida «canalizaba» cualquier conflicto social. Entre ellos hice figurar algún «histórico» (perdone tantas comillas, pero deseo hacerme entender), algún combatiente de la vieja columna Durruti o la de los «Filis de puta», como se llamaron a sí mismos los de otra formación anarquista, aunque seguramente sus madres eran menos folladoras que algunas damas de las que he conocido más tarde. Tales viejos, que se habían helado en Teruel y se habían asado en Brúñete, tenían ahora nietos y conservaban sus ideales, pero a esos ideales ya los habían colgado en las paredes del comedor y los miraban solo los sábados por la noche. Resultaban muy fáciles de manejar. El cansancio les hacía entender palabras como «concordia», «colaboración»,

«empresa común», «pan de todos». Lloraban ante las viejas banderas, pero se enternecían ante un sobre con mil pesetitas de más. Al fin y al cabo, no habían dejado de ganar la guerra: yo les pagaba mejor que a algunos falangistas. Estaban dispuestos a apoyar al padre en cualquier disputa y comprenderlo cuando les hablaba de la armonía social. Estaban dispuestos a recordarme a mí cuando era niño.

Y si usted supiera lo útiles que resultaban, señorita Jou, si hubiera visto de qué modo frenaban los excesos con una palabra o con el prestigio de un recuerdo, se daría cuenta de que el departamento de ideas había llegado a las cercanías de la exquisitez. Pero esta era solo una parte de mi tarea.

Los rojos necesitaban ser complementados por unos cuantos adictos al régimen que prácticamente no hacían nada en el sentido laboral, pero que servían de útil relación entre la empresa y los sindicatos verticales. Gente que se movía bien por los despachos y sabía hablar a tiempo del salario mínimo y de la España Eterna. Necesitaban los rojos ser complementados también por un par de tíos de mala uva, gente de mano larga y de semen presto. Solo dos, señorita Jou, porque más hubieran causado mal efecto, y a mí personalmente se me alteraba el pulso al mirarlos a la cara. No tuve que elegirles, porque hombres como esos los hay en todas las empresas: eran los que aprietan a las chicas contra los mostradores, los que abren de repente las puertas de los uvecé, los que conocen por sorpresa cada olor intestinal, cada media rasgada, cada paño rojo. Nunca he comprendido qué satisfacción podían hallar en eso, pero los había. ¡Y tanto que sí!... Elegí a dos y les hice jefes de sección, cuando en realidad debía haberles despedido por magreo con alevosía. Habían medido a palmos todos los culos de la empresa; eran los notarios, los registradores de la propiedad dorsal. Jamás he conocido tanta eficacia. Su censo de anos, muslos y pezones estaba rigurosamente al día. Nunca la empresa tuvo un estadillo de altas y bajas tan completo como el que aquellos habían hecho de conos limpios y de conos rojos. Si una chica faltaba porque le dolía la regla, ellos sabían si estaba dentro de turno o no lo estaba, si era cuento o no. Y todo eso con cierta insolencia brutal, con una jactancia cínica y un tonillo fachenda, puesto que al fin y al cabo eran los representantes del amo y los apóstoles del nuevo sindicalismo. Debía haberles despedido,

señorita Jou, como le he dicho, pero en lugar de eso les hice encargados con amplias atribuciones. ¿Motivos? Por simples razones de defensa propia me interesaba tener sitios a los que trasladar a todas las mujeres a las que pretendía despedir. Aunque uno esté cargado de razón, ya sabe usted que no se puede obrar libremente en eso del despido, o al menos la libertad te sale muy cara. Por lo tanto, toda trabajadora indeseable era trasladada a una de esas secciones (había una para administrativas y otra para trabajadoras manuales, a fin de que nadie escapase) y yo le juro que más de cinco semanas no duraba. O provocaba un accidente que daba lugar al despido justo o se iba por su propio pie. Me bastaba con no enterarme de lo que hacían los encargados o con parar las acusaciones cuando estas eran graves. Una empresa tiene derecho a defenderse, señorita Jou, y ante la actuación de gente que nos perjudicaba (usted sabe que siempre la hay) yo no podía quedarme cruzado de brazos.

Por último, el departamento de ideas tuvo que ocuparse de algunos casos especiales; hubo de pensar en hombres que merecían algo más que una simple papeleta firmada por el amo. El Prado era uno de ellos, y a él dediqué una parte sustancial de mi tiempo. Pero eso constituye una rama marginal de la historia.

COMISARIO LORENTE, escrito número 3

Cuando usted me concedió aquel permiso de salida el pasado fin de semana no lo hizo porque yo fuera un «político», ya que los permisos de salida solo se conceden a los atracadores, los violadores y los asesinos para que vayan buscando un nuevo banco, un nuevo coño o una nueva víctima en esa difícil tarea de la reinserción social que todos amamos tanto. Usted me lo concedió astutamente para hacerme seguir y saber así con qué personas me relacionaba. Si llegaba a acostarme con una mujer o llegaba a meterme en una casa de baños públicos, usted hubiese interrogado a la bañera y a la cama. Pero poco hice de eso, y además no me reuní con nadie a quien pudiera comprometer, porque uno tampoco ha nacido hace dos días, comisario.

Quizás usted piensa que ocupé mis horas en algún *meublé*. Aunque después de todo, ¿para qué se lo explico? Usted sabe perfectamente lo que hice; lo tiene escrito en papeles sellados que están encima de su mesa y llevan al final la huella dactilar de los policías que hicieron el brillante servicio; los que me siguieron para ver si me entrevistaba con Carrillo, con López Raimundo o con el Guti, porque no creo que conozcan a nadie más. Los tuve pegados a los talones día y noche, y además con tan poco disimulo que cuando salí a la calle después de estar veinte minutos con aquella mujer de las Ramblas —porque eso sí que lo hice, para poder olvidarme de mi sexo—, ella me dijo: «Mira, la bofia». Espero que en el informe le hayan dicho que la chica tenía un aspecto dulce y comprensivo, pero que no valía gran cosa, tan flaca y con los pechos caídos. Ellos deben saberlo, porque en bien del trabajo

se la habrán tirado gratis más de una vez.

Luego fui a la fábrica de los Masnou, como usted sabe muy bien, porque está también escrito encima de la huella digital. Había logrado olvidarme de mi sexo y ahora solo me acordaba de mi nombre y de mi historia, es decir, de un pedazo de nada proyectado sobre unas cuantas paredes de la ciudad. Sus policías quizá le habrán hablado de la calle recta y solitaria, de la quietud del domingo por la mañana y del alto muro de la fábrica de los Masnou, que aún tiene un cierto aire del ochocientos e inspira confianza a la gente de bien porque su riqueza es una riqueza antigua, y porque sus empleados son gente de toda la vida. Esa mañana de domingo, mañana de fútbol barato en el campo del San Andrés, de paseo con la nena y de polvete con la madre, había grupos ante el muro de la fábrica, grupos que surgían de pronto en la quietud de la calle; los empleados de toda la vida se habían reunido allí porque se decía que los Masnou iban a cerrar, que las cosas no eran como antes y que con la democracia los negocios no marchaban: que todo se iría a tomar viento. Camisas azules de los buenos tiempos, verticalistas de los despachos de la CNS gritaban eso en las esquinas. Y con los empleados de toda la vida estaban allí las esposas de toda la vida, las que habían confiado en todos aquellos cabrones que de pronto, a los cincuenta, se iban a quedar sin trabajo, y que además miraban el futuro hecho tapia, hecho calle solitaria, hecho mañana de domingo, con la impotencia de los cornudos. Ellos formaban parte del paisaje y ahora se daban cuenta, con estupor, de que la mujer, el polvete y la nena solo por aquel paisaje les pertenecían. Si ellos dejaban a su vez de pertenecer al muro, se iban a convertir en la pura nada, en simples manchas amarillas bajo los relojes, en los comedores de sus casas.

Algunos me aplaudieron al verme llegar, me dieron palmadas en la espalda y me preguntaron de buena fe si venía a resolverles el asunto. Conocían mi historia política, pero ninguno de ellos sabía que yo estaba en la cárcel mezclado —qué absurdo— en un asunto de terrorismo. No sabían que yo estaba con permiso de fin de semana y se imaginaban —vaya usted a saber— que me enviaba Comisiones Obreras. Yo no les aclaré nada, pero les pregunté qué demonios hacían allí, pegados a la fábrica en la mañana del domingo.

—Estamos vigilando —explicó uno.

—¿Pero vigilando qué?

—Parece mentira que no estés enterado de nada, Prado. ¿Pero dónde te metes? Estamos vigilando para que no se lleven las máquinas.

—¿Qué pasa? ¿Es que quieren vaciar esto y liar un expediente de crisis?

—Algo así —me explicó otro—. Las cosas no van bien, o ellos dicen que no van bien. Cualquiera sabe si se han llevado el dinero fuera.

—No creo —opiné—. El viejo quiere a la empresa más que a cualquier otra cosa en la vida. Hará lo imposible para salvarla. Antes de ver destruido todo esto, se lo llevarán con los pies por delante.

Todos me rodearon, escucharon mis palabras. La opinión del Prado, viejo luchador del PSUC, aún tenía valor para ellos. Me hicieron olvidar por completo mi situación personal. Me envolvieron con sus problemas y con su aliento.

—La verdad, imparcialmente hablando, es que las cosas van mal —explicó otro—. Se habla que los de un Banco se están portando marranamente y quieren arramblar con todo. Esta empresa, ya lo sabéis, ha tenido crisis otras veces, pero no es lo mismo. Antes eran cosas de un momento, que si un crédito, que si unos impagados; pero ahora es distinto, ahora es que no sale la producción, ahora es que nos podemos ir todos a la mierda.

—¡Pues no será por nuestra culpa! —gritó otro—. ¡Esos mamones se han llevado el dinero a Suiza, o sea, que es por su culpa puñetera!

—No digo que otros no lo hayan hecho y no digo que no haya mucho cerdo suelto que no quiere invertir en el país porque prefiere que todo se hunda —exclamé soltando una antigua parrafada del *Mundo Diario*—. ¡Pero hablando en justicia hay que decir que el viejo Masnou no es de esos! ¡Si lo conoceré yo! Ya sabéis que no le tengo la menor simpatía, pero lo que es verdad es verdad. Él es uno de los que quisieran ser enterrados en su fábrica. La sacará adelante aunque tenga que venderse a plazos su dentadura postiza.

—¡Pues si las cosas van mal no será por culpa nuestra! —repitió una de las del taller—. ¡Aquí todas hemos arrimado el hombro!

—¡Y algunas también habéis arrimado el chocho! —le gritó otra.

Como me habían explicado que pasaba con las colas del año 38, las dos mujeres estuvieron a punto de saltar una sobre la otra y hacerse una tortilla exclusivamente política. Menos mal que las separaron a tiempo.

—Lo que aquí pasa —se enrolló otro, que trabajaba en Reparaciones— es que aquí no hay disciplina laboral ni hay nada. No se trabaja. Tú, Prado, has vivido otros tiempos, pero ahora no se cumple ni la mitad de un programa de producción normal, y así van las cosas. Hemos perdido muchos clientes, y los que conservamos no pagan. ¿Ejemplos?...

—¿Qué? ¿Ejemplos de qué? —gritó otro.

—¡Pues para ejemplos tú! —chilló el de Reparaciones—. ¡Sí señor, tú mismo! Desde que mangoneáis los de sindicatos, hacéis las vacaciones como os da la gana, para no hablar de otras cosas.

—¿Y qué? ¡Pues solo eso faltaba! ¡Que hasta las vacaciones las decidiera el amo! ¡Después de que hay que pedirle permiso para mear!

—No las tiene que decidir él solo, claro que no —gritó ahora uno de oficinas—, pero tampoco vosotros a vuestra manera, coño. Tiene razón ese: tú y otros hacéis vacaciones en verano el lunes, el martes, el miércoles y el jueves. El viernes venís a trabajar, y el sábado y domingo vuelven a ser fiesta. Total, que en julio y agosto no venís a la fábrica más que un día a la semana. No digo que las cosas tengan que ser como antes, pero, ¡joder!, tampoco hay que hundir la casa si quieres cobrar a fin de mes. Que de estas paredes, señor mío, vive mucha gente.

—¡Sobre todo el amo! —gritó el mártir de cada viernes.

El otro hizo un gesto tajante, dando por liquidada la cuestión, y terminó:

—He dicho.

—¿Tú? ¿De qué?

—Sí, señor. He dicho.

—Como si quieres decir que has cagado —barbotó una mujer apoyada en la tapia.

—¡Muy bien, chata, muy bien! ¡Muy bien, oche! —ya imitaban el antiguo lenguaje del «Papus»—. ¡Y que eso lo digas tú, que llevas dos años haciéndote durar la baja!

La mujer de la tapia se lanzó a abrazar al hombre con fines estrictamente

sindicales, y menos mal que la gente de sentido común —que era mayoría— los separó. Alguien habló de que aquello acabaría mal y que vendrían los de la bofia, lo cual significaba que acabarían aún peor. La pelea no llegó a iniciarse, aunque hubo enseguida dos grupos que quedaron separados por la anchura de la calle, convertida en tierra de nadie. Las verdades eternas del mundo del trabajo, tan esculpidas en los monumentos de las plazas y las lápidas de los cementerios, terminaron convirtiéndose en una serie de insultos en voz baja, a nivel de mutua de enfermedad y de seguro de desempleo. Y no dejaba de ser lógico.

Usted, comisario Lorente, que solo ha visto a los obreros en su despacho, y encima arrugados como un higo porque pensaban en la hostia santa, no sé qué hubiera pensado entonces, pero le diré lo que pensé yo, que para eso me dejó libre un día entero. Yo pensé entonces que aquí nadie quiere ya trabajar y que muchas cosas van a hundirse; pensé que en las fábricas, en las universidades hace falta disciplina, pero a partir de aquí, usted me llamará comunista estaliniano puñetero, enemigo del obrero *comme il faut*, y llevará este papel a los de la CNT para fomentar la unión sindical y para que se acuerden de mi madre. Pero pensé también una cosa más íntima, comisario, y fue esa cosa tan sencilla de que los Masnou estaban en dificultades, de que los Masnou podían hundirse entre los papeles de un banco y los pantalones sudados de un secretario judicial. De que María del Mar, tan entrañable para mí, tan ligada a los sueños de mi pobreza, terminaría enseñando las piernas a horas fijas en el despacho de otro. De que, con los Masnou, lo que había sido mi mundo —tan seguro después de todo, tan sólido, tan intacto— se haría pedazos y no dejaría ni las paredes donde había estado mi sombra. Le parecerá estúpido, comisario, pero de todo ello lo que más me dolía era imaginar situadas, exhibidas en otro despacho, las piernas de María del Mar, que yo siempre había ligado a la prosperidad de hombres que estaban encima de mí, como premio a lo lejos que habían llegado en la vida.

Los tristes pasos del permiso, del tiempo contado, de los minutos escritos en las paredes de las celdas me alejaron de la extraña calle de San Andrés donde se hablaba de la ruina de los Masnou y me llevaron a Pueblo Seco, a la calle de Tapiólas, donde chicas de miradas errabundas contemplaban desde

los balcones a los hombres de paso, a las horas de paso. Allí, según había oído yo, en algún sitio incierto, uno de esos sitios que al cabo del tiempo no se pueden precisar, existía un piso donde se reunía alguien, gente a la que yo conocía o tal vez había conocido en un tiempo increíblemente remoto, anterior a todas las muertes. ¿Pero quién era? ¿Por qué lo relacionaba con mi situación personal? ¿Dónde lo había oído yo? ¿Me lo soltó algún día la Isabel en un descuido, cuando ella aún creía que todos debíamos saberlo todo? ¿Quién pagaba el piso para las reuniones clandestinas? Cualquier pensamiento era nebuloso aquel domingo, como eran nebulosas las horas de libertad que detrás de mí iban contando los policías providencialmente dotados de huella digital, a lo largo de calles entrañables que para mí ya no necesitaban nombre. Lo siento, comisario, pero me divierte jugar limpio con usted en esta partida de mutuas infidelidades, y por eso le doy el dato. Pero no recuerdo más. Y puede que el dato no le sirva de nada, porque quizás el piso ya lo ha hecho usted registrar, quién sabe. Si recuerdo algún otro detalle ya se lo escribiré, pero no se acabe de fiar de mí, ni se fíe de los hombres que lo acaban convirtiendo todo en un simple juego intelectual y entran por tanto en el amplio campo de los desengaños y las relatividades. Solo para ver qué cara ponen, esos hombres acabarán enseñando a los amigos un certificado de virginidad de la novia firmado por el amante. Pensar es destruirse, y por eso a veces me digo —ya ve— que usted y Fernández de la Mora, tan seguros de sí mismos, figuran entre los grandes sabios del planeta.

OYE, tú, ¿cuánto?
—¿Todos?
—Sí, todos.

—Mil quinientas pesetas —dijo el camarero.

—Pues venga, el grapillo paga.

Los policías jóvenes de los bares de la Vía Layetana, entre los que yo era tan conocido a la hora de liquidar la cuenta, me llevaron luego a una especie de cueva flamenca de la calle de Escudellers, hecha para recién casados y para turistas que habían jurado morir en España de lo que fuera. Un tío que casualmente había sido cliente mío por escaparse sin pagar la pensión, le cantaba no sé qué de la fidelidad conyugal y del honor a una faraona que yo recordaba vagamente como su mujer, y que enseguida le hizo señas a uno de los policías apenas sentarnos, indicándole que sí, que se lo haría por tres mil pesetas. Yo, brillante abogado especializado en contratos para realquilar porterías, me apoyé en la pared, cerré los ojos y me dejé sumergir por el humo, las palmas, la manzanilla de garrafa, el masajeo de los clítoris y la eterna alegría de lo que llaman la noche española. Hubo un momento en que me hubiese dormido, porque todas las canciones eran iguales, pero me quitó el sueño la sospecha de que los policías quisieran hacerme pagar en aquel antro también, y si ocurría eso me follaban vivo. Con un ojo abierto y otro cerrado me dediqué a escucharles, dispuesto a decirles que me había puesto a parir y a escaparme por el lado del retrete. Pero cerré otra vez los dos ojos para disimular mi interés y en cierto modo mi turbación cuando me di cuenta de que hablaban de Isabel Costa. Ellos no sabían hasta qué punto yo había

tenido relación con el Ramón Masnou y su pequeño grupo de apóstoles del siglo XXI, y hasta qué punto conocía el mundo de Isabel, hecho de ideales a los que ella rezaba todas las noches para volver a tenerlos más firmes a la mañana siguiente. Los de la bofia no sabían realmente nada de mí, aunque para hacer ver que estaban al tanto de todo me llamaban «el grapillo», y dijeran de vez en cuando que tenían pruebas para detener hasta a mi madre y para demostrarme quién era mi verdadero padre. En el fondo, buenos chicos.

Por lo que deduje de sus palabras, a Isabel Costa la tenían acorralada; no conseguiría pasar la frontera, como tantos otros, y refugiarse en el Portugal podrido o en la, después de todo, cochina Francia. Isabel Costa estaba en Barcelona, todos llevaban su retrato metido entre ceja y ceja y la reconocerían aunque se disfrazase de delegado de Hacienda. Los círculos en que se había movido en otro tiempo estaban vigilados día y noche, sus amigos controlados, fichados los posibles enlaces y marcados «los pisos francos» a los que quizás acudiría. Mientras las palmas atronaban el local y mientras la mujer del cantaor rebajaba por señas el precio a dos mil, aquellos jóvenes arreglaban en diez minutos problemas que llevaban años en Jefatura Superior. Y yo, normalmente, no los hubiera escuchado porque sabía muy bien que los policías, como los cazadores, se alimentan de sus propias historias, pero el caso de Isabel era distinto. Me sentía tan excitado como si cada vez que la mencionaban a ella oyese pronunciar mi propio nombre o el nombre de algún cliente que no me pagaba. El vaivén de los gritos, el estruendo de las palmas, el llanto en versos de la Andalucía alegre no me impedían oír cada palabra, anotar cada dato. Con los ojos cerrados y simulando estar medio borracho, yo creo que hasta sus pensamientos adivinaba. Que oía en la calle los pasos que los policías aún no habían dado, veía las puertas en las que aún no habían llegado a llamar, pero en las que acabarían llamando.

—Yo me he pateado los distritos segundo y quinto hasta Montjuïc —decía uno de ellos—. Calles y calles, bares y bares, hostia. Porque a esa la querían mucho en ciertos bares desde años antes. Esos sitios donde siempre encontrabas a alguno de la FAI, ya sabéis. Toda esa zona yo creo que ya no vale la pena porque está muy controlada, aunque hay dos que la patean

todavía.

—Pues yo tuve que ir a un bar de la calle Blay, porque el amo estaba en las fichas como sospechoso —dijo otro—, pero nada. Además, un mal rato. Tenían a la hija en cama, con una infección en la boca que no veas. Y encima deliraba, porque se había hecho de todo en la cama, la jodida. Había allí una peste que tumbaba de espaldas. Les di la dirección de un médico, por si no venía el del Seguro, y me largué.

—Muy listo, tú.

—Normal. El médico es Jiménez, que nos sirve de confidente. Si le llaman y ve algo, nos avisará.

Abrí los ojos un momento.

Solo un momento.

De modo que la hija.

De modo que una infección de boca, y seguramente con una cataplasma desinflamatoria tapándole media cara.

De modo que una habitación oliendo de verdad a caca para que nadie tuviese ganas de quedarse allí.

Volví a cerrar los ojos y a partir de aquel momento dejé de oír. Solo captaba vibraciones, roces, los latidos de algún lejano corazón, como se dice que «oyen» las serpientes.

Conocía el sitio.

El bar con el mostrador blanco, ya cascado, pulido por todas las manos y todas las salivas, por el que a lo largo de casi un siglo —eso era verdad— habían pasado docenas de tíos de la FAI que no creían en nada, de padres de familia que creían en sus hijos y de mujeres que hubieran querido olvidar su historia. Hay bares de Pueblo Seco —y ese era uno de ellos— en que cada vaso contiene una gota de silencio.

Recordaba también el cristal con un anuncio del Anís del Mono, una mujer antigua, a lo Ramón Casas, que te miraba desde más allá de todos los tiempos pasados, de todos los sabores conocidos. Los blancos veladores de anticuario sobre los que se habían escrito todas las aritméticas del camarero y todas las rimas del amor que muere en la calle. Me acordaba perfectamente de eso, de todo cliente que el barrio devoró, de toda luz exacta sobre rincones

que duraban todavía. Me acordaba de los pezones de la mujer del dueño, que cada mañana se los limpiaba con una gotita de ginebra, y del culo de su hija; remoto, perdido culo de la que ya llevaba dos años muerta.

Dos años muerta.

Volví a abrir los ojos.

Mierda de policías que no conocéis el barrio.

Leche de tíos que consultáis el censo municipal y creéis que con eso hay bastante.

Me levanté y dije con voz de macarra:

—*Ciao.*

Así me libraba también de pagar esa segunda cuenta. Pero en cambio me supo mal no enterarme de si la mujer del cantaor lo hacía al fin por mil pesetas.

A la mujer del bar se le seguían marcando los pezones bajo el jersey fino; quizá la ginebra se los mantenía tensos, no lo sé. Pero ahora estaba quieta, al lado del mostrador, medio agazapada tras el marido, que ya arrastraba los pies cada vez que iba más allá de la luz, hacia los espejos y las esquinas sin tiempo donde estaban los vasos y las voces. Por sus caras había pasado la República, había pasado el franquismo; ahora parecía flotar ya en sus ojos la última página.

—Llevabas años sin venir aquí —murmuró la mujer—. ¿Qué quieres?

—Traigo un recado para Isabel —dije—. Más vale que no nos andemos con rodeos. He de avisarle de una cosa.

—No conocemos a ninguna Isabel. Te equivocas, oye. ¿Qué? ¿Terminaste la carrera de Derecho?

—He estado aquí dos veces después de terminarla, y vosotros lo sabéis muy bien. Hala, lo que quiero hacer es ayudaros a todos; no perdamos tiempo.

Y fui hacia el interior. Trataron de impedírmelo, pero yo tenía en mis manos la contraseña para que me dejaran pasar: «Os la habéis jugado demasiado al fingir que era vuestra hija».

Había un pasillo corto, unas puertas grises, una ventana alta desde la que se veía un solitario árbol de patio interior, unas ramas quietas, unas hojas que

solo susurraban en domingo. Nada olía mal. La Isabel no estaba rodeada de cataplasmas que le tapaban la cara, sino de libros y apuntes que le llegaban a ocultar la luz. También hacían falta pelotas para tener todo aquello allí, sabiendo que la policía podía volver. Pero el dueño del bar, como si hubiera adivinado mis pensamientos, dijo a mi espalda:

—Son libros normales que se encuentran hasta en los quioscos. Nadie se puede extrañar. Nuestra hija estaba matriculada en Filosofía.

—¿Y los apuntes? —pregunté—. ¿Qué pasa si se les ocurre llevarse alguno? ¿No habéis pensado que la bofia tiene docenas de muestras de escritura de Isabel? ¿Y que las debe tener todas fichadas?

Isabel Costa me miraba fijamente. Ni siquiera parpadeó.

—Es verdad —dijo con calma—. No había pensado en eso. Siéntate.

Lo hice mientras la miraba de soslayo. Me daba miedo estar allí, pensando en la policía que acechaba, en las esquinas pobladas de prostitutas que no follaban y de ciegos que veían. En ese momento, lo juro, solo pensaba en poner a Isabel fuera de peligro, en sacarla de aquel sitio. Pero ella me miraba con esa tranquila obstinación que yo le había visto tantas veces en la pasada época franquista, me miraba con la apacible serenidad de los convencidos. Nos habíamos visto algunas veces cuando ella iba con el Masnou y el Prado, y nos recordábamos, pero en aquella época yo desconocía su nombre.

—¿Cómo te has enterado de que yo estaba aquí? —quiso saber.

Pregunta de manual número uno.

—Me ha interrogado varias veces la policía, como quizá debes saber —empecé diciendo—. En realidad el servicio de información, venga de donde venga, no lo tenéis tan malo, y por eso os enteráis de cosas. Y las cosas se han ido encadenando de una forma tan lógica que las vas a entender en dos palabras.

Le dije las dos palabras a las que tan aficionados somos los españoles, sobre todo si además somos abogados. Quiero decir que estuve una hora hablando. Se lo expliqué todo desde mis primeros contactos con el comisario Lorente hasta la fiesta flamenca en que los policías habían hablado de sus rondas. Ella me escuchó en silencio, sin interrumpirme una sola vez, mientras

me miraba con la piedad de los justos y la insolencia de los convencidos. Como cuando estaba con Ramón Masnou, ella no necesitaba un consejo, sino una pancarta. Pero ahora habían pasado los años, su rostro se había endurecido, sus gestos eran más secos —también más certeros— y sus banderas de sangre, que en realidad es el auténtico color de la esperanza, se habían convertido en simples banderas de muerte. La Isabel, a diferencia de ese Prado que yo conocía muy bien, había llegado a fundirse con la imagen ideal que todos llevamos dos pasos delante. Pero el resultado era que daba un poco de miedo su mirada fija, daba un poco de pena su soledad de profeta. Hasta un abogado del suburbio, como yo, conoce aquella frase de que la República es más hermosa durante la monarquía, y hasta el más simple político a nivel de junta municipal reconoce que es más fácil y limpio el trabajo de la oposición al pedir cosas que el del Gobierno al lograrlas y repartirlas. Por eso los que reivindicaban hablan con la voz de los justos, y por eso sus banderas están llenas de pureza, sin la mancha de ningún compromiso.

La Isabel me seguía escuchando en silencio, me seguía mirando desde más allá de un futuro donde, curiosamente, todos los muertos del pasado tenían un sitio.

Yo adivinaba que Isabel, políticamente, siempre estaría un paso más allá de las realidades de cada día, y que si esas realidades avanzaban un paso ella también daría un paso más. Ella era el avance constante, la revolución permanente, la creación incansable de un hombre y una sociedad que son distintos cada siglo; la Isabel siempre encontraría un poco más allá una bandera que la realidad no hubiese puesto a prueba y por eso sería más hermosa; encontraría una canción, una frase, un grito; tal vez simplemente un dibujo con una mirada de mujer. Isabel era fiel administradora del mundo de los símbolos que tienen por misión elevar al hombre sobre su miseria inicial, o al menos lograr que esa miseria tenga un sentido.

Y desde la miseria inicial del hombre le pregunté:

—¿Y por qué?

Sin tener en cuenta el peligro ni el tiempo, que podía ir en contra de los dos, Isabel empezó a hablarme largamente. Me dijo que España tenía una

oportunidad única y que la estaba despreciando. Que el franquismo aún estaba vigente y que la estructura social, el mangoneo, el privilegio y la injusticia permanecían igual que antes del 20 de noviembre del 1975, aunque se adoptasen otras formas.

—Estamos perdiendo una magnífica oportunidad, esa oportunidad irrepetible y única —me dijo—. Si después de cuarenta años de franquismo vienen veinte de UCD y PSOE, el pueblo español habrá perdido su última ocasión histórica. El poder se quedará para siempre en las oficinas y los cuarteles de Madrid; no volverá a estar en la calle nunca más. O luchamos ahora, cuando el Gobierno aún es débil, cuando aún no tiene las escamas del bicho adulto y ponedor de huevos, cuando aún no está protegido por estratos de intereses, o ya no valdrá la pena que volvamos a luchar.

Y me estrechó las manos con fuerza, porque yo era un conocido del tiempo viejo, del tiempo en que ella había soñado. Ahora solo quería pelear.

—¿Y tu hijo? —le pregunté, queriendo humanizar sus pensamientos—. Ahora ya debe tener unos cuantos años. ¿Tu hijo qué hace?

La Isabel cerró los ojos un momento.

Solo un momento. No preguntó cómo sabía yo aquello.

—Murió —dijo en aquel paréntesis—. Murió sin que nadie más que yo cuidara realmente de él. Sin que nadie más que yo y mi hermano fuéramos detrás del ataúd a la salida del Clínico.

Y luego volvió a mirarme mientras flotaba en sus labios una sonrisa fina, casi transparente, una sonrisa que parecía de cristal y que por eso mismo podía hacerse pedazos.

—De todos modos quizás haya sido mejor así —añadió—. Yo necesitaba ser una mujer libre.

Y volvió la espalda lentamente mientras con un gesto de hastío, pero también de impotencia, me señalaba la puerta.

S EÑORITA Esther Jou, 12, martes

Cuando yo era niño, señorita Jou, y más tarde, cuando empecé a conocer con mis amigos las entrañas de la ciudad, me hechizaban los domingos por la tarde en la Barcelona vieja. No solo sentía ese encanto misterioso del Barrio Gótico que ha fascinado a tantos estudiantes burgueses, sino que me sentía palpar en esa alegría fugitiva de las calles que en el fondo no tienen esperanza. Los pequeños bares donde la gente consumía unas horas de libertad, los portales donde se detenía a hablar eran para mí pedazos de la Barcelona más auténtica. Hasta encontraba la entraña de la ciudad, ¿por qué no?, en el aliento de los burdeles donde se evaporaba la mala sangre de toda la semana. No entraba en ellos, pero los presentía de una forma casi táctil. Llegué a entender el sentido que hay en las medias frases de los obreros y en algunas canciones de los niños, mientras que ahora, señorita Jou, estaba descubriendo un cambio en mí: solo me sentía tranquilo en las sobremesas donde se planean negocios o en los bufetes cerrados donde se saborea un cigarro y se habla de la prosperidad. Barcelona se concretaba — muy al contrario de antes— en las paredes de mi casa; se hacía allí más dulce y más conocida, mientras ingentes partes de la ciudad dejaban de interesarme y hasta se me hacían odiosas. Barcelona, cada vez más angustiosamente llena, dejaba de tener para mí el misterioso soplo que tuvo. Solo mi casa, los despachos acogedores y las caras conocidas seguían existiendo en ella; una Barcelona rigurosamente particular se iba afincando en mí cada día un poco.

Por aquellas fechas me puse enfermo. Yo creo que fue debido a los nervios y al exceso de trabajo en la fábrica; hubo mañanas en que me sentí

realmente mal, pero aguanté la crisis en pie. Era una cuestión de moral: si reprochaba a los obreros que pidiesen la baja porque les dolía una uña, no iba yo a quedarme en cama por un desfallecimiento. Pero durante un par de domingos no salí.

El segundo domingo se quedó también la María del Mar, cosa poco normal, porque ella solía ir al Liceo (era una deliciosa mujercita tradicional, con número de cuenta corriente y reserva de palco, que aún sabía ver en las puertas que daban a la Rambla los fantasmas de las grandes señoras de otro tiempo); o bien al Palacio de la Música, donde los sueños de un pueblo se habían convertido en espuma de piedra para ser visitada los domingos por la tarde. Pero ahora, María del Mar, oscura silueta de las Ramblas, musa de los canarios en venta y de los periódicos atrasados, eternamente temerosa ante la ciudad hostil, se quedaba en casa. Le debía pasar un poco como a mí; había llegado a aborrecer en parte aquella ciudad que crecía demasiado, aquella ciudad en la que empezaba a sentirse pasada de moda. En casa, la María del Mar numeraba nostalgias una a una. Por mi parte le confieso, señorita Jou, que yo había deseado aquello, pero lo temía al mismo tiempo. Haciendo un gran esfuerzo había logrado barrer todos los recuerdos de aquella tarde en la masía de Barenys y había logrado convertirlos en un lejano remordimiento de día de fiesta, cuando uno no tiene otra cosa en que pensar. Si me venían a la imaginación las piernas de una muchacha, no les ponía encima la cara de la María del Mar, ni las rodeaba con su voz, ni las adornaba con la confidencia de sus medias. Intentaba comprender que en el mundo existen otras mujeres, otras tentaciones, aunque siempre tropezaba con la misma faceta de mi cobardía; solo me atrevía con las pieles dulcemente curtidas en casa.

María del Mar se quedó mientras los demás salían por un motivo u otro y se perdían en la tarde del domingo. ¿Lo había hecho a propósito? ¿Quería invitarme, al fin y al cabo, a seguir nuestro delicioso juego de la masía, el juego de una familia con matrimonio extra? Le juro, señorita Jou, que el corazón me latía aceleradamente, como el de ese colegial puesto por primera vez ante la puerta de una habitación secreta y del que se habla en tantas historias cachondas. Mientras la oía andar por el piso vacío, mientras escuchaba los mil ruidos normales de la casa (el gotear de un grifo, el crujido

de una silla, el taconeo junto a un espejo que nos denuncia), yo respiraba entrecortadamente y mantenía los puños apretados con tanta fuerza que blanqueaban mis nudillos. Esperaba que ella apareciese en la puerta, que se sentase frente a mí, que me ignorara con las piernas cruzadas mientras yo la miraba desde la butaca, desde la alfombra, desde el aire, mientras me convertía en su perro, en su sapo, en el pájaro de su miedo, en el dedo de su curiosidad, en el peine de sus labios negros. Yo era todo eso, señorita Jou, era el sol del domingo por la tarde, era la digestión religiosa, era la fuerza del vino bebido en paz. Era el semen doméstico y estable, con garantía de legítima procedencia. Yo estaba seguro de que María del Mar, cuando entrase, se sentaría de tal modo que no harían falta las palabras. O que se dejaría caer en la alfombra, junto a la chimenea, buscando los espíritus del fuego que habían existido una vez. Habría una insinuación en su boca con sabor a manjares conocidos, con relieves que eran nuestros, que habíamos dejado ya grabados el uno para el otro en los retratos gemelos de nuestra primera comunión. Pero yo temía y deseaba sus piernas más que ninguna otra cosa en el mundo, señorita Jou, sus piernas ceñidas por las medias largas, acariciadas por el ligero tenso, sus piernas con sus tres palmos de seda y un palmo de carne, un palmo de intimidad, de secreto entre dos, un palmo de antesala que había que recorrer centímetro a centímetro, con los dedos y la boca, hasta llegar a la frontera del sexo. Odio los sexos sin fronteras, sin misterios, sin antesalas convenidas, señorita Jou, como usted sabe bien. Odio los sexos que le saltan a uno a la mano o a los ojos y que no tienen más virtud que la de su eficacia. Quizá el mundo del futuro será así, carente de elegancia, pero yo no lo amo. Mis serpientes pasadas de moda, educadas en elegantes casas de putas con divanes rojos, solo se encantan con músicas antiguas. Y la María del Mar resumía todo eso; era la seguridad, era la complicidad, era una pieza de mi cama tantas veces medida. Cuando entró en la sala bañada por el sol, tuve un estremecimiento. Cuando pasó ante mí, llegaron a crujir mis nudillos. Pero María del Mar no se sentó en la alfombra, ante la chimenea, ni cruzó las piernas antes de ignorar mis ojos. Simplemente anduvo hasta la ventana y se dejó acariciar por el sol mientras musitaba:

—Me he quedado hoy porque quiero que hablemos. Nadie nos molestará

en domingo por la tarde.

—¿Quieres que..., que hablemos?

—Sí, pero no de nosotros especialmente. No de ti ni de mí y de lo que podemos sentir, ¿me entiendes? Lo único que quiero es ser absolutamente leal contigo.

—Yo también quiero ser leal contigo —dije.

Y me acerqué a la ventana, cortándole en cierto modo la retirada. Ella no lo notó.

—Te dije un día que yo había roto con el novio que tenía en la empresa —murmuró—. Me parece que te lo expliqué muy bien. Es un hombre desordenado y poco trabajador, que no le conviene a nuestra casa.

—Sí, ya me hablaste —dije—, pero eso tal vez no nos interese ahora. Si ya has roto con él, ¿para qué vamos a darle vueltas a este asunto? Yo no te he hecho ninguna pregunta. No estás obligada a nada.

Y me acerqué un poco más, sintiendo el sol del domingo en la cara, ese sol que como usted sabe es distinto del de los otros días, porque los relojes no lo parten en pedazos de sombras. La María del Mar me hacía pensar de repente en cosas que ya empezaban a entrar en mi mente organizada de joven ejecutivo de empresa: los relojes, el sol desterrado de nuestra fábrica... La tomé de la mano, la hice sentarse y miré sus piernas, pero no las cruzó.

Tenía sus ojos clavados en los míos.

—¿Sabes quién es ese hombre? —dijo—. ¿Ni siquiera te importa?

—En fin... Si tanto interés tienes en que hablemos de eso... Pues, sí, me importa.

—Es el Prado.

Tuve una crispación de repente. Quise mostrarme impasible y dueño de mí mismo, pero no pude. Supongo que se notó en mi cara. Se tuvo que notar que de pronto había pasado a sentir una especie de odio basado en tres escenas considerables y sencillas: Prado besando a María del Mar, Prado sobando sus muslos, Prado iniciando la contabilidad industrial en los pezones de sus tetas.

Lo malo de María del Mar era que, desde los tiempos remotos de nuestra niñez, adivinaba todos mis pensamientos.

—¡Qué vulgar eres, hijo! —susurró—. No ha pasado nada de eso.

—¿No?

Y de pronto dije bruscamente, medio volviendo la espalda:

—De todos modos, puedes hacer lo que quieras. No creas que me importa tanto.

—Nunca he hecho lo que he querido —dijo ella suavemente—. Desde que tengo uso de razón he pensado en mi casa y solamente en mi casa, porque es la única cosa verdadera que conozco. Con Prado siempre me he dominado, y además le he exigido respeto, pero la verdad es que podía haberme ahorrado la tarde que pasamos hablando de eso. Nunca le han interesado mis pechos, quizá porque no dan para gran cosa; pero tampoco le han interesado mis muslos, que son lo más bonito que tengo. —Hablaban con voz suave, sin mirarme, y siempre dejándose acariciar por el sol de la tarde—. ¿Sabes lo que quiere Prado? Que reniegue de mi familia, de mi dinero y de mi forma de vivir. Me dijo un día que jamás podríamos casarnos, porque yo soy rica, pero que existe el camino de renunciar a todo e ir tirando modestamente como dos intelectuales más de los que sufren en el país y esperan que las cosas cambien. Supongo que Prado ha debido quererme mucho, porque no le he dado más que desengaños y los ha ido aguantando uno tras otro. Esos idealistas necesitan también un ideal de mujer, y yo he sido el suyo. Fríamente me doy cuenta de eso, no creas que no he analizado las cosas. No quieren a la mujer que existe, sino a la que ellos hacen existir. Con Prado hubiese tenido que resignarme a perderlo todo y a ser su mujer de humo o a pelearme con él cuando descubriese que soy su mujer de carne. No voy a echar por la borda todo el trabajo del padre, ¿entiendes?, ni todo lo que en la empresa se puede hacer aún. Porque una empresa y una casa son lo único serio, solvente, responsable en que el país me ha dejado creer. Todo lo demás, desde el Estado a las leyes, es mentira. En la última frontera de las creencias de una persona sensata, está lo que tú y yo tenemos. Nada más.

Y me miró más fijamente aún, como si me preguntara en silencio: «¿Vamos a desperdiciarlo?».

No contesté. Todo lo que me estaba diciendo pude no comprenderlo antes, pero ahora lo comprendía perfectamente. Lo que pensaba decirme

María del Mar lo adivinaba también: la indispensable unidad de nuestra familia, la necesidad de defendernos, la persistencia en los criterios que nos habían guiado siempre. Me identificaba tanto con ella que conocía de antemano sus palabras. Llegué a asombrarme de que yo hubiese podido vivir fuera de aquella casa, sin recibir aquel sol ni sentir aquella seguridad, luchando en favor de gentes cuya única preocupación era cobrar un sueldo con el menor sufrimiento posible. Al fin y al cabo eran ellos los únicos realmente egoístas, los únicos que trabajaban tan solo en beneficio propio. Los hombres como el padre no; los hombres como el padre tenían que calcular ante todo un beneficio razonable para los demás, y era bien cierto que, sin ellos, esos demás no existirían.

Yo no soy un inconsciente, señorita Jou, y me daba cuenta de que eso significa adoptar una actitud política. En realidad, mi problema había sido antes el del padre, hombre de pensamiento liberal, hombre que se encontraba contento en el cuartel Vorochilov y que veía con simpatía los ideales que bullían en el 36 en las calles de Barcelona. Pero una cosa son los ideales y otra cosa son los problemas de cada día; todos los que nos enfrentamos a la vida de verdad sabemos que los ideales hay que tenerlos, pero también hay que contenerlos. Hay que cultivarlos porque dan categoría humana, pero no deben influir de ningún modo en las decisiones prácticas de uno. De niño ya se debería aprender que los ideales son buenos, pero inalcanzables. Figuran en el catálogo moral de la Humanidad para que esta tenga una apariencia digna y hasta una justificación, pero su objeto no pasa de ser ese. Aprendiendo de niño tal cosa, se evitaría uno muchas contrariedades; y hasta administrando muy bien las frases elevadas y las decisiones prácticas que las marginan, se puede llegar lejos en el camino moral y ser lo que llaman una santa persona.

Lo triste, señorita Jou, es que los que aprenden eso ya de niños suelen ser unos malparidos de teta, que a lo largo de su vida no saben administrar ni las frases. Los demás, ¿sabe?, aprendemos muchas veces demasiado tarde. El problema de las universidades, por no citarles otros, podría resolverse en todo el mundo si los que quieren ser algo el día de mañana aprendieran una cosa de tanta elementalidad y se dejaran de líos. Realmente el que las cosas

marchen hoy con tantos conflictos, representa para los jóvenes una enorme cantidad de horas perdidas que son una lástima. Y mañana lo lamentarán.

Pues bien, yo lo estaba aprendiendo ahora, señorita Jou. Repasando la historia del padre me daba cuenta de que había arrinconado los ideales, pero siempre les había tenido respeto. Una burguesía absolutamente civilizada, como la nuestra, es indispensable que la formen hombres así. La María del Mar, con cuatro palabras, me estaba dando unas lecciones de sentido común sobre lo que debe ser una sociedad sedimentada y en buen uso, que yo haría bien en no olvidar nunca: los ideales han de estar en el armario mejor de la familia, aunque solo sea para enseñarlos los días de fiesta.

Naturalmente, en esta tarde tranquila de sol me daba cuenta de muchas otras cosas: de nuestras debilidades, por supuesto. Los burgueses catalanes somos los más civilizados y los más vulnerables de España, porque al menos conservamos los ideales en el armario; porque no los hemos despreciado, porque jamás hemos querido echarlos por la ventana del todo. Y si alguien se molesta en abrir el armario y nos los enseña, sentimos vergüenza de negarlos. En el resto de las burguesías españolas, casi todos los armarios están vacíos; en todo caso habrá en ellos alguna armadura o algún sobrepelliz de lujo. Cuando desde un cuartel o desde una sacristía preconiliar se los han señalado, también han sentido vergüenza de negarlos, y así ha sido la cosa.

María del Mar salió de la zona del sol, se alejó de la ventana y se hundió en las sombras respetables de la casa. Desde que yo volvía a vivir allí me acordaba muchas veces de Isabel y de su ambiente sórdido, me acordaba de los fantasmas de su calle y de los muertos en pie que la cruzaban los domingos por la tarde. Empezaba a preguntarme qué sentido tenía aquello, qué se podía esperar en un sitio así, y si realmente valía la pena cambiar algo. Fui también hacia el otro lado de la habitación, respiré el aire de las buenas cosas estables, me dejé bañar por aquella luz con todas las garantías conocidas. Así permanecí quieto durante largo rato, mientras cualquier testigo imposible habría pensado tal vez que tenía los pensamientos en blanco. Pero no era cierto; mis pensamientos estaban en rojo. Había perdido la última sombra de dignidad y estaba escupiendo sobre la estatua hecha de recuerdos que un día pensé dejar a los míos.

Me arrojé sobre María del Mar mientras ella chillaba ahogadamente; una puerta se abrió; no sé si la empujamos con el peso de nuestros cuerpos, si la vencimos con aquella fuerza de gravedad que solo pesaba en nuestros vientres. El pasillo, las sombras, los cuadros, las lámparas muertas... La visión giró en torno mío locamente mientras rodábamos por la alfombra. María del Mar seguía gimiendo en una especie de sollozo, me frenaba con sus manos, me rechazaba a mordiscos con sus dientes que yo no sentía, porque para mí eran dientes de carne. Las ventanas, el rayo de sol que moría en un ángulo, la geometría de un mueble que parecía saltar hacia nosotros como un perro al acecho. Yo buscaba su palmo maldito encima de las medias, hundía la lengua en sus labios, la aplastaba con mi peso y descubría que el peso forma parte de la posesión, de la victoria sobre la hembra. Las patas de los armarios, de las butacas, giraban en torno nuestro, se confundían con el color de las paredes, chocaban con la luz. María del Mar intentó arrastrarse, pero mi peso seguía venciéndola. La besaba con tal ansia que había metido mi lengua dentro de su boca. Mis últimos pasos de hombre con honor se habían perdido para siempre en los pasillos y ya no volverían a sonar nunca. Se estaban haciendo añicos todos mis retratos de niño colgados en las paredes de la casa. Apreté con mis manos los muslos de María del Mar, sus dos malditos palmos de verdad encima de la mentira de las medias. Todos los zócalos de todas las habitaciones bailaban al nivel de mis ojos. Las lámparas estaban a alturas inasequibles, la luz de las ventanas se había vuelto remota. Todo era distinto. Nunca había visto el aspecto inédito de la casa desde el suelo, desde mi perspectiva de sapo. Creo que fue entonces cuando mi hermana se puso a llorar, cuando se quedó quieta y con la cabeza vuelta a un lado, gimiendo, para que yo hiciese con ella lo que me diera la gana. Podía buscar en sus pechos demasiado caídos, morder en su cuello largo que aún conservaba el olor familiar de La Toja, romper a tirones sus bragas faja tan ceñidas que le clavaba las uñas en la piel, destrozarle los tirantes del ligero, buscar sus secretos de colegiala púdica. Estaba en mis manos su vientre de chica disciplinada que quisiera menstruar solo los domingos y evacuar a horas rigurosamente fijas para no perturbar su trabajo. Mi lengua borraba de la suya los gritos no dados y las palabras sugeridas. Dejaba los dedos

marcados en sus muslos anchos. Veía por primera vez la mata de su pelo que ella había criado a escondidas, un poco avergonzada, como una flor ligeramente fétida. El misterio de su ano, la cálida frontera de su intimidad estaban ante mis ojos. La membrana que cerraba sus entrañas (y con la cual sería totalmente destruida) se insinuaba en las profundidades de un triángulo sin vértice. Su carne palpitaba en aquel último rincón de sombras.

Las paredes se manchaban con mis dedos de niño perverso que se había pasado la vida espiando desde las esquinas. Si alguna vez tuve los ojos limpios, si hubo algún retrato de día de fiesta en el que yo miraba la luz, el retrato ya no existía y los ojos se habían oscurecido en cada puerta. La casa era distinta y remota vista así, desde el vientre de María del Mar, que a cada sollozo subía y bajaba como una excitante grupa. María del Mar lloraba desesperadamente y me dejaba hacer, lloraba de miedo y de asco, lloraba por su vergüenza y la mía.

De pronto, cuando ella me dejaba hacer y me bañaba los labios con sus lágrimas, fue cuando me vi a mí mismo, señorita Jou, cuando me encontré dentro de mis verdaderas dimensiones, cuando sentí de lleno mi importante calidad de perro. Seguí besándola, pero mi excitación disminuía porque ella era solo un cuerpo inerte, porque ya ni siquiera vibraba al sollozar ni hacía tremolar su grupa, porque yo estaba montando a la vez un maniquí de madera y un retrato de niña. Fue entonces cuando dejé de tocar sus piernas y aquella fiebre de mi vientre se extinguió, sin que hubiera pasado nada importante, sin que ni siquiera me hubiese atrevido a sacar de mis pantalones, señorita Jou, el esencial instrumento gracias al cual siempre podrán tener amos los obreros de la fábrica. Todo acabó como una ridícula frustración en un váter municipal o como un susto de sobón de sacristía. Aunque tal vez no fue del todo así, señorita Jou, ni demostré con ello que yo fuera impotente; quizá fue una de las últimas vergüenzas de auténtico hombre que he tenido en mi vida. Muchas veces lo he pensado y me he dicho que mi decisión de levantarme sin terminar tuvo algo de admirable, porque me pude sobreponer, porque intenté devolver a sus puestos los retratos familiares porque recordé mi nombre y porque un último latigazo de dignidad me cruzó la cara. O quizá fui idiota por poner la cara delante.

Cierto que ya era tarde, señorita Jou, desde muchos puntos de vista. Yo acababa de dejar en el suelo las manchas de mi piel de sapo; María del Mar sentiría siempre en su vientre el calor del semen que no brotó. Había sido un acto inútil en que lo perdí todo sin ganar nada, como ocurre siempre que uno no ve en el mundo más que las piernas de una mujer. Mientras estaba apoyado en la pared miré cómo ella se incorporaba, la vi gatear, la vi subirse las bragas de una manera violenta y casi ridícula, como una menstruante de urgencia. Su culo resbalando por la alfombra se acababa de convertir en un aparato simplemente eficaz y que había perdido toda su magia. Aquellas dos semiesferas tenían un no sé qué grotesco, de clase de fisiología o de vieja ilustración japonesa. Las piernas aún conservaban su misterio mientras se calzaba los zapatos perdidos, pero las ocultó enseguida. De repente, cuando estuvo de pie, frente a mí, se puso a chillar, se puso a abofetearme y a decirme que yo era un hijo de la gran puta. Dudo que midiera la calidad de sus palabras en ese momento. Estaba tan nerviosa que hasta temí que sufriera un shock, lo cual indica que, al fin y al cabo, era una estrecha. Aguanté media docena de bofetadas y luego me encerré en mi habitación, queriendo desaparecer. Ojalá hubiese podido saltar por la ventana. Ella me siguió insultando a través de la puerta, pero ahora en voz más baja: estaba llorando de nuevo. Se confesaba. Me estaba diciendo que yo era, o que podía haber sido, el porvenir de la empresa, porque una empresa como la nuestra necesitaba un hombre, y a ella, a María del Mar, solo se habían acercado los aprovechados, los mezquinos, los idealistas locos y los braguetas. Que por eso había intentado otra vez atraerme al seno familiar, que sin mí carecía de porvenir. Hablaba con voz rota, sollozando, mientras a intervalos golpeaba la puerta.

Pero quizá se había excedido en eso de atraerme —decía—, porque la cara ya debió rompérmela en la masía de Berenys. Porque entonces ya tuvo motivos para darse cuenta de la clase de bicho que era.

Todo eso me lo decía llorando, señorita Jou, con la cara apoyada en la hoja de madera, temblándole las piernas que ya volvían a ser misteriosas, moviendo la grupa que ya vibraba otra vez, quemándole la boca que quizá era ansiosa, que tal vez me acechaba de nuevo en los rincones del aire. Todo eso

lo oía yo apoyado en el otro lado de la puerta, sintiendo que mi vergüenza se diluía porque el deseo había nacido otra vez. María del Mar me estaba diciendo que yo jamás debí interpretar al revés su odio a Isabel, su deseo de que yo viviera con ellos y defendiera la empresa. Que yo había llenado la casa de asco y de vergüenza, de miasmas, de mierda líquida. Que no era más que un sobón de orinales. Que no tenía personalidad ni para buscar a una mujer a cien metros de distancia, porque las mujeres que estaban a cien metros me daban miedo. La había buscado a ella, la más cercana y más indefensa, porque solo me sentía seguro en mi puñetera casa. Todo eso me lo decía entre lágrimas, señorita Jou, mientras sin darse cuenta se frotaba contra la puerta. ¿Comprende? ¡Se frotaba contra la puerta una y otra vez! Yo la seguía sintiendo allí, como si todavía estuviésemos juntos. Tuve un espasmo, eyaculé sin tocarme y me puse a llorar también en silencio: sentía asco de mí mismo no ya solo por lo que acababa de hacer, sino porque a pesar de todo, a pesar de sus insultos, de sus lágrimas, a pesar de su garganta destrozada por mi nombre, yo, con todos mis pensamientos, seguía aplastándola.

ESTE PAÍS tiene cosas que no comprendo, cosas que dan asco, cosas que tienen que cambiar —dijo Mireia abruptamente, mientras el taxi dejaba atrás la calle de Valencia para enfilarse hacia la Rambla de Cataluña—. ¿Has visto a esos chicos prostituyéndose, esperando en la acera a que paren los coches? ¿Te has dado cuenta de que algunos son verdaderos niños? Se haga lo que se haga, siguen estando ahí.

Habíamos ido, con la asustada bendición de sus padres, a uno de esos cines donde los jóvenes ponen fechas al futuro, al cine Maldá, enclave del mañana en la Barcelona de ayer, que en los últimos años del franquismo ya había servido como telescopio para mirar desde el suelo las más lejanas estrellas políticas. El taxi nos remontaba ahora, a las dos de la madrugada, entre prostitutas jóvenes y sucias cuyos macarras vigilaban a pocos metros la productividad que hace grandes a los pueblos, y entre travestís que habían robado la última blusa de sus hermanas. Pero lo único que importaba a Mireia, lo único que le había impresionado eran las caras entre achuladas y dulces de aquellos casi niños que recibían la primera experiencia del mundo.

—Si aquí, en la Rambla, no quieren equivocarse con el género —dijo el taxista, que llevaba muchos años maldiciendo la ciudad—, no olviden esta norma: las que son mujeres van vestidas de hombre, y los que son hombres van vestidos de mujer. Chaperos aparte, que esos son otra cosa.

Yo, que también llevaba años pateando las horas secretas de la ciudad, susurré:

—Lo peor, Mireia, no es lo de esos chaperos. Lo peor son los que les controlan el trabajo. Algunas veces son sus padres, ¿no los ves? Pasean allí

entre las sombras. Fichan los lujosos coches que se paran, y a veces dan sobre la clientela su honrada opinión de cabezas de familia.

Noté que Mireia, con la mirada perdida y vacía, se había puesto a llorar en silencio. Mientras doblábamos por Córcega, a la izquierda, dijo un par de cosas sobre la basura del capitalismo, pero enseguida añadió que el socialismo no remedia la situación, sino que lo único que hacen los socialistas es poner a los chaperos un impuesto. A tantos clientes, tantos duros para remediar el déficit del respetable presupuesto público. «Hay que ir a una nueva y vieja solución, hay que aplicar la fórmula estalinista para meter a todos esos cabrones de padres en la cárcel, aunque luego los abogados pongáis el grito en el cielo mientras os llenáis la boca con los derechos humanos». Me acusaba a mí directamente, a todos los que hablábamos en nombre de la ley que no considera seres humanos a las víctimas, puesto que sus derechos no los tiene en cuenta jamás. «O hay que buscar fórmulas sociales nuevas —decía— que acaben con esta vergüenza».

—¿Te das cuenta —susurré— de que las fórmulas sociales nuevas tienden precisamente a que desaparezca el sentimiento de vergüenza, es decir, a que los actos sexuales se practiquen incluso en público y con indiferencia? ¿No dicen ya muchos, incluso con aburrimiento, que si un hombre renuncia a los hombres se pierde la mitad del mundo del placer?

—Tú eres uno de los que piensan que toda evolución es aún peor —me acusó Mireia—. Un abogado acostumbrado ya a las viejas fórmulas nunca cambiaría nada. Además, puede que la palabra «vergüenza» no sea la más adecuada. Lo que yo he querido decir es que hay que acabar con esa explotación.

—En ese sentido yo también soy estaliniano —dije.

—Pero tampoco se puede estar pendiente de la decisión de un solo hombre —objetó Mireia—. Nada de dictadores ni de seres iluminados. Hay que crear un nuevo tipo de sociedad; no sé cuál aún, pero hay que pensar en él. Y no se debe estar por tanto en contra de los que piensan.

Me lo decía apasionadamente, como si yo fuese un siervo o un fiel cumplidor (y en realidad lo era) de lo que muchos años antes habían pensado otros. Y confusamente me di cuenta, o más bien intuí, mientras llegábamos a

la penumbra de Enrique Granados, de que de algún modo Mireia había estado en contacto con Isabel durante aquel tiempo; de que la había visto; de que en alguna habitación cerrada Isabel le había proclamado su pedazo de verdad. O de que al asumir un poco el papel de Isabel Costa, Mireia se había ido transformando en ella misma sin darse cuenta, había sido su general Della Rovere en las calles y en las bibliotecas de la ciudad.

Pensaba en eso cuando un día después entró en el despacho mi nuevo cliente, mecenas de la confusión legal que hace prosperar a los tribunales y ennoblece a los jueces, becado Juan March de la mentira. Mi nuevo y milagroso cliente llevaba un Rolex de oro macizo y fumaba a todas horas Montecristos, ahora que los Montecristos han empezado a ser míticos y amenazan convertirse en un humo que no se inhala, sino que se enseña. Llegaba con un abogado igualmente milagroso, porque todos le conocíamos como consejero de compañías, sugeridor de jueces y discreto confidente de ministros. El abogado fumaba Partagás igualmente míticos, llevaba en la muñeca un Baume & Mercier y quién sabe si se picaba a las mismas secretarias que el otro, eso sí, por turno y dentro de un orden. De entrada ya me dijo, como una disposición del BOE:

—Ya ve por dónde, compañero, usted y yo vamos a ser socios.

A cualquier muerto de hambre le maravilla ser socio de un tío así, porque los tíos así siempre están en el camino de la riqueza, y a la larga incluso en el de la verdad. Con todo el entusiasmo de un meritorio de Banca, contesté:

—Por mí encantado, pero ya me dirá cómo.

—Muy sencillo, compañero, muy sencillo. Le presento al señor Antonio Conforto Lemos, gran cliente de muchos años y sobre todo gran persona. Por favor, señor Conforto, siéntese —añadió disponiendo del despacho.

El señor Conforto me dijo: «mucho gusto», y tendió la mano en un gesto con el que me perdonó la vida allí mismo.

—El señor Conforto tiene un problema, y yo no puedo llevárselo directamente, como comprenderá muy bien por lo que luego le explicaré —me dijo Bermúdez, el abogado-milagro, mientras se sentaba también ante la mesa—. ¿Usted fuma puros, compañero? ¿No? Bueno, no sabe lo que se pierde.

El señor Conforto me tendió uno de los suyos.

—Guárdelo para otro día —ofreció.

Lo guardé en plan de limosna. La vida me ha ido acostumbrando a eso.

El señor Conforto dijo:

—El señor Bermúdez le dirá.

Y el señor Bermúdez me dijo:

—Usted es una persona comprensiva y con mucho mundo, de modo que podemos ahorrarnos los circunloquios. Mi buen amigo y buen cliente está metido en un sumario, metido marginalmente, se entiende, en un sumario de lo más estúpido, tanto que parece mentira que en un país con tantos problemas se pueda perder tiempo y papel en una cosa así. Y es que usted ya sabe, compañero, que cuando hay paro, hay delincuencia, hay terrorismo, y hay crisis y además el Gobierno no hace nada, busca una fácil justificación metiéndose con la moral privada de las personas, que ese mismo Gobierno llama eufemísticamente «moral pública». Y este es el caso del señor Conforto.

—¿Qué pasa exactamente? —pregunté.

—Muy sencillo y sin rodeos, compañero, que aquí estamos entre profesionales. El señor Conforto estaba con un golfillo en su coche por la parte de Pedralbes una noche, hace poco tiempo. Un simple capricho pasajero, ya se lo puede imaginar usted: a veces uno se aburre de las cosas de cada día, sin que eso quiera decir que yo alabe lo otro ni mucho menos, ya me entiende —añadió poniéndose en plan de cruzado de la fe—. Y entonces van unos chorizos, que sin duda debían estar de acuerdo con el chaperero, y a punta de navaja van y le roban al señor Conforto cartera, reloj (menos mal que llevaba uno barato), documentación y coche. Como el coche era un BMW de los que inspiran confianza y se puede parar en cualquier sitio en plan no veas, hacen una razzia con él y en una hora atracan a ocho personas más en distintos puntos de Barcelona. Al día siguiente se les detiene; de los ocho atracos resulta que solo hay dos denuncias, pero el BMW aparece en el sumario y por tanto aparece también el señor Conforto. A él, si bien el chaperillo era muy menor de edad, no le acusan de nada, aunque forzosamente hubo de presentar denuncia y explicarlo todo. En un hombre

casado y de tanto prestigio como él, ya se dará usted cuenta de que eso es una tragedia.

—Sí —musité, meritorio en expectativa—, una tragedia.

—Cosas que pasan en esta ciudad —dijo con una sonrisa de desprecio el abogado-milagro—, aunque naturalmente he recomendado al señor Conforto que ponga en práctica algunas medidas elementales. Por ejemplo, rectificó su primera declaración ante la policía, diciendo luego ante el juez que el BMW lo conducía un empleado suyo con el debido permiso (tampoco hay que complicarle la vida a ese buen hombre), y el empleado ha dicho también ante el juez que efectivamente era así. De ese modo el señor Conforto figura en un atestado policial que ha sido incorporado al sumario, pero las cosas deben terminar aquí para el señor Conforto, entiéndame bien. Deben terminar. Él es simplemente el propietario del coche y dormía mientras otros lo estaba usando. Tragué saliva.

Siempre, en esas ocasiones, se me seca la boca.

—El empleado de quien me hablan —susurré—, ¿es casado?

—No, hombre, no —dijo riendo el abogado-milagro—. El señor Conforto pide solo una ayudita sin perjudicar, y además la paga.

—¿Y el juez? ¿Aceptará una rectificación que no hubiera aceptado ni yo, una finta digamos que... tan oportuna?

—La ha aceptado ya.

—Pues entonces —objeté yo, con miedo de que se me fuera el milagroso asunto—, si el señor Conforto tiene casi resuelto el problema, ¿en qué puedo servirles yo?

—Muy sencillo, compañero. El empleado del que le acabo de hablar —depositó sobre la mesa un sumario sacado de una cartera de piel de cocodrilo— necesita un defensor, y por razones obvias no puedo ser yo, puesto que todo el mundo sabe que soy el abogado del señor Conforto, y la gente haría demasiadas suposiciones: «Mira, el señor Conforto en el sumario y su abogado interviniendo con toda la artillería. Demasiado interés hay». No, no es eso, compañero. Lo que hace falta es que en el asunto, cuando se ventile, intervenga un abogado que nada tenga que ver con el señor Conforto y que esté a la altura del empleado cuyos datos figuran ahí —me señaló el sumario

y cerró la cartera con un elegante *tlic*. Inmediatamente, sin transición, añadió —: Perdone, eso no significa de ningún modo un demérito para usted. Al contrario, el hecho de que el señor Conforto le otorgue su confianza indica que usted tiene muchas, pero muchas posibilidades. Y el hecho de que usted esté ahora, digamos, a la altura de un empleado, no significa nada negativo. En realidad, visto desde otra perspectiva, está usted a la altura del propio señor Conforto, es decir, y lo proclamo sin falsa modestia, a la mía.

Intenté tragar saliva otra vez.

Ahora sí que tenía la boca seca.

Han buscado al abogado más mierda de Barcelona, pensé. Seguro que el empleado que da la cara es además marica.

Pero el asunto estaba allí.

Era un asunto turbio y por lo tanto podía apretar en él.

No seas maníaco depresivo, pensé a continuación. Nadie te ha insultado. Te han venido a buscar ellos. Tú vales. No te echas tierra encima tú mismo.

Con gesto de hombre que se está integrando —un gesto que me salió redondo—, dije entonces, mientras tendía la mano hacia el sumario:

—A ver, señor Conforto, con su permiso, echemos un vistazo a todo esto.

S EÑORITA Esther Jou, 7, jueves

Una de las cuestiones que debía resolver, como le he dicho, era la del Prado. Del viejo grupo ya faltaba el Costa, que estaba en el hotel Entenza meditando sobre las verdades eternas. El Rodríguez casi no paraba por la fábrica, ya que le habían destinado a trabajos de calle y por lo tanto no originaba problemas. El Milanés se había ido. Pero quedaba el Prado, y el Prado era un mal ejemplo constante porque siempre criticaba a la empresa y además llegaba tarde al trabajo. Por supuesto, el departamento de ideas cuidó de que hombres como el Prado no pudieran ser elegidos enlaces sindicales, ya que entonces la cuestión hubiera sido grave. Por ello, en las primeras elecciones secretas que hubo desde mi intervención se distribuyeron a los votantes papeletas con los nombres impresos de los que debían resultar elegidos. El papel era ligeramente más oscuro que cualquier otro, y de esa forma se veía, ya en el momento de votar, si el productor tal o cual había empleado la papeleta reglamentaria o bien la había sustituido por otra. Los diez o doce que se arriesgaron a hacer eso fueron identificados inmediatamente. Claro que hubo algún resentido que empleó nuestra papeleta tachando los nombres, o incluso poniendo alguna obscenidad, pero entonces los votos fueron anulados con toda la razón del mundo y dentro de la más legítima democracia. En fin, se obtuvo el resultado que la empresa necesitaba para defenderse de los que la estaban atacando. Era, después de todo, una cuestión de ser o no ser, una honrada tentativa de supervivencia.

No obstante esa feliz marcha de los asuntos, he de decirle que el caso del Prado seguía inquietándome. Era un hombre lo bastante inteligente para

crear, con oportunidad, problemas graves, y yo, al revés del padre, no desprecio la inteligencia. Por otra parte, era amigo mío. Yo soy muy sensible a la amistad, señorita Jou, pero me iba dando cuenta de que hasta eso hay que someterlo a ciertos límites, uno de los cuales puede ser la necesidad de defender el trabajo de centenares de hombres. Si el Prado creaba disturbios, ellos serían los primeros en perder; mi obligación consistía en velar para que eso no ocurriera. El Prado era una de las viejas sombras rojinegras que me habían acompañado durante años, que me habían hecho conocer el mundo de las calles de Santa Amelia, Tapiólas o del Dante; usted lo sabe; me había introducido en el mundo de los niños sin niñez, de los empleados sin domingos de sol y de las chiquitas con el virgo puesto a precio; el Prado — justo es admitirlo— me había hablado con absoluta sinceridad de problemas tan altos como el de las inversiones de nuestras cajas de ahorros, las de los extranjeros en España o la enseñanza universitaria, tan bajos como los albergues nocturnos y las prostitutas que buscan en los portales un pedazo de pan mientras sus hijos esperan solos junto a las ventanas que se van haciendo negras. El Prado, señorita Jou, era un perfecto conocedor de habitaciones con derecho a cocina y de salas generales en el Clínico o el hospital de Infecciosos.

El Prado era en aquellos tiempos, señorita Jou, un hombre de los que miran en línea recta, de los que no tiemblan ante ninguna amenaza ni se enteran de ninguna reticencia. Yo creo que siempre que entraba en un despacho no distinguía a su ocupante, sino que veía tan solo sus propios ideales colgando de las lámparas. Su camino en la vida iba hacia un hombre muy lejano y muy perfecto, al cual quería alcanzar. Veía a ese hombre detrás de puertas cerradas, lo escuchaba en las calles solitarias. El Prado jamás imaginó a ese hombre pasando por caja o fornicando con una mujer, y de aquí que en cierto modo él fuese tan inhumano. Podía convertirse en un mal enemigo para la empresa, cosa que el padre había intuido bastantes años atrás; yo, con un lamentable retraso, me estaba dando cuenta ahora. Los hombres que tienen su otro yo situado muchos pasos delante siempre me han inquietado, señorita Jou. Casi me han dado miedo.

Por otra parte, si la memoria no me falla, señorita Jou, fue entonces

cuando usted empezó a tener problemas financieros con su agencia. No me sorprendió, puesto que la publicidad es un negocio difícil donde se suman el arte, el dinero, la oportunidad y el cinismo, como en todas las grandes actividades humanas. Usted conocía la ciudad, pero le faltaba saber eso otro. Por lo tanto, pequeños mercaderes del timbrazo a fecha fija empezaron a llamar a su puerta y a anotarla a usted en calendarios privados; voces confidenciales dieron su nombre en las ventanillas de los bancos; la maravillosa sociedad de consumo a la que usted servía no le perdonó su fracaso ni el haberle tomado mal las medidas, el haberse equivocado con ella. Si la memoria sigue sin fallarme, fue entonces también cuando usted peregrinó poco a poco a los santuarios del dinero, llevando encima de los hombros, señorita Jou, su cruz de papeles protestados. Quizá pensaba que entre todos podríamos ayudar a sostenerla, puesto que éramos sus amigos.

En uno de los santuarios estábamos mi padre y yo, que veíamos entonces el futuro con una total seguridad y pesábamos a ojo las cruces de los otros. Por eso usted aguardó en nuestras antesalas, respiró nuestro aire, oyó los timbres que ordenaban nuestro mundo. La recuerdo un poco más blanca que en los primeros tiempos, cuando inauguró su agencia entre jóvenes esperanzados que leíamos a Marx y a Galbraith, olvidando que lo que debería haber hecho era llenarla de comisionistas que no leyese a nadie. Muchas veces ha vuelto a mis recuerdos su figura ya un poco cansada, ya un poco caída hacia delante, aunque usted siempre logró cruzar las piernas con elegancia y reír con optimismo. Cambiaba de vestido frecuentemente, pero algunas de las piezas no le sentaban bien, de lo cual deduje que las había pedido prestadas a sus amigas, pensando que quizás aquellos vestidos harían de usted la publicidad que usted no había sabido hacer de los otros.

Creo que su lucha fue heroica, señorita Jou, porque jamás suplicó, jamás intentó darnos lástima ni confesó sus apuros. Al contrario, un soplo de optimismo parecía entrar con usted, y entre sus problemas de cheques y de vencimientos aún sentía el impulso de hablarme de lo que habían significado Neruda y el presidente Allende, del filósofo Lukács o el profesor Sacristán, al que habíamos tenido tan olvidado y tan cerca. Si nos pidió dinero, lo hizo con dignidad y sin bajar la cabeza. El padre, prisionero tras las ventanas a las que

ya no llegaban los pájaros, siempre se lo prestó. Le avalaba letras, le facilitaba descuentos en los bancos y hasta habló por teléfono con algún acreedor rabioso. Yo fui testigo de su lucha, señorita Jou, y algunas veces visité su agencia para darle consejos sobre facturación, mientras usted me escuchaba en silencio y la luz se iba haciendo triste al llegar a las paredes cada vez más grises, a las mesas cada vez más desiertas.

¿Pero qué le voy a decir que usted no recuerde? El teléfono ya apenas sonaba en las habitaciones casi vacías donde trabajaban solo un par de muchachos y un contable excitado que constantemente le estaban enviando notas de alarma. Con el padre hablábamos mucho de fichas de producción, análisis de costos y números rojos, sin todo lo cual, al parecer, no podía marchar un negocio solvente; pero en su agencia no se hablaba ni de eso. Solo de atender los pagos más apremiantes, lo cual era tanto como seguir sobreviviendo a pesar de todo. Y sin embargo, usted aún se fijaba en la luz, aún me hablaba de las tardes de Barcelona, que solo tienen calidad en otoño, y sabía pasarme a través de la mesa los últimos libros de actualidad que llegaban de Francia, libros en los cuales —decía usted— podíamos encontrar el aire limpio de Europa. En su actitud latía un esfuerzo desesperado para no dejarse arrastrar por las fichas y los números rojos, para no perder del todo su facultad de ver los pájaros libres, que iban a estrellarse contra las ventanas. ¿Pero necesito decirle que también eso iba muriendo, señorita Jou? ¿Necesito hablarle de su expresión a veces angustiada, que se oscurecía un poco cada tarde?

Creo que nunca la he admirado tanto como entonces, porque me daba cuenta de lo que significaba su lucha. No quería venderse del todo, como no se habían vendido ni Costa ni Rodríguez, ni el taciturno Prado. No crea que no me daba cuenta de eso, lo cual significaba que quizá tampoco yo me había vendido del todo. Y probablemente así era, señorita Jou. A veces aún me quedaba detenido, absorto, en los lugares más insospechados, desde la entrada de una calle al patio de un taller, y me preguntaba bruscamente dónde estaban mis fuerzas morales: qué significaban los otros para mí y yo para los otros. Qué era esta sociedad donde no existe ningún concepto que nos ligue a los demás. ¿Por qué la gente había tenido que acordarse otra vez, bajo el

franquismo, del derecho de asilo, y se encerraba en las iglesias como en los oscuros siglos de la Edad Media? ¿Es que a mí no iba a importarme nada de eso? ¿Hasta qué punto podía vivir sin pensar en los que nos rodeaban?

A veces hasta me detenía a pensar todo eso en los pasillos de la fábrica, no solo en las calles o en los talleres ajenos. Cuando no quedaba nadie en ella, cuando la sombra del padre parecía borrarse y todas las cosas adquirían para mí un aspecto distinto, que me liberaba, solía preguntarme cuál era mi camino y hasta qué punto había perdido la conciencia de mí mismo. Pero jamás encontré ninguna respuesta mirando en torno, porque las dos únicas leyes que estaban escritas en las paredes eran la del máximo beneficio y la de la máxima indiferencia. Usted no sabe hasta qué punto era penoso constatar eso y no encontrar ayuda en nadie. No sabe lo que significa para un hombre como yo, que aún no, había cerrado el armario de los ideales.

Claro que podía ayudarme Prado, pensará usted. En él podía encontrar respuestas, y si de verdad creía en un mundo mejor estaba en mis manos permitirle que arreglara conmigo la pequeña parcela de la fábrica. Pues bien, así lo hice. No crea usted que me había vuelto de espaldas y que me negaba a oír las viejas voces. Claro que la cosa fue más complicada de lo que parecía ser a primera vista.

Le llamé un viernes por la noche, cuando se había producido una cierta calma en el trabajo, pero le llamé no por hablar en general, sino por un motivo muy concreto. La situación había llegado a un punto de crisis más allá del cual ya no estaba dispuesto a ir. Lo había decidido.

Prado, ya lo sabe usted, tenía su clan, su grupo, sus eternos aspirantes al motín de Riego. En los últimos tiempos, el clan se había unido de tal modo que formaba un bloque agresivo y compacto, ante el cual ya no se podía transigir. Con motivo de cualquier despido, de cualquier sanción, de un simple expediente abierto a un compañero, ocupaban el taller y se declaraban en huelga de brazos caídos, enfrentándose a nosotros en plan de resistencia pasiva. Y al frente de todas esas intentonas, de todos esos fracasos —pues duraban solo un par de días, como no podía ser de otro modo—, estaba siempre Prado con su bandera roja sacada de un museo. El Prado se la jugaba cada día sin pensar en el dinero; yo creo que soñaba con un museo Carnavalet

de suburbio donde estuviese su busto en cera junto a la puerta, una puerta sin taquilla, no faltaría más.

Por supuesto que el padre pensaba en despedirle, ya que tenía cien motivos para ello. Y le escribió la correspondiente carta. Con el Prado y los suyos habían fracasado todos los sistemas habituales, pues estaban muy unidos, cosa extraña en nuestra geografía social, y obraban como un conjunto disciplinado y coherente. Los distribuimos en otras secciones para separarlos, pero entonces esparcían infundios por toda la casa. Tenían una habilidad especial para hacerse seguir, para hacerse creer. Y yo sabía por qué: como lo habían sido para mí, las palabras del Prado eran entrañables para muchos otros.

El padre y yo llegamos al fin a la conclusión de que era un mal menor tenerlos juntos, y por último hubimos de tomar una decisión amarga, tras un lento domingo por la tarde, cuando en los barrios de la ciudad, que yo tan bien conocía, la tristeza subía desde las calles y llegaba al fondo de las habitaciones de los niños. (Pero maldita sea..., ¿es que puede pensar uno siempre en los niños de las ciudades? ¿No hay bastante con hacer marchar el trabajo, del que al fin y al cabo depende todo?). El padre y yo decidimos que la carta de despido fuese enviada en primer lugar al Prado, y luego a los demás recalcitrantes, pero a razón de una carta cada cinco semanas, para impedir la formación de cualquier bloque compacto. La gente que no se siente atacada, ya lo sabe usted, tampoco se une para defenderse. Enviamos la carta el mismo domingo, pero el lunes yo ya había cambiado en parte de opinión, porque aquello no acababa de parecerme decente. De todos modos esperé para llamarle hasta el viernes por la noche, como acabo de decirle. El Prado no dijo nada, como si no hubiera recibido la carta, pero cuando entró en mi despacho estaba hecho una furia.

Yo pensé que era por lo del despido. Resultaba más lógico, ¿no? ¿Qué hubiera hecho cualquiera?

El Prado se sentó ante mi mesa y dijo bruscamente:

—Tienes que hacer algo.

—¿Sobre qué? ¿Sobre el despido?

Yo creo que ni me oyó. Se encogió de hombros.

—Hoy ha vuelto aquella mujer —dijo—. Estaba enferma, pero ha vuelto. Se me ha plantado entre las paredes.

Temblé un momento, pensando en la Encarna, de la que le hablaré. Con aquella clase de gente podía pasar cualquier cosa. Nunca se sabía... Pensé también absurdamente en una mujer desconocida, en un fantasma lejano, en algún recuerdo obtenido de una novela policíaca.

Pero el Prado se inclinó sobre la mesa, casi con avidez, y añadió:

—Tienes que ayudarla. Se trata de la Altares, la que fregaba el suelo en la sala de máquinas. Tiene una niña de ocho años y la lleva a un colegio cerca de su casa, no me acuerdo bien si es Castelldefels, Gavá o un sitio de esos. Paga ochocientas al mes. Ochocientas, fíjate, para un mujer que cobra lo que ella cobra. Y el otro día va y no tiene planchada a tiempo la bata de la niña. «Bueno, irás más tarde» —le dice—. «Yo te acompañaré para que no te riñan». Y entonces la niña se le pone a llorar. «¿Pero qué te pasa? ¿Por qué lloras?». Y la niña va y le dice: «Pues porque los que llegamos tarde tenemos que estar en la clase de pie, porque no hay sitio». Fíjate: he podido averiguar que hay más de treinta niños de esa edad de pie toda la mañana o toda la tarde. Y pagan ochocientas pesetas cada uno. ¿Y sabes por qué no se edifican más colegios en esa maldita población? Pues porque el ayuntamiento franquista no encuentra terrenos. Solo existe ese colegio, ese negociazo infecto. ¿Y por qué no encuentran terrenos ni los encontrarán nunca? Porque el colegio pertenece a un concejal. Bueno, y ese es un ejemplo. Como el de las casas que se hunden por las obras del metro sin que nadie dé explicaciones a nadie. Como las expropiaciones. El que te cuento es el «caso de hoy», como los que expone Caritas, pero a lo largo y lo ancho de España hay miles así cada semana. ¡Miles así al día! Llevo años y años sin escuchar una sola verdad. ¿Y sabes qué te digo? Tú tendrías que hacer algo, porque en el fondo te conviene que esas cosas no sucedan. Te conviene que a la gente le falten motivos para morderse los puños de rabia. Pero no puedes. El sistema' tiene sus reglas, y tú las respetas. Te imponen silencio y tú lo aceptas. Sabes que son esas reglas las que te permiten vivir.

Ya me estaba acusando, como siempre; me hacía responsable de todos los males del país. Hice un gesto brusco y le pregunté por la carta de despido.

—Supongo que la recibiste —dije.

—¿La qué?...

—La carta de despido.

Se quedó mirándome como si no me hubiera entendido bien. Luego pareció recordar. Al fin dijo, mientras la sacaba del bolsillo.

—Ah, sí, la carta de tu padre.

—Bueno, de mi padre. ¿Y qué?

Me miró con asombro, como si no entendiera.

—Pues eso: tu padre —dijo—. Es de él, no tuya. Tú le dices que la anule y en paz. Al fin y al cabo en ese terreno estás con nosotros. Siempre nos has parado los golpes bajos.

Moví la cabeza lentamente, mientras sacaba del bolsillo unas gafas negras y me las ponía. Pocas veces las había usado fuera de la fábrica. Entrelacé los dedos sobre la mesa y estiré las piernas. Suspiré con cansancio. Pero se estaba bien en el despacho, entre aquella paz, en mi mundo conocido, mientras la ciudad aullaba a lo lejos.

—No es un golpe bajo, Prado —le dije—. Es un acto meditado y en el cual, por desgracia, he tenido que intervenir. Estoy de acuerdo con lo que expone la carta. Tienes que irte (no dije una palabra de los que se irían más tarde, pues era estúpido que descubriera mi juego. Yo, señorita Jou, tenía que defenderme). Las cosas han llegado tan lejos que ya no pueden seguir así. Por el bien de todos, repito que debes irte.

El Prado seguía mirándome con asombro. A veces era ingenuo, tanto que en cierto modo llegaba a conmoverme. Era ingenuo porque creía en mí. Era ingenuo porque creía en el pueblo bueno, porque creía en el pueblo fiel capaz de seguir a un hombre que solo llevase un fusil antiguo, una poesía y una bandera. El Prado pertenecía a esa raza nunca extinguida de los que sueñan en los votos libres y en los parlamentos justos. Para él, sus mismos asuntos personales no tenían importancia. Le confieso, señorita Jou, que en ese momento me dio lástima.

—¿Tratas de insinuar que estoy despedido? —murmuró—. ¿Que lo que dice tu padre lo apruebas sin reservas? ¿Que todo eso es cierto?

—Puedes ir a Magistratura; son muy rectos.

Me seguía mirando como si yo le hablase de cosas de otro planeta, de hechos que jamás tendrían sentido entre los dos.

—¿Magistratura? —dijo con un hilo de voz.

—Claro... Todo despedido, con causa o sin ella, tiene derecho a recurrir. Nadie queda desamparado. —Pero eso es...

—Eso es lo justo, Prado. Si tienes razón te la darán. Yo no me opongo a que la verdad triunfe, como realmente ocurre siempre.

Él meneó la cabeza.

—Tú sabes perfectamente que no iré a Magistratura para un asunto propio —dijo—. No puedo citarte a declarar, decir que mientes, contarle a todo el mundo que hemos dejado de ser amigos... En fin, proclamar que he dejado de creer en ti.

—Es que no necesito que creas en mí —murmuré suavemente.

Noté que su cabeza sufría una leve sacudida.

Con voz opaca, mientras la luz de la pantalla partía en dos su cara, cada vez más pálida, musitó:

—¡Por favor! ¿Qué te pasa?

—Nada, hombre, no me pasa nada... —susurré mientras acariciaba la montura de mis gafas—. Simplemente que esta vez estamos de acuerdo mi padre y yo. Es en beneficio de todos. La paz y el orden son indispensables para que la gente se gane el pan, y si tú siguieras aquí habría que despedir a muchísima gente, a casi toda una sección. Es necesario que evitemos eso, y es necesario que tú no perjudiques a tus compañeros.

El Prado paseó por el despacho una mirada errabunda, como si lo viera por última vez. Me di cuenta de que estaba asustado. ¿Cuántos años llevaba el Prado en la casa? Dios santo, ni yo lo sabía. Lo había conocido siempre allí, con el Rodríguez y el Costa. Quizá trabajaba desde los catorce años. No conocía otro ambiente que aquel, a pesar de todo. El mundo de nuestra fábrica era su mundo, y no hubiera sabido moverse en ningún otro. Llevaba aquella limitación clavada en su destino.

Yo lo sabía. Y con otros hombres había aprendido a utilizar aquella limitación.

—Verás... —me dijo—. Todo eso es absurdo. Yo no soy viejo, ni mucho

menos. Podría encontrar trabajo en otro sitio, claro. Pero me llevaría tiempo y no sabría amoldarme. En realidad, no he estado en ningún otro sitio fuera de aquí. Hay momentos en que ya no se trata de dinero, ¿sabes? Es que a uno le asusta lo desconocido. Si tú quieres, podemos hablar de todo este asunto, podemos discutir... Pero no me pongas cartas de despido por delante ni me juzgues en virtud de una idea previa. Eso no sería lícito.

Me encogí de hombros.

—Tú eres muy afortunado —susurré— y yo soy muy desgraciado, te lo digo sinceramente. Tú puedes pensar en lo lícito mientras que a mí, en beneficio de todos, no me está permitido siempre eso; yo tengo que pensar en lo útil. Y además no te juzgo en virtud de una idea previa, sino en virtud de cien hechos concretos. Has estado trabajando contra los que te daban de comer. Si no te sentías ni un poco identificado con la empresa que te daba para vivir, debías haberte marchado antes.

Le estaba atacando con sus propias armas; y lo hacía conscientemente. Si al Prado le disparaba argumentos de la vida práctica no le convencería nunca. En cambio, los argumentos del mundo moral, del armario donde yacían las banderas, le dejaban aplastado enseguida. Me preguntó con voz tímida si por un momento yo había llegado a pensar que él me traicionó queriendo hacerlo.

—No; queriendo hacerlo tal vez no, Prado, pero el caso es que lo has hecho. Todos dependemos de nuestro trabajo y, en definitiva, de la empresa que nos lo organiza. Sin ella, que piensa por nosotros, no seríamos nada, no sabríamos dónde encontrar un trabajo, un jornal y una paz. Por tu culpa es posible que algunos compañeros ya no puedan confiar en eso. Pero, en fin, yo arreglaré todo lo que esté en mi mano.

—¿Lo de los compañeros?

—Sí, lo de los compañeros sí. Lo tuyo, desgraciadamente, no puedo arreglarlo, Prado.

Noté que no iba a resistirse.

Hundió los hombros y musitó:

—No, no iré a Magistratura; no lucharé contra ti. Buscaré trabajo donde sea, pero dime honradamente una cosa. Solo pongo una condición, ¿sabes? Dime honradamente una cosa.

—Siempre he sido honrado contigo —aseguré—. Naturalmente que voy a decírtela.

—¿Va a haber otros despidos?

Alcé un poco la mano derecha y encajé mejor sobre la nariz las gafas negras.

—¿Despidos? —retruqué—. ¿De quiénes?

—De compañeros... De los que están conmigo. Sé muy bien que a veces habéis empleado la táctica de la paciencia. Hoy este, dentro de dos meses aquel... De este modo la gente pierde el instinto de agruparse y de formar un comité de defensa... Cada uno piensa que las piedras caerán en la cabeza del otro.

—Comité de defensa... ¡Qué palabra tan pasada de moda!...

—¿Por qué? Se emplea en toda Europa.

—Me suena a Europa del siglo diecinueve, no sé qué decirte... En fin, de todas formas me ocuparé de eso, ya te lo he dicho. No habrá más despidos.

Hice un gesto amplio, alzando los brazos al cielo, mientras exclamaba:

—¡Trata de comprenderlo, por Dios!...

Tuve otra vez la sensación de que seguía sin escucharme. De que veía solamente a sus amigos. De que veía a alguna mujer enferma metiéndose entre las paredes como una sombra.

—Prométemelo —dijo con la mirada fija—. Prométeme que no habrá más despidos.

—¿Es que no te fías de mí?

—No me fío de tu padre.

Moví la cabeza pesarosamente, sintiéndome incomprendido. Pero al mismo tiempo aquello me halagaba un poco, porque no se fiaba del padre, pero se fiaba de mí. Yo estaba moralmente obligado a no defraudar a nadie, cosa que al fin y al cabo había estado pensando ya desde el lunes al viernes. También había pensado lo que debía hacer, pero no acababa de verlo fácil. Las últimas palabras de Prado, en cambio, me lo simplificaban todo.

—Mira —dije—, haremos una cosa. He dado vueltas al asunto y quizá no te falte razón, pero no puedo ensayar en la fábrica según qué sistemas. De esto te harás cargo fácilmente, ¿no? Hay que producir cada día y no estar para

cuentos. Las estructuras no lo admiten.

—Las estructuras... —dijo él, con una sonrisa mitad cansada mitad burlona.

No le hice caso porque estaba acostumbrado ya.

—Vamos a crear un departamento piloto —indiqué sin mirarle—, en el cual no estaremos sometidos a tantas normas. Hace tiempo que tenía esa idea, pero me faltaba una oportunidad. Creo que ahora la tenemos los dos, ¿no? Va a existir una posibilidad que no sé si debemos desperdiciar, Prado.

—Hablas como si estuvieras de acuerdo conmigo en todo. Como si las cosas fueran igual que al principio, cuando tú te marchaste de esta casa.

—No hay razón para que no sean como al principio —dije sinceramente—. Siempre que ha sido necesario enfrentarse a mi padre para defender una causa justa, no me he echado para atrás. Te anticipo que lo de la carta de despido me parece razonable, pero toda la semana he pensado que uno no puede hacer tan solo cosas razonables durante su vida entera. Por lo tanto vamos a pensar por un momento no en lo que es, sino en lo que debe ser.

Mis ojos incluso se habían humedecido un poco. Me quité las gafas negras.

—¿A qué te refieres? ¿Qué es lo del departamento piloto? —me preguntó él.

Noté que estaba excitado. Bueno, en realidad yo también lo estaba, y le juro que en este momento yo era sincero, señorita Jou, como casi siempre. Porque si se fijó en las circunstancias de mi relato, se habrá dado cuenta de que he sido sincero la mayor parte de mi vida. Muchas veces, y la cosa tiene gracia, han acusado de eso a los de mi mundo: de que aun siendo sinceros no se nos puede perdonar.

Miré al Prado en línea recta.

—El departamento piloto tendrá autonomía propia —dije—. Vosotros causaréis baja en la empresa y entraréis en él en las mismas condiciones que teníais hasta ahora, pues lo de la antigüedad ya lo arreglaré en un sobre aparte. Se asignará para el funcionamiento de esa nueva empresa un capital similar al que tienen las otras secciones, pero os governaréis vosotros mismos. Quiero decir que estableceréis vuestros horarios, vuestras normas,

vuestra disciplina, todo... Aunque no se trata de socializar parte de la fábrica, claro, Tendréis que sacar adelante una producción y responsabilizaros de ella. Tú siempre has dicho que el sistema socialista de producción es mejor que el capitalista. Vamos a verlo.

El Prado me miró al principio con inquietud; luego con entusiasmo; al fin, con una serena decisión. Mientras se ponía en pie, susurró:

—No te defraudaremos, te lo prometo. ¿Pero serás capaz de hacer todo lo que dices?

—Claro que sí. Lo que yo digo lo mantengo en cualquier circunstancia. Dalo por hecho.

—Entonces, ¿puedo hablar con todos los de la sección?

—Por supuesto, mañana mismo.

—¿Ganarán igual que ahora y podrán organizar la producción con métodos democráticos?

—O con métodos comunistas, me es igual. Vosotros estáis ligados a la política de las palabras y yo estoy ligado a la política de las cosas. Solo venís obligados a mantener el ritmo de producción que mantengan las otras secciones, ¿entiendes? Vosotros seréis una empresa aparte, aunque se os pagarán los impuestos, radicaciones, seguros, etcétera. Lo que produzcaís se os abonará por el total actual de vuestros salarios y primas de producción, cantidad que podréis distribuirlos de la forma que os dé la gana: o sea, que si queréis establecer un sistema en el que todo el mundo cobre con arreglo a sus necesidades, puedes hacerlo. No es cosa mía —me permití una pausa, mientras me levantaba, y añadí—: ¿Peligro que correréis? No lo sé, toda decisión lo entraña. El capitalista que siempre criticáis trabaja con el peligro, al fin y al cabo, de modo que parecería ridículo que no quisierais aceptarlo vosotros. Pero yo creo que el riesgo fundamentalmente consiste en no poder servir el material al que estáis obligados. El mismo material que servís ahora.

—¿Eso? ¡Claro que lo conseguiremos! —gritó el Prado—. ¿Pero qué te has creído?

—Mejor. En ese aspecto lo doy por resuelto, si tú lo dices. Pero si la producción baja, también bajará lo que percibáis por ella, y entonces habrá problemas.

—¿Problemas? El del dinero dalo por inexistente, ya que rendiremos más que nadie. Pero la forma jurídica, ¿qué? ¿Cuál tendríamos?

—Pongamos una cooperativa. Una cooperativa depende del trabajo de sus miembros. Si eso falla, y tú lo sabes bien, fallará todo.

—¿Pero cómo ha de ir mal? —dijo él, mientras daba unos pasos por la habitación—. ¡Si lo único que la gente pide es una oportunidad! Naturalmente que irá todo bien. Hablaré con los compañeros mañana, y el lunes firmamos el acuerdo. Porque habrá un acuerdo escrito, supongo. A muchos compañeros, solo con palabras ya no se les puede convencer. Eso debes comprenderlo.

Hice un gesto afirmativo.

Pocas veces lo había visto tan seguro de sí mismo, pocas veces me había sentido yo tan cómodo, mientras la ciudad seguía aullando a lo lejos.

—Claro que habrá un acuerdo escrito —dije al cabo de unos instantes—. Claro que lo habrá, hombre. Lo encargaré a los abogados mañana mismo. Bueno, a los abogados no... ¿Para qué? No hace falta, tratándose de un asunto entre amigos. Lo que me preocupa es otra cosa, ¿sabes? Lo malo de ser yo la empresa y no los que trabajan en ella, es que luego estas cosas no te las agradece nadie. Anda, vamos, Prado. Aún nos queda tiempo de tomar una copa.

Recuerdo muy bien que, con motivo de un aniversario de la empresa, hice celebrar una fiesta en la masía de Barenys. Ciertamente, señorita Jou, que si hemos de ser sinceros, tal vez no fue una fiesta, sino una especie de visita cultural y folclórica en la que no faltaron las sardanas ni los niños que ofrecían a las señoras ramos de flores del país. Esas cosas siempre hacen que la gente se sienta identificada con los espíritus que dejaron sueltos sus padres, usted me comprende. Como varias veces los ejecutivos habían comido a nuestra costa y habían tenido que escucharnos a la suya en los restaurantes milimetrados de la ciudad, esta vez los llevamos al aire libre. Yo soy partidario, señorita Jou, ya lo sabe usted, de los sentimientos familiares a fecha fija, ya que uno no puede prodigarlos todos los días del año, aunque los sienta, porque se perjudicaría la buena organización. En la masía de Barenys nos abrazamos de nuevo con los pioneros de la fábrica, conocimos a sus nietos y, hablamos de

los culos de sus hijas con las palabras más discretas que el país ha dado. Advertí lo mucho que habían aumentado algunas familias gracias a la estabilidad social del Régimen. Vino empleado que tenía seis hijos. Solo con que tres fueran suyos, había que ver los hartones de fornicar que se había dado el tío. Vinieron los viejos vampiros que durante siglos habían robado a la empresa, y los alevines ya llenos de plumas negras que esperaban ocupar sus puestos. De momento me miraban con timidez, me invitaban a fumar rubio pagado a plazos y me decían continuamente: «Perdone, señor». Pero al margen de eso, en el fondo yo me sentía hermano de todos, señorita Jou, y creo que fue una gran fiesta; la empresa adquirió categoría de símbolo para muchos que no creían en ella.

Si le dijese que ya la consideraron unida para siempre a cierto paisaje y a cierto aire del país, creo que no me equivocaría.

Ah... También estuvo el Prado, señorita Jou. El Prado vino con sus fieles en un Renault escacharrado que hubiera podido servir para una película de José María Forn y que les dejó tirados en medio de una curva.

¿Pero qué voy a decirle, si usted también estuvo? Usted recuerda aquella hora gris, muerta, que vino después de la comida y del discurso del padre hablando de la gran familia proyectada hacia el futuro que todos habíamos llegado a ser. Recuerda a los abuelos, a los pioneros de la fábrica, a los vampiros ya exangües que no sabían qué hacer después de fumarse el puro pagado por la empresa; a los niños, nuestros futuros obreros, que ya estaban intranquilos de tanto aguantarse el pis, supongo, y tiraban de las faldas alquiladas de sus madres. Toda la farsa, señorita Jou, se estaba, deshaciendo en el gran aburrimiento de la tarde, cuando ya les habíamos dado de comer y les habíamos palmeado la espalda, cuando nos dábamos cuenta de que ya nada había entre nosotros, salvo la expectativa del primer lunes. Entonces el Prado pidió hablar conmigo y vino a mí como una más entre las sombras de la tarde.

Le pasé una mano por la espalda, amistosamente y fuimos a un lado de la masía, donde generaciones enteras de hombres del país habían ido adquiriendo aquel sentido de la eternidad que nosotros compramos más tarde. Como el Prado estaba taciturno, le hablé de la belleza de la luz, le señalé unos

cuantos árboles centenarios y le dije que era cierto, que al fin y al cabo todos nos sentíamos mejores allí y habíamos de hacer un esfuerzo para comprendernos. El Prado, amargado como siempre, contestó que lo que hacíamos era ensuciar el noble paisaje. Me reí y le dije que había que animarse, que la tarde era demasiado bella para despreciarla así. Y le conté lo que había pasado no tan lejos de la masía, más allá de las montañas, cuando el alcalde Porcioles fue a visitar al pintor Dalí. Los dos se abrazaron tan cordialmente que Dalí se creyó en la obligación de explicar a los presentes: «Es que ambos somos hijos de notario». A lo que Porcioles, un poco mosca, se apresuró a aclarar: «Pero de distinto notario, ¿eh? De distinto notario»...

El Prado se limitó a sonreír de una forma lejana, porque hacía meses — años quizá— que no se reía de nada. Hizo que nos sentáramos en un borde del camino como en los viejos tiempos, y me aclaró inmediatamente que la sección que había de transformarse en cooperativa iba a quedar reducida a menos de un treinta por ciento de los empleados previstos. La inmensa mayoría de los que estaban en esa sección querían seguir como antes.

Yo encendí un cigarrillo.

Apenas fumo.

Pero aprecié un sabor especial en el tabaco esta tarde mientras murmuraba:

—¿Por qué?

—Porque son unos hijos de la gran puta.

—Hombre... No hables así de tus compañeros, a los que tanto amas, habrá alguna razón, digo yo.

—Claro que la hay. Una razón que no deberían atreverse a dar en voz alta. Ellos, que tanto hablan de la libertad. Ninguno quiere dejar la empresa. La nómina de la empresa, la cochina seguridad de la empresa. Son muy pocos los que se han atrevido y han dicho: «Adelante, si vamos a ser más libres». Los demás ha resultado que amaban los timbres, las órdenes de los encargados, la injusticias de tu padre y la paga exacta de final de mes. No se atreven a nada. Dicen que si tienen que abandonar su puesto en la plantilla para correr el riesgo de una cooperativa, no les conviene. Cuando había que ir todos contra el amo, muy bien. Pero cuando ellos han de correr el riesgo del

amo, nada.

Lancé el cigarrillo al aire con un gesto de desprecio.

Pero el tabaco me sabía mal. Tenía la boca espesa.

Y pasando de nuevo un brazo por la espalda del Prado, pregunté:

—¿Pero qué creías?...

—No sé... No lo había pensado de una manera concreta, pero te juro que era otra cosa. Lo veía como otra cosa, sí. Quizá pensaba que la gente amaba sobre todo su libertad y su posibilidad de realizarse. Ahora me doy cuenta de que lo único que aman es su paga de fin de mes, su pobre seguridad de bestias.

—Eso es viejo —murmuré—, tan viejo como el primer contrato laboral. Incluso están amarillas, de puro gastadas y sabidas, las páginas de las traducciones de Marcuse en las que afirma que solo los estudiantes (quizá porque alguien les mantiene) se preocuparán de su libertad y de su realización como hombres, aunque por eso mismo —digo yo— están condenados a morir luego de hambre, y solo ellos harán una revolución contra el sistema, mientras que los obreros lucharán exclusivamente por su salario, sin importarles quién se lo paga. Y conservarán las estructuras mientras estas sean suficientemente remuneradoras, es decir, sirvan para cobrar con puntualidad. Y si no habías aprendido ni eso, no sé por qué demonios te ponías a pensar en nombre de los otros.

Noté que el Prado estaba hundido. Aquello le afectaba mucho más que la carta de despido cuando la recibió. Le dije, de todos modos, que no debía dejar que lo afectase tanto, y que estaba en la obligación moral de continuar, puesto que contaba con mi confianza.

—Claro que continuaré —dijo orgullosamente—. No necesitaba que me lo dijese. De todos modos pienso seguir adelante para demostrar a esos imbéciles, a esos cobardes, a esos mamones, a esos izquierdistas envueltos en papel de váter, que la libertad tiene un precio y hay que pagarlo: ese precio es la incertidumbre.

—Claro. Ese es exactamente nuestro caso —dije con suavidad—. La incertidumbre y el riesgo son el precio que el empresario paga cada día por su libertad.

—También hay un problema de dignidad —me dijo con acritud—. En eso no entráis ni salís.

—Cierto, hombre, cierto...

—Vosotros ganáis la libertad no solo con el riesgo, sino con el dominio político. Y cuando el dominio está garantizado, el riesgo se anula, de modo que no te hagas el mártir. En fin, obráis como os da la gana.

—Tampoco voy a discutirte eso ahora, puesto que tú puedes hacer ahora igualmente lo que te dé la gana, ¿entiendes, Prado? Puedes integrarte en la empresa y dejar las cosas como estaban antes de nuestra conversación o crear lo que tantas veces has pedido. No voy a ser yo quien hable, sino tú. Decide.

El Prado me miró con una sonrisa triste en sus labios. Preguntó:

—¿Dejar las cosas como estaban antes, pero con carta de despido incluida?

—Hombre, eso podría matizarse.

—No te preocupes, lo he preguntado por preguntar. A mí me es igual. Mis compañeros y yo seguiremos adelante de todas formas, aunque seamos diez o doce. Y así seréis una sección menos cuando se discuta el convenio colectivo.

Mientras andábamos pausadamente por los viejos caminos, supe bien a qué se refería, y usted, señorita Jou, también debe saberlo. Normalmente la empresa tenía concentradas todas sus energías, hombres y materiales, en la sección de producción llamada sección «A». Esta podía ejercer una auténtica fuerza en la discusión de los convenios, puesto que allí estaba todo el mundo, o al menos estaba todo el mundo que trabajaba. Pero a fin de evitar esa fuerza, habíamos creado una serie de secciones perfectamente políticas: la «B» de transportes, donde la gente se ganaba bien la vida y estaba ocupada casi exclusivamente por parientes nuestros; la «C» de servicios, que comprendía los conserjes y vigilantes, o sea, el personal de absoluta confianza y que habíamos seleccionado hombre a hombre; la «D» de ventas, formada por personal eventual al que siempre teníamos en la mano prometiéndole un empleo fijo; y la «E» de limpieza y salubridad, que podía parecer ridícula desde fuera, pero que era importante en una fábrica como la nuestra, tan llena de desperdicios por todas partes. Esa sección estaba

formada por mujeres más o menos triponas y con las tetas en el ombligo, la mayor parte de las cuales habían menstruado por última vez cuando la entrada de las fuerzas nacionales en Barcelona. En cuanto la empresa, mediante las ofertas iniciales del convenio, hablaba de mil pesetas en mano y pagaderas a la semana siguiente, todas esas mujeres se corrían y decían enseguida que sí. La «B», la «C» y la «D» también. De tal modo, aunque Producción no se conformara con lo que decía la empresa, siempre perdía por cuatro votos a uno. El convenio quedaba en todos los casos aprobado y nunca fue necesario ir al laudo. Nunca fue necesario tampoco movernos mucho de nuestra oferta inicial. Cada año o cada dos, según la duración del pacto, hacíamos publicar en los periódicos una nota de pago hablando del éxito de las negociaciones y del perfecto entendimiento entre los productores y la empresa. Y, después de todo, nadie puede negar que así era.

Ya me doy cuenta de que todo eso puede hacerla sonreír, señorita Jou, pero insisto que de verdad así era. Existía un acuerdo honesto que a nosotros nos permitía pagar con puntualidad y a nuestros hombres cobrar un poco más cada año. No sé en realidad qué otra cosa puede pedirse, dadas las circunstancias del país, ni qué puede pretender una persona que no quiera romper los equilibrios más esenciales. Eso lo había discutido con mis amigos muchas veces, con el Costa, el Rodríguez y el Prado en los bares muertos de otro tiempo. «¡Hay que repartir el dinero!». Muy bien. Yo estuve de acuerdo en esto hasta que me di cuenta de que previamente el dinero tiene que salir de alguna parte. Sin ese acto primero, no hay acto segundo. Y los convenios colectivos me reafirmaron en tal idea, pues si a la gente se le dan facultades para pedir cosas imposibles, para truncar las posibilidades de una empresa, fallará todo. De aquí que hubiéramos tomado desde el principio algunas medidas elementales, que usted comprenderá muy bien.

En la masía de Barenys, el Prado hubo de reconocer su primer fracaso y hubo de aprender que la gente se une enseguida contra el dinero o la empresa, pero matiza mucho más cuando debe repartirse algunas pesetas o arriesgar alguna cosa: de todos modos no fui cruel con él, puesto que sinceramente quería ayudarle. Le dije que todo se solucionaría cuando la cooperativa marchara bien; la gente, al fin y al cabo, no hace más que dejarse llevar por la

cosas que ya marchan. Para animarle, le expliqué alguna anécdota más, como la de aquel periodista novato al que encargaron de la sección de sucesos y redactó una noticia así: «En el parque de Montjuïc ha sido hallado el cadáver de un niño de unos tres meses con una puñalada en el tórax. No hay duda de que se trata de un crimen o un suicidio». El Prado rió, pero esos hombres que siempre piensan en los demás, nacen como usted sabe, señorita Jou, con la risa muerta. Llevan desde la escuela el luto de los otros. El Prado, maldita sea su estampa, contribuía a la tristeza de la tarde y me anticipaba el lunes en que tendríamos que pelearnos los dos. Cuando nos separamos, mientras los empleados se despedían, mientras cada mujer valoraba a ojo el vestido de las otras, yo ya llevaba disuelto en la sangre el veneno de cada semana, y eso que había querido olvidarme de todo y vivir una especie de alegría general. Le juro que resultó una lástima y eso me hizo odiar al Prado por unos momentos. Seguramente fui injusto.

En el silencio de la noche ya solo titilaban unas cuantas luces, ya solo permanecían encendidos unos cuantos faros, mientras rugían los últimos coches de nuestros empleados, que con ellos habían llegado a culminar todos sus sueños, incluso los sexuales. Me hundí en la oscuridad del bosque mientras pensaba que en el fondo eran más felices que yo: solo necesitaban dejarse llevar un poco. Lo demás iba llegando por sus pasos contados, mientras el país crecía. Allí estaban sus motores para servir de prueba. Allí estaban sus sueños ahitos.

Pocas semanas más tarde subió el Prado a verme al despacho de la fábrica, donde yo ya le recibía, con toda naturalidad, sentado detrás de la mesa, porque salir de allí cada vez que teníamos que hablar de algo importante hubiera sido una coña. El Prado estaba muy hundido aquella tarde y parecía, como siempre, mucho más viejo de lo que era en realidad.

Lo que quería pedirme, señorita Jou, era un aplazamiento para la entrega de material, debido a que su sección no había producido tanto como él calculó al principio. Los hombres que la formaban habían pensado, ya desde la instauración del nuevo sistema, que este no serviría de nada si no se les daba alguna ventaja sobre los obreros de la fábrica, es decir, si no servía para realizar un poco sus ideas y sus sueños. Hubiera sido cómico —según le

dijeron al Prado— que la libertad sirviese para que las cosas continuaran igual que antes, de modo que establecieron la semana de cuarenta horas ya entonces y se obsequiaron a sí mismos con vacaciones de cinco semanas y con todos los puentes del año. En cuanto a los salarios, acordaron también un complejo sistema de puntos, que era algo así como el campeonato de liga de la paternidad, y en virtud del cual quedaba mejor clasificado —y por tanto cobraba más— el que más descendencia tenía. Yo no sé si será casualidad, señorita Jou, pero los que se habían pasado la vida dando saltos sobre la tripa de su mujer no eran casi nunca los mejores obreros de la fábrica. Entre ellos abundaban los inmigrantes, los de «salga el sol por donde salga» y los sustentadores de la siguiente filosofía: «Me racionan el tiempo libre, me racionan el dinero, me racionan el espacio del piso, me racionan la bebida en horas de trabajo... ¿y la mujer también me la van a racionar?». En todo caso hay algo evidente, y es que el número de hijos no tiene la menor relación con la capacidad laboral de un tío, de modo que el Prado accedió, ya de entrada, a un sistema de retribución injusto. Los que siempre habían trabajado mejor se desanimaron al ver que cobraban menos que los otros, y su rendimiento bajó a la mitad. Las asambleas libres que se organizaron para discutir ese problema significaron días enteros de trabajo perdido; y como no se halló una solución, los trabajadores empezaron a insultarse unos a otros en voz baja. Algunos de ellos apelaron a la huelga, a la que al fin y al cabo tenían tanto derecho como los otros a meterse en la cama con su mujer, y la huelga se hizo.

Yo creo que la cosa hubiera terminado rematadamente mal a los dos meses de no haber sido por los esfuerzos del Prado, que realmente fueron heroicos. Él apeló al sentido común de todos, les recordó sus ideales, sus promesas y sus sacrificios para llegar a aquello. Ahora que ya lo tenían, ¿iban a destruirlo?...

Pero en eso, como en tantas otras cosas, el Prado no tuvo éxito. Los más extremistas, le contestaron que el poder estaba en la base, que las decisiones tenían que tomarse en la asamblea proletaria y, que él, al fin y al cabo, estaba desarrollando un excesivo protagonismo. No había razón para que las decisiones soberanas tomadas en la base fueran desvirtuadas por un aspirante

a líder, por uno que quería saber más que todos y estar por encima de la inteligencia del pueblo.

Lo que el Prado me quería pedir —repito, señorita Jou— era un aplazamiento para la entrega del material. Después de haberme prometido que todo iría bien, después de habérmelo jurado por todos los muertos en la batalla del Ebro, me pedía —en virtud de los acuerdos de la asamblea proletaria— que alterase los planes de producción y que paralizara secciones enteras de la fábrica. No necesito decirle que las piezas a entregar por la «cooperativa» me eran indispensables para la buena marcha del trabajo de otros obreros que ni habían hecho huelga ni se habían repartido los jornales antes de ganarlos, por lo que al Prado tuve que soltarle un no. Si para él existían los muertos de la batalla del Ebro, para mí existían los vivos que cada mes tenían perfecto derecho a pasar por caja. Era justo.

Lo que queda de la historia de la cooperativa es bien sencillo y puede resumirse en unas palabras. Como estaba convenido, yo pagué solo las piezas que se entregaban hechas, no las que en nombre de los mártires habían decidido no hacer. En consecuencia, el Prado tuvo menos dinero para repartir entre sus hombres y estos empezaron a acordarse de su madre por riguroso turno de antigüedad en plantilla. La poca cohesión que había entre ellos acabó por irse al diablo en los días sucesivos, con lo cual el rendimiento todavía bajó más. He de decirle, porque lo tengo anotado, que en las cuatro semanas que siguieron a esto solo me entregaron el cuarenta por ciento de las piezas convenidas.

Como prácticamente no cobraron nada (un negocio que no tenía salidas no iba a tener entradas), dejaron en masa al Prado y pidieron el reingreso en la empresa, renunciando a todos sus derechos, incluso al de antigüedad. Solo media docena de fieles a la sagrada unidad proletaria se quedaron con el Prado diciendo que preferían morir de hambre antes que volver a mi despacho poniendo precio a su culo; pero al fin hasta esos acabaron viniendo también, señorita Jou, y encima sin precio. Una de las grandes virtudes del matrimonio es que si un obrero decide morir de hambre, su mujer no le deja.

La verdadera soledad del Prado empezó entonces, lo recuerdo

perfectamente. Esa clase de hombres, señorita Jou, que creen ser los salvadores de la Humanidad, se sienten heridos en lo más íntimo de su orgullo cuando se dan cuenta de que la Humanidad no los necesita. No le perdonan su desdén, aunque vuelven sin chistar cada vez que la Humanidad les llama. Yo creo que, en el fondo, sus sentimientos son algo femeninos, y además la sociedad obra con ellos como las mujeres con esos tipos a los que en vida no hacen puñetero caso, porque son unos pelmazos y siempre quieren redimirlas de las cosas que a ellas les convienen. Pero cuando tales enamorados la diñan, las mujeres, eso sí, ponen su retrato en el dormitorio y lo miran por las noches.

Lo cierto es que me libré del Prado, señorita Jou, aunque nunca he podido conocer las circunstancias exactas. Desde que la cooperativa se cerró, vino a trabajar puntualmente una semana y no hizo ningún comentario, no promovió ninguna huelga, no vociferó ante ninguna de las ventanas de la fábrica. Yo tengo, sabe usted, la impresión de que se despedía un poco de todas nuestras cosas. A veces se quedaba en el trabajo con los ojos entornados, con la mirada perdida. Su boca, insensiblemente, se iba poniendo rígida. Yo creo que miraba en el vacío su imagen de hombre que no fue, la única imagen que había amado en su vida y que ahora se transformaba en la pura nada, en un sueño heroico de niño.

EL GRITO se deslizó por el largo pasillo que tantas veces habían recorrido los anarquistas ya muertos.
—¡Cabrooooooooooón!

Las voces se pegaron a paredes que conservaban las huellas de manos extinguidas. Tardé en darme cuenta de la realidad; estaba de nuevo en hoteles cuyos camareros han muerto, en cuyo tercer piso hay suicidas y en el segundo una vieja que aún fornicaba. Las voces eran como chispazos; de repente me hacían daño en los ojos, no entendía cómo.

—*Ens has venut, fill de puta!*

Las pisadas ante la puerta color marrón, ante la ventana alta, a diez metros del árbol vecinal cuyas hojas solo se mueven en domingo.

—¡Hija mía, huye! *Cagon Déu, fuig!*

El truco de llamarla todavía «hija», como si a aquellas alturas hubiesen de engañar a alguien, el chirrido de las otras cerraduras, porque no sabían aún detrás de cuál estaba Isabel, el estampido de los tiestos rotos en la galería por donde estaban entrando los de la segunda serie, los que tapaban la huida.

—¡Pégale una hostia a la mujer, jodida su madre, que no chille más! —barbotó un policía.

La hora que la gente del Pueblo Seco elige para su última partida de cartas del domingo o para desear por última vez a su vecina, la hora de paz en que los policías nunca atacan, porque ellos prefieren las cuatro de la madrugada, que es la hora del sueño. Me costaba reaccionar, comprender del todo lo que pasaba, dar el gran salto hacia la ventana que tenía delante, más allá de los libros de la Isabel y las correderas de las pistolas, más allá de las

voces que aún seguían avanzando:

—*Mal pariiiiit!*

Y el chasquido de la bofetada. Se la habían dado al fin, y la dueña del bar debió caer por tierra mientras a su marido le arrinconaban contra la pared. Lo comprendí entonces todo, me cagué en mis propios muertos y lamenté no tener una pistola para pegarme un tiro allí mismo, para hacer al menos la machada, para demostrar a todos que no era el hijo de puta que creían. O al menos lo que creían todos menos la bofia; pero lo que creyese la bofia me importaba poco. Me volví hacia la Isabel y barboté:

—Te lo juro. Yo no...

Me extrañó su calma, su tranquilidad helada de mujer que al fin y al cabo ha llegado al extremo del camino elegido. Mientras sacaba una pistola me escupió:

—Te han engañado. Siempre serás un desgracias, un abogado de mierda.

Y disparó contra la puerta que aún no había abierto nadie. Pero estos policías no eran tontos, estos debían haber hecho guardias con el Méndez y no se habían puesto delante, como el cartero o el protestador de letras urbanas. Estaban a los lados de las jambas y dispararon desde allí hacia el interior del cuarto sabiendo que no harían puntería, pero sabiendo también que toda la atención de la Isabel se concentraría en aquel punto, aquel solo punto donde ella, sin tiempo para pensar, creería que estaba la muerte. Pero yo, abogado pijo, fui el que lo vio esta vez. Advertí el movimiento de la ventana alta y grité:

—¡Isabel! ¡Allí!

Se volvió, pero ya no llegó a tiempo. «Y al disparar, pese a las voces de alto, contra la policía, esta hubo de repeler la agresión...», dicen siempre las notas oficiales que se archivan en la Puerta del Sol. La Isabel estaba a punto de terminar la media vuelta cuando las balas le alcanzaron en las piernas que nunca habían sido gran cosa, en las caderas que no sabían moverse, en el vientre que incluso un día parió. La Isabel llegó a disparar una vez, pero sin dirección, a tierra, cuando ya la habitación debía dar una terrible vuelta en torno suyo. Vi de pronto sus ojos blancos, su boca crispada, un diente que brotaba absurdamente junto a la comisura de los labios como si fuese a saltar.

Vi en un chispazo una imagen subliminal que quizá no llegó a existir, un pedazo de fotografía rota. Vi la sangre saltando a la pared y hacia el cristal, formando espuma en el aire. La Isabel también había recibido una bala en el pecho y este se estaba abriendo. Cayó de rodillas y giró lentamente hacia la puerta mientras sujetaba la pistola con ambas manos, en un esfuerzo patético, como si aún pensara que el verdadero peligro había de venir por allí. Y en efecto, varios hombres atravesaron la puerta, pero ya nadie más disparó. Un tipo gordo y alto, con pinta de social cambiado de nombre, le dio un terrible puntapié en la cabeza y la envió contra la pared. La Isabel ya no volvió a moverse. Me di cuenta de que el cliente absurdo había saltado al aire y de que se le había formado una espuma amarilla en la boca.

Uno de los que habían estado en la fiesta flamenca me apuntó entonces a mí.

—Cabrón, hijo de puta —dijo con la típica amabilidad del funcionario al que han dejado suelto.

Mis brazos cayeron a lo largo del cuerpo. Me daba vergüenza alzar las manos como un prisionero. Miré a Isabel, me di cuenta de que estaba muerta y me puse a llorar como un niño, como un mierda, como un cabrito de leche. Uno de los de la juerga avanzó hacia mí para darme una patada en los testículos, se equivocó de sitio, me alcanzó en la ingle, me escupió a la cara y me abofeteó. Oí, entre el chasquido de mis mejillas, las palabras que parecían llegar de muy lejos:

—¿Pero qué pensabas? ¿Que somos tan idiotas como tú? ¿No te has dado cuenta de que estábamos citando al azar sitios vigilados para ver si corrías perdiendo el culo a decirle a esa que corría peligro?

«Esa» era la Isabel Costa, la que había muerto con su bandera y la bandera que el hijo no pudo llevar. La que había muerto dos veces y en dos siglos distintos, con un grito que tal vez nadie repetiría. Bruscamente yo también empecé a soltar lo de maricones, mal paridos, dados por el culo, dado por el culo vuestro padre, mamona vuestra madre, hasta que de un par de culatazos me hicieron rodar por tierra. Y entonces caí sobre la Isabel, y entonces seguí llorando como un marica, y al tercer culatazo se hizo por fin el más espantoso silencio.

S EÑORITA Esther Jou, 15, viernes

Y ahora voy a retroceder un poco más, puesto que no quiero perder el hilo al contarle lo sucedido con el Prado.

Usted sabe que voy a ser sincero hasta el fin, que voy a contarle todos los detalles porque deseo confiarme. No puede imaginar el descanso que me reporta escribir estas líneas y vivir otra vez las etapas por las que he pasado, poniendo en orden mis pensamientos. Entonces, señorita Jou, no meditaba lo suficiente; ahora me doy cuenta de que había muchas cosas en las que obraba por impulso y por instinto, y si no fuera usted, al permitirme escribir estas líneas, nunca me habría detenido a analizarlas. Me doy cuenta ahora también de que lo de la María del Mar fue un estallido de vida sexual, que hasta entonces había guardado con miedo reverencial dentro de mí mismo. Por supuesto, ya sabe usted que lo de la Isabel había sido una cosa distinta. Fornicar con un ideal político es una curiosa experiencia por la que no sé si habrá pasado mucha gente.

A partir de aquella tarde de domingo me fue imposible no sentir un especial dolor, una singular vergüenza —se lo confieso, señorita Jou—, por todo lo que la María del Mar me había dicho. Si bien desde la mañana siguiente se comportó como si nada hubiese pasado, pero también con una absoluta frialdad (deliciosa mujercita catalana que nunca extremaba las cosas y que mantenía las sillas en sus sitios habituales), yo tuve que hacer un examen de mi propia figura. Tuve que mirarme en todos los escaparates de las calles, en todos los espejos de las casas. Me pregunté cien veces si era capaz de comportarme como los demás hombres, si pensaba como un

cobarde, si me asustaba de cosas que eran elementales para los otros. Usted ya habrá adivinado, señorita Jou, que para mí el acto sexual no tiene ningún sentido, o no lo tenía, si no va ligado al cariño, a una compenetración: si no va ligado al menos a una cierta atmósfera. Quizá eso signifique, simplemente, ser cobarde, pero yo no estoy tan seguro. Puede que sea algo más fino, más delicado y más sutil que lo que sienten los otros. El caso fue que debí plantearme la pregunta, y olvidando mi delicadeza interior, que María del Mar no había sabido comprender, tuve que ir en busca de la respuesta.

Cerradas las «pensiones toleradas», que yo no llegué a conocer de una forma práctica, quedaba el *meublé*, esa institución tan discreta y tan paisana, que está ligada a la más silenciosa tradición de nuestras familias. El *meublé* que hasta tenía su reglamento en el Ministerio de la Vivienda, fue el sitio donde se recomendaron desde siempre los créditos de nuestra Banca, donde se hicieron ayuntamientos, se forjaron cesantías y se dieron la mitad de las licencias de importación que han hecho tan grande a España, permitiendo el despegue de nuestra industria. El *meublé* era el seguro de desempleo de la mujer sin trabajo, la oficina de la puta de barrio que gozaba de la confianza general y tenía clientela fija, el alivio del marido que así podía seguir soportando a su mujer durante veinte años más, entre la felicidad más completa. Allí los muchachos buscaban la hembra con veinte piernas e inaccesibles pechos que habían visto en sus sueños. El viejo tiempo de las taquillas y de las mujeres con chapa había muerto ya, pero quedaban las casas llenas de recuerdos y los colchones que conservaban las formas humanas; quedaban las cortinas que habían tocado padres e hijos, o quién sabe si las esposas y los maridos unos tras otras. Quedaban los espejos perversos que conocían las formas de todas las lenguas. Barcelona era rica en putas menestrales y caseras que llevaban a sus hijos a píos colegios y que Regaban incluso a apreciar a los enanos negros —como decía Rodríguez Méndez— que las montaban los sábados. También había grandes aventureras, claro, pero esas raramente se pasaban la vida en la ciudad. La puta barcelonesa que llegué a conocer muy bien, señorita Jou, fue siempre una honesta hormiga con madre que estaba en los cielos y con los recibos del alquiler en regla. Su función social estaba tan clara que parece mentira que los actuales poderes

públicos no hayan sabido comprenderla: los desengaños, las frustraciones, las malas babas de toda la semana, las sopas que no se digirieron, los sobres que no se cobraron, las malas leches teñidas de amarillo morían lentamente en su seno sin hacer daño a nadie. Todo eso que hoy se vuelca en la carretera, en el taller donde los compañeros sufren o en la mesa donde los niños escuchan, resbalaba entonces por sus labios en rojo o por sus labios en negro. No, no me considere un cínico, señorita Jou, soy simplemente un hombre que ve la sociedad con realismo.

Pues bien, quise liberarme de mis pensamientos, pero no me fue tan fácil, se lo digo sinceramente. La primera vez tuve mala suerte al encerrarme con una prostituta enlutada y dramática que llevaba no sé cuántos Romeros de Torres metidos en los ojos. Aún no entiendo qué fue en ella lo que me sedujo, aunque lo atribuyo al hecho de que parecía menos agresiva que las otras. Cuando, siguiendo los consejos que había oído darse a los obreros en la fábrica, le pedí algo no tan vulgar, le insinué alguna leve caricia lingual de otra clase (incluso más leve de lo que usted imagina), me contestó secamente:

—Yo los labios los guardo para mis hijos.

Me enteré más tarde de que tenía cinco.

Una terrible vergüenza y una invencible sensación de ridículo se apoderaron de mí. Salí de aquella habitación virgen y mártir. Durante bastantes días estuve pensando, señorita Jou, que era impotente y que no iba a servir ni para que me metiesen en una conejera. No obstante insistí, porque aquella ya me parecía una cuestión de honor y además deseaba librarme de mis condenadas obsesiones, de modo que seguí, digo.

Fui esta vez a la calle Robador, que está entre las de Hospital y San Pablo, como usted sin duda verá si tiene a mano una guía de la ciudad convenientemente desinfectada. La calle de Robador fue en otros tiempos menestral y tranquila, y hasta en la época de los prostíbulos populares, como La Gaucha y El Jardín, que le dieron tanta fama entre los penes de menor cuantía del país, un niño de primera comunión hubiera podido pasar por allí sin ver otra cosa que mucha gente que entraba y salía por las puertas. Luego la calle se llenó de bares con caras lívidas, luces color violeta, porque las oscuras obreras habían sido puestas en los bordillos y los niños de primera

comuni3n ya no pudieron pasar por all3, y si pasaron peor para ellos. Yo me descolgu3 por Robador no s3 todav3a c3mo, y me puse a hablar en la barra de un bar con una chica que me dijo que iba a cambiar de vida y hab3a pedido un empleo en El Corte Ingl3s. Era simp3tica, era catalana, ten3a una cierta cultura y no entiendo c3mo demonios hab3a venido a parar a aquel sitio sin ma3ana. Bebimos juntos un par de copas y al final pregunt3, como hac3an todas:

—¿Qu3? ¿Vamos?

Pregunt3 al camarero qu3 le deb3a.

—Cincuenta pesetas, se3or. Y gracias.

Mientras 3bamos hacia la puerta del *meubl3*, ella dijo:

—Es educado mi marido, ¿eh? Y tiene buena planta. —¿Qui3n?

—Mi marido. El camarero que nos ha servido, hombre...

Me qued3 helado. Las luces se hicieron m3s crepusculares, m3s tristes, m3s l3vidas. No rasgaban ninguna sombra. Las caras ten3an un matiz de Solana, los ojos enviaban un relampagueo goyesco. No ten3a por qu3 extra3arme realmente, puesto que el porvenir de la sociedad industrial es precisamente ese (marido y mujer cada uno a lo suyo, encontr3ndose al final de la jornada en una habitaci3n amistosa), pero entonces se3orita Jou, los viejos valores a3n ten3an importancia para m3, y la verdad es que la siguen teniendo. Me pareci3 que no pod3a encerrarme con aquella mujer mientras su marido, abajo, contaba los minutos. ¿O no los contaba? Me detuve en la puerta del *meubl3* y dije que no pod3a seguir. Ella me mir3 con asombro.

—¡Pero si lo que me pagues no se lo pienso dar a mi marido, caray! ¡Es para m3 y para mi hija!

Definitivamente no pude. Me llam3 estrecho y se fue, pero antes tuve que darle dinero por la molestia. Los inevitables mirones nos atravesaban con los ojos, y creo que algunos llegaron a re3r. All3, en Robador, se3orita Jou, no se pod3a hacer nada sin que se te metiese en la bragueta el codo de alguien. Cada portal, cada reflejo de la luz hubiese merecido una frase de G3mez de la Serna, pero no mereci3 un pensamiento m3o.

Puesto que continuaba siendo virgen y m3rtir, se3orita Jou, me decid3 a probar otra vez. No quer3a acabar retratado en el C3rculo del Liceo con solo

un certificado de depósito bancario en medio de las piernas. Y otra vez me sumergí en la ciudad de las sombras que luego he llegado a conocer tan bien, pensando que en ella no encontraría a los amigos de mi padre, aunque iba a ser muy fácil —y eso no lo pensé— que encontrara a los obreros de mi fábrica. No iba a los bares elegantes porque las mujeres distinguidas, señorita Jou, me daban miedo, mientras que la puta sufrida y resignada, la gran bestia de carga, el triste saco de todo el semen laboral de la ciudad me excitaba y me hacía sentirme seguro. Por eso me hundí de nuevo en el mundo de Solana y vi pasar otra vez las sombras errabundas de Nonell y hasta algunas bellezas de Casas.

Pero no todo fue fácil, se lo juro, porque al fin, cuando estaba en la cama con una de aquellas obreras, en una ínfima habitación pintada de verde, la cosa se me fastidió, como le ocurriera a un amigo años antes. La puerta se abrió y entró una vieja a fregar tranquilamente el suelo. Pegué tal brinco que una toalla colgada de un perchero a poco me entra por la orejas.

En fin, que continuaba siendo virgen y mártir, y además ante testigos. Mi caso era ya para chuparse los dedos. Hube de convencerme de que el ambiente de los barrios pobres no era el que yo necesitaba: no era tampoco el que yo merecía. Fui entonces a buscar mujeres más elegantes, a las que yo creía grandes aventureras internacionales, pero que en realidad eran de Almería y de vez en cuando gritaban en las esquinas: «¡Cabron! ¡Chorizo! ¡El higo de tu madre!». Yo de aquel mundo no sabía nada, señorita Jou, y todas esas cosas hube de aprenderlas una a una. Por fin fui varias veces con una chica de Albacete a la que llamaban la Chupachups, Dios sabrá por qué, y que había empezado de camarera en un restaurante para turistas de medio pelo. La Mari Cruz, pues ese era su auténtico nombre, tenía una conversación muy amena. Lo único que me decía en la santa intimidad de la alcoba era esto:

—Cachondo, que eres un cachondo.

Y cambiaba de postura. Yo también demostraba una gran elocuencia, aunque entonces no me daba cuenta de mi brillantez, porque siempre contestaba:

—Tú me pones así, nena.

De vez en cuando ella, con un gran esfuerzo de imaginación, variaba un poco.

—Cachondito, que eres un cachondito —me decía.

—Tú me pones, nenita.

Hacía otro esfuerzo de imaginación y se quería mostrar como una chica bien educada.

—Oye, tú, no te enfades porque te llame cachondito, ¿eh?

No me enfadé por eso, señorita Jou, sino por lo del taxista. Claro, usted no sabe lo del taxista. Como yo citaba a la Mari Cruz a horas fijas para no perder trabajo en la fábrica, la Mari Cruz siempre llegaba en taxi, generalmente siempre el mismo, y lo hacía esperar. Yo creo que ella y el conductor eran vecinos o algo así. Cuando salíamos, me pedía:

—Anda, dame una propina para mi taxista.

Si yo ponía mala cara, añadía:

—Para tomarnos una copa, hombre, para tomarnos una copa... Venga, que mi taxista me espera.

Me harté de que ella tuviera un fulano propio, un industrial del volante homologado esperándola abajo. Seguro que a él le explicaba todo lo que hacíamos. Y hasta quizá el tío se cachondeaba de mí. Me hartó que desde el taxi contara el tiempo que habíamos estado en la cama y que incluso la ventanilla de su taxímetro le diera ese tiempo en pesetas. Un polvete que había durado cien duros, vamos. Me harté de temblar, señorita Jou, ante la idea de que un día pidiéramos un taxi desde la fábrica y el conductor fuese el tío de la copas pagadas. Mi prestigio de hombre honesto quizá se iría por los suelos, de modo que decidí romper.

Pero al menos, la Mari Cruz me había hecho olvidar mis complejos, me había puesto en la ruta normal de todos los hombres sin historia. Al dejar de verla, busqué ambientes más discretos y empecé a frecuentar a la Julia, otra oscura obrera que miraba al vacío desde un bar de las Ramblas bajas. Usted dirá, señorita Jou, que la parte baja de las Ramblas no es un sitio discreto, pero al menos no había taxistas de por medio. Todo consistía en hacer una seña, entrar y salir, porque el *meublé* estaba al lado mismo. La Julia era una obrera de clase media, si usted me permite que emplee este lenguaje; la

montaban con avidez furtivos empleados que se escapaban de sus despachos, militares en situación de permiso, bolsistas que habían hecho un buen negocio y hasta algún juez que tenía a su mujer preñada. Todo aquello le había dado un cierto ambiente de buen tono y la Julia no empleaba jamás una palabra malsonante ni se ponía encima una prenda que no estuviera muy limpia. La Julia era una gran vaca mansa, paciente y digna a la vez, que vendía su carne a tranquilos postores, un día y otro, en el mercado de la cama. Ella no se daba cuenta, pero la carne que vendía iba siendo consumida, tragada, absorbida por las manos sin nombres, hasta que llegase un día oscuro en que de la Julia no quedaría nada, en que no sería más que una mancha en una puerta o un reflejo en la porcelana de un bidé. Yo he visto a muchas mujeres devoradas así, señorita Jou, hombre tras hombre, y he llegado a sentir angustia, pero pienso que, al fin y al cabo, también les ocurre lo mismo a las mujeres honestas cuando se casan con mierdas ansiosos que las cargan de hijos y luego no pueden mantenerlas. He visto miradas errabundas por las calles de la ciudad, señorita Jou, miradas de mujeres que captaban aún tristemente el último recuerdo de sus días de luz. Luego suelen convertirse en triponas que llenan las salas del Seguro y no tienen ya ni recuerdos. O quizá no los han tenido nunca, vaya usted a saber. Quizá no hayan merecido otra cosa que el plato de patatas cada día y la visita al ginecólogo cada año: el mundo de la fábrica me ha enseñado bastante sobre eso y sobre lo que se puede esperar del destino de mucha gente, porque tampoco se ha molestado en buscar otro.

Pero le seguiré explicando. Verá: la Julia, en su época dorada, me acostumbró a dos o tres perversiones que nada tenían de especial, pues habían sido cantadas hasta por los poetas de la vieja Atenas. Me habitué a su carne blanca, aquella carne dócil de la Julia donde hombres como yo habían ido dejando su mancha. Me acostumbré a su boca, que no reía nunca o lo hacía con una mueca de pena. A veces, en la soledad de mi despacho, notaba a faltar su voz hablándome de las hermanas menores, que esperaban junto a una huerta del sur y a las que cada mes enviaba dinero y una colección de estampas.

Con la Julia, su boca que no reía, sus piernas grávidas y sus medias de

Christian Dior, hubiera pasado muchos años si no llega a desaparecer, como desaparecen un día u otro todas esas mujeres, sin que se sepa exactamente por qué. Puede que alguien las retire, puede que se casen, puede que vuelvan vivas o muertas a las blancas profundidades del sur. Pero para mí es distinto; ya le he hablado de su extraña conversión en manchas sobre puertas y en reflejos de las porcelanas. La Julia dejó de ir al bar, dejó de mirar al vacío, y las Ramblas murieron un poco sin ella, como al fin y al cabo han hecho siempre: si a mí las Ramblas me gustan es porque están llenas de sombras muertas. La Julia fue una de ellas, pero especialmente intensa, persistente, en la ciudad donde todo pasa.

Después de su eclipse, señorita Jou, derivé hasta las Rondas, donde los plátanos también son centenarios y donde también uno puede notar como en un soplo el sentido misterioso del tiempo. Las Rondas tenían entonces, en pleno apogeo, algunos hoteles situados en calles pías (como la de la Virgen), poéticas (como la calle Nueva de Dulce) o históricas (como la Riera Alta). También sus alrededores estaban poblados de bares desde los que las mujeres quietas miraban el color del aire. El Price, que se había enardecido con Luis Romero o con Fred Galiana, languidecía con Frank García o con los hermanos Pinto, aunque a veces volvía a aplaudir a Bobby Ros y vibraba con un recién venido llamado Pedro Carrasco. Su público era el de una Barcelona más alegre, más variada, donde no todo consistía aún en el palmo cuadrado para meter a la mujer y a la suegra. La clientela del Price era en gran parte la de aquellos bares con las sombras nostálgicas, con las mujeres que llevaban puesta su propia máscara. A veces me mezclaba con todos aquellos tipos furtivos, observaba sus negociaciones rápidas, sus guiños, sus gestos consabidos que las mujeres captaban al instante en el doble radar de su bolsillo y de su sexo. Las Rondas tampoco eran un sitio discreto, señorita Jou, pero eran anónimas y largas, eran entrañables y llevaban a calles donde uno hallaba el color de sus propios secretos. Me hundí en ellas como en un río tibio; no me importaba que en el lecho de ese río hubiera manchas de fango.

Allí fue donde encontré de nuevo a la Encarna, que había trabajado en nuestra fábrica. La Encarna era una chica que no colaboraba con la Casa

porque jamás denunció a nadie ante el jefe de la sección; por eso fue despedida, tras un pequeño plante, basándonos, además, en que se había acostado con varios empleados, cosa que era cierta. Por supuesto también había otras que se acostaban, en especial con los jefes de sección, pero esas solían estar de nuestro lado, controlaban a las peligrosas y jamás nos causaron la menor molestia. Al contrario, recuerdo a una a la que llamaban «La Choni», no sé por qué, a la que nombramos empleada modelo y a la que en cierto acto sindical impusimos una medalla.

Pues bien, la Encarna —que con nosotros había seguido un camino tan distinto— contaba entonces veintinueve años y era de las que miraban su propio vacío en los bares de las Rondas. Tenía unos cuantos adictos: taxistas, camareros, periodistas de medio pelo y otra gente perdida en la noche. Contemplaba la calle con resignación y acogía a los hombres como pequeños monstruos inevitables, a los que enseguida quedaba sometida. Yo creí que me esquivaría al verme, pero no lo hizo; se limitó a sonreírme sin ganas mientras me decía sencillamente:

—Yo creí, la verdad, que usted picaba más alto.

No fui con ella la primera vez, porque me dio vergüenza, ya que hasta poco antes la había considerado una obrera de la fábrica, y yo mismo contribuí a despedirla pensando en el bien de todos. Pero dos noches después volví; aunque quizás aquello era estúpido, recuerdo que el corazón me latía aceleradamente y que las articulaciones casi me dolían con el ansia de llegar. Las Rondas, usted sabe, señorita Jou, están formadas por viejas casas llenas de recuerdos donde murieron los abuelos y donde tuvieron su primera menstruación las niñas. Cada una de sus paredes oculta cien historias seguramente mezquinas, pero al mismo tiempo entrañables, porque usted sabe que a la gente, con los años, no nos va quedando más que nuestra propia mezquindad. Es uno de los sitios de Barcelona por donde más me gusta pasear pensando en el tiempo que se acaba, pero nunca como esa noche se me hicieron tan interminables las Rondas. Temí, al ver finalmente las luces del bar, que la Encarna no estuviera. Pero estaba. Le hice solo un gesto y vino tras de mí sin una vacilación, resignadamente, como mi sombra secreta. Fue la primera vez. Ella, al igual que la Julia, era una gran bestia mansa que

nunca se quejó de nada y hasta se dejaba pegar. Los espejos de nuestras habitaciones, de los que no sé qué habrá sido, conservarán para siempre su mirada muerta. Nunca una mujer de la calle ha significado tanto para mí, quizá porque ninguna ha dejado que la tratase tan mal. De la Encarna no recuerdo una sola queja; como máximo alguna tibia advertencia: «No me pegues tan fuerte»... En los momentos de pausa (nuestras sesiones eróticas se prolongaban casi dos horas) se ponía a reír. En el fondo de su pena palpitaba la fantástica y elemental alegría de estar viva, una alegría que surge de las entrañas del pueblo más mísero y que todo el dinero de mi padre nunca pudo lograr para él. Me contaba cosas de la fábrica y de los encargados, me explicaba chismes, me desvelaba pequeños misterios que hasta entonces no había logrado entender. Luego yo le decía: «Hala, empieza otra vez, que aquí estás para trabajar, nena». Y ella reanudaba sus prácticas pensando solo en mí, en mi placer, en mi pasado de niño con imaginación y en mi presente de hombre con derechos. Creo que nunca pensó en sí misma, excepto, fugazmente, en el momento de cobrar. Pero bastaba una pausa, algo que rompiera el ritmo de sus caricias sabias, para que volviese a reír y a hablarme de la fábrica, de los métodos de producción, de los pequeños robos y de las cosas que yo, desde mi despacho, no veía pero, que hacían que mis planes jamás acabaran de cuadrar. Yo la escuchaba con atención, porque tampoco soy tonto, señorita Jou, y puedo asegurarle que la mar de cosas empezaron a ir bien en la industria a raíz de aquellas sesiones de cama. Los afectados no lo entendieron jamás, y mi prestigio aumentó con ello; me tuvieron por un hombre de gran inteligencia, que adivinaba las cosas. Por consiguiente, después de todo, señorita Jou, yo estaba trabajando, yo era un hombre que estaba pensando en los asuntos de mis obreros y en los míos, incluso en la habitación de un meublé. Nadie me podía criticar por las horas de cama ni las metódicas sesiones de espejos. Al fin y al cabo nunca dejé de ser un hombre de empresa, señorita Jou. En muchos momentos y en muchos aspectos, me estaba sacrificando.

La Encarna me habló alguna vez de trabajo: no de reingresar a la empresa, porque no se hubiera aclimatado de nuevo en aquel ambiente, sino de entrar fija en cualquier otro sitio. Tenía un hijo ya con once años, uno de

esos hijos tan inevitables en las putas de plantilla y en los que siempre intervienen un olivo, un quinto que se va al servicio y una luna andaluza. El hijo ya empezaba a hacer algunas preguntas indiscretas, ya quería saber de dónde sacaba el dinero su madre y por qué ciertos «jefes» le telefoneaban incluso los domingos a la hora de la siesta. Por eso la Encarna quería huir un poco de aquel mundo de llamadas equívocas, de cardenales en sus nalgas y de blusas arrugadas en una sola tarde. «Tendré unos cuantos amigos fijos» — me decía—. «Tú, el taxista, un loco que quiere casarse conmigo y dos o tres más solamente. Me gustaría encontrar algún trabajo. Solo de mañana o de tarde, para que a cualquier otra hora pudierais llamarme».

Y añadía:

—Ya lo sabes, cuando tú quieras me llamas. Y no inventes tantas cosas nuevas en la cama, demonio, que eres un demonio.

Por supuesto, y aunque nunca me lo pidió directamente, yo sabía que estaba esperando que la recomendase a alguien. A veces sus ojos perdidos me asustaban. Su mirada de desesperanza total rebotaba en los espejos como una caricia que se hubiera corrompido en el aire. Yo la veía hacer, yo miraba sus blancos muslos —quizá demasiado blancos, con color de piso— sobre la raya de las medias, y pensaba que su vida en la ciudad no era fácil. «Hay docenas de sitios donde piden mujeres para fregar», me hubiese dicho el padre. Y era cierto. A las que se tendían en la cama, según el padre, no había por qué tenerles tanta lástima. Si bien el camino de la redención social no pasaba por los sindicatos —eso ni soñarlo—, tampoco tenía que pasar por los *meublés*, qué cuerno.

Pero lo curioso, señorita Jou, es que la Encarna ya fregaba. Muchas mañanas, pensando quizás en poder librarse del señorito, del taxista y del loco, iba a grandes despachos funcionales y se arrodillaba con los cubos de lejía bajo las mesas de los gerentes. Ya habrá ido adivinando, con todo esto, señorita Jou, que no era una puta fina, pero a mí no me gustan a la larga las putas finas, sino las honradas, las pacientes obreras de la cama. Y la Encarna era paciente y honrada. Vaya si lo era. Una tarde, pensando en gustarme más, se presentó en el *meublé* con el vestido negro que había llevado en la primera comunión de su hijo.

Pero la vida no era fácil para ella, señorita Jou, porque en Barcelona nadie puede pagar, fregando suelos, una habitación en una pensión, comer, vestir y educar a un hijo, con lo que suben las facturas de los colegios. Hasta ciertos límites, y fregando día y noche, quizá pueda hacerse, pero la Encarna había descubierto que con aquellas sesiones complementarias en el mundo de los espejos su chico era el que mejor comía de la pensión y el que iba al colegio más caro del barrio, donde siempre le reservaban plaza. Luchaba por salir de la cama, pero cada vez estaba más aplastada en ella por el peso de otros cuerpos, más envuelta en otras oscuridades que se saciaban sobre su silencio. Y esa imposibilidad de escapar no debe extrañarla, señorita Jou. No sé qué economista ha dicho que las necesidades de los obreros deben ser mantenidas siempre un poco por encima de su sueldo. Eso es fundamental. Si usted quiere que un obrero le esté sometido, enrédale en el mundo de las letras de cambio. Hágale desear los bienes de este mundo; oblíguele a tener lo que aún no puede pagar. En el fondo esto es tan sencillo y al propio tiempo tan humano, que es lo que hace marchar sobre ruedas el neocapitalismo.

Pero a todo esto, quizás usted se haya preguntado hasta qué punto aquel asunto de las hipotecas sobre los pisos que ya no eran nuestros podía terminar en sangre. Le confieso que yo también me lo pregunté bastantes veces, pues cuando veía algunas caras de las que había en las tabernas de aquel barrio me acometía una sorda inquietud. Se lo digo porque fui a aquel barrio bastantes veces, para entenderme con una chica que quería ser promocionada; chica que luego se transformó en varias, pues la envidia de las mujeres no tiene límite y se hacen la competencia despiadadamente. En fin, no hay moral. Hasta en un par de ocasiones me cité con una muñeca de quince años (no me juzgue usted mal; parecía que tuviera dieciocho) en una habitación que había visto dibujada cien veces en los planos: tres metros por tres, ventana al patio de luces y puerta de chapa pintada. Las viviendas tenían cincuenta y dos metros cuadrados útiles, y si la muchacha hubiese sabido que las conocía bastante mejor que ella se hubiera llevado, sin duda, una buena sorpresa. A veces pensaba en todo esto mientras la Loli se iba a lavar a la pequeña cocina, donde estaba instalada una ducha, al tiempo que sobre los patios vecinales caía a fuego un verano usado, un verano de segunda mano, y mientras

Raphael o Manolo Escobar cantaban a través de los transistores mensuales, llenando de esperanza a las nuevas generaciones con sus historias de niños de culo chulapón que se hicieron millonarios y encima conservaron el culo intacto, que es lo milagroso. Luego la Loli, ya con su piel teenager otra vez fresca y nueva, volvía a la habitación y me fastidiaba diciendo: «He visto en la rambla del Carmelo un vestido que»... Bueno, qué quiere que le diga, señorita Jou. Yo tengo mis principios. Me revienta que algunas chicas se metan en la cama por cosas tan poco serias.

Pero le confieso que, en el aspecto práctico, lo que daba miedo eran las caras que se veían en las tabernas del suburbio. Cuando los «propietarios» de nuestros pisos, los hombres que se habían integrado, los que estaban llegando a una completa armonía con las tierras de España, supieron que tenían que pagar una hipoteca complementaria, empezaron a sacar navajas y a maldecir por las cuatro esquinas de su polígono donde eran tan felices. Se reunieron los domingos por la mañana en los puercos cines de barriada donde los sábados por la noche habían practicado todos los deportes del dedo. Oscuros abogados muertos de hambre, que no tenían otra cosa que hacer, se movilizaron también esos domingos por la mañana, con la esperanza de cobrarlos algún día. Dieron vueltas al Código Civil, a la Ley Hipotecaria y a todas esas cosas que sonaban a mandanga a los honrados productores de Granada, puesto que al fin y al cabo eran los propietarios quienes las habían escrito. Aquellos abogados no lo sabían, pero estaban perdiendo el tiempo; por el solo hecho de hablar de leyes y de solemnidades, acabarían siendo considerados como siervos de los explotadores y como vendidos a mi padre. Los que tenían buena fe no obtendrían más premio que su ración de amargura. Lo que llaman «honroso oficio de pedir justicia» solo sirve para terminar así o para terminar no pidiéndola.

Pero mis temores se confirmaron, señorita Jou, porque una comisión de aquellos hombres felices, que por fin estaban consiguiendo en toda su amplitud los derechos cívicos, hombres que habían luchado por tener cloaca ¡y la habían conseguido!, se presentaron en la fábrica. El padre les habló de los cauces, ellos le hablaron de las navajas. No se hubieran jugado nada por un ideal, porque no sabían ni lo que era eso, pero se lo iban a jugar todo por

la Ley Hipotecaria. Yo lo vi claramente y desde el primer momento. El padre les dijo que muy bien, que pleitearía, pero que si seguían hablando de las navajas les enviaría a los policías. Creo que llegó a enviárselos una o dos veces, con lo que aquellos fanáticos, no ya de Marx, sino de la propiedad horizontal, volvieron a creer en los cauces. Parece mentira que no se hubiesen dado cuenta antes de que los cauces están para eso.

Y hubo pleito.

Los oscuros abogados del domingo, los que habían soñado tener en el paseo de Gracia unos despachos desde cuyas ventanas tronaría la ley, volvieron a hacer en autobús la ruta del suburbio. Se reunieron con los afectados en los comedores de tres por cuatro, recibieron en su cara todos los insultos de la convivencia nacional. Escribieron cartas a *La Vanguardia* o *El Periódico*, pero muchos vecinos no las firmaron por miedo a comprometerse y porque nunca se sabe lo que puede pasar. Otros fueron a ver al gobernador civil, y el gobernador civil les dijo que toda España estaba con ellos. Yo creo que en aquella época, en los dormitorios que daban al patio de luces, cada matrimonio oyó fornicar menos al matrimonio vecino. Fue una calamidad, porque en todo eso, España se estaba haciendo menos grande.

Mientras tanto, el padre había puesto el asunto en manos de otros abogados que tenían entrada libre en los ministerios y que cenaban con los jueces. Desde que empezaron a ejercer, aupados por hombres que tenían medallas en Madrid y cuentas numeradas en Zurich, jamás habían recibido un cliente que les pidiera justicia; solo se les había pedido eficacia. Aquellos abogados, a diferencia de los otros, tuvieron que mirar el plano de la ciudad para saber dónde estaba el suburbio, y hasta dudo que conocieran bien la Ley Hipotecaria, pero en cambio conocían bien las leyes misteriosas del reparto (solo para iniciados, como las normas romanas anteriores a las Doce Tablas), según las cuales un asunto iba a un juez que pensaba de una manera y no a otro juez que pensara de otra; abogados que conocían las debilidades de cada despacho y las tarifas que se escondían detrás de ciertos números de teléfono, en los cuales, aunque a los españoles nos guste tan poco la aritmética, estaba la historia del país; abogados que llevaron el pleito haciendo unos escritos muy cortos y unas visitas muy largas. Al final, la sentencia nos fue

rotundamente favorable, como habíamos esperado desde el primer momento. Los vecinos tendrían que pagar.

¿Qué voy a decirle, señorita Jou? Hubo otras reuniones en los cines de barrio, esos entrañables cines de la merienda, la pulga y el dedo impaciente. Los abogados de los pobres recibieron insultos en nombre de la lucha de clases inmobiliarias. Ni uno conservó las esperanzas de cobrar, mientras que los obreros que seguían esperando un cambio de fortuna, empezaron a pensar que eso de pedir justicia es un atraso. Y se lo dijeron a la cara. Al final, me parece que otra comisión fue a ver al director de un periódico, y el director del periódico publicó una nota de marcado carácter evangélico.

Los oscuros abogados del autobús y de la novia blanca recurrieron en segunda instancia, pero perdieron también. Yo tengo la impresión personal de que los jueces no llegaron a saber ni de quién era la razón, señorita Jou. Verá usted. Para confirmar una sentencia no hay más que decir eso: que se confirma en todos sus puntos. En cambio, para revocarla, hay que tragarse todo el pleito, buscar los fallos de procedimiento y de fondo, formarse un criterio y redactar una sentencia nueva. Demasiado trabajo. He conocido algunos jueces admirables, señorita Jou, pero en general creo que resulta peligroso dejar en sus propias manos la tarea que deben o no deben hacer. Nuestros abogados de confianza olvidaron los despachos pequeños donde se fallaban los asuntos en primera instancia y se remontaron a las salas alfombradas donde la augusta justicia dejaba oír su segunda voz. Las corbatas aún resultaron mejor elegidas, las sonrisas se hicieron aún más confidenciales, las entrevistas más largas. Y total... ¡era todo tan sencillito! Bastaba decir que las cosas estaban muy bien hechas y que allí no había que trabajar más ni modificar nada. La segunda sentencia también nos favoreció, y allí quedaron las cosas muertas definitivamente. Los cines de los polígonos volverían a servir para lo que siempre habían servido: para hacer olvidar. En el fondo, y si usted se fija bien, este es un país donde todo está previsto.

Fue solo al tener la nueva sentencia favorable, fue solo al sentirse seguro (los vecinos ya no se atrevían a llegar hasta el Supremo) cuando el padre, que había salido tiempo atrás del bache económico, si bien vislumbraba otros, examinó aquello desde un nuevo punto de vista. Una noche me dijo que, bien

mirado, aquí nadie hacía justicia. Entonces decidió dar a cada propietario la mitad de lo que tenía que pagar, pero como acto voluntario.

Hubiese usted visto el homenaje que le hicieron en Casa Juan, en la parte baja de las Ramblas. No se cabía. Claro que hubo algunos que no vinieron, y hasta un par de hombres insultaron al padre en la puerta, pero la gente enseguida los echó de allí. Hubo algunas lágrimas. Una vieja que ya estaba en el polígono antes de que el polígono existiese, cuando aquello eran campos llenos de luz, nos besó en las mejillas a los dos. Se envió una nota a la prensa, utilizando los buenos oficios de algún periodista amigo. El concejal del distrito, al que yo había tenido el mayor interés en invitar, habló de las posibilidades de una medalla. Acabamos gloriosamente a las tres de la madrugada, cuando los camareros se dormían sobre las mesas.

MÍRELOS —me dijo el comisario Lorente junto a una de las ventanas de jefatura, después de tenerme solo diez horas incomunicado en el sótano—. Ahí los tiene, haciendo una manifestación al volante de sus coches yendo a sindicatos para hacer una asamblea y pedir más sueldo, ellos que ganan el doble que yo y el triple de usted, por supuesto. Mírelos embotellando el tráfico y demostrando que esta es la libertad que queríamos tanto, dese cuenta.

Yo no le contesté porque no podía contestar nada después de la muerte de Isabel, después de aquellas diez horas de sótano hechas de fetidez, oscuridad y silencio. Pensé en los diez días que permite la Ley Antiterrorista y me estremecí un momento, aunque adivinaba que Isabel los hubiese resistido bien, sin una queja. Lorente, apoyándose en una jamba de la ventana, me dijo con indulgencia:

—Tú habrás estudiado lo que llaman ley de bronce del salario, aunque no sé qué demonios enseñan en la Facultad de Derecho ahora, y lo del ejército industrial de reserva, y todas esas gaitas del liberalismo, pero que son verdades como puños, ya ves. El salario natural se forma con el mínimo que necesita un obrero para mantenerse él y su familia, y los parados, es decir, el ejército industrial de reserva, están dispuestos a aceptar en todo momento ese salario natural, con lo cual les es muy posible encontrar trabajo. Pero los salarios que hoy se exigen son artificiales y nada tienen que ver con la producción o la coyuntura del mercado, ¿se dice así? Co-yun-tu-ra. No, no me burlo de ti —había pasado a tutearme—, simplemente trato de que vosotros, los rojos, me enseñéis algo. ¿Y crees que en estas condiciones

alguien va a contratar gente nueva? ¿Crees que hundiendo las empresas se remedia el paro? ¿Sabes tú lo de Morón de la Frontera, abogado? ¿Sabes que allí los patronos ofrecieron pagar una hora más para los parados siempre y cuando los obreros trabajasen también para los parados otra hora más? ¿Y tú sabes que absolutamente nadie aceptó trabajarla?

—Habrà que conocer a los empresarios de Morón de la Frontera —dije.

—Sí, en eso tienes razón, ¿ves? Habrà que conocerlos —dijo conciliadoramente.

Seguía riéndose de mí o trataba de llevarme a su camino, no lo sé. Los hombres como Lorente siempre te desconciertan. Pero en esos momentos parecía interesarle sobre todo la manifestación de la Vía Layetana, la que iba hacia la vieja Casa de Cambó, porque añadió en voz baja:

—Date cuenta de una cosa: cada vez que hay un problema ciudadano (un atentado, por ejemplo), la gente lo celebra parando una hora o dos en señal de protesta. Así hay tiempo de ir al cine o echar un polvete. Diles que trabajen un cuarto de hora más para ayudar a las víctimas y verás lo que te contestan.

A mí eso no me importaba, o por lo menos no me importaba ahora. Sentía náuseas, pensaba en el cuerpo de Isabel que ya estaría en el depósito (¡o quién sabe si estaba en la propia Jefatura, si estaba bajo mis pies porque Lorente aún no quería dar estado oficial al asunto!), notaba que la cabeza me daba vueltas y, curiosamente, al mismo tiempo sentía hambre, o más bien la certidumbre intelectual de que necesitaba comer, porque la sensación no estaba en el estómago, sino en las rodillas, que se me iban quedando flojas. Tenía además la impresión de que Lorente quería conocerme mejor, de que necesitaba saber hasta qué punto yo era recuperable, es decir, útil.

Me dejé caer en una silla; estaba terriblemente cansado y ya no sabía si Lorente era demasiado listo o demasiado cínico. De pronto cerró la ventana y los reivindicadores de la calle dejaron de existir. El despacho donde se instalaban los hombres que venían con todo pagado desde Madrid quedó sumido en una penumbra oficiosa, que supongo era de lo más apto para las confesiones espontáneas. Lorente me ofreció un cigarrillo y musitó:

—Hasta el Prado, que es un idealista de teta, está desengañándose. Yo creo que acabará enviándolo todo a tomar por el culo o haciéndose estalinista,

quizá porque Stalin sabía que estaba tratando con menores de edad, cuando no con chusma, y actuaba en consecuencia. Aunque quizá este país aguante, después de todo, y no haya que elegir entre Franco y Stalin, por mencionar nombres, digo yo, que algunas personas aún recuerdan. Pero si matan al Rey o lo echan por la ventana habrá que volver a Franco, ¿no crees? De eso me ha hablado varias veces el Prado en la cárcel. Y hay gente que lo está preparando.

Me dolían las piernas, la nuca. Me escocía la boca y empezaba a sentir otra vez náuseas.

—¿Agua? —preguntó Lorente, que había visto centenares de hombres como yo.

—No, gracias, no quiero nada.

—Tampoco hay que tomarse las cosas con odio, grapillo. Ya ves que podríamos hacerte la puñeta en plan largo y en cambio te estamos tratando bien. Y tratamos bien al Prado, no creas. Lo que pasa es que me resulta más útil en la cárcel, explicando lo que sabe, porque a cada sospechoso hay que tratarle según sus cualidades, digo yo. Y es posible que luego lo deje en libertad, depende.

—Luego... —dije con desesperanza.

Bruscamente me sentía preso en la tela de araña. Me revolví.

El policía que estaba a mi espalda me hizo sentar de un golpe.

Lorente giró entonces hacia mí. Su cara había cambiado, sus ojos hundidos eran metálicos y fríos. Me puso una mano en el hombro no para animarme, sino para tenerme quieto, y preguntó:

—¿Quién le daba dinero a Isabel?

—¿Qué?

—Isabel Costa no tenía dinero, no tenía detrás de ella una organización, no tenía nada. En los últimos tiempos no trabajó tampoco, esa es la verdad. ¿Entonces, quién la mantenía?

—Si esto es un interrogatorio quiero que se respete la ley —dije—. Llame a un abogado.

—¿Uno como tú? —preguntó Lorente con una mueca.

Tuve la sensación de que iba a pedir un desinfectante, o al menos se

lavaría las manos por haberme tocado. Me encogí.

—No tengo idea —musité—. Nunca vi a nadie que le diera un duro.

—Pues tenía mucho dinero, aunque te sorprenda. En su habitación han aparecido casi cinco millones de pesetas, que imagino no serán solo para tomarse cafés en el bar; seguro que iba a repartir entre bastante gente. ¿Cuánto te tocaba a ti?

Lo dijo en plan de burla, ¿de burla?, mientras se acercaba a la ventana. Tuve la sensación de que aquel hombre era lo bastante inteligente para no acorralar nunca a nadie. Te sacaba las verdades cuando estabas confiado, no cuando estabas en guardia. Pero al final se encogió de hombros, como pensando que esta vez no sacaría nada; miró su reloj, abrió la ventana de nuevo y dijo:

—El juez.

—¿Qué?

—La ley, abogado, esa ley que ilumina a los pueblos y que a vosotros os gusta tanto. Vamos a hacer lo que se llama la reconstrucción de los hechos. No te hacemos perder tiempo, ¿eh? No te quejarás. Vamos... te llevaremos en coche con todos los gastos pagados, para que luego se diga. Si quieres algo, pídelo, hombre. Lo único que no puedo mandarles a mis agentes es que te hagan una paja.

Salimos del patio central, del que tantos hombres habían salido años antes para el último viaje.

—Pero de eso ya hace muchos años —explicó Lorente señalando la calle por la que ya había pasado la manifestación—. Esa pandilla de cabrones... La mayoría no saben lo que es pasarlas putas —se destapó—. En fin, vamos con retraso, pero terminaremos en un momento.

—Tendrá que hacer abrir el bar-musité con cansancio, mientras cerraba los ojos.

—No hará falta. Está abierto.

—¿Qué?

—Claro. Tampoco somos tan idiotas —dijo Lorente mientras encendía un cigarrillo y miraba distraídamente la calle gris, que a mí siempre me recordaba la parte final de un Broadway que nunca había visto más que en

fotos también grises—. El bar sigue abierto, y si llega un enlace de Isabel no notará nada extraño. Los dueños siguen vivos y hemos hecho un acuerdo con ellos: buen trato si ayudan un solo día. Por ayudar se entiende despachar un vermú o una tónica con la cara de siempre. Por supuesto hay dentro un policía que está pintando una pared y otros en diversas camionetas que traen cajas de botellas continuamente. Si quieres estás invitado al llegar. Las bebidas, al menos, son auténticas.

Hizo un gesto elegante, un gesto al fin y al cabo, de abogado rico, y exhaló una bocanada de humo cuando pasábamos por delante de Capitanía, rumbo a un Paralelo que supongo despreciaba. Sujetándome las rodillas casi con ansia barboté:

—Pero los vecinos han oído disparos... Se ha visto sacar a un muerto... ¿Y tratará de hacer creer que no ha pasado nada?

—Claro que ha pasado. Ha habido un atraco —dijo con indulgencia.

—¿Un atraco? ¿Espera que la gente crea eso?

—Naturalmente que lo creerán —a cada palabra, Lorente acentuaba hacia mí un sutil desprecio—. ¿No hay atracos cada día? ¿No dice la gente que no hacemos nada? Pues, hala, así tendrán un atraco más. A la gente del barrio se le ha dicho que fue detenido un pistolero y que lo sacamos sin sentido, hecho un bulto. De ese modo queda bien explicado, si alguien vio salir el cuerpo de la Costa. No se distinguía si era un hombre o una mujer. Naturalmente, las personas creen las cosas cuando les explicas lo que ellas mismas han visto, y por eso me ha telefoneado hace poco uno de mis agentes que el aspecto de la zona es de perfecta normalidad.

En efecto, lo era. Estábamos llegando ya, y yo veía las mujeres con los capazos de la compra, las pequeñas tiendas con el género en la puerta, las viejas fuentes donde yo había bebido de niño, los bares «a cada cantonada» que convirtió en canción Joan Manuel Serrat. Los dos coches camuflados — el nuestro y el que nos seguía— avanzaban a poca velocidad sorteando los que salían de las esquinas sin chaflán, los vespinos y los camiones de reparto. Pero yo sabía que en algo estaba fallando Lorente, por muy listo que se creyera, por mucha astucia madrileña que hubiese adquirido leyendo los domingos las notas oficiales de la DGS. Si el juez y el secretario judicial

llegaban con las vejigas y los tinteros llenos, dispuestos a apuntar hasta los nombres de los carteros del barrio, allí se armaría el gran espectáculo, allí sabrían hasta los grapos de Valladolid que el bar era «tierra quemada». Y algo de eso había, porque el comisario le dijo al chófer mientras encajaba las mandíbulas:

—No debí avisar al juez tan pronto. Mejor hubiera sido aplicar la Ley Antiterrorista.

—¿Pero no le ha pedido luego que le diera un plazo?

—Sí, claro; y no me lo ha dado. De pronto al señorito le ha entrado prisa, ya ves. Él sabrá por qué. Pero como no soy de aquí, no he querido armar un conflicto.

Hizo una seña para que girase a la derecha y añadió:

—De todos modos, no creo que ella esperase a nadie importante. En todo caso, un correo con más dinero, o tal vez con algún arma nueva.

Desembocamos en la calle.

Hizo otra seña.

Oí su voz.

—Maldita sea, aquí ha pasado algo. A ver si la hemos jodido. Para detrás.

Nos detuvimos, junto al coche aplastado, un Ford Fiesta rojo, neocapitalista secretaria situada, esposa felatriz «lo quiero», papá que paga, un parabrisas roto, la puerta del conductor que se ha abierto con el choque, un bulto humano al revés, con la cabeza en el bordillo donde los niños juegan en verano, un bulto humano que cuelga.

Dos de la bofia nacional contenían a la gente. Un repartidor de La Casera que no había visto una gaseosa hasta aquel día les ayudaba. Sin darse cuenta de que metía la pata, se acercó a Lorente y murmuró en tono oficioso:

—Acaba de ocurrir, comisario. Un accidente, aunque fue culpa de la chica. Estaba aparcando, pero de repente debió de ver algo que no le gustó, digo yo, no sé qué, y salió disparada sin mirar a ningún sitio. Esa camioneta de ahí, que venía a unos setenta por su derecha, la embistió de lleno. La chica ha muerto instantáneamente, mire.

Nos acercamos todos; nadie lo impidió. Llegué al borde del Ford Fiesta rojo, que era un poco más rojo en la portezuela abierta donde yacía la chica.

Unas gotas de sangre habían saltado sobre la chapa, pero apenas me fijé en ellas; apenas me fijé en nada que no fuese su cara, los ojos entornados, la boca muy abierta de la chica.

Y me penetró el silencio.

Solo el zumbido de las sienes.

La náusea. Este puñetazo en el estómago que te lo envía todo hacia fuera. La saliva que te brota por las comisuras de los labios, no sabes cómo.

La María del Mar Masnou tenía la cabeza absurdamente doblada, rozando el bordillo con ella. Alguien decía en voz baja: «Cuello roto». Pero no sé si lo pensé o lo oí. Un agente vestido de hijo de puta, como van la mayoría de los agentes ahora, se acercó a Lorente:

—No se ha tocado nada, pero hemos hecho una inspección así por encima, comisario. Ella llevaba cuatro millones de pesetas. Los hemos puesto aparte.

Lorente dijo tan solo:

—Bien.

Sus ojos brillaron un momento.

Fue imperceptible.

Luego miró a otro sitio.

—¿Ha llegado el juez? —preguntó.

—No, aún no.

—Está bien, vamos. Que se joda.

Yo me incliné un momento sobre el cadáver.

Mis dedos estaban rígidos.

Sentía frío en la columna vertebral.

La nuca me dolía tanto que no podía moverla.

Retiré la hoja de pino manchada de herrumbre que la María del Mar llevaba entre el pelo. Había otras, pero yo solo pude sujetar una. De pronto me dieron un empujón.

—¡Eh, tú, chorizo, fuera!

Me metieron casi a golpes en el coche camuflado. De repente los gestos se habían vuelto violentos, bruscos. «Hala, tú, cabrón». Lo de grapillo y todas las palabras más o menos cómplices había quedado atrás. Rodamos hacia Vía

Layetana por las entrañas de la ciudad del diecinueve, por la calle de la Cera, la plaza del Padró, donde un día jugaron los niños de la República, la calle del Carmen, casas de muebles donde ya nadie entraba, pensiones en las casas bienestantes de otro tiempo: Escudellers, la calzada demasiado estrecha, la madre que te parió, Correos, venga, Vía Layetana arriba, que vas a saber lo que es bueno, cabrito, que esta vez te vas a hacer tú mismo la gran mamada. No entendía por qué querían asustarme, por qué esa vieja táctica de todos los policías sin imaginación, pero tampoco me importaba. Con la cabeza hundida sobre el pecho, con una saliva amarga deslizándose en los labios, solo hubiese querido ponerme a gritar.

Las ventanas aún estaban entornadas. Desde la calle gris llegaba el runrún interminable de los coches hostiles, pero ni el aliento de una voz amiga. Lorente parecía haberse olvidado de mí por unos momentos, pero yo sabía que eso no duraría mucho, que seguramente era una táctica. Se ajustó la corbata en un movimiento maquinal, se abrochó la ceñida americana (él nunca llevaba armas) y dijo sin mirarme:

—No me dejéis solo a ese. Yo voy a telefonear al señor ministro.

Seguro que pensaba hacerlo desde el despacho del jefe superior y a solas, pero en aquel momento, cuando aún no había salido, sonó el teléfono sobre su mesa. Los teléfonos siempre acechan en la penumbra, si lo sabré yo. Con un gesto de fastidio, Lorente lo descolgó.

—Sí —dijo tras oír las primeras palabras—, soy yo.

—Claro, señor Volpe.

—Sí, al ministro del Interior y al del Ejército. Usted va a verles enseguida, dice. Claro, me hago cargo.

—No quiere usted ningún malentendido. Es natural.

—De modo que ese dinero en billetes nuevos era un préstamo que usted hacía a la industria de los Masnou. Sí... Ya sé que lo ha hecho otras veces, claro. Estoy al tanto de sus relaciones, por supuesto. Celebro que se adelante a llamarme. No, y me extrañaba que llevase todo ese dinero encima, amigo Volpe. No era lógico. Bien... Lo de esa cena de generales donde piensa comentarlo no me parece prudente, le estoy dando una opinión sincera. De acuerdo con que no quiere malentendidos, pero esas cosas se complican más

si uno las comenta, créame. No, a nivel policial no tendrá usted problemas, eso está hecho. Dé mis recuerdos al señor director general... ¿Van de cacería? Ya me gustaría, ya, pero no puede ser... Gracias de todos modos, amigo Volpe. Otro día será. Ya sabe, cuando quiera verme me tiene a su disposición, pero tendrá que ser en Madrid... Sí, vuelvo allí dentro de muy poco, lo antes que pueda, como quien dice en el puente aéreo. Adiós, amigo Volpe. Nada, hombre, eso está hecho. Un abrazo, querido.

Colgó.

Por unos momentos pareció indeciso.

Había docenas de preguntas colgando en el aire.

Incluso yo tenía una: ¿cómo ha sabido Volpe, con esa rapidez, que puede haber un malentendido con el dinero que llevaba la María del Mar? Pero estaba seguro de que jamás obtendría la respuesta.

Volvía a sentir frío en los huesos.

Arcadas en el estómago.

Miedo: miedo metido como un gusano blanco entre las vértebras del cuello.

Alguien susurró:

—¿No iba a telefonear al ministro, señor comisario?

Lorente puso un cigarrillo en sus labios. No se acordó de encenderlo. Hizo uno de sus gestos elegantes, que no significan nada, aprendido tiempo atrás, seguro, en las comedias de Paso.

—No hay prisa —añadió—. Mejor será que piense antes en concretar algunos datos. Hablaré con el jefe superior... Sí, ahora mismo voy, aunque no depende de él. Pero, ¿y ese? —me señaló—. ¿Es que nadie se ocupa de él? ¿Es que no ven que les va a vomitar encima? ¿El muy cabrón...? Hala, llévenlo al váter, solo faltaba eso...

S EÑORITA Esther Jou, 27, domingo, por fin un día para pensar

Una de las ventajas de la época franquista era que la gente apreciaba las cosas estables, qué duda cabe, y hasta las reverenciaba un poco. Yo, demócrata sincero, como usted bien sabe, reconozco sin embargo que los negocios marchaban con otra seguridad, con otra soltura, y usted estará de acuerdo conmigo, porque justamente una de las cosas que marchaban mejor era la publicidad. Claro que alguna gran empresa gana ahora mucho dinero con la propaganda política de los partidos cuando las elecciones se nos echan encima, si es que los partidos pagan, que lo dudo. Pero los pequeños empresarios, como usted, están abocados al desastre, porque ni tienen encargos ni se los abonan cuando llegan a tenerlos. Hoy he debido llegar a esa fría y triste conclusión, señorita Jou, al ver su último estado de cuentas, al comprobar la relación de impagados que nunca se cobrarán y hacer unas cuantas llamadas telefónicas para detener inútilmente los ejecutivos que usted tiene colgados en los bancos, y que se pondrán en marcha el lunes. Es amargo tener que confesarlo, señorita Jou, pero ya no hay salida, y yo, que tanto la he ayudado, que tanto me he desvivido por su negocio, siento todo eso como una oscura y personalísima frustración. Usted sabe que, últimamente, las frustraciones se han sucedido una tras otra, aunque sé que el país irá hacia una solución que ponga las cosas en su sitio otra vez. Yo no creo que Tejero sea, al fin y al cabo, tan loco como la gente dice.

Pienso también que, sin embargo, vamos mejor ahora; creo incluso que lo peor ha pasado y que los Masnou estamos en el buen camino, aunque nos quedan difíciles tiempos a nosotros y al país, tiempos en que ya nos vemos

envueltos todos. Hace años, una cifra de cuatro millones de pesetas hubiera hecho reír a los comerciantes del Plan de Desarrollo, y por supuesto me hubiese hecho reír a mí, pero cuatro millones nos salvaron de un ejecutivo en el último minuto, nos permitieron renovar créditos y han impulsado las cosas para arriba otra vez. ¡Cuántas industrias antes poderosas hay que en el último minuto no han tenido esa cantidad antes tan ridícula!

Sí. Ahora las cosas vuelven a marchar para nosotros y vuelvo a tener algunos minutos de calma, los suficientes —mucho después de la muerte de María del Mar— para atreverme a volver a su vieja sección, la Contabilidad Industrial, a ver su mesa vacía, su máquina todavía enfundada (como ella la dejó al sonar el último timbre), su retrato en la mesa del padre y su sombra en los pasillos cuando ya se han cerrado las puertas. Hasta ahora, hasta meses después de aquello, no me había atrevido a una cosa tan sencilla. Tampoco el padre, que lo salvó todo con las pesetas que la María del Mar llevaba encima; el padre no hizo preguntas que solo la María del Mar hubiese podido contestar. ¿Para qué hacerlas? Cuando los Volpe le insinuaron que convenía formalizar el préstamo que le habían hecho a mi hermana, el padre se negó, porque no había papeles, y además los Volpe apenas conocían a la María del Mar. ¿Por qué habían de hacerle ese préstamo? Cuando insistieron, el padre dijo que muy bien, que ya se verían en los tribunales, y entonces se callaron de pronto. Nunca he visto mayor interés en que se dejara de hablar de un asunto.

Yo estuve de acuerdo con el padre, pero le pedí que profundizara un poco, que averiguase algo sobre aquel dinero. El padre —casualmente usted estaba delante y por eso debe recordarlo— me contestó:

—Aún puedo darte algún consejo, Ramón: nunca preguntes por la historia del dinero. El dinero no tiene historia.

Y se encerró otra vez con sus balances, con sus cartas, con su necesidad biológica de salvar la empresa que lleva nuestro nombre, que está unida a la historia del país y que María del Mar había amado tanto. El padre siempre acercaba más y más su retrato, al trabajar, y a veces necesitaba sostenerlo con la mano izquierda mientras lo contemplaba.

Yo he intentado superar aquello, he intentado volver a vivir y ser el

mismo, porque sé que si fallo se pudrirán muchas cosas. De vez en cuando voy a los toros, que ya no me disgustan tanto, porque he llegado a admirar los momentos de elegancia fugitiva que otros no aprecian del todo y que forman la entraña de la vida de un hombre como yo, educado ya en la distinción o en trance de serlo. Al fútbol voy poco. En todo caso, al principio de temporada me he dejado caer por el campo del Barcelona, porque allí encuentro a la gente con la que necesito relacionarme, la gente de negocios y de orden, las cuatro o cinco caras solventes que hacen marchar al país. Pero ya no es lo de antes.

Un par de veces —por favor, no vaya a creer que solo me ocupo de mi propio beneficio— he ido a ver, a la cárcel/ al Prado, y aquel abogado lejano amigo nuestro, que a partir de la última desarticulación de los grupos terroristas están a la espera de juicio; ya lo sabe usted por la nota oficial. Dice la nota oficial que ellos eran los responsables de todo, y que el Prado daba incluso órdenes desde la cárcel, que era él quien dirigía a la propia Isabel. Yo conozco bien, ¡vaya si la conozco!, la obstinación del Prado, aunque le juro que jamás creí que se pudiera llegar a tanto en esta sociedad que entre todos debemos mejorar, pero que se descompone cada día. Hay momentos en que pienso que el esfuerzo de mucha gente de bien va a ser perfectamente inútil. O que hemos de buscar una solución, sea la que sea, óigame. Hemos de buscarla. Menos mal que, de momento, vamos a tener el despido libre.

Pero, sin embargo, ¿cree que es eso lo que me ha dejado más triste? No, señorita Jou, lo que me ha dejado más aturdido, con un sabor más amargo en la boca, ha sido su carta, su poco razonable súplica para que pague los ejecutivos más urgentes y la ayude a seguir flotando, ahora que puedo hacerlo. Eso y la llamada telefónica de esta mañana, su voz íntima, sus palabras suaves (yo sé que usted no las hubiera pronunciado caso de tenerme delante), insinuando lo que usted y yo sabemos muy bien: que siempre me ha gustado, que siempre la he deseado, que he soñado mil veces en quitarle el vestido, en arañarle las medias, en aplastarle la boca, y que quizá había llegado el momento de que yo pudiera ver cumplida esa ilusión. De que los dos podamos ver dulcemente una puesta de sol desde la ventana de su alcoba.

Dios mío, ¿usted también, señorita Jou? ¿Tanto ha perdido la moral que

yo he luchado por conservarle?

¿Es que uno ya no podrá tener ilusiones, no podrá creer en nadie? ¿Es que esta sociedad nuestra, que yo tanto quise mejorar, la ha devorado a usted también? ¿A usted?

En fin, señorita Jou, ya que usted me lo pide, creo que una vez más debo ayudarla. Cuente con mi apoyo. Nos veremos el sábado próximo —porque ahora los sábados hacemos fiesta— en su casa de usted, ya que las cosas, ¿por qué negarlo?, me gustan en su ambiente propio.

Ah... Vístase como si fuese a salir a la calle, como si la sorprendiera. Una mujer que ya le espera a uno en bata, me parece de una aplastante vulgaridad.

Como siempre, le reitero a usted mi amistad más firme.

P. D.: Reconozco, señorita Jou, que soy un hombre algo complicado y que me gustan las sutilezas. Los primeros días habremos de llegar a un trato correcto: yo pondré la imaginación, usted pondrá la paciencia.

Mireia dijo con voz suave:

—De todos modos no te han tratado mal. Ni comunicaciones, ni Ley Antiterrorista, ni nada de eso; estás libre, y no creo que en el juicio te quieran marear demasiado. Puedes considerarlo, digo yo, como un asunto resuelto, e incluso si me lo permites, te daré un consejo.

Caminábamos por la parte alta de la Diagonal, donde la gente es activa, donde la gente es saludable, donde la gente tiene razón. El sol nos daba en la cara y yo lo agradecía después de la penumbra de la cárcel, pero había algo en el aire que me hacía sentirme incómodo. Tardé en darme cuenta de que era el sutilísimo matiz de desdén que palpitaba en la voz de Mireia.

—¿Qué consejo? —musité.

—No te pongas a mal con ellos. Cuídalos. Pueden volver, están dispuestos a volver. Y a nosotros solo nos quedará la frase de Companys: «*Tornarem a lluitar*».

No contesté.

Andábamos en silencio por la calle, que de pronto parecía vacía.

—¿Tú qué haces? —musité—. ¿Qué ha pasado durante todo ese tiempo?

—Sigo en casa, ya ves. Soy una chica ordenada, limpia, y a la que cada mes su padre ingresa una pequeña suma en la libreta de ahorros. Pero con una

diferencia: me he podido quedar con la biblioteca de Isabel. La estoy leyendo toda.

Encajé las mandíbulas.

—La vida no te ha enseñado nada. Parece mentira —susurré—. Lo mismo que la Isabel... ¿No te das cuenta de que acabarás sirviendo a otros? ¿De que te utilizarán?

—No te inquietes —dijo Mireia con una sonrisa—. Yo solamente leo.

Y me miró un momento, sin que la sonrisa desapareciera de sus labios, para preguntar:

—Bueno, estamos ya algo lejos, ¿no? ¿Por qué me has traído a pasear precisamente por aquí?

—No es exactamente un paseo —dije—. Vengo a ver a un cliente que vive por aquí, el señor Conforto. Menos mal, que a pesar de todo, no me ha retirado el asunto.

Y añadí:

—Aunque la verdad es que necesitaba verte, Mireia. Lo necesitaba angustiosamente. Quizá sea tonto hablar de eso, pero sabes lo que significas para mí. Y además..., en fin, quizá las cosas me vayan mejor a partir de ahora, ¿sabes? El tal Conforto me presentará a otra gente, y llega un momento en que las cosas se puede decir que ruedan solas. Tú, en cambio, puede que tengas muchos problemas. Por eso te digo —y te lo digo sinceramente— que en cualquier caso estaré a tu lado. Sea en la circunstancia que sea, si necesitas mi ayuda, estaré a tu lado. Hazme un solo gesto y vendré.

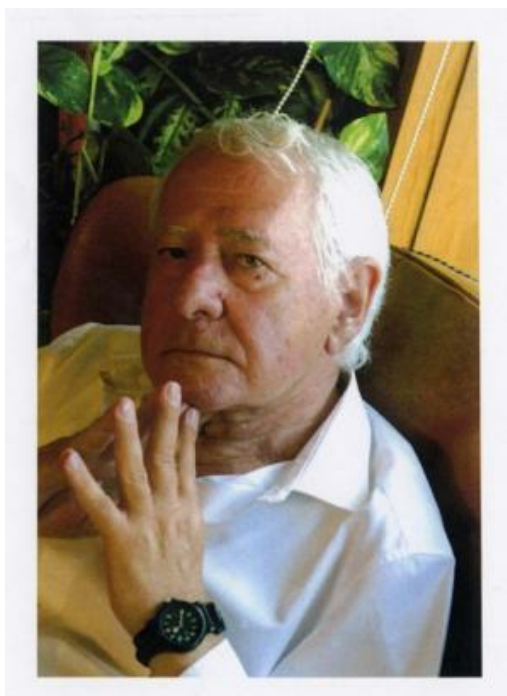
Mireia seguía sonriendo.

Nunca me había parecido tan sincera su sonrisa y al mismo tiempo tan lejana. No sé explicarlo.

—Lo mismo he de decirte —susurró—. Haz un solo gesto y vendré.

Y añadió:

—Más que yo a ti, me vas a necesitar tú a mí, si al menos quieres conservar la esperanza.



FRANCISCO GONZÁLEZ LEDESMA (Barcelona, 1927). Es abogado, periodista y escritor.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a *Sombras viejas*. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de Silver Kane, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en *El Correo Catalán* y, más tarde, en *La Vanguardia*, alcanzando en ambos periódicos la categoría de redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica *Los Napoleones* y en 1983 *El expediente Barcelona*, novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su

personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984 obtiene el Premio Planeta con *Crónica sentimental en rojo* y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.